Los Retratos de Laura

Pablo F. Alles



Los Retratos de Laura

Pablo F. Alles

Índice

A mis padres.

A Paty y a Valeria,
por vuestra dulce compañía
fuente de mi felicidad e inspiración.

...escuchar las melodías y las canciones que Laura va oyendo durante la historia que relato, os transportará más fielmente a sus emociones y pensamientos más íntimos...[*]

[*]Puedes encontrar todas las canciones que aparecen en el libro en www.pablofalles.com

Capítulo I

Prendía su corazón de calor y encogimiento frente a aquella nueva situación. Aunque pudiéramos encasillarla dentro del grupo de las aparentemente seguras y valerosas, Laura, ese día, estaba ante las típicas sensaciones previas a una entrevista de trabajo. No sólo era eso, las prendas que lucía no eran las usuales, sintiendo así el desprendimiento momentáneo de parte de su identidad y su carácter. Aquel día sabía que debía acudir algo más formal de lo habitual. A su vespertina inquietud había que sumarle otra cosa: Hoy el *ipod* se había quedado en casa. Como en aquella famosa poesía de Quevedo, era una mujer pegada a un *ipod*; era una mujer pegada a la música; era una mujer pegada a mil melodías; era una mujer pegada a multitud de sentimientos y emociones llovidas de aquellas canciones; era una mujer pegada a todo eso y a mucho más. Nadie podía concebir la vida de Laura sin su parafernalia musical, ni siquiera ella misma, por supuesto. Cuando la observabas caminar por la calle, te percatabas de que el ritmo de su paso era el ritmo de lo que escuchaba. Ese repertorio musical era elegido minuciosamente por ella; no solía escuchar frecuentemente la radio. Por eso, si su paso era ligero, significaba que había tomado la decisión de escuchar una canción seguramente alegre y ese día debía estar contenta. En cambio, si su marcha era lenta y pausada, algo podía haberle herido el corazón. De todas formas, esto no siempre era así. Le encantaba viajar por las distintas emociones aunque no fueran a la par de su ánimo diario; es más, le daba cierto morbo subir y bajar por los peldaños de las melancólicas melodías y así derramar alguna que otra lagrimilla injustificada.

Mientras la espera se prolongaba, viajó entre las redes de sus recuerdos más profundos. Como ella normalmente decía, siempre hacía protagonista de sus pensamientos, al menos una vez al día, a una de las personas más importantes de su vida, su padre. Años atrás había sufrido su pérdida, y para ella era automático pensar en él. Siempre decimos que debemos quedarnos con los recuerdos buenos de las personas que van partiendo, indudablemente. Pero el que ha perdido a alguien en condiciones de dura enfermedad, sabe

perfectamente que es imposible deshacerse de esas áridas e hirientes últimas imágenes en las que la vida parece desligarse de una vez para siempre del cuerpo. En ellas, la piel va perdiendo su viveza y su color, los ojos parecen mirar a ninguna parte y la respiración se muestra como un impulso inerte y programado. Todos esos rasguños del alma eran como cicatrices que le acompañaban en todo momento: En un pensamiento, en una conversación, disfrutando de un paisaje, o simplemente viendo una película… En fin, estarían siempre ahí, aunque fuera en ese lugar privado que cada uno posee y que Laura definía como la *penumbra* reservada de nuestro ser; allí se guardarían los secretos y los sufrimientos más oscuros. Siempre se preguntaba adónde iba a parar esa *penumbra* íntima cuando uno moría. ¿Acompañaría a su espíritu en un largo viaje o se diluiría simplemente en el aire tras abandonar el cuerpo? Eran sensaciones tan profundas y únicas que no las compartía con nadie. Eran esas cosas por las que, a veces, se sentía especial y, a la vez, avergonzada de sí misma; algo extraño. Una parte de ella veía esos rasgos como únicos y valiosos; otra, como el origen de sus fracasos y derrotas personales. Al poco, fue llamada para iniciar la entrevista laboral, saliendo así de ese viaje interno que la había aletargado en la sala de espera.

—Señorita Laura… mmm… ¿Laurel? —pronunció confuso y extrañado el entrevistador mientras se acariciaba una barba de color castaño perfectamente recortada. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de buena presencia y de mirada muy cercana y familiar.

—Sí —sonrió ella complacientemente—. Soy Laura Laurel Sánchez, es correcto.

—¡Qué curioso! —se sinceró esbozando una pilla sonrisa—. Yo soy Andrés Reina, uno de los propietarios de la empresa. Siéntese, por favor. Hemos recibido su currículum y estamos interesados en usted, siempre y cuando sea recíproco, claro. Si le digo la verdad nos ha llamado bastante la atención la presentación de su currículum, nos ha gustado mucho.

—Gracias. —La señorita Laurel se mostraba muy satisfecha.

—No, en serio, creo que es su mejor carta de presentación, su propio estilo. Pero ando un poco despistado —continuó explicándose Andrés—. Si me permite, me gustaría decirle que me había hecho una imagen diferente de su persona. —Ella sonreía mientras le escuchaba —. No me encaja su forma de vestir. Esa imagen que muestra hoy no me casa con la impresión que me había formado en la cabeza al ver su currículum. Le soy sincero, no puedo evitarlo.

—Lo primero, ruego me tutee —comenzó a hablar Laura—. Y sí, es cierto, hoy he cambiado mi forma de vestir para la entrevista.

—¡Pues muy mal hecho! —interpeló cariñosamente Andrés

mientras jugaba con un bolígrafo—. Así no me gusta. No te puedo conocer en profundidad. Por cierto, háblame de tú también, te lo suplico.

—En el coche tengo una bolsa con mi ropa —respondió Laura—. Pensaba cambiarme nada más salir de aquí. Así que imagínese lo poco identificada que me siento con estas prendas.

—¿Serías capaz de bajar a por ella y cambiarte? Hay un aseo junto a los ascensores —preguntó en tono desafiante de humor el entrevistador.

—¿Lo dice en serio? ¡Hecho!, ahora mismo vengo. Deme quince minutos.

—Claro, rápido, te espero aquí, Laura… Laurel.

Tan pronto Andrés había terminado la frase, la joven muchacha se apresuró escaleras abajo mientras se quitaba la chaqueta y las horquillas del pelo. A dos calles, tenía el viejo coche rojo aparcado con sus pertenencias. Una mezcla de nervios e incertidumbre le corría por el estómago, le gustaba lo que estaba sucediendo. Enseguida se encontró en el aseo de la empresa donde quería ser contratada, rebajándose el maquillaje e incorporando a su imagen su ropa habitual.

—¡Hombre! —exclamó un sorprendido Andrés—, esto es otra cosa. Un traje muy colorido, unos zapatos morados y la frescura y la improvisación que esperaba de ti. Ahora sí podemos empezar la entrevista.

—Ja, ja —reía Laura—. Así me encuentro mucho mejor. Así soy yo. No me gusta encorsetarme en nada, pero la cosa no está como para perder un puesto de trabajo por la forma de vestir. Tampoco hay que agobiarse si por un día…

—Bueno, así está todo en su sitio —interrumpió con una sonrisa Andrés—. Tu currículum, como tantos, está correcto en contenido: Licenciada en Económicas, Máster en Marketing, etc. Y lo mejor, ¡diseñadora de publicidad de peluquería canina! ¿Cómo es eso?

—Sí, le cuento. Una amiga mía abrió hace poco una peluquería para perros y confió en mí el diseño de la publicidad: Los carteles, las cuartillas para ser repartidas por los buzones y por los parabrisas de los coches. En fin… todas esas cosas.

—Sorpréndeme, dime que tienes una de esas cuartillas en el bolso.

—Pues claro —dijo agradando sus expectativas—, aquí la tiene.

—¡Maravilloso! —gritó Andrés mientras la ojeaba—. Permíteme que me lo quede. ¿Sabes lo que tú vales?

—No lo sé, lo único que tengo claro es que disfruto muchísimo

con lo que hago.

—Pues si encima disfrutas con ello, es porque eres una auténtica artista, con un gusto exquisito y con una brillante sensibilidad. Por cierto, ¿sufres mucho?

—¿Por qué lo pregunta? —Laura parecía confusa.

—No te incomodes, por favor, lo decía porque detrás de esa sensibilidad tan pura, siempre hay un sufrimiento oculto. ¡No me dirás que no es cierto!

—Sí, tienes razón, pero no querría hablar de ello ahora. ¿Me comprende, verdad? Espero que no sea mucho problema…

—Dicho y hecho. Centrémonos en la cuestión que nos atañe. Sabes que el puesto es para el departamento de Marketing a través de nuestra web. Desarrollamos la publicidad de empresas, fundamentalmente orientada al ámbito de internet: Los banners, los rascacielos, etc. Supongo que estarás familiarizada con todo ello. El sueldo se aproxima a tu experiencia, poca. Eso hace que se aleje de tu talento. Espero que entiendas que, en un principio, el salario sea de este tipo.

—Sí, por supuesto. Lo que quiero es trabajar y más en mi especialidad. Esto es una oportunidad importante para mí.

—Espero que sepas reflejar en tu trabajo diario esa esencia mágica que he visto en tu currículum y en esas cuartillas de la peluquería que me has traído. ¿Lo harás?

—Por supuesto —respondió alegremente Laura.

—Entonces… ¿aceptas el trabajo? —Andrés se reía en su interior evitando que pareciera todo demasiado fácil para la aspirante. Realmente estaba muy interesado en ella.

—¡Claro! —sonreía ilusionada Laura.

—Extraordinario. Muy bien, empezarás la semana que viene. Y recuerda, así te quiero ver vestida para venir al trabajo. No me vayas a venir con trajes de chaqueta ni nada que entorpezca ese talento que vive dentro de ti.

—Gracias. —Laura se tronchaba en silencio amarrando la satisfacción creada por aquellos hermosos halagos.

Mientras bajaba por el ascensor, Laura danzaba en su interior en una nebulosa de felicidad contenida. Este edificio era sede de muchas empresas que basaban su negocio en el mundo de internet, por ello se denominaba *Edificio W.B,* de Web Building. Entre ellas, se encontraba *WebCop Marketing,* la empresa que la acababa de contratar. Meter la cabeza en esta compañía era para ella muy importante. Al fin y al cabo se introducía en un edificio con muchas entidades destacadas del sector y donde, a la larga, conocería mucha gente. Eso le vendría muy bien en su futuro profesional. El camino hacia el coche se aceleraba

por segundos y su ligero caminar casi se convirtió en trote.

—Por fin mi primer objetivo conseguido —pensó en su interior.

Tras finalizar los estudios universitarios, se había llevado casi cinco años desempleada realizando un máster y pequeños cursos que perfilaran su expediente. Pero la verdad es que lo que ya tocaba era comenzar su carrera profesional e ir cogiendo experiencia. Ella sabía que la formación era importante, fundamental, pero que empezar a trabajar en estos momentos lo era más. No quería que pasaran los años y competir con personas más jóvenes que ella; se haría muy cuesta arriba y más en aquella situación de precariedad laboral. Una vez que se montó en el coche, encendió el reproductor de compact disc y puso a todo volumen una canción que le encantaba.

…Hoy vas a descubrir
que el mundo es sólo para ti,
que nadie puede hacerte daño.
Hoy vas a comprender
que el miedo se puede romper con un solo portazo.
Hoy vas a reír porque tus ojos se han cansado de ser llanto…

(*Cantante: Bebe. Canción: Ella)*

Siguió cantándola todo el camino, moviendo la cabeza y pensando cómo iba a ser su futuro. Estaba realmente feliz.

—Por fin llegan buenas noticias —se dijo a sí misma.

Tras coger el móvil.

—¿Cómo se lo digo? —pensaba mientras escuchaba el segundo tono de la llamada de su teléfono.
—¡Laura!
—¡Sí!
—¿Laura?
—¡Que sí!, ¡que sí! —chilló la recién contratada mientras se revolvía el pelo a lo loco.
—¿Lo has conseguido? —preguntó Mara.
—¡Sí!, y te lo debo a ti.
—Pero, ¿qué dices? —se alegraba la amiga.
—Les encantó la publicidad de tu peluquería canina.
—¡No me digas que incluiste eso en el currículum! —carcajeaba Mara.
—Por supuesto, contabiliza como trabajo realizado, ¿no? —

argumentó ansiosamente Laura—. Y ya ves, menos mal que lo puse y menos mal que llevaba un panfleto encima. Les encantó. ¡Contratada! —siguió gritando con el brazo levantado.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy debajo de mi casa, en el coche, aparcada.

—¿Quedamos ya?

—Al final no. No puedo. Quiero ir a decírselo a mi abuela. Estará deseando que le cuente. Mejor más tarde.

—De acuerdo, me llamas luego y quedamos.

—¡Perfecto! —seguía eufórica Laura.

Tras colgar, se apresuró para ver a su abuela. Lola era una entrañable y cariñosa mujer mayor que mantenía una estrecha relación con su única nieta. Vivía amarrada a los recuerdos de su hijo fallecido; indudablemente había sido una terrible pérdida. Para Laura, siempre había ejercido de madre en todos los aspectos. Una espesa historia reposaba sobre la vida de aquella muchacha. Cuando era pequeña, su madre los abandonó y, por ello, su vida había girado en torno a la figura de su padre y de su abuela. Al parecer, su madre se había ido con otro hombre. Fueron hechos que nunca habían sido explicados con total claridad. Esos acontecimientos habían dejado una huella muy dolorosa en el alma de su padre, motivo por el cual nunca había querido hablar más de lo preciso.

—¡Abuela, ya he llegado! —gritó Laura mientras colgaba sus pertenencias en la percha de la entrada.

—Dime, Laurita, estoy en la cocina.

—¡Abuela! —exclamó—. ¡Ya tengo trabajo!

—Lo sabía. ¿Quién no te iba a querer a ti? —decía Lola entre lágrimas y acelerando su torpe paso—. ¡No estarán contentos contigo!

—Me acaba de tocar la lotería, abuela.

—No, Laurita, les acaba de tocar a ellos. Tú eres un premio gordo —aseguró con una pequeña sonrisa naciente—. ¿Y cuándo empiezas?

—La semana que viene. Por cierto, no tengo que comprarme ropa nueva, me han dicho que vaya vestida con la mía habitual, la de todos los días. Es gente muy moderna, abuela.

—Claro… a ti no te hace falta disfrazarte de nadie, haces muy bien siendo tú misma.

—Gracias, abuela. ¿Qué haría yo sin ti? —continuó Laura emocionada.

—Pues todo. Absolutamente todo lo haces maravillosamente bien, y lo que tienes te lo has ganado con tu propio esfuerzo. Eres una niña muy lista y trabajadora.

—¿Qué dices, abuela? ¿Acaso olvidas quién me ha enseñado a ser

así?

—Bueno, bueno. Si algo he aportado, ha sido desde el cariño que te tengo; un par de palabras, algún consejito, pero todo lo demás es cosa tuya. Tú te lo has ganado.

—Gracias, eres un sol. —La joven perdía su mirada adentrándose en sueños y hermosas imágenes, recreando un futuro laboral productivo y brillante.

Tras merendar juntas, Laura se tumbó en su cama perdiéndose en la imagen desenfocada del techo de su dormitorio. Como siempre… escuchaba música.

Vendaval de nostalgia me alimenta cuando te oigo hablar.
Llega el blanco y verde de las cosas nuestras.
Llega el cafelito bueno del sofá.
Y ya lo sé, que tendría que cuidarme pero tú también…
…Montañas de sal
Tu marinero en alta mar…

(Cantante: Manu Carrasco. Canción: Montañas de sal)

Sus pensamientos repasaban una y otra vez cada segundo de la entrevista de trabajo, cada palabra pronunciada por Andrés y por ella misma. Realmente estaba contenta con el resultado. Pero en su interior, algún sentimiento más le rondaba. Era uno de esos momentos especiales que a uno le suele gustar compartir con todas las personas que considera de vital importancia; era su padre el foco principal de sus pensamientos. ¡Cuánto le hubiera gustado disfrutar con él toda esa alegría y escuchar su opinión! Se imaginaba abrazándole, girando y girando sin parar sumergida en una infinita felicidad.

—Papá siempre me daba el mejor consejo y el mejor consuelo —pensó Laura perdida en su imaginación.

Enrique había contado con el apoyo primordial de su madre, Lola. No obstante, y a pesar de su ayuda, había tomado las riendas de la familia con valentía y buen hacer. La huida, como él llamaba a ese acontecimiento, de su esposa, le había empujado a dedicarle más tiempo a su hija. Con los años, ambos habían forjado una relación muy estrecha y especial; se necesitaban mucho el uno del otro. Junto a los recuerdos de su padre, no podía olvidar a la persona que le había traído al mundo. Siempre prefería no utilizar la palabra *madre*, pues nunca lo había representado para ella, pero sí que ocupaba su mente de vez en cuando y, hoy, no iba a ser menos. No podía evitar pensar qué sería de ella y, en esta situación, saber si se sentiría orgullosa de

su hija; al fin y al cabo no podía apartar esos sentimientos de pertenencia hacia su progenitora, aunque fuera desde la rabia o desde el rencor. Dejando volar aún más su imaginación, recreó mentalmente el primer día de trabajo, sus nuevos compañeros, su mesa, su ordenador, y voló en un mundo de mil maravillas donde sus creaciones artísticas se repartían por doquier como obras de artes reconocidas. Cientos de flashes la alumbraban como si de una diva del cine se tratara. Ella sonreía y se adulaba con grandes piropos mientras era rodeada de una multitud. Todo aquello era apabullante, su felicidad se hacía extrema y, entre carcajadas ya reales, aterrizó de nuevo en su cama. Con una sonrisa residual se incorporó y cogió el teléfono.

—¡Hola, Mara!

—¡Hola, Laurita!

—¡Ja!, aquí estoy. —La señorita Laurel se abrazaba a un enorme cojín con una sonrisa imborrable.

—No me lo digas —dijo Mara en tono premonitorio—. Ya sé lo que has estado haciendo. ¡Cómo te conozco!, lo noto en tu voz. —Laura seguía riéndose—. Cómo reconozco esa risa. ¿Qué?, viajando por tus sueños, ¿verdad?

—Cómo me conoces, ¡pues claro!, soñar es gratis… y ¡me hace tan feliz! Deberías probarlo más a menudo.

—Si yo lo intento, pero es que no tengo esa capacidad de ensoñación que tú tienes. Mi realidad me pesa demasiado, no puedo salir de ella con tanta facilidad.

—Tendrás que practicar más —respondió con tono jocoso Laura —. Bueno ¿qué?, ¿nos vemos? —La joven deseaba contar y no parar de contar todo lo sucedido y todas las cosas buenas que le hacía sentir.

—Pues claro, me tienes que explicar. Te recojo enseguida.

Laura, mientras paseaban, le relató a su amiga con todo lujo de detalle lo sucedido en aquel día tan especial. Pasaron por delante del *Edificio W.B.* Ambas miraron hacia arriba, anonadas, contemplando aquella inmensa edificación.

—Ahí está tu futuro —aseguraba Mara—, ¡qué de cosas te quedan por vivir en ese lugar!

—Sí, espero que vaya todo tan bien como ha empezado. El hombre que me hizo la entrevista me dio muy buenas vibraciones. Su naturalidad y espontaneidad me han encantado. Además, me ha gustado que fuera tan halagador conmigo respecto al diseño de mi currículum y los panfletos de tu peluquería. Siempre gustan ese tipo de comentarios. ¿A quién no?

—Claro, es que la gente es muy cuadriculada a la hora de hacer el currículum. Si eres abogado o médico está muy bien, pero si eres de publicidad o de diseño gráfico o algo así, debes reflejarlo de alguna manera curiosa y rompiendo moldes.

—Lo que más me ha gustado es que me dijera que me cambiara de ropa. Tengo la sensación de que me van a dejar correr libremente por mis ideas, deben dar bastante rienda suelta a la imaginación. En este tipo de trabajo es importante.

—¡Pero es que tú eres muy buena en lo tuyo!, lo van a flipar.

—¡Qué exagerada eres! —suspiró Laura con cierta intranquilidad —. Me estoy poniendo nerviosa con sólo pensar que empiezo en unos días. ¡Qué nervios!

El fin de semana llegó como antesala a ese lunes crítico, ese día donde Laura comenzaría su camino profesional. El domingo fue un día tranquilo que dedicó a uno de sus principales hobbies, la pintura. En una habitación de su casa tenía montado su *taller de la locura*. Así le llamaba a la habitación donde se pasaba horas y horas pintando y escuchando música. De fondo, la acompañaba el chelo de *Yo Yo Ma* interpretando *El Cisne* de Camille Saint-Saëns. Pintaba en un estilo hiperrealista una bailarina clásica. Era una copia del cuadro de un pintor chino que a ella le encantaba, *Guan Zeju*. Además de sus conocidos desnudos, poseía algunas obras de bailarinas de ballet. Le entusiasmaban sus obras, y éstas en particular. Le enamoraba la luz del sol entrando por la ventana y alumbrando el parqué, el verde de las hojas de los árboles, la perfección en el acabado del tutú. Todo era fantástico en aquel lienzo. Se pasaba horas disfrutando de sus obras en internet. A su alrededor, las paredes estaban repletas de obras propias en todos los tamaños. Había paisajes, monumentos y retratos, sobre todo y de un tiempo acá, de su padre. En sus días de inspiración, reproducía a toda voz sus canciones y melodías clásicas favoritas. Eso la empujaba a un mundo secreto, adonde siempre viajaba en esos momentos de intimidad creativa. Al son de la música, transportaba sus sentimientos de un lado para otro, dirigiendo el pincel como una batuta, dibujando trazos en el lienzo y en el aire en una especie de danza espiritual que le envolvía, si cabía más, en esa magia que le inundaba de sensibilidad, de poder y de ilusión. Parecía elevarse del suelo y maravillarse ante tanta grandeza, ante tanta belleza musical, y eso lo reflejaba en la realidad de su lienzo. A veces, Lola la miraba por la rendija que dejaba la puerta entreabierta, llenándose de paz y de felicidad ante aquella mágica estampa. Sabía que su nieta rebosaba talento y no quería que se quedara oculto en ese *taller de la locura*. Ansiaba que se diera a conocer de una manera u otra; no necesariamente a través de la pintura, no era eso, sino de cualquier

forma, pues Laura era para ella una auténtica artista. Lola guardaba en su íntima caja de su caduca juventud, recuerdos difusos donde ella bailaba y bailaba sin cesar. El flamenco le apasionaba, pero la vida le había llevado por otros derroteros alejados de su pureza, de su arte. Por estos motivos, siempre quiso relevar el cumplimiento de sus sueños sobre su nieta. Era su gran deseo. Sabía que su oportunidad ya había pasado, y aunque lo seguía viviendo con intensidad en su interior, sus canas y sus dolores sólo le permitían dar pasos y taconeos sobre las imágenes soñadas de su imaginación. Al ritmo de ese taconeo interior y profundo, había viajado innumerablemente a su infancia, a su juventud y a ese pueblo que le vio crecer y absorber todo el duende que ella poseía. Ya se lo decía su madre: «Sin saberlo te puse Lola, como la Faraona de Jerez, espero que tengas todo su arte». Y no se equivocó. Ese premonitorio nombre impuesto en su bautizo cumplió sus deseos, concediéndole una hija que bailaba y cantaba como los ángeles. Decían que movía los brazos como nadie. Eso se seguía vislumbrando en los amagos de arranque que llevaba a cabo, de vez en cuando, sentada ante su televisor —¡Cómo se podía sacar tanto arte con tan poco movimiento! —decían algunos que la conocían bien.

Al llegar la noche, Laura se acostó temprano para empezar la semana con energía. Entre las sabanas, recordaba aquellas noches lejanas donde su padre venía a la cama y le decía: «te doy un beso de parte de tu ángel de la guarda que te cuida en la lejanía». Entonces, le daba un cálido beso en la frente. Siempre le decía la misma frase cada noche, desde que era pequeña. Ella lo recordaba con mucho cariño y, a veces, Lola se lo hacía de la misma manera rememorando aquella etapa tan añorada.

Capítulo II

El lunes había amanecido para Laura antes de lo esperado, antes de que sonara el despertador. Sobre las cuatro de la madrugada, sus ojos se abrieron y contemplaron el vaivén del reflejo de las luces de los coches de la calle que se proyectaban sobre su techo. Ella ya intuía que no iba a conciliar nuevamente el sueño. Un insomnio transitorio le tendría toda la noche girando y girando, buscando la postura que le retornara de nuevo a los brazos de Morfeo, pero estos no llegaron. Como es costumbre, acercándose la hora en la que debía levantarse, sus ojos sí parecieron solicitarle imperiosamente el descanso.

—Ya no me da tiempo —pensó, y de un salto se puso de pie.

Tras la ducha, se atusaba su melena con un peine de carey antiguo. Sus ojos se desviaban algunos instantes a la foto de su padre que tenía en la esquina del espejo.

—Dame suerte, papá —continuó diciendo en voz baja—. Espero que todo me vaya fenomenal. Deseo caerle bien a la gente y que la gente me caiga bien a mí. No pretendo otra cosa, sólo que estén contentos conmigo. ¿Verdad que estarás hoy cerquita mía? ¿Lo prometes? —Ella sonreía complaciente como si escuchara respuestas a sus peticiones.

Poco a poco, se introdujo, una a una, varias pulseras de colores que engalanaban sus brazos. Los abalorios le entusiasmaban, de cualquier material, eso sí, que fueran de muchos colores y nada de joyas caras, claro. Finalmente, se encontraba peinada y vestida, y con un poquito de colorete en sus mejillas. No solía maquillarse demasiado. Al discreto rubor sólo se atrevió a añadirle el perfilado suave de los ojos. Arreglada la cama, fue a la cocina para desayunar.

—Buenos días, abuela. ¿Qué haces despierta tan temprano? —le dijo Laura en tono de dulce regañina.

—Que no he podido dar ojo, hija. Toda la noche pensando en lo tuyo.

—Pues ya somos dos, abuela. Mira que lo he intentado, pero nada de nada.

—Laurita, estoy muy contenta por ti. Han sido unos años en los que, desde la pérdida de tu padre, nada parecía marchar bien. La verdad, me preocupaba que no llegara un cambio de aire que te permitiera pensar en otras cosas. El trabajo es salud, siempre deja la cabeza entretenida y lejos de pensamientos rancios que no nos llevan a nada.

—Lo sé, abuela, pero ahora tendré menos tiempo para ti — hablaba cariñosamente mientras la abrazaba por detrás.

—Eso, eso, y así debe ser. Los hijos tienen que ir abriéndose paso en la vida, sin olvidar a los suyos, pero marcando su propio camino. No es bueno ni sano anclarse en los sentimientos de la infancia o de la juventud hasta el punto del sacrificio. Hay una lágrima que es necesaria sufrir, y es la de la salida de la casa familiar. Aunque al principio cuesta, a la larga es mejor.

—Abuela, ¿qué dices? Empezar a trabajar no significa que vaya a irme de casa.

—Pues ya te lo tendrías que ir planteando —aconsejaba Lola con mirada triste—. No vas a estar toda la vida cuidando a una vieja.

—¿No querrás que me vaya, no?, Ja, ja. ¿Qué vas a hacer sin mí? ¿Y yo sin ti?

—Yo… morirme. Pero tú, vivir la vida que no es poco. Éste no es lugar para una joven como tú. Verás como en breve tendrás ganas de alzar el vuelo. Algún día conocerás al chico que te guste.

—¡Qué va, abuela! —exclamó con expresión de desagrado—. Desde lo de Luis, no me apetece que se me acerque ningún hombre. ¡Valiente petardo!

—Pues no parecía mal chaval.

—¡Claro! Al principio y delante de la familia política, todos somos estupendos.

—Bueno, deja que te dé un beso. Te acompaño a la puerta.

Laura abrazaba a su abuela con los ojos cerrados, repostando de cariño todo su corazón para aguantar bien su primer día de trabajo. Lola le devolvía el gesto dándole un abrazo lleno de ternura y de calor. Ella deseaba vehementemente que su nieta fuera feliz y que ahuyentara, de una vez por todas, las doloras emociones que habían ocupado su ser en los últimos tiempos. Ambas se mantenían abrazadas sin inmutarse; pareciera como si el reloj se hubiera parado para ellas.

—Ahora sí, abuela. Ahora ya puedo marchar. Gracias por tu energía. —Se agachó para recoger el bolso del suelo.

—Gracias a ti, hija. Te quiero mucho. Suerte, suerte. Vete ya. ¡No

vayas a llegar tarde!

Mientras cerraba la puerta, Lola apretó fuertemente un rosario realizado en madera de palo de rosa que aún mantenía un hilo de fragancia, y que siempre llevaba en el bolsillo de su bata. Con los ojos cerrados, sendas gotas de lágrimas recorrieron a trompicones el relieve seco, árido y agrietado de su piel, cayendo en el suelo junto a sus coloridas zapatillas de andar por casa. Por un instante, su cuerpo quedó petrificado; había sido abandonado momentáneamente por aquellos pensamientos que se proyectaban con una melancólica exclusividad sobre los sentimientos que tenía hacia su nieta. Al poco, fue regresando a la sala de estar donde comenzó a leer una revista.

Laura caminaba hacia su trabajo marcando un paso rápido y seguro. Su *ipod* le transmitía buenas y alegres melodías que acompañaban, al unísono, a su interior.

…Birds flying high you know i feel
Sun in the sky you know how i feel…
…It´s a new dawn
It´s a new day
It´s a new life for me and I'm feeling good

(Cantante: Nina Simone. Canción: Feeling good)

La fuerza que sentía era tal, que si la hubiera materializado, habría proyectado un halo brillante alrededor de su cuerpo durante todo el trayecto. Quería sacar las frases de aquella canción de su cabeza y gritarlas al mundo entero. Quería correr y girar con los brazos en cruz para que todo el mundo compartiera toda esa alegría experimentada. Era un día grande y feliz, y quería saborearlo; sabía que no siempre iba a ser así. Se cruzaba con niños y niñas que iban al colegio. Les sonreía y les acariciaba el pelo cariñosamente. Observaba pasar los autobuses llenos de gente, las personas que se cruzaban por la calle, los coches. El mundo se ponía en marcha a sus pies como una máquina bien engrasada, sintiéndose por fin muy partícipe y activa de todo ese proceso. Era una profesional más del mundo empresarial, al menos así se sentía en su exacerbado optimismo renovado.

—Buenos días, señorita. ¿En qué le puedo ayudar? —le instó el encargado de seguridad del edificio que se encontraba en el mostrador del hall.

—Buenos días. Soy Laura, me incorporo hoy a la empresa *WebCop Marketing*, en la tercera planta. —Ella se ponía de puntillas intentando

ver lo que él escribía.

—Perfecto, ruego me facilite su documentación.

—Aquí tiene.

—Perfecto, señorita Laurel. Tome, le devuelvo el carné. Espero que tenga un buen día y un buen comienzo. Mi nombre es Sebastián. Si puedo ayudarle en algo, aquí me tiene.

—Muchas gracias e igualmente.

Laura esperaba frente al ascensor rodeada de hombres y mujeres, todos enchaquetados. En un primer momento se sintió algo incómoda, pues ella iba vestida en su estilo habitual. Pero al instante, tragó fuerte y ese sentimiento giró al signo contrario, confiriéndole seguridad y confianza. Al timbre de la puerta del ascensor, todos entraron. Una vez en su planta, la puerta se abrió.

—Hola, Laura —le recibió cordialmente la recepcionista de la empresa—. ¡Ya estás aquí! ¡Fue bien la entrevista entonces!

—Hola, buenos días. Sí, la verdad es que sí, aquí estamos para empezar.

—Muy bien. ¿Tienes los papeles que te pidió Andrés que trajeras?

—Sí, aquí te los dejo. —Cerró su bolso tras sacar la documentación.

—Gracias, Laura. Por cierto, mi nombre es Yolanda. Ya somos compañeras de trabajo, es un placer. Puedes sentarte ahí un segundo, ahora mismo aviso para que te reciban.

—De acuerdo, gracias. Es un placer también.

Laura se mostraba rígida y concentrada sobre los asientos que la albergaron momentos previos a la entrevista de la semana anterior. Pasados cinco minutos, un hombre apareció por aquel pasillo de moqueta azul.

—Buenos días, Laura, pasa conmigo. —Habiéndole mirado fugazmente a sus ojos, él se giró.

Tras entrar en el despacho de aquel hombre, ambos se sentaron y comenzaron a conversar.

—Bien, Laura. Soy Gabriel, director de *WebCop Marketing* aquí en Madrid. ¿Qué tal estás? —se presentó un hombre moreno y atractivo que sobrepasaba los cuarenta años.

—Muy bien, deseando empezar —reconoció con cierta efusividad contenida.

—Perfecto, ése es el ánimo que aquí necesitamos. En esta sede

somos dieciséis personas trabajando. La recepcionista es Yolanda, ya la conoces. Existen dos departamentos perfectamente integrados. Uno, el cerebro de la empresa, de donde parten las ideas; ahí te ubicarás tú. El resto son informáticos que materializan las propuestas que tengáis. Tu departamento está junto a mi despacho. En la sala estaréis tres empleados. Le llamamos la sala *comecoco*, pues eso es lo que vais a hacer fundamentalmente, comeros el coco. Me ha comentado Andrés, el que te entrevistó, que eres una persona con mucho talento. Vio tu currículum y uno de tus trabajos… quedó realmente impresionado. La verdad es que a mí también me ha gustado mucho, he tenido la suerte de verlo. Andrés tiene un sexto sentido con la gente, tiene un don. Sabe perfectamente el que vale y el que no. Los demás preferimos ni rechistar, pues hasta el momento no se ha equivocado. Confío plenamente en él. Sí que me gustaría, si no te importa, hacerte unas preguntas, quizás un poco personales. Me servirán para orientarme un poco en tus gustos, tus preferencias, y así saber qué te puedo pedir y sobre qué caminos es preferible llevarte. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, Gabriel. Cuando quieras.

—Bien. En primer lugar, me gustaría que me describieras tu persona, hasta los límites que desees, eres libre de expresarte. Lo único que sí te pido es sinceridad, aunque eso restrinja el campo de tu conversación.

—Lo intentaré. —Tras una breve pausa—. Soy una persona muy involucrada en lo que hago. Ciertamente me considero muy responsable y no me gusta transgredir normas que supongan molestar a los otros. Soy puntual. Me gusta, supongo que como a todos, la aprobación de los demás.

—Perdóname, Laura —interrumpió con delicadeza el director—. No me refiero a eso. Quiero que abras de par en par tu alma, que vomites todo tu interior. Quiero que cumplas con las expectativas que me ha transmitido Andrés. No quiero las típicas respuestas. ¡Venga!, sé que puedes hacerlo mejor.

—Entonces —siguió Laura—, ¿se refiere a lo que se esconde dentro de mí?, ¿lo más reservado de mi ser?

—En efecto, eso es exactamente lo que quiero.

—Pues eso es más difícil. Intentaré explicarme. No puedo empezar de otra manera que diciendo que vivo con mi abuela. Para mí ella es muy importante y la única familia que me queda. Tengo unos primos que viven en otra ciudad pero, la verdad, como si no los tuviera. Mi abuela es como yo, pero con más años y adaptada a su época, claro. Nos parecemos mucho. —Su expresión mostraba orgullo y satisfacción. —Siento que en mi interior vive un pequeño animal que está ansioso por salir. Lo veo como algo que está contenido desde siempre, oculto en un lugar reservado. Incluso yo desconozco su

propósito. Esa parte de mí tiene las ideas claras, presenta seguridad y conocimiento de las cosas, pero anda un poco dormida y a la espera de algo.

—Continúa —siguió diciendo Gabriel con rostro de un profundo interés.

—La otra parte de mí es externa, visible y vulnerable. Es lo que vendo al mundo, y no siempre estoy contenta con lo que hace o dice. Mi vida ha estado guiada por esa parte pública, y no siempre ha acertado en sus decisiones. Desearía que tomara las riendas esa otra parte más profunda y enigmática.

—¿Quizás te refieras a la distinción entre el querer y el deber?

—No exactamente. Tengo una persona dentro, distinta, que se deja llevar por las emociones, por la belleza de las cosas y de las distintas artes: De la pintura, de la música… En ella viven mis deseos, mis esperanzas, mis sueños, mi futuro, mis éxitos, mis fracasos. En cambio, en mi coraza sólo habita lo que se ve, lo que he hecho hasta ahora cara al mundo: Mi comportamiento con los demás, mis limitaciones, mis enfados, mis tristezas… No sé, es como mi lado visceral que no me deja avanzar. En cambio, la otra mitad, aun siendo también muy visceral, no me reprime, todo lo contrario; me anima a seguir, a luchar, me inspira, me instiga amablemente, me motiva y me da esa fuerza para pensar que puedo cambiar mi alrededor y hacer que la gente sea más feliz —se envalentonaba—. Y eso que le cuento y que siento tan intensamente, vive en mí latente, a la espera de ser despertado y mostrado con todo su esplendor y viveza, y cuando acabara todo, yo retrocedería a mi cueva personal y privada contemplando desde allí, llena de satisfacción, todo lo bello del mundo que quedara a mi alrededor —terminó de explicarse Laura casi sin aliento.

—¡Vale! —respondió Gabriel con semblante de anonadación—. Me dejas petrificado. Ahora entiendo a Andrés. ¿Le contaste esto a él?

—No, la verdad, no me preguntó —contestó elevando los hombros.

—¡Qué visión tiene este hombre!, os caza al vuelo —sonreía alucinando el director—. ¡Cómo tiene esa habilidad de coger a gente como tú! Pero tú, señorita Laurel… tú eres la más.

—¿La más?

—Sí, Andrés quiere en su empresa gente especial. Los más o los menos tienen su cosa, pero tú estás en otro rango. Entiendo que él lo viera tan claro.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañada la joven muchacha.

—A eso precisamente, a que siendo tan especial como eres, aún no te hayas dado cuenta.

—Soy diferente, eso sí. Siempre lo he sabido.

—Sí, pero hay otros tipos de *diferentes* que mejor no serlo. Enhorabuena, te ha tocado ser a ti uno de los buenos. De todas formas, esto es una cosa y el trabajo otra. Deberás plasmar todo ese talento en tu día a día, en tu labor y en tu esfuerzo. Yo, hace unos años, quería mover el mundo y ponerlo del revés, pero no como tú. Tienes un don y debes aprovecharlo.

—¿Y qué debo hacer?

—Seguir siendo tú. Ese animalito que dices que tienes en tu interior, es la misma persona que la de fuera. Encaja a la perfección con esa coraza que tanto rechazas, complementándose fielmente y configurando un ser muy especial y único. Debes de sufrir mucho, ¿verdad?

—Eso mismo me preguntó Andrés. —Laurel caviló silenciosamente.

—No me extraña. Esa carga de sensibilidad que posees tiene esa contrapartida. Te crea una delicadeza extrema y continua que es la que te hace viajar, a través de una creatividad diestra, en un vaivén dentro de tu magia, permitiéndote ver las cosas de esa manera, generando esas emociones y pensamientos tan singulares. Si focalizas esa genialidad en tu trabajo serás la mejor, una auténtica artista. Por cierto, ¿te gustan las artes?

—Por supuesto. La música no la domino en ninguno de sus campos, sólo la escucho, pero me llega hasta el fondo de mi corazón. Lo que me gusta hacer en mis ratos libres es pintar al óleo.

—Eso te viene muy bien en este trabajo. ¿Y qué sientes cuando pintas?

—Eso sí me es difícil describirlo.

—Venga, Laura… a tu manera.

—Cuando pinto… —hizo una pausa con una larga inspiración—, siento navegar por la dulzura de los trazos, como cabalgando en sensaciones que galopan en mi pecho y que desembocan en mi mano en forma de colores, luces y sombras. Me gusta pintar obras originales, pero también hago reproducciones. Busco profundizar en el mar íntimo del autor, intentando experimentar las mismas cosas que él, esparciéndolas por el lienzo tal y como lo hubiera hecho el propio artista. La satisfacción que me produce es enorme. Vuelo y sueño en mil mundos mágicos e imaginarios. En ellos me recreo durante minutos u horas, disfrutando de sus colores, de sus formas, de sus olores, de sus sabores y cierro los ojos convenciéndome que jamás saldré de aquel mágico lugar. Todo eso me hace muy feliz. Así ando de un lado para otro, intentando sacar el bicho que hay en mí, despertando de vez en cuando de esos sueños y exhalando mi verdadera y presente realidad. No hay más remedio, ella es la que impera.

—Me pasaría toda la vida escuchándote, Laura. Me pasaría toda una noche viajando a tu lado, cogida de tu mano contemplando tus paisajes y fascinándome con tu mirada. ¿Te acuerdas cuando Lois esperaba a Superman en su terraza para hacerle una entrevista? Él la elevó por los aires dándole un paseo por el firmamento lejano de Nueva York. Lois y Clark flotaban cogidos de la mano y la deslizaron hasta que ella sólo pendió de la punta de los dedos. Le permitió experimentar realmente lo que era volar viendo la inmensidad del mundo a través de los ojos de aquel ser tan formidable, un mundo que reposaba bajo sus pies como un bello paisaje de ensueño. Y todo aquello que a ella le fascinó, fue tan sólo un cambio de perspectiva. Aquel mundo era el que siempre había sido, pero visto desde arriba, desde el cielo. Lo que para él era algo normal, para ella era lo más mágico, grandioso y espectacular del universo. Lógico que ella se enamorara, ¡él era superman!

—Claro que lo recuerdo, con esa música tan dulce de fondo. Me encanta esa escena.

—Bueno, Laura, pues siento algo parecido; como si hubiera despertado ahora mismo de un sueño muy agradable, y te lo debo a ti.

En su interior, Gabriel tuvo pensamientos en voz alta, dentro de su cabeza, al igual que Lois. Pensaba en la grandeza de esa mujer, y se preguntó si ella se habría percatado de su asombro pueril.

—Parece que me hubiera encantado con su mirada, con sus palabras —se dijo repetidamente durante el resto del día.

Sentía una inseguridad infantil que quedaba ya obsoleta en su repertorio de emociones; era algo más propio de la época escolar. Simplemente era fascinación.

—Todo listo —siguió Gabriel mientras se le caían algunos papeles de la mesa consecuencia de algún movimiento brusco y desordenado de sus brazos—. Ya me he hecho una idea de ti bastante amplia. Hago una llamada, un momento —tras unos segundos, siguió dirigiéndose a Laura—. Uno de tus compañeros ha ido a nuestra subcontrata de impresión de diseño gráfico. Ahora mismo viene el otro. Te caerán bien, son buena gente. ¡Mira!, aquí está.

—Buenas —dijo un chico de pelo claro y de mediana altura—. Soy Rafael, tu compañero.

—Encantada, soy Laura. Y el otro compañero, ¿se llama Miguel?

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Rafael—. ¿Ya lo conoces?

—No, era una broma. Los tres arcángeles, San Gabriel, San Rafael y San Miguel.

—Pues sí que se llama Miguel —musitó asombrado Gabriel—. Nunca nos lo habían dicho. Es cierto, tiene gracia.

—Pues sí —continuó diciendo Rafael—, curiosa objeción. ¡Es que ya olvidamos hasta los santos que nos dan nuestros nombres!

—Rafa —dijo Gabriel aún un poco descolocado—, enséñale a Laura su puesto de trabajo. Tomaros hoy el día con relajación. Nos veremos luego.

Laura y Rafa salían del despacho en dirección a la sala contigua. Mientras, Gabriel se despedía con la mirada puesta en la silueta de la recién contratada. Él sabía que en aquella joven vivía alguien muy especial. La confusión le salpicó en lo más recóndito; algo en su interior había cambiado tras conocer a Laura. No sabía en qué pensar. No se había enamorado de su físico, ni de su mirada, ni de su semblante. Es más, no lo percibía ni como amor. Sintió una enorme admiración, un deseo irremediable de volver a verla, de hablar con ella de nuevo. Sería feliz escuchándola un rato más, pero algo le decía que no lo hiciera. Algún sentimiento de culpabilidad creció en él en esos momentos.

—Ésta es tu mesa, pegadita a la mía —le sonreía Rafa mientras le empezaba a explicar—. Tienes un excelente ordenador y un buen monitor, como podrás comprobar. Todos los softwares que nos interesan los tenemos instalados, muy actualizados. Si crees necesario tener alguno más, sólo tienes que planteárselo a Gabriel, valoraría su adquisición. Vamos a encender los ordenadores y empezamos a ver cositas.

—Gracias, Rafa —respondió amablemente Laura.

—Por cierto, me han dicho que diseñaste la publicidad de una peluquería canina. Andrés flipó con tu trabajo. ¿Qué hiciste?

—Un panfleto que decía, «*Le damos a tu perro el corte de pelo que desees, ¡cualquiera que te propongas!*» y mostrábamos una foto de la peluquera agarrando con las manos unas tijeras podadoras grandes, de jardinero, y a su lado un perro enorme como una vaca, con muchísimo pelo, como si fuera un arbusto. La peluquera le daba forma musculada, como si fuera un perro culturista. La verdad es que quedó muy bien, muy gracioso.

—¡Qué bueno! ¡Qué idea tan genial! Espero que te lo traigas el próximo día y lo vea con mis propios ojos. Pues nada, tendremos aquí una artista. ¡Estupendo!

El resto de la mañana se pasó entre tecleos de ordenador y miradas clavadas en el monitor. Laura sentía pasión por su nuevo trabajo. Ese día, y como de costumbre, Rafa comió en su casa; no le

cogía muy lejos del trabajo. Laura prefirió comer sola en un bar en la misma calle del *Edificio W.B.* Su casa se encontraba a treinta y cinco minutos a pie, siendo una razón para no ir.

El ambiente laboral le entusiasmaba. Observaba a la gente entrar y salir del bar, haciendo caso omiso al contenido de su plato. Una vez había terminado de comer, jugueteaba con las sobras. Mientras, pensaba en Lola. Hacía mucho tiempo que no la dejaba sola a la hora del almuerzo.

—Seguramente ni haya cocinado para ella —concluyeron sus pensamientos.

Se imaginaba a su abuela sentada en aquel sillón de flores que tanto le gustaba, con la mirada perdida en la pared, pensando y pensando sin parar. A su mente le vinieron Andrés, Gabriel y Rafael. Se preguntaba qué imagen les habría causado.

—Espero que buena —deseó.

Pero Laura, en ese aspecto, nunca descansaba tranquila, siempre le quedaba algún *pero* que le hacía dudar sobre la opinión que se formaban de ella. Era fruto de sus miedos y sus inseguridades, y aunque llevaba toda la vida luchando contra ellas, seguían ahí. Era parte de su identidad, de sus raíces y difícilmente lograba controlarlas en su interior, aunque nadie las apreciara desde fuera. Su padre siempre le decía que con la edad tenderían a desaparecer, pero hasta el momento no había sido así y Laura lo sabía. Se hacía consciente de ello y lo tenía muy presente en sus relaciones con lo demás. Era algo muy insignificante en apariencia. Aunque nadie lo percibía, le repercutía muy de cerca a su estado de ánimo. Cuando quiso analizar la opinión que se había hecho ella de sus compañeros, se dio cuenta que no le había dado tiempo a captar ni el más mínimo detalle. Laura era consciente de una peculiaridad que le ocurría siempre al principio de sus relaciones con los demás: Tendía a valorarse continuamente a sí misma y eso le entorpecía orientar sus sentidos hacia los otros y hacer un minucioso análisis. Efectivamente, se dio cuenta en ese instante que no se había percatado bien ni de Gabriel ni de Rafa. El confuso director se pondría contento si lo supiera. Esa ceguera momentánea le cabreaba y le obligaba a concentrarse más en los contactos sucesivos con las personas.

—Seré tonta —dictaminó—. Otra vez he estado en mi mundo. Lo peor es que quizás se hayan dado cuenta. ¿Qué habrán pensado de

mí? ¡Qué mal! Dirán que soy una egocéntrica.

A las seis de la tarde llegó el final de la jornada laboral. Laura y Rafa salieron dispuestos a aprovechar lo que quedaba del día.

—Bueno, Laura, mañana nos vemos otra vez.
—Sí. He estado muy cómoda contigo, muchísimas gracias. En este primer día de trabajo he aprendido un montón de cosas. ¿En qué dirección vas?
—Hacia la calle Gallardo Lomas, ¿y tú?
—También, aunque yo vivo mucho más lejos.
—¿Qué te ha parecido la empresa en tu primer día? —preguntó Rafa iniciando la marcha y metiéndose las manos en los bolsillos.
—Muy bien y contigo genial. También Gabriel me ha caído muy bien. Los proyectos que habéis iniciado son geniales y los tenéis muy bien encaminados. Los clientes van a quedar muy contentos.
—Me alegra. Verás como estás bien. Gabriel es un buen jefe, es uno más. Si algo va mal se enfada, pero el resto del tiempo es como uno de nosotros. Mañana ya vendrá Miguel. Es otro cacho de pan. ¡Es que somos unos angelitos!
—No, mejor… ¡arcangelitos! —reía Laura.
—Es cierto, los arcangelitos de Laura. ¿Y tú?, ¿tienes novio o estás casada?
—No, en absoluto —negó con asombro.
—No es malo estar casado —dijo jocosamente Rafa.
—¡Qué va!, quiero decir que no tengo novio ni nada. ¿Y tú?
—¿Novio?… tampoco —carcajeaba él—. Lo que sí tengo es mujer, Lidia. Llevamos dos años casados. Ahora está embarazada, esperamos una niña.
—¡Enhorabuena! —exclamó Laura—. Qué bonito debe de ser. Cuando la cojáis por primera vez en brazos será un momento maravilloso.
—Sí, tenemos unas ganas locas. Se llamará Valeria. ¿Y cómo es que tú no tienes novio?
—Tuve uno hace un par de años, pero no resultó. No supo estar.
—¿Qué pasó?, si no te importa hablar del tema.
—Por entonces, mi padre había tenido un accidente de coche. Estuvo meses en coma antes de morir. No supo entender por lo que yo estaba pasando. Fueron momentos difíciles para mí y él sólo pensaba en sí mismo. No pudo aguantar la presión.
—Vaya, lo siento. ¿Vives entonces con tu madre?
—No, mis padres no estaban juntos desde hacía muchos años. Vivo con mi abuela Lola, madre de mi padre.
—Curiosa historia. Es raro, normalmente los hijos se van con las

madres.

—En mi caso fue ella la que no quiso venirse conmigo. Yo tenía menos de un año. Es una historia muy larga y extraña.

—Pues vaya, lo siento mucho —respondió con expresión de haberse metido en terreno fangoso.

—No, no pasa nada. De todo eso ni me acuerdo, como si no hubiera pasado para mí. Puedes quedarte tranquilo.

—Ok, Laura. Bueno, yo me quedo aquí, ésta es mi casa. Mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

—Claro. Muy bien, Rafa. Ha sido un placer. Mañana nos vemos.

Había avanzado unos pocos metros cuando su teléfono móvil sonó. Era un número desconocido.

—Sí, dígame —dijo Laura frunciendo el ceño.

—Hola, Laura —saludó un hombre.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Andrés. ¿Cómo te ha ido tu primer día?

—Me alegra escucharte. Muy bien, ya camino de casa —dijo ella sorprendida.

—He hablado con Gabriel y está muy contento contigo. Así que, si tú estás contenta y él está contento… todos estamos contentos.

—Muchas gracias.

—En serio, Laura, llámame para lo que quieras. Sabes que quiero que te encuentres a gusto con nosotros, así es la mejor forma de trabajar. Un trabajador contento… es un trabajador productivo. No tengas reparos en llamarme, aunque sea para una tontería. Cualquier cosa que se te pase por la cabeza, me llamas y me lo dices.

—Agradezco tu interés. Lo haré si es preciso.

—Bueno, te dejo. Supongo que estarás deseando hablar con los tuyos y contarles qué tal te ha ido. Mucho ánimo. Ya hablamos.

—Gracias, Andrés. Un saludo.

Recibir esta llamada motivó más, si cabe, a la joven señorita Laurel. Iba espléndida, más aún que por la mañana. Deseaba hablar con Lola y con Mara, y contarles todo. Hablar y no parar de hablar. Sabía que había recibido un trato muy cariñoso por parte de todos sus compañeros, y eso le ilusionaba.

—Hija, ¿estás ahí?

—Sí, abuela.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó yendo lo más rápido posible hacia el recibidor.

—Muy bien, abuela. ¿Qué quieres que te cuente?

—¿Te han tratado bien? ¿Son simpáticos?

—Sí. Mi jefe se llama Gabriel, y mis compañeros Rafael y Miguel.

—¿Cómo las arcángeles?

—Eso dije yo, abuela —reía la nieta—. ¡Cómo eres!

—¿Y qué más? Cuenta, cuenta. —Lola acercaba su rostro al de su nieta elevando repetidamente sus curiosas e intensas cejas pintadas.

—Hemos visto cosas del trabajo, cosas de ordenador.

—Ah vale. ¿Y algún chico mono?

—¡Lo sabía! —exclamó negando con la cabeza—. No sé, no me ha dado tiempo ni a fijarme.

—¿Tú sabes que yo conocí a tu abuelo en el trabajo? Igual te pasa a ti ahora.

—Claro, en la fábrica de chocolate. Lo recuerdo —le dijo la joven mientras le cogía la mano.

—¿Te he contado alguna vez cómo se fijó en mí?

—Sí, pero hace mucho de eso. Cuenta, cuenta. Me encantan tus historias.

—Cada día, al final de la jornada, casi toda la plantilla volvíamos al pueblo caminando por el arcén de la carretera. Apenas había coches por entonces. Un día se me acercó y me dijo amablemente: «Señorita, perdone usted. Pero es que siempre ando observándola en el camino de regreso y he apreciado que siempre va muy manchada. Lleva la ropa llena de chocolate. En el almacén no nos manchamos, pero en la sala de elaboración, donde estáis todas las mujeres, debe de saltar el chocolate por los aires, ¿no? Lo curioso es que es usted la única que va tan manchada. No es que deba ir inmaculada, pero es extraño, ¿no cree?». Yo recuerdo que me ruboricé. Por entonces la cosa estaba muy mala de dinero por el pueblo. Teníamos unos vecinos que tenían nueve hijos y estaban pasando mucha hambre. Nosotros no podíamos ayudarles, tampoco nos sobraba. Yo salpicaba mis ropas intencionadamente. Al llegar a casa ya se había endurecido del todo. Sacaba las lascas y las calentaba. Cada varios días iba a casa de esos niños y sus caras se llenaban de ilusión al ver lo que yo llevaba en las manos, chocolate para todos, aunque fuera una pequeña onza. Cuando le conté a tu abuelo el motivo de mi suciedad, él se enamoró de mí. Siempre me decía lo mismo: «Me encandiló tu corazón y la historia de las lascas de chocolate».

—¡Qué bonito, abuela!

—Y desde entonces, empezamos a ir y volver juntos al trabajo. Y poco a poco, con los meses, me fui encariñando de él. Tu abuelo era un hombre muy bueno y cuidadoso, como tu padre, eran igualitos. Por eso te digo siempre que has de seguir las señales de la vida y actuar según ellas. Si yo no hubiera dejado caer el chocolate en mi ropa, quizá nunca hubiera conocido a tu abuelo. El siguió su señal y yo hice lo mismo. Hay indicadores en la vida que debes seguir, como hizo tu

abuelo. En ellos duerme latente el destino de cada uno.

—Y papá, ¿cómo conoció a mi madre?

—Ya sabes que tu padre nunca quiso que conocieras a fondo lo sucedido. Ése era su deseo.

—Abuela, ¡ya tengo una edad! Siempre entendí a papá y nunca le presioné. Sé que lo tuvo que pasar mal y por ello no indagué. Creo que ya es hora. Te lo suplico, cuéntame con todo detalle. Papá ya no está, creo que debo saberlo.

—Es verdad, hija. Tu padre nunca quiso contarte nada de estas cosas. Él siempre me decía que cuando fueras mayor te lo haría saber. Si hubiera sabido que moriría antes de lo esperado… ¡maldito accidente!, te lo hubiera contado seguro. Él no quería dejarte sin que conocieras los motivos. Así que ya es momento de que te cuente todo, seguro que estaría de acuerdo. Te vas a sorprender, hija. Al final me va a tocar a mí aclararte las cosas. Debió hacerlo él hace ya mucho tiempo. Enrique era muy estudioso —seguía contando la abuela— y, durante la carrera, no salía ni para dar un paseo. Por entonces, se puso de moda una revista donde escribía gente que buscaba pareja. Tu padre, que era muy inocente, le escribió a una chica de un pueblo de Valencia. Se estuvieron escribiendo meses. Un verano se fue para allá y estuvieron unos días juntos. Tu padre vino completamente enamorado. A mí, la verdad, nunca me gustó que hiciera eso; no sabíamos quién era esa chica. Al año siguiente, en uno de los numerosos viajes, Enrique vino muy disgustado. Ella le había reconocido que llevaba unos meses con otro chico y que se iba a casar con él. Fue un palo muy duro para tu padre. Prometió olvidarla para siempre.

—¡Pobre papá! —se apenaba Laura—. ¿Y qué más pasó?

—A los pocos meses, un día llamaron a nuestra puerta. Era Celia, tu madre. Venía llorando muy angustiada. Estaba embarazada de tu padre, de ti. En su pueblo ya tenían la boda organizada. Era una boda pactada por su padre con el hijo del alcalde, en contra de la voluntad de ella. El padre de Celia dijo a todos que su hija se había ido a Madrid a terminar sus estudios a casa de una tía segunda. Tu padre aún seguía enamorado y la acogió; en el fondo tenía la esperanza de que ella nunca se fuera. Los meses pasaron, tú naciste y los lazos entre ambos se hicieron fuertes. Ella no quería dejar a tu padre y menos a ti. Cuando cumpliste siete meses, el padre de Celia vino y se la llevó por la fuerza. Fue horrible. Tú llorabas en los brazos de Enrique mientras Celia era arrastrada hacia fuera. Ella tuvo que renunciar a una vida preciosa a vuestro lado.

—Abuela, no conocía lo sucedido —dijo Laura entre lágrimas—. ¿Cómo papá no me había contado esto antes?

—Tu padre sabía que si te enterabas saldrías a buscarla. Celia

llamó varias veces por teléfono durante los primeros meses; estaba muy deprimida. Un día ya no llamó más. Su padre, tu abuelo materno, era un monstruo o al menos eso decían. Ella no pudo luchar contra él.

—Esto me disgusta.

—Lo sabía. Siento haberte estropeado este día tan feliz.

—No, abuela. Tarde o temprano me lo tenías que contar… y mejor ahora. Creo que ya era el momento de que me lo desvelaras, me lo merecía.

—Sí, Laura. Tu madre no era mala, pero una debe dar la vida por su hija si hace falta. No sé qué le pudo pasar para no coger un tren y regresar. Debió renunciar a su padre. Yo, que he sido madre, no puedo comprender cómo pudo alejarse de ti para siempre. ¿Qué habrá pasado desde entonces? No lo sé, pero estoy segura de que estará deseando verte. Una madre nunca olvida a un hijo, es imposible.

—Lola, sabes lo que estoy pensando, ¿verdad? —preguntó apoyando la frente sobre su mano.

—Sí, al final querrás conocerla.

—Claro, abuela, yo pensaba que… —interrumpió inundada en lágrimas.

—No te preocupes, Laura. Verás como todo sale bien. Ahora me siento arrepentida por habértelo contado.

—No, abuela, por favor —seguía llorando—. Siento que me veas así… me voy a mi habitación, ahora vengo.

Lola hizo el ademán de agarrarla pero no insistió. Comprendía que estuviera triste en aquellos momentos. Mientras su nieta se ausentaba, pensó en aquellos sucesos ya lejanos en la memoria. Es verdad lo que decían; los recuerdos con fuerte sello emocional son los más difíciles de olvidar. Y esto precisamente es lo que le ocurría a Lola. Eran recuerdos pasados pero muy presentes. Constituía una dolorosa espina clavada en la historia familiar y pensaba que ya era hora de sacarla. Ella siempre respetó la decisión de Enrique de no contar lo sucedido, pero sabía que, en su ausencia, su boca no quedaría sellada para siempre. Se deslizaba entre el remordimiento y el sentimiento de haber hecho lo correcto.

—Al fin y al cabo, Laura ya no es una niña, se merece saber la verdad —se decía a sí misma.

Siempre había sentido lástima por Celia. Aunque hubiera abandonado a su hija tan pequeña, sabía que no era mala persona, no había actuado con mala fe.

—Debía ser tan temerosa —pensaba.

No sabía si habría sido por miedo a su padre, al que dirán de su pueblo, a su prometido o a ella misma. Debió pasar unos momentos realmente difíciles. Sabía que Laura movería ahora ficha, lo entendería, pero le angustiaba que se diera un golpe en la frente; que Celia no quisiera verla o que le hubiera ocurrido algo. Tras el muro del salón, Laura se encogía en el borde de su cama.

—¿Qué le pasó a mi madre? —se preguntaba internamente con una voz que le emanaba de su corazón—. No puedo entenderlo. ¿Cómo es posible que mi padre no me contara nada? —finalizó sus pensamientos alzando la voz.

—Porque eras muy joven e impulsiva —contestó Lola mientras entraba lentamente por la puerta del dormitorio de su nieta—. Ahora verás todo desde una perspectiva más tranquila, eso te ayudará a tomar la opción más correcta.

—¿Tú crees, abuela? —La abrazó con fuerza.

—Claro, hija. Mañana verás todo de otra manera. Ahora es lógico que estés así, yo también lo estaría.

—Vale, si tú lo dices. Voy a llamar a Mara. Me estaba esperando para salir a dar una vuelta. Mejor quedaré mañana. Hoy no me apetece. Prefiero ir a correr y pensar en todo esto.

Un cálido sol anaranjado se escondía en un firmamento azul y violeta. Laura corría a más velocidad de lo habitual escuchando su siempre amada música. No sentía el esfuerzo de su respiración ni la falta de oxígeno. No percibía el cansancio de las piernas ni las pisadas contra el suelo. Apenas era consciente de la música que escuchaba. En ese momento no sentía nada de eso. Su cabeza estaba en otra parte, en su madre. La configuración del recuerdo de su padre cambiaría a partir de ese día; el rostro desconocido de su madre también ocuparía parte de ese lugar secreto, de esa *penumbra* reservada. Ella siempre había obviado su figura, así lo había planeado Enrique para ahorrarle sufrimiento. Pero ya había llegado el día de desvelar toda la verdad, y eso le generaba la curiosidad imperiosa de conocerla.

—¿Cómo será su rostro? —se preguntaba una y otra vez—. Imaginar el sufrimiento de Celia el día de su separación la entristecía —. Debió ser muy duro para ella —dictó.

Durante todo el tiempo que estuvo en la calle, distintas ideas le iban y le venían: Buscarla, olvidarse, perdonarla, enfadarse aún más con ella. Estaba intranquila, pasando su recién estrenado trabajo a un segundo plano.

Capítulo III

Un nuevo y precioso día se abría ante la expectación de la joven Laura. La noche no podía haber sido de otra manera, pensamientos e interrogantes de almohada y cientos de miles de vueltas inquietas. La llegada al trabajo y la luz del nuevo amanecer, disipó poco a poco la espesura de sus pensamientos, abriéndole un nuevo escenario empujado por las alegres y optimistas canciones que le acompañaron durante todo el camino.

—Buenos días, Yolanda —saludó efusiva Laura.
—Buenos días, ¿qué tal estás?
—Muy bien, con ganas. A ver que nos encontramos hoy por aquí.
—Estupendo.

Al llegar al *comecoco*, se encontró con un chico desconocido que estaba sentado en una de las mesas. Rafa aún no había llegado.

—Buenos días, supongo que eres Laura, ¿verdad? Yo soy Miguel —se presentó un hombre de treinta y seis años. Éste poseía un cabello castaño claro y rizado, pero ahora oscurecido por la gomina que llevaba. Tenía unos ojos azules hermosísimos que le hacían juego con los cuadritos del mismo color de su camisa.
—Hola, encantada. Sí, soy Laura —sonrió tímidamente.
—Ayer no pudimos conocernos, estuve todo el día fuera. Entonces, por lo que veo, vamos a ser compañeros de despacho, ¿cierto?
—Eso parece. Ayer me comentó Rafael que los tres tenemos las mismas tareas, ¿no es así?
—Sí, en efecto, con la diferencia de que Gabriel nos reparte los trabajos según nuestro perfil. Tú te dedicarás a un tipo de cliente o trabajo que, según su criterio, se adapte mejor a ti, a tus cualidades. Yo, por ejemplo, siempre hago las campañas relacionadas con deportes, coches; en general asuntos relacionados más con el mundo de los hombres. Rafa, hasta el momento, cogía lo demás. De todas formas, participamos en la mayoría de los trabajos que van saliendo. Lo que ocurre es que sólo uno es el responsable último y el que toma

realmente las decisiones.

—Entiendo —respondió Laura.

—¿Ya estás ligando? —soltó en tono de humor el chico que entraba por la puerta, Rafa.

—¿Tendrás cara? —interpeló Miguel mientras le arrojaba una pelota de papel.

—Cuidadito, Laura, que éste no tiene novia ni nada parecido —continuaba entre burlas—. Cuando ve a una mujer se pone nervioso. Es como cuando el león ve al ñú y se queda petrificado y ansioso por pillarlo. Al mínimo despiste se lanza y le mete mordisco en el cuello. Es un auténtico cocodrilo del río Mara. Sus salidas nocturnas siempre se desarrollan en pleno Serengeti.

—Serás cabrón, pelele casadito —decía mofándose Miguel.

—Sí, sí, enséñale a Laura la lista que tienes en la tabla Excel de todas las tías que te has pillado.

—¿En serio? —interrumpió anonadada Laura.

—¡Qué va!, a éste ni caso —proseguía Miguel—. Para Rafa todo lo que no sea una babosa lame culo como él, es un putón, un promiscuo y un salido.

—¡Ja! —Rafa introducía sus gafas de sol en una funda.

—El salido es él. Como no ve un culo nuevo desde hace un siglo, su cerebro se está atrofiando. El otro día llegó una clienta, un bombón maduro, y no sabes cómo se puso de nervioso… le sudaban las manos.

—Desde luego cómo sois —reñía cariñosamente Laura—. Ya veo que sois buenos amigos. ¡Qué bien!

—¿Amigos? —cuestionó Miguel—. Éste, el único amigo que tiene es la soga que le ha puesto su querida señora en su cuello. Tiene treinta y tres años y parece que tiene sesenta y seis.

—Sinvergüenza —insultó Rafa en tono de humor—. Envidia cochina. Lo que te pasa es que estás harto de marear la perdiz. ¡Oh envidioso de mi estabilidad y buen hacer! —finalizó con tono solemne y burlesco.

El rifirrafe acontecido entre los dos muchachos aliñó de alegría y comicidad el espíritu aún algo alborotado de Laura. Le ayudó a liberarse de las tensiones matutinas y le permitió abordar el inicio de la jornada con otra cara más risueña. Al fin y al cabo, en los primeros días de un trabajo nuevo, las cosas se viven con ilusión y cierta tensión, pasando el tiempo muy deprisa. Laura se emocionaba con lo que allí estaba ocurriendo, era maravilloso para ella.

—Buenos días, niños, ¿y ese alboroto? —pronunció con voz grave Gabriel al entrar por la puerta del *comecoco*—. Se os escucha desde un kilómetro. ¿Ya habéis firmado el armisticio?

—Buenos días —dijeron todos.

—Hoy, aprovechando que estrenamos componente de equipo, os propongo un brainstorming —continuaba el director mientras sacaba un dossier de su maletín—. Hay un cliente que nos pide un trabajo y quiero ver qué proponéis. Nos pide lo siguiente…

Cerca de la hora de comer, los cuatro estaban perfilando los últimos retoques de la idea propuesta por Laura. Los chicos se miraban entre ellos sabiendo que el fichaje era de primera división. Gabriel la observaba embobado mientras ella aportaba los últimos detalles. No entendía cómo alguien sin experiencia podía ser tan bueno en lo suyo.

—Bueno… chicos, mañana hiperproductiva —sentenciaba Gabriel —. Muchas gracias a los tres. ¿Comemos todos juntos?

—Yo me apunto —afirmó Laura.

—Yo no puedo, lo siento —respondió Rafa.

—Yo tampoco —se unió Miguel a la negativa.

—Bueno, Laura, pues tú y yo solos —siguió hablando Gabriel con cierta intranquilidad interna. Laura, en el fondo, le ponía nervioso. En algo se sentía atraído por ella, pero no sabía en qué.

—Ok, vamos —dijo ella.

Gabriel fue a su despacho a ponerse el abrigo. Se miró detenidamente frente al espejo de su baño y, en un flash, se sintió de nuevo joven y lleno de ilusión. Rectificó la colocación del cuello de su camisa y se peinó. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que eso nunca lo hacía.

—¿Me estoy acicalando para Laura? —se preguntó—. Déjate de tonterías, que estás casado y con hijos. Es tu empleada, ¡olvídate!… ¡Pero si no es eso! —refunfuñó—, es que esta tía tiene un poder… algo que me llama, que me empuja a pensar en ella. ¡Me cago en todo! —terminó diciéndose a sí mismo—. Venga, Laura, bajemos —añadió en voz alta mostrando una incipiente sudoración.

Llegados al bar, uno se sentó en frente del otro y empezaron a charlar.

—Bueno, entonces contenta, ¿verdad? —rompió el hielo Gabriel con voz grave y seria con el fin de asumir su rol de director y alejar sus ocultos y vergonzantes sentimientos.

—Claro, Gabriel. Contenta con todo. ¿Qué más puedo pedir?

—Desde luego, tal y como está la cosa… demasiado paro. Eres

una afortunada en encontrar trabajo en tiempos de crisis económica. —Él quería conversar de cosas profundas e inmateriales, temas personales, pero no sabía cómo iniciarlos. —Y bueno, ¿cómo anda tu abuela? Supongo que le contarías con todo lujo de detalles el día de ayer, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Está muy contenta. Es curioso, pero me dio la sensación como si se alegrara por algo más. Que yo me haya colocado ha tenido que ser un respiro para ella. Supongo que temería partir de este mundo sin dejarme bien situada, digo yo. Debe ser algo de eso.

—Seguro. Por cierto, me dijiste que te gustaba la música, ¿qué sueles escuchar? —dijo dando un conveniente giro a la conversación.

—Pues muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Rock y pop sobre todo. Me gusta también la música clásica, me inspira muchísimo. La música me hace viajar por los sentimientos que portan sus acordes.

—¿Qué piensas cuando la escuchas?

—Pues me hace recrear historias. Por ejemplo, en la música clásica, las obras suelen tener partes más alegres, otras más tristes. Esas variaciones van representando en mi interior los diferentes capítulos de relatos que me voy imaginando. Así, cuando una melodía llega a un punto álgido de melancolía, pienso por ejemplo en el momento en que una mujer encuentra a su hijo perdido en la guerra y al que había dado por muerto. Es entonces cuando experimento sensaciones muy fuertes. Y sigo creando secuencias que se unen unas con otras, con finales felices, en otras tristes, y despierto finalmente de ese placentero viaje.

—¿Qué tienen tus palabras que… —musitó Gabriel con los ojos encandilados por una magia secreta— … que atan tanto?

—¿Cómo? No me he enterado de lo que has dicho.

—No, nada. Tus palabras llevan siempre un mensaje guardado, oculto. Esconden un contenido poco usual, como si quisieras transmitir algo más. Nunca había conocido a nadie que tuviera esa percepción de la vida y así la describiera. Conozco a quien juega a ser como tú, pero realmente no te llegan ni a la suela del zapato. Tú no juegas a nada, tú eres así. Tú eres auténtica.

—¡Qué cosas! —sonreía Laura enrollando una servilleta de papel —. Como si fuera de otro planeta.

En ese instante, y contagiado por la particular verborrea de Laura, Gabriel viajó en un pensamiento fulminante a otro lugar lejos de la tierra. Allí todo era muy diferente y, junto a Laura, contemplaba los más bellos paisajes. Asumía la soledad compartida con ella en aquel lugar, y eso le fascinaba. Tenía la extraña sensación de tener junto a la

señorita Laurel respuestas para todas las preguntas. Mientras, sus ojos inertes seguían a la deriva sobre aquel dulce rostro, sin procesar gesto ni palabra alguna, sin recordar que estaba allí escuchándola.

—¡Gabriel!, ¿te encuentras bien? —Ella sacaba al director de esa catatonia.

—¡Eh! Nada, nada. Perdóname, ¿qué decías?

—¡Te aburro! —soltó Laura con una risa pilla—. Lo lamento, es que me pongo muy pesada con lo mío.

—¡No es eso! —justificaba Gabriel—. Es que he dormido muy poco y me he quedado entortado por un momento. Sigue contándome, por favor.

—Pues eso. Como te decía, la música va a todas partes conmigo, me purifica. Muchas veces pienso que, tras la muerte, deberíamos viajar a un lugar donde la música nos llenara de esas bellas emociones. Yo no podría imaginar reencontrarme con mis seres queridos sin escuchar de fondo una bella melodía. No lo aceptaría.

—A lo mejor, allá donde tú vayas, sentirás esas mismas emociones sin la necesidad de tener la música, ¿no? Para eso es el cielo.

—No lo creo, nada puede imitar esas sensaciones.

—Quizás Dios sea música —dijo él con incertidumbre.

—Quizás, no lo sé —le confió mientras miraba triste al mantel de papel y arrancaba un pedazo.

—Buena conversación para comer. Sí, señora —rompía Gabriel el tono melancólico de la charla.

—Jo, no sé qué tienes, pero haces que te cuente este tipo de cosas. No suelo abrirme en estos temas con casi nadie.

Un calor recorrió el esófago de Gabriel. Parecía sentirse casi tocado por un dedo divino.

—No quiero incomodarte, Laura. Cuenta lo que quieras, a mí estas conversaciones me gustan. También las tengo con mi mujer —dijo purificando su conciencia a su manera.

—Es verdad, no lo sabía. ¿Estás casado entonces? y ¿tienes hijos?

—Sí, dos. —Él le mostraba fotos de su cartera—. Mira, ésta es mi mujer. —En ese momento, el gran castillo de cristal y oro que se había levantado Gabriel en su imaginación se derrumbaba ante sus pies, saliendo de su sueño adolescente y volviendo a su realidad.

—Qué guapa es tu mujer y qué dos niños más lindos, ¡qué suerte!

—Gracias —respondió él con una media sonrisa mientras pisoteaba los restos de aquel castillo en su cabeza.

—Pues ya ves, casado y con hijos. Debe ser una etapa de la vida

muy bonita. A mí, aunque sea joven todavía, no me importaría estar en tu situación.

—Y yo en la tuya —razonó en silencio Gabriel.

—Así que nada. Bueno, con la charla ya es casi la hora de subir.

—Sí —respondió él—. Ha sido un placer comer contigo.

La tarde se consumió rápidamente entre los proyectos que tenían entre manos. Luego, Mara recogió en coche a Laura y se fueron a pasear.

—Estoy sorprendida con lo que me has contado de tu madre —se sinceró Mara—. ¿Qué vas a hacer? Te conozco, y sé que no te vas a quedar de brazos cruzados.

—Desde luego que no. Iré a buscarla. Ella vivía en Bétera, un pueblo de Valencia. Pero eso fue hace más de veinte años. Quizás se mudara.

—Ahora con internet es más fácil —apuntaba la amiga—. Se llamaba Celia Sánchez. Este apellido es demasiado común, ¿cuál es el segundo?

—No lo recuerdo. Tendré que preguntárselo a mi abuela.

—Si Lola no lo sabe, puedes mirarlo en la partida de nacimiento o en el registro civil.

—De todas formas iré a Bétera un fin de semana. Quiero ver la ciudad, necesito ir.

—Ya sabes que viajaré contigo, eso no lo dudes —dijo Mara dándole un abrazo.

—Gracias, eres una amiga de verdad.

—¡Hombre! ¿Qué quieres que haga?, ¡qué menos! Encontraremos a tu madre sí o sí. Me da pena que tu padre te ocultara la verdad tanto tiempo.

—Sí, la verdad es que sí. Tendría sus motivos.

—Él te conocía bien, sabía que la buscarías. Querría respetar la decisión de tu madre de estar lejos de ti.

—Pero ha llegado el momento —aseguró Laura.

—¿Estás preparada?

—Supongo que sí. Siempre debemos de estar preparadas para estas cosas. Es mi madre y necesito conocerla. Espera Mara, vibra el teléfono.

—¿Sí?, ¿dígame?

—Hola, Laura. Soy Andrés.

—Hola, Andrés.

—Laura, ya me llegó tu documentación. Mañana te llegará la copia del contrato firmada por la empresa.

—¡Ah!, perfecto.

—Pues nada, ¿todo bien?
—Sí, claro.
—Eso me alegra. Llámame si es necesario. Un abrazo.
—Gracias, Andrés —dijo Laura antes de colgar—. Mara, ¡este hombre es tan agradable! En la entrevista estuvo genial y ahora me llama todos los días a ver qué tal me va. Parece mi padre.
—Pues mira qué bien. A ver si se ha enamorado de ti.
—No, ¡qué va! Es mayor, no creo que sea su tipo. Es un pureta con pinta de estar casado y de tener cien hijos. Le habré caído bien. Otro que me trata genial es Gabriel. A él sí le veo raro. A veces siento que está nervioso o tenso al hablar conmigo. No sé qué le pasará.
—¿Y no hay más hombres en tu empresa?
—Sí, Rafa. Está casado y espera una hija. Y Miguel, el soltero de oro, muy guapo.
—¿Entonces? —sonreía Mara con expresión sátira.
—No, no es mi tipo. Es muy guapo, muy simpático y se ve muy buen profesional, pero no me gusta, ni creo que yo le gustara a él. Le pega el tipo de mujer que se casa con un futbolista famoso, ¿me entiendes?
—Sí, ya. Un guaperas.
—Sí, más o menos, pero muy lindo.
—Sí, claro. Esos son los peores.
—Te digo que no tiene mala pinta. Supongo que ligará mucho, sí. Pero si es guapo y puede, ¿por qué no lo va a hacer?
—Bueno, lo que tú digas, pero sigo pensando que esos tíos son todos iguales.

Al poco, Laura partió en dirección a su casa. En su cabeza se mezclaba la música llegada por el auricular con los inevitables pensamientos que le seguían rondando y ocupando su cabeza.

Aquella noche, Lola esperaría a Laura para cenar. Le tenía preparada una vieja carpeta azul cuyo contenido le sería de gran interés.

—Siéntate junto a mí —sugirió Lola palmeando el cojín.
—Esta foto es de tu padre, está con Celia en un fin de semana que pasaron en Valencia.
—¿Cómo?, ¿tienes fotos de ella?
—Sí, tómalas.

Celia aparecía sentada junto a Enrique en el banco de un parque. Él estaba muy joven.

—Abuela, mi madre se parece a mí, ¿verdad?

—No se parece hija, sois iguales. Por eso a tu padre y a mí nunca se nos olvidó su cara. Tú siempre fuiste un recuerdo continuo para Enrique. Él siempre veía a Celia en tu rostro.

—Qué curioso. ¿Y cómo se llamaba ella de segundo apellido?

—Mira, aquí hay cartas de ella mandadas a tu padre cuando eran novios.

—¡Celia Sánchez Ayora! No me acordaba. Abuela, no te importa que me lleve las cartas, ¿verdad? Me gustaría leerlas tranquilamente.

—Claro, hija. Te entiendo.

Aquella noche, Laura no vio la televisión antes de acostarse. Aún con la cena en el estómago, se tumbó en la penumbra de su habitación y procedió a leer una de las cartas. En ella decía:

Querido Enrique:

Ciento noventa y dos lunas y ciento noventa y tres soles han visitado ya mi firmamento en ausencia de ti. Cada respiración que culmino es una fracción de un tiempo que se me hace inmensamente infinito. Imploro todos los días volver a verte y besar otra vez tus labios. Cada mañana revivo aquel despertar en tus brazos, como si se repitiera cada día evitando alejarme de ese aroma y ese calor tuyo temprano; ¡fue tan placentero! Mi cuerpo ansía de ti y no creo que pueda aguantar mucho más tiempo tu ausencia. Por las noches me desvelo y me pierdo en las imágenes sueltas de aquella madrugada ya lejana. Aún recuerdo tu cuerpo contra el mío. Sentía quemarme entre tus brazos, parecía derretirme sobre ti. Recuerdo el calor de mis mejillas, ese rubor que sólo me aparece cuando estoy contigo. Enrique, eres mi vida, mi ilusión. Ya no quiero hacer otra cosa más que estar a tu lado. Eres un hombre tan diferente y bueno, tan delicado y sensible, que jamás quisiera utilizar esas palabras para otra persona que no fueras tú. Me haces sentir paz y tranquilidad y, por ello, facilitas que abra de par en par mis sentimientos y los comparta contigo. Tengo ganas de reír y de llorar. Tengo ganas de acostarme y, sin dormir, pensar en ti. Tengo ganas de salir corriendo y gritar tu nombre, y que me escuche todo el universo.

Quiero que sepan que estoy enamorada, que sólo vivo por ti, que dudo que alguien más viva esto que yo estoy viviendo. Sólo espero que termines tus estudios y podamos casarnos. Si quieres aquí, o allí, a mí me da igual, pero estar toda la vida contigo. Me gusta pasear los fines de semana sola por los verdes prados y soñar con bellas músicas celestiales. A lo lejos apareces tú con tu amable sonrisa. Corremos uno hacia el otro, llenos de pasión. Al fin nos encontramos en un abrazo purísimo que me ilumina como un gran sol. Cuando despierto, yazco boca arriba mirando las nubes pasar por el azul, y en ellas estás tú alejándote por el firmamento y dejando un rastro de eterna felicidad. Es tu rostro, tu mirada, tu forma de poseerme. Tengo que reconocerte que a veces me siento culpable, no sé si hemos hecho algún mal. Es tan fuerte lo que siento que a veces se me enciende la llama de la culpa, no sé por qué. Esto que yo siento, este nerviosismo, no puede durar para siempre, me volvería loca. Quiero pensar que la naturaleza no nos ha podido conceder este amor que tanto me quema para nada. Algo tan bello no puede ser malo. Creo que tu cuerpo nació para el mío; estoy segura. Es imposible que algo turbio sea el origen de lo que yo estoy experimentando en mi interior. Bueno, espero que me respondas pronto, o mejor, que nos veamos de nuevo. Te sigo esperando. No dudes que esta vida va a ser siempre para ti. Es tuya. Un beso, amor.

Celia

Laura doblaba la carta y la introducía de nuevo en aquel vetusto y amarillento sobre. Sus lágrimas ya hace un rato que inundaban sus

ojos y, bajo sendos brillos tintineantes, se preparaban para rebosar y deslizarse por su piel joven y llena de hermosura. Acostada con la carta apretada sobre su pecho, se perdió en sus pensamientos. La congoja le apretaba la garganta, y tras la oscuridad de sus párpados cerrados no veía nada. En ese momento no oía música alguna, no transcurría ninguna imagen en su imaginación, sólo la pena recorría su cuerpo. Una culpa se deslizó por sus entrañas recordando los inmerecidos juicios pasados que había hecho sobre la persona de su madre. La historia relatada por Lola y la lectura de esta carta, le habían iluminado su *penumbra* reservada, ésa que ella escondía en lo más recóndito y que, por un instante, le había dejado ver todos los despojos, restos y residuos de pensamientos pasados.

—Mi madre no era mala —pensó—. Si hubiera conocido esto antes, no hubiera dedicado ni un solo segundo de crítica ni reproches en su contra. Si hubiera sabido que estaba tan enamorada de papá, hubiera cogido el coche y la hubiese traído para que se despidiera de él en sus últimos días de tímido aliento. Papá hubiera partido en paz tras disfrutar de su presencia una vez más antes de su marcha. Seguramente la hubiera percibido desde su profundo sueño. Siento como mío el dolor clavado en el alma que tuvo que soportar papá tantos años. Ahora entiendo que no me contara nada. Él mismo no podía con la carga. ¿Cómo iba a querer compartirla conmigo? Sólo quería protegerme de esa angustia, de ese vacío tan pesado que tuvo que soportar toda su vida. Siento malestar e imagino a mamá sola en una habitación, taciturna y deprimida, hundida en una soledad y en una oscuridad que ella sólo es capaz de percibir. Mientras, el mundo transcurre a su alrededor, con su música, con sus colores, con sus sabores y con toda su parafernalia. Lo más probable es que mamá no hubiera despertado jamás desde aquel día que partió de esta casa. Si por mí fuera, cogería el coche ahora mismo y la iría a buscar. La tomaría de la mano mirándole a sus ojos y transmitiéndole todo mi entendimiento y nada de perdón, pues a ella no tendría nada que condonarle. Pasearía por la orilla contigo esas ciento noventa y dos lunas donde te sentiste tan sola, y te contaría cada segundo de la vida de papá para que la hicieras tuya y no sintieras así que la perdiste. Siento retroceder en el tiempo y sonreír entre lágrimas pensando que todo fue un mal sueño, y que papá y tú siempre habríais estado juntos; que todo esto no hubiera sucedido. Y al pensarlo, siento algo nuevo, como un trozo de mi cuerpo y de mi alma que se habría desprendido de mí hace mucho tiempo y que, de nuevo, percibo integrado en mi ser. Me siento reconfortada y completa. Ahora entiendo qué significaba el vacío que llevaba en mi interior desde pequeña, tu ausencia mamá, tu ausencia mamá, tu ausencia mamá… Llévame

contigo, mamá, llévame a ese lugar donde te escondes. Libérate de la oscuridad, yo te traigo toda la luz de papá para iluminarte de nuevo el camino. Despierta de donde estés y ven conmigo.

Tras estas palabras internas, Laura cayó en un profundo sueño que le duraría toda la noche. Mientras, en la sala de estar, Lola se mecía irremediablemente entre cientos de fotos y recuerdos sin conciliar el sueño.

Capítulo IV

Roto el ayuno y tras despejar de su rostro la resaca sentimental ocasionada por el contenido de la carta, Laura entró en el salón encontrándose a su abuela dormida en el sofá. Tras echarle una manta por encima, salió hacia el trabajo. Su caminar era lento y pausado, así como la música que le llenaba sus oídos. Hoy no era día de fiestas rimbombantes ni de ánimos extrovertidos; hoy era un día de tristeza y reflexión. Sólo pensaba en las cartas; sabía que aún le quedarían muchas por leer y mucha información por descubrir. Aunque la curiosidad le palpitaba en el pecho, este huroneo le inspiraba una incertidumbre temerosa sobre algún descubrimiento que pudiera estar por llegar y para el que, quizás, no se sentía preparada. Al fin y al cabo eran las intimidades de dos jóvenes enamorados y no estaba segura de tener derecho a conocerlas.

En ese instante, camino del trabajo, recordó el nombre completo de su madre, Celia Sánchez Ayora.

—¿Dónde estará? —se preguntó.

Cogió su teléfono móvil y lo tecleó en *Google*. El resultado le mostró algún *Sánchez Ayora*, pero ninguno hacía referencia a su progenitora.

—Quizás sean familiares —pensó. Abrió un par de páginas pero no los ubicaba en ninguna provincia en concreto—. Seguramente Celia siga viviendo en Bétera —concluyó. Sus pensamientos se orientaban a realizar en breve un viaje a esa localidad. No tenía sentido dar más vueltas al asunto. En el descanso del desayuno de esa mañana, conversó con Rafa.

—Laura, hoy estás un poco rara, ¿no?
—Puede ser —contestó.
—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. ¿Estás bien en el trabajo?
—Sí, claro. Eso es lo que me va mejor en la vida.

—¿Y eso?

—No, nada —dijo compungidamente la joven.

—¿Qué sueles hacer cuando sales del trabajo?

—Pues a veces quedo con mis amigas. Aunque ahora sólo está soltera una de ellas, Mara, y es con la que quedo últimamente. Otras tardes estoy en casa pintando, escuchando música o salgo a hacer deporte.

—¿Cómo es posible que no tengas novio? Eres muy guapa, simpática y sobre todo muy especial. Creo que le gustarías a cualquier hombre. Nosotros lo hemos comentado, en serio.

—Gracias por el cumplido, Rafa, eres un tesorito.

—¡Tu arcángel!

—Eso, eso. Los tres sois mis arcangelitos de la guarda. Pues no sé qué decirte. Estoy buscando algo en concreto, algo que me llene de verdad. Y eso no se busca, eso llega.

—Los viernes por la noche, Miguel suele quedar con un grupo grande de amigos. Yo a veces voy con mi mujer y la verdad es que son gente estupenda. Podéis ir un día. Veréis lo bien que lo pasáis.

—Pues sí, se lo comentaré a mi amiga para ir juntas.

—Claro.

—Es que llevo un tiempo tontorrona. Después de lo de mi padre me empecé a quedar más en casa y a todo se acostumbra uno, la verdad.

—Bueno, si así lo hiciste, bien hecho. Así lo dictó tu corazón —continuaba Rafa—. Ahora ya es tiempo de reiniciar y volver a coger tu ritmo. Eres muy joven aún.

—Lo intentaré, lo prometo. Ahora estoy muy ilusionada con el trabajo, me está entreteniendo mucho y creo que eso es lo que me hacía falta. Poco a poco me iré despegando del monotema de mi padre; habrá que pasar página.

—Entonces, ¿qué te preocupa aún? —preguntó expectante Rafa.

—Nada… mi abuela, que no quiero dejarla sola… y otras cosas.

—¿Qué cosas? Venga, cuéntame.

—Nada… no quiero ser pesada.

—No eres pesada. ¿Qué ocurre?

—Que me acabo de enterar que mi madre no nos abandonó, más bien la obligaron a separase de mí. Nunca llegué a conocerla. Todo ocurrió cuando yo era muy pequeña, tenía menos de un año.

—Entiendo.

—Las cosas no sucedieron como me habían contado exactamente. Por eso quiero ir a buscarla. Creo que es el momento de que la conozca.

—Pues adelante, Laura. Ese capítulo deberás cerrarlo algún día, cuanto antes mejor. ¿Dónde vive?

—No lo sé. Vivía en un pueblo de Valencia, pero no sé si sigue ahí.

—¿La has buscado por internet?

—Sí —le explicaba Laura—, pero no aparece en la búsqueda de *Google*.

—Claro, por norma general la gente más mayor es más difícil de encontrar. No están tan presentes en la red. ¿Qué harás entonces?

—Estoy pensando en ir a buscarla un fin de semana a Bétera. Si ya no vive allí, al menos alguien podrá decirme algo.

—Seguro que sí, en los pueblos se conoce todo el mundo. Sabes que puedes contar conmigo. Yo te ayudaría gustosamente.

—Gracias, Rafa, eres muy bueno.

—Más buena eres tú. Voy a hablar con mi mujer para salir este viernes con la pandilla de Miguel. Habla tú con tu amiga y nos reunimos todos.

—Perfecto —asintió ilusionada Laura—. Pasado mañana nos tomaremos algo todos juntos.

A las dos y media de la tarde, Gabriel, sumergido en su imperiosa necesidad de pasar un rato a solas con Laura, le propuso de nuevo comer en el bar de abajo.

—¿Otra vez ensaladilla rusa? —preguntó sonriente él.

—Sí, me encanta. Creo que es mi tapa favorita. Y con una clarita sin alcohol, mejor que mejor.

—Ya veo. Me he percatado de que el otro día pediste lo mismo. Una cerveza sin alcohol con gaseosa, con un hielo y en vaso grande. ¿No te mandan a paseo los camareros?

—No, la verdad. Sí que me hacen alguna bromilla y, sobre todo, les extraña que quiera un hielo.

—Es cierto, ¿con la cerveza?

—Sí, es que casi nunca tienen la gaseosa fría y me calienta la cerveza. De ahí que me ponga un hielo.

Gabriel se encandilaba en medio de sus pensamientos. La mera presencia de aquella muchacha le abrumaba y le alteraba.

—Pues sí que es raro.

—Es lo que más me gusta. ¡Qué rico! Después te acostumbras a eso y cuando vuelves a pedir cerveza sola te sabe muy fuerte.

En ese momento, un joven se tropezó con la pata de la silla de Laura, derramándole sobre el cabello parte de una cerveza que llevaba en la mano.

—¡Oye!, chaval, ¡qué me has mojado! —exclamó Laura con

indignación.

—Tranquila, tampoco es para tanto. No es para ponerse así —le contestó el joven de forma chulesca y desafiante.

—¡Oye! —se envalentonó Gabriel—. ¿Te vas a disculpar?

—Me voy a disculpar con usted por lo que le hice anoche a su madre. Cállese, a ver si va a cobrar —dijo con tono amenazante.

—¿Cómo?, ¡niñato! —se revolvió Gabriel mientras se ponía de pie.

—No, Gabriel, no merece la pena, siéntate —imploraba angustiada Laura—. Se acabó, deja que se vaya.

—Eso, eso. Que te proteja una mujer. ¡Maricón! —gritó despectivamente el muchacho.

—Tranquilo, Gabriel, no mires. Ya se va. Más vale tragar a que te partan la cara.

—Es que no lo soporto —refunfuñó Gabriel.

—Es un idiota sin metacognición —susurró Laura.

—¿Un qué?, ¿meta qué?

—No, nada, cosas mías. Que ese imbécil no tiene ni un gramo de metacognición. La metacognición —repetía Laura—. ¿No sabes lo que es?

—No.

—Da igual, es un poco rollo.

—Explícamelo, te lo suplico.

—Bueno. Si insistes. Teóricamente significa razonar sobre el propio razonamiento, pero yo le doy un significado personal. Un día empecé de coña con la palabra y al final se me quedó. Sin profundizar mucho, se entendería con el siguiente ejemplo. Yo puedo razonar si aquella persona que come en la mesa de al lado está enfadado con su acompañante. Eso sería mi razonamiento. Luego estaría el razonamiento que yo hago sobre esas conclusiones de ese primer razonamiento. Siguiendo el ejemplo, pensar si estoy equivocada o en lo cierto, o razonar por qué he llegado a esas conclusiones. Pues eso sería la metacognición de manera muy simple. Pero yo lo utilizo de una forma muy particular. Según todo esto tengo una teoría.

—¿Y qué dice esa teoría? —Gabriel se enredaba entre la ansiedad de saber la respuesta y la necesidad de ponerse más cómodo en el asiento.

—Que la gente presenta distinto grado de metacognición. Por un lado, encontramos personas que presentan poca o nada y, por otro, las que tienen mucha. Realmente todos poseemos desde la infancia esta capacidad, pero yo afino a una parte de ella. En sí es un grado especial de sensibilidad o susceptibilidad, como lo quieras llamar. Es la capacidad de pensar sobre lo que piensan los demás o uno mismo. Y en base a eso, guiar nuestros actos.

—No te entiendo, explícate.

—Pongo un ejemplo, uno sencillo. Un chico llega a una fiesta y, sin darse cuenta, lleva descosida la trasera del pantalón, viéndosele los calzoncillos. Encontraríamos al necio que lo ve, lo dice en alto y se ríe… poca metacognición; y el que se acerca discretamente y, al oído, le dice que tiene roto el pantalón. En este segundo caso, la persona se pone en la piel del muchacho e intenta ayudarlo.

—Sí, pero eso es una especie de empatía.

—Sí, pero la empatía sólo es la parte más conocida de esa sensibilidad que yo te hablo. En la educación de los hijos también se ve, y no representa una empatía en sí. Un ejemplo es el padre que va a trabajar al campo duramente para alimentar y darles unos buenos estudios a sus hijos. Podríamos pensar que es un buen padre y que da todo lo máximo por ellos. Esto ocurría más en los hombres de generaciones anteriores. Lo que ese hombre no pensaba es si sus hijos estaban felices, si ese colegio era el más adecuado, si su propio comportamiento hacia ellos era el más favorable, si el trato que le daba a su mujer delante de los hijos era el correcto, etc. Hay padres que mandan a sus hijos a los mejores colegios, pero después les dinamitan su autoestima. Ese padre que se gasta una pasta en un buen colegio pero después le destruye en un solo segundo toda su integridad, es un padre sin esa metacognición a la que yo me refiero. Y te digo más, creo que esa característica es la que diferencia al hombre actual del de hace mil años. Para mí es una forma de evolución, es lo que realmente está distinguiendo al ser humano. En mi modesta opinión, la mujer lleva años de ventaja sobre el hombre, lo siento. Las personas que carecen de este aspecto están tan ciegas que cuando les hablas de esto no saben ni a lo que me estoy refiriendo. No pueden entender ni comprender algo que jamás han experimentado. Es como discutir de la acidez de un limón con una persona que no tiene lengua, ni la ha tenido nunca. Lo mismo. En mi opinión los grandes artistas poseen una gran metacognición.

—Pues ha habido grandes genios con muy mala uva y con un repertorio de comportamientos nada afables.

—Claro, es que una cosa es tener metacognición y otra cómo enfocarla. Además, poseer un alto grado es compatible con padecer un trastorno mental. ¿Acaso crees que las personas perversas no la poseen? Sí que la tienen, y pueden que en un muy alto grado, pero en vez de utilizarlas para el bien, las usan para lo contrario.

—Interesante y enrevesada teoría.

—Igual es una locura, pero yo estoy convencida de ello. Es entender que cada uno es como es, con sus propios pensamientos, sentimientos, alegrías y tristezas. Cada individuo modela su mente y su forma de actuar según las experiencias que le ha tocado vivir. A

cada uno la vida le pone a prueba de distinta forma. Esto lo digo porque a veces no entendemos a las personas que se ahogan en un vaso de agua. ¿Qué sabremos nosotros? ¿Quiénes somos para juzgar a nadie? Nos deberíamos poner más en el pellejo del otro. No tendríamos que valorar sólo hasta dónde ha llegado alguien, si no conocer de qué punto de partida salió. Hay personas que tienen que caminar un largo camino sólo para llegar adonde nosotros estamos, tienen suficiente con sobrevivir. Algunos insensibles a los que la vida le ha regalado de todo, no parecen ver esto. Sólo se dedican a juzgar y dificultar más el camino a los débiles, a los que tienen menos recursos. Y no estoy hablando de dinero precisamente.

—Laura… además de pintora, publicista y encantadora, ¿eres filósofa?

—No, Gabriel. Son cosas que he ido viendo a lo largo de los años y de las que estoy muy convencida. Es más, siempre que he conocido a una persona con esa sensibilidad, curiosamente ha tenido un episodio de sufrimiento previo. Hay personas que al llegar a la senectud aprecian la vida de otra manera, argumentan ver ahora lo que realmente les importa y no se preocupan por otras. Eso es alcanzar esa metacognición en edades avanzadas. Existen personas que alcanzan esos pensamientos en edades tempranas.

—¿Tú eres una de ellas? —cuestionó Gabriel.

—Humildemente sí. Siento que percibo las cosas con mucha claridad. Pero eso no significa que no me equivoque, que no sufra o que no tema ciertas situaciones de la vida. Me equivoco continuamente y eso me hace sufrir más de lo necesario. Al final esa sensibilidad nos hace muy vulnerables.

—Y yo, ¿tengo esa metacognición?

—Seguro que sí. A ti te interesan los pensamientos de los demás.

—Me interesan los tuyos —dijo tajantemente Gabriel—. Son muy curiosos.

—Eso es metacognición. Las personas que tenemos un alto nivel nos encontramos más a gusto con personas que la poseen igualmente. Es así. Por cierto, ¿no te has dado cuenta que siempre vas vestido de colores oscuros?; azul marino, negro.

—Sí, ya lo sé.

—Pues eso refleja esa sensibilidad tuya. Es el resultado de tus pensamientos internos. En la naturaleza sólo se camuflan los seres que no quieren ser vistos. Los demás utilizan los colores para ser atraídos; los pavos reales, las flores… Yo siempre me visto muy colorida. Tú en cambio, prefieres pasar desapercibido. Tus motivos tendrás. Hay gente que no repara en estas cuestiones; son personas que no se autoanalizan.

—Me dejas anonadado. ¿Y has percibido algo más en mí?

—Sí. Cuando comes utilizas muchas servilletas de papel. Es curioso, porque te ocurre lo que le pasa a ciertas personas.

—¿El qué?

—Que antes de irte, metes todas en una sola.

—Es cierto.

—Y sé por qué lo haces. Es porque te da apuro que el camarero vea que has gastado muchas servillas y por eso las unificas en una.

—¿Pero cómo sabes eso?

—Razonas el propio razonamiento que pueda tener el camarero, te adelantas a sus pensamientos. Eso es lo que yo llamo metacognición.

—Me maravillas. ¿Y qué más?

—El otro día hiciste una cosa que le pasa a muchos hombres.

—¿El qué?

—Bajaste a la calle con una bolsa de una tienda de ropa de mujer, de esas grandes de papel, muy llamativa. Supongo que le habrías comprado o cambiado algo a tu esposa, ¿verdad?

—Sí, una falda que había encargado.

—Pues hiciste algo muy típico. A algunos hombres no os gusta que os vean con esas bolsas grandes y femeninas. Y por lo que puedan pensar, las plegáis y las soléis llevar bajo el brazo a modo de carpeta. Eso es consecuencia de vuestra metacognición.

—Laura, alucino contigo. Tu vida es observar y analizar, ¿me equivoco?

—Observo y razono. Soy muy metacognitiva —sonreía Laura—. Al fin y al cabo, el que más o el que menos, se siente influido por los demás, hasta el más insensible. Si te fijas, yendo por la calle puedes comprobar una cosa. Mira a la zona de la cremallera del pantalón a los hombres con que te cruces. Puedes comprobar al girarte, que la mayoría se echan la mano para comprobar si la han dejado abierta. En cierto modo es normal. Pero si se lo vuelven a hacer unos metros más adelante, vuelven a comprobarlo aunque se hayan cerciorado con anterioridad. Les puede lo que estén pensando los demás.

—La verdad es que me parece una rayada monumental, pero sé a qué te refieres. Creo tener esa metacognición, pero no tan acentuada como tú. Yo soy una mula de carga que mantengo mi casa a través de mi trabajo. Tristemente, en alguna parte de mí, viven unos sueños que ya siento que nunca despertarán. Me he alienado.

—Te comprendo. Es difícil mantenerse en el sitio. El mundo gira en dirección contraria, lo más fácil es dejarse llevar. Yo sigo esperanzada en que llegue el momento en que todo el mundo se quiera más y dejen de hacerse tanto daño. Creo que vamos en general por muy buen camino.

—Eres asombrosa, Laura, con lo joven que eres y las cosas en que piensas. No es normal. No sé si es esa dichosa metacognición, pero a mí me encanta tu forma de ser, me siento infantil a tu lado.

—¡Más infantil que yo!, eso es imposible —reía Laura.

—Y, ¿cómo quieres que sea tu futuro? —El director abría mentalmente el diario personal de Laura esperando verse reflejado en él, en sus planes venideros.

—Ayudando a los demás, haciendo a los que me rodean más felices. No sé cómo, pero ése es mi deseo.

—Pues tu futuro ya ha llegado, a mí me haces feliz. Cuando estoy contigo estoy más contento, siento mayor ilusión. Tengo ganas de llegar a casa y volver a recuperar mis antiguos hobbies… no sé, hacer cosas nuevas.

—Gracias, yo también me encuentro muy a gusto contigo, eres una buena persona. Ya quisieran todos tener un jefe como tú —decía Laura mirando hacia abajo.

—De eso nada, tú eres la fantástica.

El fin del almuerzo cerró la curiosa conversación entre ambos. Gabriel se pasó toda la tarde reflexionando sobre la charla mantenida con Laura. Le preocupaba no tener un grado alto de esa sensibilidad especial a la que ella había hecho referencia, ya que en el fondo, le quedaban muchas dudas por resolver. Todo lo que rodeaba a esa joven le embelesaba. Se preguntaba qué ser vivía en el interior de aquella persona tan peculiar. ¿Cómo había llegado ese joven cerebro a conclusiones tan extrañas?

Llegada la tarde, Laura acompañó a su abuela a dar un paseo y a hacer una compra; la despensa estaba vacía. Sobre las siete de la tarde, llegaron a un lugar donde solían frecuentar todos los primeros miércoles de cada mes. Era el bar *tacones*. Allí, en esos días concretos, ensayaba frente a la clientela una agrupación de baile flamenco. A Lola le encantaba asistir y recordar épocas pasadas. Ese día bailarían por alegrías, el palo flamenco preferido por ella. En su juventud había actuado varias veces en Cádiz, cuna de esta modalidad del flamenco. Recordaba los paseos con su marido por la playa de la caleta contemplando aquellos atardeceres tan hermosos y aquellas barcas de acuarelas. En tardes como ésas había dos cosas que le encantaban a Lola: Ver el espectáculo y tomarse sus dos copitas de moscatel, costumbre heredada en sus estancias en la taberna *La Manzanilla* de aquella ciudad costera. Al regreso, siempre se reía sin parar contando anécdotas e historias de su juventud. Laura se reía muchísimo con ella.

—¿No te conté lo que me pasó en un viaje a Guadalajara? —insistía Lola en relatarle una de sus aventuras.

—Creo que sí, pero cuéntamelo de nuevo. No lo recuerdo bien.

—Un sábado, después de comer, debía coger un autobús para ir a Cabanillas del Campo. Las demás bailaoras se habían ido en coche por la mañana, pero yo tenía que trabajar. Me monté en el autobús de las cuatro de la tarde vestida de flamenca. Cuando me dí cuenta, me había confundido de autocar e iba en dirección a A Coruña. El chófer, que era un sieso, se negó a pararme en una ciudad intermedia, teniendo que llegar hasta Galicia y luego volver de nuevo. Imagínate la cantidad de horas dando vueltas y encima vestida de gitana. Fue tanto el jaleo que se montó en A Coruña, que hasta me puse a bailar en medio de la estación. Todos se reían muchísimo.

—Qué arte tienes, abuela.

—Pero eso no es lo mejor. No sabes la cara de tu abuelo cuando llegué al día siguiente. «¡Estás como una cabra!», me decía. Siempre nos reíamos mucho con aquella historia. La recordábamos de vez en cuando.

Al regreso, ambas cenaron pronto y se fueron a la cama. Laura estaba ansiosa por leer otra de las cartas que había mandado su madre.

Hola Enrique

Me alegra que me hayas escrito. Es la primera respuesta que obtengo a mi anuncio de la revista. Antes de todo, quiero agradecerte las palabras que me dedicas, son una maravilla. Quiero explicarte una de las cosas que me preguntas. La decisión que me ha llevado a poner el anuncio, no es otra que la de encontrar a una persona especial. En mi pueblo somos muy pocos y, entre ellos, no hallo la persona que busco. No casa con mi carácter haber escrito a la revista, pero algo en mi interior me decía que así lo hiciera. Y mira, puede ser el destino el que ha hecho que te conozca. Tus palabras me han encandilado. Sólo con unas pocas frases, he sabido que eres una persona especial, una persona buena. Yo soy muy sensible. Busco entablar una amistad con alguien que tenga buen corazón, luego ya se vería. Te mando un saludo muy fuerte y el deseo de recibir pronto tu carta.

Celia

Laura se enternecía en su interior observando cierta similitud entre su madre y su propio carácter. En otra carta con fecha posterior leyó:

Querido Enrique:

Te escribo porque no puedo llamarte más por teléfono. ¿Cómo puedo explicarte, para que comprendas, lo que me está pasando? Mi padre ha precipitado todo y no sé cómo pararlo. Me supera la situación y sólo pienso en esa pequeña niña que he amamantado con mis propios pechos durante varios meses. La echo de menos y te echo de menos a ti. Mi padre ha amenazado con matar

a mi madre si no me caso con Carlos. Es el prestigio y el dinero lo que le empuja, no mi felicidad. Mi padre se ha arruinado, su empresa se ha ido al garete. No concibe perder su estilo de vida, es un egoísta. No te puedes imaginar lo que es esto. Mi madre me ha dicho que me vaya, pero no puedo dejarla, la mataría seguro. Mañana es la boda, así que ya te puedes imaginar cómo estoy. Esto es una pesadilla hecha realidad. Hoy casi no puedo respirar, la ansiedad me supera. Sólo espero que mi padre parta pronto de este mundo y, una vez a salvo mi madre, pueda buscarte y rehacer la vida que ahora mismo interrumpo en contra de mi voluntad. Tengo en mente los gritos y los lloros del día que salí de tu casa, y no me dejan vivir. No quiero que te enfades, pero no me queda otra opción. No puedo dejar morir a mi madre. Dale besos a Laura cada noche al dormir, dile que son de su ángel de la guarda que le cuida en la lejanía.

Laura no pudo contener un llanto muy agitado. —¡Papá! —se decía a sí misma—, esos besos de cada noche eran de mamá. Te preocupaste por cumplir su deseo y siempre te acercabas a darme ese beso. Mamá era el ángel de la guarda que me cuidaba en la lejanía. —Entre sollozos siguió leyendo.

Nunca olvidaré esas manitas, esos pequeños pies, esas sonrisas perdidas que viajaban a no sé qué lugar… ¡me hacían tan feliz! Despertarme cada noche tras su lloro era un regalo. Me acuerdo tanto de ella que no sé cómo voy a vivir teniéndola lejos. Cuídala Enrique, por favor. Cuídala y dile que su madre tuvo que irse. Algún día volveré, no sé cuándo. Espero que sea pronto. Un beso para ti y para Laura. Os quiero y os querré para siempre.

Celia

Laura, definitivamente, pudo entender a su padre. El sufrimiento era tan intenso que comprendió no haberlo sabido antes.

—Una niña no está preparada para esto —pensó. Enrique se había encargado de que Laura no sufriera en su infancia y de que, por otro lado, no odiara a su madre. Él sabía que en cualquier momento aparecería. Lo que nunca pensó es que los años pasarían, de lustro en lustro, muriendo sin volver a ver a su amada Celia. Ese hecho atormentaba a Laura, pues le parecía muy cruel y penoso para su padre. Sentía más lastima por él que por ella misma.

—Pobre papá, tantos años esperándola sin compartir con nadie su sufrimiento. ¿Por qué no supe darme cuenta? Le hubiera entendido, le hubiera ayudado.

En el calor de la cama, y tras dos horas de inquietud, Laura pudo conciliar el sueño. Imágenes desordenadas se le entremezclaban en su mente, dejándole una sensación de haber tenido pesadillas y una noche poco reparadora. No había amanecido aún, cuando ya se dirigía a su trabajo.

Capítulo V

La señorita Laurel caminaba por la avenida principal que la llevaba a su trabajo. Como siempre iba perdida en su música, interpretando todas las emociones que ella le concedía.

…Y es verdad, que la vida algunas veces,
nos hace pagar con creces y que el tiempo
siempre tiene la razón.
Que al final, cuando algo te pertenece,
un día inesperado vuelve
y aunque sea de lejos oye tu canción…

(Cantante: Cali & El Dandee. Canción: No digas nada)

Al llegar al cruce de una calle, se paró frente al paso de cebra. El semáforo estaba abierto para los coches. De pronto, la música dejó de sonar en su cabeza. Toda su atención se centró en un joven que esperaba para cruzar en la acera de enfrente. Mientras el muñeco permanecía rojo, Laura observaba con detenimiento el rostro de aquel muchacho. —Es tan guapo —pensó. Normalmente, solía mirar a la cara de todas las personas con que se cruzaba; le entretenía y le encantaba. Se convencía de que podía averiguar el interior de cada uno con sólo mirarle a los ojos. En su opinión, la forma de vestir, las expresiones faciales y los movimientos corporales daban muchas pistas sobre el carácter de cada uno. Una vez analizado con detenimiento aquel desconocido, sintió algo especial en su corazón. Laura era difícilmente impresionable, pero tuvo la sensación de haber visto a un ángel. Él miraba para otra parte, aún no se había percatado de que alguien le observaba con perplejidad. El muñeco verde se encendió y ambos prosiguieron la marcha. El corazón de Laura se aceleraba por momentos. Justo cuando se iban aproximando y estando sus cuerpos a punto de cruzarse, él sintió una especie de imán y correspondió con su mirada sobre los ojos de Laura. Todos los tambores del mundo eran golpeados bajo el pecho de la señorita Laurel. Una especie de electricidad pareció recorrer los cuerpos de ambos. El chico seguía mirando a los ojos de Laura tan adentro, que ella se sintió casi tocada.

En ese instante, agarró fuertemente la cinta del bolso y miró hacia abajo, al suelo. La valerosa Laurel no había aguantado la presión. La joven proseguía la marcha como si en un cable de funambulismo se posara. Sentía caminar sobre largos tacones de finísimas agujas; parecía perder el equilibrio. Notó un calor en la parte posterior del cuerpo, como si alguien la observara a su espalda, de cerca. Esto le hizo llevarse las manos al pelo y movérselos con brusquedad. El lento paso de los interminables segundos acentuó la distancia entre ambos, siguiendo cada uno por su camino. Ella no tuvo el valor de volverse.

—¡Ay, Dios mío! —se susurraba Laura en su conversación interna —. ¡Qué tío! Pero, ¿cómo era? No me he dado cuenta. ¿Rubio o moreno?, ¿alto o bajo? No tengo ni idea. Sólo he visto sus ojos, su mirada. ¿Será posible? Nunca me había llegado nadie de esa manera, con tanta fuerza. ¿Quién será?, ¿a qué se dedicará?, ¿pasará todos los días por aquí?, ¿volveré a verle o habrá sido fruto de la casualidad y nunca más lograré encontrármelo? Creo que él me ha mirado también. Sí, sí claro, ¡no me quitaba ojo! No sé si lo ha hecho porque yo le miraba o porque también le habré gustado. Pero… ¿por qué soy tan tonta? Me debía haber girado, quizás él también lo hiciera. De esa manera tendría alguna oportunidad. ¿Pero qué digo? Además, ¿cómo lo voy a conocer? Dios mío, ¡que lío! Seré idiota. ¡No tendré cosas en el coco como para ahora liarme más con un tío! ¡Ay! ¡Ay!, que me conozco, que cuando me entra alguien ya no me lo puedo quitar de la cabeza. ¿Qué edad tendrá?, ¿siete u ocho años más que yo?, ¿unos treinta y cinco más o menos? No lo sé —seguía atropellándose entre sus propias cavilaciones.

En ese momento, la felicidad y la esperanza llenó todos sus pensamientos entrando de nuevo la música en sus oídos. Esta vez le acompañaba a cada paso firme y seguro que daba. Iba demoledora. Ella canturreaba en su interior a todo grito, conteniendo rígidamente las sensaciones que le habían causado conocer a ese muchacho.

…Parece que ya todo terminó
Parece que sin más dijiste adiós.
No entiendo nada
Si ayer nos volvía locos la pasión
Si ayer gozamos juntos el amor…

(Cantante: Mónica Naranjo. Canción: Tú y yo volvemos al amor)

Durante el resto de la mañana, trabajó. De vez en cuando recuperaba aquella imagen que poco a poco se iba difuminando en su

memoria. Ya tan sólo le quedaba el contorno de sus ojos, de su mirada, y aquellas emociones que le producían. A su alrededor, una mancha turbia completaba aquel rostro desconocido. Cuando pensaba en él parecía cambiar el aroma de su entorno. Nuevas y cálidas sensaciones recorrían su cuerpo trasportándola a aquel cruce donde se había producido el encuentro. Sólo pensaba en él y en si volvería a verle otro día. Le gustaba pensar en un final feliz entre los dos. Ambos paseando, cogidos de la mano y llenos de felicidad. —Es un cuento de niños —se decía—. Seguramente no lo vea más… o quizás sí. ¡Pero puede que tenga pareja! Yo tampoco me metería en medio de nada, eso no me gusta. ¿Pero qué estoy diciendo? Si todavía no lo conozco. A lo mejor es un antipático. No, no lo creo, sus ojos mostraban verdad. Y la verdad que contenía era amabilidad y simpatía —al menos eso pensaba Laura.

Ya entrada la tarde y tras dormir una reparadora y larga siesta, Laura se perdió en su *taller de la locura*. El estreno de un nuevo e inmaculado lienzo le permitió volar en su imaginación. Se perdió por viejos y perfumados paisajes de mundos fantásticos, por mares revueltos de cielos grises y solitarios, por mundos de leyendas y mitologías, por el dulce y elegante baile francés del rigodón, por sentimientos privados y, entre ellos, encontró de nuevo esa enigmática mirada. En pocos minutos había esbozado a carboncillo la esencia de esos ojos, y le fueron muy familiares y cálidos. Los reconoció y los contempló durante minutos, perdida en su mensaje oculto.

—¿Quién eres?, ¿qué escondes?, ¿qué tratas de decirme? —se preguntaba sobre las notas de bellas melodías clásicas que flotaban sobre el aire.

Escuchaba la *Suite nº1* para chelo de Bach. Laura, lápiz en mano, se desplazaba dibujando movimientos circulares por la habitación. Achinaba los ojos pareciendo buscar una nueva perspectiva, la cual se negaba a ser descubierta. De vez en cuando ésta se dejaba ver y Laura sonreía. Eran imágenes fugaces que desvelaban el resto del rostro del joven desconocido. Cada una de estas proyecciones, le permitía a la emocionada artista añadir nuevos elementos a su boceto e ir completando paulatinamente ese retrato robot. Su sonrisa se ampliaba por momentos, el parecido se iba aproximando. La faz de aquella persona incógnita se desdibujaba en la mente de Laura y se plasmaba virtuosamente sobre la tela blanca de su caballete. A esta imagen naciente se le unían sensaciones placenteras procedentes de aquella inolvidable mañana. Un aire nuevo y renovado del más bello

amanecer se adentró en el *taller de la locura* envolviéndolo de magia y creatividad.

Cuando ya hubo terminado el boceto, se sentó y descansó. Su mirada, ahora plácida y solemne, se clavó sobre aquella expresión de bondad y le llenó de entusiasmo, más si cupiera, su corazón. En ese momento, la música se estremeció con notas más desgarradoras, cayendo Laura de rodillas sobre su sombra, llena de pasión y ardor corporal. Se sintió febril, agitada y voló por innumerables sueños donde ella y él se besaban y hacían el amor como dos amantes puros e inocentes. Entre aquella nebulosa de sinceridad oculta, sintió desatar una inhibición forzosa de siglos, como una merecida liberación de algún alma castigada durante toda la eternidad en algún lugar oscuro y olvidado.

La orquesta puso fin a la obra y eso condujo a Laura a un estado de aletargamiento. La explosión creativa había finalizado dejando allí impreso todo su esplendor. Ella se sentía muy satisfecha.

—Laura, hija. —Entraba Lola en el *taller de la locura*—. No he querido interrumpirte. Parece la filarmónica de Viena, ¡qué barbaridad!

—¡Qué exagerada eres, guapa!

—¿Cenamos y vemos una película en la tele? —sugirió la anciana.

—Claro.

Mientras disfrutaban de una rica ensalada de aguacates, palmitos y queso roquefort, el silencio fue roto.

—¿Cómo va el trabajo?, ¿estás contenta?

—Sí, mucho. El trabajo es muy interesante y divertido —relataba alegremente Laura.

—¿Y las cartas?, ¿todo en su sitio?

—Sí, abuela. Las cartas lo explican todo. No he terminado de leerlas, me quedan unas cuantas. ¿Tú las leíste?

—No. Nunca quise entrar en la intimidad de Enrique, pero no me parece mal que tú lo hagas; estás en tu merecido derecho.

—Mamá quería mucho a papá.

—Eso decía él. Por entonces lo único que yo veía era el sufrimiento de Enrique, y eso me mataba. Él siempre me decía que Celia no tenía otra opción.

—Sí, abuela. Por lo visto el padre de mi madre amenazó con matar a su esposa si no se llevaba a cabo la boda.

—Entiendo. Tuvo que ser muy difícil la elección —opinó Lola.

—Sí.

—¿Y de amores que tal la cosa? —cambió de tema la abuela.

—Nada, ya te lo dije.

—Eso fue el otro día —argumentaba con tono picaresco—. Pero hoy… hoy te noto algo. ¿Has conocido a alguien?

—¡Anda ya!

—A mí no me engañas. ¡No te conoceré yo!

—Es increíble, abuela, lo brujilla que puedes llegar a ser. ¡No hay nadie! —elevó la voz Laura—. Eso sí, hoy he visto por la calle a un chico que me ha encantado.

—Lo ves… —interrumpió Lola con tono sabiondo—. Ya te decía yo.

—Pues no exageres, ni siquiera he llegado a hablar con él. Sólo le he visto una vez en la vida, hoy.

—Ya, pero esas cosas se notan. Encontrar a alguien que te gusta, te alegra el día, te cambia la cara, es normal. ¿Y qué tal es?

—No sé, abuela. No le recuerdo. De él sólo me han quedado sus ojos.

—Eso es importante, Laura. Los ojos de las personas nunca mienten. Cuando menos te lo esperes le verás de nuevo, estoy segura.

—Ya, pero… ¿para qué?

—Bueno, hija, nunca se sabe. No te puedes ni imaginar las vueltas que puede dar la vida.

—No adelantemos acontecimientos, que ya me estás casando con él.

Cerca de la una de la madrugada había finalizado la película. —Es muy tarde para leer una carta —se lastimaba Laura. Sin energía para continuar el día, se acostó sobre su cama y cerró los ojos. Un leve intento de recordar a ese enigmático joven precedió a un súbito sueño que envolvió a Laura. Una noche fresca y plácida le acompañó toda la madrugada.

Tras remolonear un rato encima del colchón, su consciencia se percató de que aquel sonido de despertador era real, y con la mirada puesta en el trayecto al trabajo, dio un salto y se apresuró al baño. Ese día la ducha sería más prolongada, el secado y peinado de pelo más minucioso y la elección de la ropa más dudosa. Estaba claro que Laura no quería desaprovechar la ocasión para ponerse más guapa. Quizás se encontrara de nuevo con aquel hombre. Lola estaba aún durmiendo, con lo que desayunó más rápido y, pronto, salió corriendo hacia la calle. Las primeras gotas de luz se disipaban por el horizonte, dándole a la ciudad un suave y mimado despertar; parecía el renacer de algo más que un simple día. Ese curioso halo mágico lo confería la

esperanza depositada en Laura de encontrarse de nuevo a aquella persona. Todo se conjugaba en un precioso y bonito día por delante.

Por mantener la costumbre, sus auriculares estaban colocados en su sitio habitual, pero la música no sonaba de momento. Laura quería estar totalmente concentrada en cada sonido, en cada imagen, en cada detalle que pudiera resultar del posible encuentro con el chico del día anterior. En sus entrañas sentía los nervios de un primer día de cita. —Esto no es normal —se convencía a sí misma—. El frío aire matutino le golpeaba el rostro, enfriándole la piel y resaltándole así el leve rubor artificial de sus mejillas. Aún quedaba un tramo para llegar a aquel cruce divino. Justo antes de coger la esquina que la llevara a aquella gran avenida, Laura revisaba el interior de su bolso. En el momento de proceder a doblarla, percibió la presencia del cuerpo de una persona que venía de frente y que se chocaría irremediablemente contra ella. Elevó su mirada del bolso y a escasos centímetros apareció aquella idílica mirada. En ese instante el tiempo se congeló para Laura. Sus pensamientos fluían a gran velocidad mientras la escena no avanzaba. La fragancia natural del cuerpo de aquel hombre, mezclado con el fresco aroma de un perfume sensual y masculino, se revolvía por el aire creando una atmósfera excitante y placentera para la sorprendida joven. Lo suave y lo áspero de sus prendas se hicieron palpables en su delicada piel. La tersura de su cabello se apreció en la brisa que allí circulaba. Sus inmutadas miradas se juntaron en el infinito y viajaron a un eclipse de sensaciones y emociones mágicas. Pensó que nunca saldría de aquel estado. De pronto, su corazón comenzó a bombear con locura y desorden. Al fin la máquina del tiempo se estaba poniendo en marcha y aquellos cuerpos debían seguir su camino. Laura se desplazaba rápida y torpemente hacia la derecha, simultáneamente con él. Los cuerpos volvieron a chocar. Ambos comenzaron una danza tosca y sin sentido de izquierda a derecha, con el fin de salir de esa ruborizada situación. En un instante, las sonrisas amanecieron en sus rostros y sendas disculpas fueron pronunciadas por sus deseosas bocas. —Nada, nada, culpa mía —decían ambos pisándose las palabras. La figura de aquel desconocido se perdía por el rabillo del ojo de Laura. Ella avanzaba a un ritmo ligero y sentía ahora su latir más pronunciado y seco. Realmente se encontraba mareada. A los pocos segundos se paró. Jadeaba inhalando un aire que deseaba apaciguar sus deseos ocultos. Laura se encontraba en un éxtasis que jamás había experimentado.

—Le hubiera quitado los labios a mordiscos —pensó.

Cuando se sintió más tranquila, siguió su marcha. Ahora la ciudad

parecía estar más iluminada y despierta, al menos así lo percibió ella. En un movimiento rápido del índice, el *ON* sustituyó al *OFF* en su *ipod*. Seleccionó la canción y, ahora sí, el mundo se puso a sus pies. Los certeros acordes y la voz dulce de la cantante le reforzaban su felicidad. Era un gran día para ella. El rostro de aquel joven se había definido en su cabeza. Ahora sí tenía un recuerdo más nítido. Ella hacía un esfuerzo por memorizarlo.

—Esta vez no se me puede escapar —se susurró.

I thought I saw a man brought to life
He was warm
He came around like he was dignified…

(Cantante: Natalie Imbruglia. Canción: Torn)

—¡Buenos días! —exclamó eufóricamente Laura.
—Buenos días —respondieron al unísono Miguel y Rafa.
—Qué sonrisa más bonita traes hoy —piropeó Rafa—. ¿No será porque es viernes?
—¡Qué va! —Laura se retiraba una colorida bufanda.
—Esta noche nos vemos —continuó Rafael.
—¿Esta noche? —dudó la joven.
—Sí. Habíamos quedado para salir. Mi mujer viene. ¿Y tú amiga?
—Se me había olvidado, no se lo dije.
—¡Vaya! —se sorprendió Miguel.
—¿Ya te quieres ligar a su amiga? —empezó a mofarse Rafa.
—No seas mal pensado, capullo. No lo decía por nada.
—Bueno, luego la llamaré —se disculpó Laura con su expresión.
—Hemos quedado a las once de la noche en el bar *tokata*, allí estaremos unos cuantos —concretó Miguel.
—¿Quedáis hoy? —preguntó una cabeza que se asomaba por la puerta.
—Sí, Gabriel. Vamos a ir los tres, ¿te apuntas? —respondió Laura.
—Claro, mi mujer ha quedado con su hermana —justificó el director—. Buena excusa para irme con vosotros.
—Perfecto. Ahora llamo a Mara.
—¿Mara? Nunca he estado con una Mara —presumía de broma Miguel—. Ponme el primero en la lista. Será guapa, ¿no?
—Guapa no, mi amiga es guapísima.
—¿Y por qué no tiene novio? —interrumpió Rafael.
—Tío, no todo el mundo tiene que estar ahorcado como tú. Estás obsesionado —se reía Miguel—. Pareces Noe, todo el día emparejando a todo bicho viviente.

—Ja, ja y ja. ¡Qué gracioso es el Miguelito de las narices! ¿Qué te apuestas que atosigas esta noche a la amiga de Laura?
—Chicos —medió Gabriel—. Por favor, comportaos. No seáis críos. Esta noche Miguel no se va a ligar a la amiga de Laura, porque… ¡se va ligar a tu mujer! —se descojonaba Gabriel mientras salía corriendo por el pasillo.

Mientras Miguel se tronchaba sobre su silla, Rafa iniciaba una persecución por los pasillos en busca de su jefe.

—¡Serás cabrón! —gritó Rafa.
—Qué buen ambiente tenéis aquí —dijo tiernamente Laura—. Ya quisieran muchos llevarse tan bien como vosotros. Es un gustazo.

Al poco, entraron en el *comecoco* los otros dos compañeros, sudando y con las camisas por fuera del pantalón.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Miguel.
—¿Quién va a ser?… yo, para eso soy el director. Venga Rafa, ¡te bajo el sueldo!, por malo.
—Sois unos niños en toda regla —dijo cariñosamente Laura.

A las tres de la tarde, Laura procedía a volver a casa para comer con su abuela. Los viernes la empresa sólo abría por la mañana. Por el camino había llamado a Mara para quedar por la noche. Su amiga aceptó gustosamente y se comprometió a recogerla en su casa.

Sonó la puerta.

—¡Abre, abuela!, es Mara. Dile que suba.
—Voy, voy. ¡La vieja va!

Laura se terminaba de vestir mientras Mara le conversaba.

—¡Uy! —exclamó Mara—. ¡Medias negras con blonda y minitanga esconde nada! Creo que hoy la señorita Laurel va a por todas. ¿Quién es el agraciado que va a verte ese culito respingón? No será del trabajo, ¿verdad?
—No. Te lo iba a contar. He conocido a un tío esta semana que me ha dejado de piedra.
—¿Sí?, ¿cómo se llama?
—No lo sé, me he cruzado con él dos veces.
—¿Sólo eso?
—Sí, Mara. Pero hemos conectado, lo sé. He sentido algo que no

había notado nunca por ningún tío.

—¿Y pretendes verlo esta noche?

—Supongo que no, pero por si acaso. Nunca se sabe. Es que estoy emocionadísima. ¡Tengo unas ganas de verlo! Me moriría si lo viera por ahí con otra.

—Qué suerte, yo no tengo nadie a la vista.

—Sí, mi compañero Miguel.

—¿El chulo de tu curro?

—Sí.

—Paso de guaperas chulos.

—¿Y qué crees que eres tú? Una guaperas, pero en vez de chula eres una pasota. Hacéis una pareja perfecta.

—Bueno, ya veremos. ¿Y dónde dices que has visto a ese tío? —cambiaba de tema Mara.

—Por la calle, yendo al trabajo.

—Si te lo has encontrado dos veces, podrás encontrártelo de nuevo.

—Eso espero —dijo esperanzada Laura mientras se colocaba la tuerca del pendiente.

—¿Y cómo es él?

—Ve a mi cuarto de pinturas. He terminado esta tarde el boceto de su retrato.

—Espera, voy a verlo. Pero, ¡qué dices! —gritó Mara a lo lejos—. Es guapísimo. ¡No!, es más que eso, es su mirada —terminaba de hablar mientras regresaba a la habitación de Laura—. No sé cómo puedes extraer la pureza de las personas de esa manera. Parece magia.

—¿Verdad que flipan sus ojos? Me han enamorado, lo reconozco.

—Pues más te vale que esté soltero y sin compromiso, si no vas a tener que buscarte un sucedáneo de él y ponerle su retrato en la cabeza a modo de careta—reía Mara—. Verás como tienes suerte.

—Ojalá la tenga. ¡Vámonos ya!, estoy lista.

Después de despedirse de Lola, Laura se abrió paso tras el portal de su casa emanando belleza y positivismo. Camino del bar, se miraba de vez en cuando en los escaparates colocándose bien el pelo o simplemente evaluándose. En el fondo pensaba que quizás aquel chico viviera por allí y, por qué no, podría encontrárselo en cualquier momento.

Una vez entraron en el bar *tokata*, divisaron al fondo a Miguel y al resto de acompañantes. Laura seguía mirando a cada rincón. —¡Ojalá estuviera aquí!, pero no lo veo —se apenaba.

—Hola, chicas —saludó Miguel muy efusivo dándole un beso a su

compañera de trabajo.

—Hola a todos, soy Laura, la nueva compañera de Miguel y de Rafa. Ella es Mara, mi amiga.

—Hola, encantado. Ella es Lidia, mi mujer, yo Rafa.

—Ellos son unos amigos míos. Sergio, Patricia, Dani, Lourdes, Fernando y Sophie —continuó presentando Miguel.

—Hola —saludaron a la vez Laura y Mara.

—¿Y Gabriel? —se interesó Laura.

—Viene luego, más tarde —contestó Rafa.

Pasada aproximadamente una hora de conversación, Gabriel llegó. Al no ser percibido en un primer momento por los demás, esperó unos instantes en la puerta del bar observado la figura de aquella persona que tanto le había impresionado esa semana. Él sentía un calor especial por esa joven. Durante los últimos días, había pensado más en Laura que en su propia esposa, hecho que le hacía sentirse incómodo. Ante tal alucinación, Gabriel creía poder tener una vida distinta junto a ella. Quería a su esposa y a sus hijos, pero algo le decía que el tren más importante de su vida estaba pasando ante sus ojos. Se reñía a sí mismo por tener esos sentimientos y maldecía no haberla conocido quince años antes.

—¡Vaya!, tampoco hubiera servido, en aquella época sería una niña. Está claro que el destino no la ha traído para mí —se decía.

Se sentía muy liado pues él siempre había actuado con lealtad a su familia; jamás le había sido infiel a su mujer. Esa misma circunstancia le animaba a intentarlo.

—Con lo bien que me he portado siempre, ¿por qué no voy a poder hacer trampa alguna vez?, aunque sea una noche —se justificaba a sí mismo el preocupado director. Era evidente que sentía algo muy fuerte por Laura, pero no tenía la valía de dar un giro de ciento ochenta grados a su vida. —Además, ¿qué pensarían nuestras familias, nuestros amigos? —concluyeron sus pensamientos. Y allí, clavado como una vieja bandera descolorida y hecha jirones, ondeando a duras penas al son del viento de la costumbre y de la monotonía de su vida matrimonial, siguió observando aquel preciado tesoro que brillaba como un diamante único y precioso. Tenía la profunda certeza de que aquella joya le permitiría acceder a una vida mejor. Gabriel, buceando en sus profundidades, se derretía ante tal belleza, olvidándose de todo lo demás que le rodeaba.

—Hola, Laura. —El director apretó fuertemente los labios contra

sus mejillas dando dos sonoros besos.

—Hola, jefe. Ésta es mi amiga Mara.

—Encantada.

—Igualmente. ¿Aquí sólo dejan entrar a chicas guapas? o ¿qué pasa? Venga una cerveza —se animaba Gabriel mientras era observado de forma curiosa por la amiga de Laura.

—Le estaba diciendo a Mara —seguía la conversación la señorita Laurel—, que la empresa lleva en Madrid cinco años.

—Efectivamente. Es original de Barcelona. Se fundó hace quince años, pero en Madrid lleva eso, cinco.

—¿Y está bien la cosa? —preguntó Mara.

—Sí, estamos muy bien posicionados. Y más ahora con este fichaje reciente —decía mirando a una Laura ruborizaba.

Los minutos pasaban entre los allí presentes consumiéndose las cervezas a gran velocidad, sobre todo entre el personal masculino. Cerca de las dos de la mañana, Gabriel conversaba con Rafael y Lidia. Sus ojos, ya chispeantes por el alcohol, se perdían sobre el rostro de Laura. Cuando vio el momento, aprovechó y se acercó en un instante que ella se encontraba sola.

—Hola, Laura —se dirigía Gabriel con una media sonrisa—. ¿Sabes una cosa?

—¿El qué? —Laura mostraba un bellísimo y dulce rostro.

—Esta semana he disfrutado mucho conversando contigo.

—Gracias, de verdad.

—No, en serio. Al elegir el color de mi ropa me he acordado de ti. Al desayunar hice pelotas con las servilletas y también me acordé de ti. Quiero que me enseñes a ser como tú —confesaba con un acento bastante etílico.

—Ja, ja —reía Laura—. ¡Te has pasado de cervezas! Yo también, pero no tanto como tú. Eres estupendo, Gabriel. Pero ¿quién va a querer ser como yo?

—Cualquiera —respondía Gabriel desdibujando su sonrisa—. No creas que le voy alegrando el oído al primero que pasa, Laura. Eres la persona más fantástica que he conocido en la vida. Y me jode decírtelo porque soy tu jefe. Pero sé que no me equivoco diciéndotelo. De ti no me espero nada malo.

—Gracias. Para mí también eres importante. Es fácil percibir que eres una buena persona. Seguro que no le has hecho mal a nadie. Yo pienso que la gente como tú termina encontrando la recompensa a esa bondad. Eres un hombre bueno, se nota.

—Si yo fuera más joven intentaría enamorarte. ¡Lástima que no sea así! —se envalentonaba Gabriel sacudiéndose el polvo de los

escombros de su dignidad.

—Gabriel, tú eres un afortunado. —Laura intentaba evitar una situación difícil. Él era su jefe y no quería complicaciones—. En la vida cada cosa tiene su momento, algunos ansían la libertad de los otros y estos a su vez su compromiso. Nadie está conforme al fin y al cabo.

—No es eso, Laura. Eres tú. Eres maravillosa. Deléitame con tus palabras un día más.

—¡Gabriel! —gritó Miguel rodeándolo por su cuello—. ¿Has visto que niñas más guapas? —Alzaba la mano de Mara mostrándola como si fuera una princesa—. Mira qué hermosura. —Mara se tronchaba—. Querida Laura, ¡vaya amiga te has traído! Por fin una mujer inteligente y con estilo. Mejorando lo presente, claro.

Gabriel se escondía entre el desasosiego de perder la íntima conversión con Laura y la tranquilidad de no seguir metiendo la pata. Laura, con una lástima consciente y evidente en su faz, observaba cómo el cuerpo de Gabriel se sumergía en la prisión alcoholizada de sus emociones. —Es muy lindo —se decía Laura mientras Miguel seguía vociferando—. Pero no quiero hacerme partícipe de sus penas. Él está casado y debe entenderme.

Los amigos de Miguel se iban despidiendo y marchando para descansar. Al rato, Laura y su amiga se unirían al carro de la recogida.

—Bueno, chicos. Nos vamos a dormir —sugirió Mara buscando la aprobación de la señorita Laurel.

—¿Ya?, quedaros un rato más —imploró Miguel.

—No, ¡qué va! Nos vamos —confirmaba Laura.

—De acuerdo, nosotros nos quedamos, ¿verdad, Gabriel? —dijo Miguel mientras palmeaba la espalda de su jefe.

—Por supuesto —se animaba el director en un último intento de disimular su derrota ante su empleada.

Gabriel se despedía de ella dándole dos besos y aspirando por última vez su preciado aroma. Sus párpados se caían irremediablemente como dos persianas por el efecto del alcohol. En su interior, pensamientos de haber hecho el ridículo ante su subordinada le desordenaban su tranquilidad.

—¡Qué bien lo he pasado! —se entusiasmaba Mara durante el camino húmedo y oscuro de regreso a casa.

—Me alegro.

—Sí, tía. Miguel es estupendo. Me ha parecido muy simpático. Y

la verdad, no es el típico chulo. Me había equivocado. Es muy guapo y muy bueno. ¡Malditos prejuicios!

—¡A ver si vais a terminar juntos!

—Pues mira, a mí no me hace feo ese tío… siendo sincera. Bueno, ¿y tú qué? Te veo algo desinflada.

—No, nada.

—Te ha dado la murga tu jefe, ¿no? Miguel se partía viéndoos juntos.

—Me da pena. Se me ha insinuado, a su manera… pero se me ha insinuado.

—¿Qué dices?

—Creo que sí. Y lo siento por él. Está casado y tiene dos hijos. Se ve muy bueno. Si hace eso es que no se debe sentir muy feliz.

—Hay muchos hombres que hacen eso aunque estén felices en sus matrimonios.

—Sí, pero Gabriel no es así. Por eso me da pena. Me encantaría poder corresponderle aunque sólo fuera por contentarle, pero no puede ser. Es majo, pero sólo eso. Si estuviera soltero podría pasar algo, pero nada serio. Es muy adulador conmigo, eso me gusta. Además se pueden tener conversaciones interesantes con él. Pero está derrotado y se vende muy fácilmente. Debe de estar pasando un mal momento en su matrimonio. No me pega en él su actitud.

—Pues, ¡acuéstate con él! —exclamó Mara levantando su brazo izquierdo—. Verás como se aclara y se le despeja la cabeza. ¡La cabeza de la…! —se tronchaba.

—Ni de broma, está casado. Además, ahora tengo al hombre X.

—¡Umm!, es cierto. Podemos ir a buscarlo —propuso Mara con voz sensual.

—No. Vámonos a dormir. Será imposible encontrarlo a estas horas.

—Como tú quieras. Yo, la verdad, estoy muerta. Me ha subido el alcohol y no puedo más.

—Ni yo. Además tengo la cabeza en otra parte.

—¿Dónde?

—En mi madre.

—Por cierto, ¿seguiste leyendo sus cartas?

—No, las leeré este fin de semana. Me gustaría ir a Bétera en breve. ¿Tú me acompañarías?

—Sí, claro. Ya te lo dije.

—Bien. Eres una amiga, Mara. ¿Por qué no te quedas a dormir hoy en casa?

—Pues mejor. No estoy para conducir.

—Quédate y pasamos la mañana juntas.

Tras quedarse Mara profundamente dormida, Laura sacó del sobre una de las cartas de Celia que no había leído. Con la luz tenue que emitía la pantalla de su teléfono móvil comenzó a leer.

Querido Enrique
Lo que me haces sentir:

Siento sobre mí el aguacero de un templado otoño que resiste despedirse de un feliz verano. Y tras la lluvia, apareces tú con tu abrazo cálido y tus besos llenos de amor. Y me quedo dormida en tu regazo contemplando los verdes prados de mi infancia.

Siento el cariño verdadero de un gran hombre. En el desasosiego del engaño, la mentira y la soledad, aparece una luz en el infinito que se acerca y me va calmando; eres tú. Eres esa persona que, cuando llega a tu lado, te hace la vida mejor.

Siento toda tu ternura y me emociona. Y esas sensaciones se cristalizan en gotas del más sincero amor, deslizándose por mi rostro y llegando a un mar infinito donde siempre navegas tú.

Siento…

Laura caía en un profundo sueño con el folio sobre su rostro.

Tras pasar el oscuro túnel de la realidad, aterrizó en un desierto árido de polvo de tiza. A lo lejos, un sol violeta teñía el firmamento de un rosa apaciguado. Tras caminar durante horas la sed le invadió. En la lejanía vislumbró la figura de un hombre de espaldas. Su presencia le reconfortaba y le daba fuerzas para seguir caminando hacia él. En la proximidad de aquel individuo, éste se giró. Una ansiedad esperada invadió todo su ser. Era el hombre desconocido que había visto camino del trabajo. Laura corría y corría, pero sus pies se hundían más en el polvo blanco quedando semienterrada. Poco a poco, aquel hombre se acercó. Cuando a ella ya no le quedaron fuerzas, él le agarró del brazo y la sacó. Sus ojos se llenaron de vida y él le besó en su boca sin reparos. Ambos permanecían inmóviles mientras dejaban sus almas sobre sus labios. La sed de Laura se iba calmando paulatinamente y la felicidad rebosó su corazón. De pronto, un estruendo rompió el cielo y millones de aves negras anticiparon una migración repentina. Ella se separó de aquel hombre y en su rostro sólo quedó la imagen de un tímido Gabriel. Un hombre abatido y derrotado que lloraba lágrimas negras. Laura, asustada, se separó y huyó. De las profundidades de la tierra emanaba una voz dulce pero sufridora, era la voz de Celia que recitaba el contenido de sus cartas. Laura cayó de rodillas y escarbó a gran velocidad para encontrar la procedencia de esa voz. Estrepitosamente, un gran embudo de arena blanca se formó cayendo irremediablemente por él. Laura se precipitaba al vacío más oscuro emitiendo un grito de un profundo pánico. En ese instante, su madre se escuchaba con más intensidad. Antes de golpearse en el suelo se despertó con un respingo.

Capítulo VI

Tanto Mara como Laura se despertaron con la orquesta de los borrachos en la cabeza. Bombos y platillos desordenados amenizaban su deseado silencio. Tras consumir un analgésico, Mara decidió marcharse a su casa. Sabía que quedaba un día de reposo y televisión. Prefirió estar cómoda en su propio sofá.

La lluvia golpeaba las ventanas y la luz apenas entraba en el salón. Laura, aún en pijama y calcetines, procedía a almorzar lo que su abuela había preparado.

—¡Bien, Lola! Tortilla de patatas, mi comida preferida. No sé cómo, pero siempre te sale riquísima.

—Pues no tiene secreto —respondía orgullosa la tranquila anciana—. Sólo hacerla con cariño. La patata tiene que estar picada, muy pequeñita y, al freírla, hacerla a fuego muy bajo, para que se cueza y no se doren mucho.

—Que sí, que sí. Yo lo hago así, como tú me dices, pero no me sale igual.

—Gracias, Laura. Por eso te la hago tantas veces. Me gusta mucho verte disfrutarla. Me hace gracia cómo la machacas con el tenedor y te la comes poquito a poco, tan despacito. Pareces que comieras langosta.

—¿Langosta? Yo prefiero la tortilla de patatas a la langosta o cualquier marisco. Lo prometo.

—¡Anda que eres! Así me gusta, que valores las cosas buenas y sencillas de la vida.

—¿Tú no comes tortilla?

—No. Me he hecho una sopita para entrar en calor. Prefiero que te la comas tú.

—Gracias, abuela.

Cada bocado de tortilla y cada sorbo de su habitual cerveza con gaseosa, parecían restaurar el bienestar de la joven. Habiendo terminado, se tumbó en el sofá y siguió leyendo la carta de su madre que había dejado a medias la noche anterior.

…Siento que mi vida es para ti, y la tuya para mí.

Cuando cierro los ojos en la más penetrante oscuridad de la noche, mi imaginación se abre paso iluminando los senderos que me llevan hacia ti. Tras fugarme de tu presente lejanía, me acerco y contemplo tu mirada embriagadora. Ángeles me sostienen en el aire mientras me acercan a tus brazos. Es en ese momento, cuando me siento más querida y violonchelos solemnes acompañan la estampa.

Enrique, te agradezco todas tus palabras de aliento y de amor. Hoy no sé qué haría sin ti. Queda ya muy poco para volver a vernos. Estoy deseando. Gracias por mandarme el regalo, me ha gustado mucho. Hiciste que fuera el día de cumpleaños más bonito de mi vida. Prométeme que en el próximo tú estarás aquí conmigo.

Son las siete de la tarde y ya estoy esperando tu llamada de teléfono. Aquí estoy sin moverme, deseando escuchar tu voz de nuevo. Esos minutos del día son los que me llenan de ilusión y ganas para seguir esperándote. Un beso muy grande. Te quiero, te amo, te deseo…

Celia

—El destinatario es de la calle Cervantes número dieciocho, primera planta, allí en Bétera —leía ahora en voz alta.

—Sí, lo recuerdo —ratificó la abuela.

—Empezaré a buscar por ahí —dijo Laura muy seria—. En internet pone que en este pueblo viven unas veintidós mil personas. No son muchas. No creo que me resulte difícil encontrarla.

—¿Y a qué esperas?

—No lo sé. Tengo miedo, supongo. Necesito estar totalmente preparada para iniciar el viaje. Tengo dudas de cómo afrontar la situación. Voy a conocer a mi madre, no es fácil.

—No, desde luego.

—Aparte, no sé cómo va a reaccionar ella. Ignoro si va a querer hablar conmigo o no. La vida le ha podido cambiar y puede que no quiera verme.

—Guíate por tu instinto. Hagas lo que hagas, siempre te apoyaré.

—Algún día de estos cogeré el coche y tiraré para allá sin más, sin pensármelo. Creo que va a ser la mejor forma.

—Me parece bien —respondió plácidamente Lola.

—Quizás ni me reconozca —se apenaba Laura.

—Tu padre, todas las navidades, mandaba a esa dirección, a la de tus abuelos, una foto de ti. Ignoraba si se la daban o si la destruían, pero él las mandaba a pesar de todo. Quizás ella las viera y sepa cómo eres tú.

—¿Papá hacía eso? —preguntó emocionada Laura.

—Sí. Él pensaba que su obligación era tenerte lo más cerca de ella. Era su forma de enmendar lo que él creía que era su gran error.

—¿Cuál?

—No salir a buscarla. Él siempre se arrepintió de no ir y traérsela

a un lugar donde su suegro nunca la encontrara.

—¿Por qué no lo hizo?

—Ella le suplicó que no lo hiciera. Le decía que era cuestión de vida o muerte. Él no tuvo otra opción que hacerle caso. Y pasaron los años, uno tras otro, ¡tan rápido! que ni él se dio cuenta que estaba sacrificando su vida. Enrique podía haber rehecho su camino con otra mujer sin problemas. Pero no, era muy tozudo con el tema de Celia. Yo no sé qué le dio esa mujer pero le enamoró perdidamente.

—¿Mamá me quería?

—Claro que te quería. Era muy sacrificada contigo. Siempre te tenía muy aseada y arreglada. La gente le decía que parecías ir vestida todos los días de bautizo. Siempre te tenía llena de lazos rosas por todas partes. Después del baño, ella te daba un masaje con aceite de almendras. Estaba encantada contigo. Al poco de nacer, siendo tú muy pequeñita, te arreglaba tras el baño y te ponías a llorar. Tu padre, tocando las palmas, siempre te cantaba la misma canción. Tú le mirabas sorprendida y dejabas de llorar. Al final se hizo costumbre y ambos te la cantaban todos los días mientras te ponían el pijama. Cuando llorabas, fuera la hora que fuera, ellos te la cantaban y tú te tranquilizabas y sonreías. El día que tu madre se marchó, él ya nunca quiso cantártela más.

—¿Qué canción era?

—Era una canción de tuna, *El payador* se llamaba. Decía algo así: «*Clavel de amor, florecita de mayo soy tu payador, jamás podré vivir sin tus halagos de amor moriré. Te haré feliz, mi alma ya no llora al decirte que sí, sumido en el dolor, quisiera ser tu dueño soy tu payador… sumido en el dolor, quisiera ser tu dueño soy tu payador*» —canturreaba Lola con una preciosa voz. El brillo se había instaurado irremediablemente en sus ojos.

—No sé por qué, pero me es muy familiar.

—Seguramente… en los primeros siete meses de tu vida no pararon de cantártela.

—Toda una vida al traste por mi abuelo. Podríamos haber estado todos juntos, felices. Y lo peor, y lo que más me machaca la cabeza, es la idea de que papá aún estaría con nosotros. Si hubiera vivido con mamá, ese día hubiera cogido el coche en otro momento, seguro, y él estaría aquí y ahora con su familia.

—Mejor ni pensarlo, hija.

—Ya, entiendo. Abuela, un momento, suena el móvil, es Mara. Hola, Mara.

—¿A qué no sabes quién me acaba de llamar?

—¿Miguel?

—No, tu jefe Gabriel.

—¡Cómo! —exclamó angustiada Laura.

—Sí. Le dio el teléfono Miguel.

—¿Qué quería?

—Preguntar por ti. Saber si tú vas detrás de él.

—¡Pero vamos! ¿Ese hombre está loco? ¿No se le ha pasado aún el efecto del alcohol? Mara, ¡qué agobio! Es mi jefe, ¿qué hago?

—Ja, ja —se tronchaba Mara—. Es broma —hablaba con una incontrolada carcajada.

—¡Cómo eres! ¡Qué susto! Entonces no te ha llamado, ¿no?

—¡Qué va! Pero sí me ha llamado Miguel. Quiere quedar esta noche otra vez. ¿Te apuntas?

—No, me voy a quedar haciendo unas cosillas.

—¿Hoy sábado por la noche?, ¿tienes fiebre?

—No, Mara. Trato de aclararme las ideas.

—¿Qué mejor forma para aclararse las ideas que salir de marcha?

—No, en serio. Saldré a correr un ratito y luego me quedaré aquí. Queda tú con Miguel.

—No sé, Laura. Si tú no te apuntas, no creo que vaya. Si no, mejor lo dejamos para otro fin de semana. Saldré con las chicas, sé que iban a quedar hoy.

—De acuerdo. Mañana hablamos y me cuentas qué tal te ha ido.

—Abuela. Me quedo contigo esta noche —dijo Laura tras despedirse de Mara.

—No seas tonta. Disfruta. Yo estoy liada con la costura. Sal —le animaba Lola mientras se quitaba el acerico.

—No, no me apetece.

Debido a la lluvia de la mañana, el parque que se encontraba cerca de la casa de Laura emanaba un aroma espléndido a tierra mojada; era muy purificador. El cielo regalaba las últimas luces del día, las cuales se atenuaban intermitentemente por el paso de grandes nubes oscuras cargadas de agua. La paz del ocaso se percibía en el ambiente impregnando de serenidad y sosiego el alma de la joven. Sus piernas se movían a ritmo ligero mientras su cabeza seguía procesando multitud de pensamientos, entre ellos, algunos que le inspiraba la canción que escuchaba.

…Corriendo por la ciudad
Siete horas
Mis piernas no dan a más
Siete horas
Empiezo a estar del revés
Siete horas
Te voy a volver a ver…

(Cantante: Bebe. Canción: Siete horas)

Seguidamente pensó en su madre, Celia, y recreó el rencuentro. La señorita Laurel llamaba a una puerta antigua de madera pintada de verde en una casa rural. El pueblo parecía estar desierto. Laura golpeaba repetidamente la oxidada aldaba, pero nadie aparecía. Se asomó por los cristales esquivando el reflejo de la claridad del cielo. La casa parecía estar vacía. Un pequeño camino de piedras, lateral a la vivienda, se adentraba hasta la parte posterior de la finca. Tras un pequeño huerto, se extendía un bellísimo prado verde con millones de margaritas multicolores. A lo lejos, percibió a una mujer elaborando un pequeño ramillete. Laura se subió a un ancho tronco talado y pudo divisar mejor aquella vasta extensión. La mujer que había avistado se levantó del suelo y comenzó a caminar lentamente hacia ella. A medida que se aproximaba, aceleraba el paso hasta que, en un preciso momento, dejó caer las flores de su mano echando a correr en su dirección. Los corazones de ambas palpitaban a más velocidad. Celia había reconocido a su hija y Laura a su madre. Por fin se fundieron en un abrazo inmenso que hizo levantar una deseada brisa que peinó todo el mar floral. Las lágrimas de Celia se deslizaban sin cesar sobre los hombros de Laura. Un lloro cargado de arrepentimiento se escuchaba en aquel lejano lugar.

Laura seguía corriendo por el parque, conteniendo las emociones que se extendían por la superficie de su piel, erizándola. La ausencia de su padre la mantenía en un estado casi continuo de sensibilidad, y todo este tipo de pensamientos la emocionaban al instante. Cuando había terminado de correr, se sentó en un banco del parque. Ahora pensaba en aquel enigmático muchacho que había conocido en la calle. Su esbozo mental la tranquilizaba y le sacaba una media sonrisa no compartida. Con la punta de su zapatilla de deporte, dibujaba en la tierra mojada círculos y arcos, dejando su imaginación liberada para alzar el vuelo. En aquel momentáneo viaje, se desplazó a la orilla de un bellísimo mar de azul intenso y oscuro. Sus olas morían como culmen de un largo trayecto, como descanso merecido tras siglos y siglos de travesía por todo el mundo, regalando una espuma blanca y plateada que acariciaba y besaba la finísima arena blanca de su orilla. Sus pies se hundían parcialmente en ella y el frescor salado del océano se desplazaba de aquí para allá ondeando su largo traje blanco. Sus cabellos se alborotaban de alegría y sus manos acariciaban ese aire que iba y venía. Sola, ante ese puro mundo, sentía una claridad espiritual que le impregnaba de fortaleza. De improviso, unos brazos cálidos la abordaron por detrás. Eran unas manos bellas y fuertes que le acariciaban su abdomen con dulzura. Como parte del repertorio de

esa danza táctil, los dedos se aproximaron al contorno de sus pechos. Un calor se propagó por toda la extensión de su piel. Bailaban caricias sobre sus senos, sin timidez. Laura se extasiaba en un mundo de erotismo oculto y nuevo para ella. Sintió un deseo sexual nunca antes experimentado y una incandescencia se deslizó bajo el ombligo a su zona genital. Una entrecortada y agitada respiración precedió a una convulsa sensación interna que le llenó de placer y satisfacción. Sus piernas debilitadas se rindieron dejando reposar su cuerpo sobre los brazos de aquel hombre. Laura se sentía flotando. A medida que se recostaba, elevaba sus ojos al rostro de aquel individuo. Su mirada era inconfundible, el desconocido que le había enamorado en plena calle de su ciudad la observaba con dulzura mientras acariciaba sus cabellos desordenados. Laura cerraba los ojos conteniendo una emoción muy intensa. Sendas lágrimas brotaban de sus párpados cerrados anunciando su deseo de no salir jamás de aquel lugar y de ese estado de bienestar. El hombre quiso consolarla y la besó. Un profundo sueño ocupó a la joven y la dejó dormida durante días.

Laura sonreía sobre aquel banco contemplando el encendido automático de las farolas del parque. Pronto se puso en pie e inició la marcha a casa. A medio camino, se paró y decidió dar varias vueltas en la zona donde se solía encontrar con aquel enigmático individuo. Recorriendo el trayecto una y otra vez, se difuminaron sus esperanzas en la oscuridad naciente de aquella noche. Ella, en chándal y con un sudor ya frío, volvía a casa mientras la gente salía arreglada para salir. No tenía otro deseo que seguir desempolvando la correspondencia de su padre.

Tras la cena, se acostó y reanudó la lectura.

Querido Enrique

¿Cómo estás? Lamento no llamarte por teléfono, pero no me dejan. Mi madre ha vuelto a hablar conmigo. Quiere que regrese a tu casa y podamos vivir los tres juntos: Laura, tú y yo. No le importa morir. Mi hermano se ha enfrentado a mi padre y éste casi lo mata. La paliza que le ha dado mi padre lo ha dejado en cama varias semanas. Hemos pedido ayuda a la gente del pueblo, pero nadie nos cree. Mi padre tienes dos caras. En la calle es muy afable y todo el mundo le aprecia mucho. No nos quiere escuchar nadie, ni la propia familia de mi madre. Esto es un auténtico infierno. Sé lo que estarás pensando, que qué diantre te cuento dejándote allí solo con Laurita. No sé qué hacer, Enrique. Me gustaría que me salvaras y me sacaras de aquí, pero no puedo. Si pierdo a mi madre me muero. Mi padre es mayor ya, tarde o temprano no estará entre nosotros; entonces regresaré. Sacrifico los primeros años de Laura con tal de salvar a mi madre. Pienso en ti cada día. Sé que estarás enfadado, no es para menos. Espero que me entiendas y, llegado el momento, me abras la puerta de tu casa, cuando todo esto haya pasado. La boda se ha confirmado para dentro de dos meses. Rezo todos los días para que ocurra algo de aquí a esa fecha. Mándame fotos de la niña. Mi madre coge el correo todos los días y me los da; de momento no hay peligro. Cada palabra que me dedicas en tus cartas son bocanadas de aire fresco. Espero que nunca te olvides de mí. Espérame.

Un beso muy grande. Cuídala y cuídate.

Celia

Laura abrió una carta con fecha posterior.

Querido Enrique

Como imaginarás, ya estoy casada. Tú deberías haber sido el que estuviera en el altar, lo siento con toda mi alma. No se obró el milagro. La noche de bodas ha sido un espanto. Me he negado a todo. Sé que para ti habrá sido también muy duro. Carlos parece hijo de mi padre. Es un machista y un cerdo, le ríe todas las gracias. Además me trata con el mismo desprecio que mi padre trata a mi madre. Cualquiera se mete con el hijo del alcalde. En mi nueva casa no hay teléfono. Mi padre me ha dejado muy claro las consecuencias de fugarme o de hablar contigo. No me puedo arriesgar. Para que me quedara más claro, el otro día le pegó una paliza a mi madre monumental. Tendrías que haberla visto. Sufro por Laura, por ti, por mí, pero deberías ver a mi madre; ya no puede más. Mi hermano se ha tenido que ir de casa, no podía aguantar. Mi padre tampoco lo quería allí. Así que imagínate, mi madre sola con ese indeseable. Temo por ella. Tengo la sensación que esto no va a terminar bien. Tengo la esperanza de que mi sacrificio tenga, al menos, la recompensa de ver a mi madre viva. Espero que mi padre no nos robe eso, no lo soportaría. Quiero que sigas pensando en mí. No quiero que te olvides de los momentos buenos que pasamos juntos, yo nunca los borro de mi mente. Esa época añorada es la que me da energía para seguir luchando. Jamás os olvidaré. Tened paciencia. Un beso

Celia

Del montón de cartas que estaban apiladas y sujetas por una goma, una le llamó la atención a Laura. El destino era la casa de Celia y el remitente su padre. Era una carta que Enrique no llegó a mandarle jamás a su amada. En ella se leía:

Celia: No sé si te harán llegar esta carta, es mi última esperanza. Son muchos años sin saber de ti. No sé qué ha podido ocurrirte. Tu hija, Laura, sigue preguntando por su madre. Tiene once años y es lindísima. Ella es esa parte tuya que puedo disfrutar. Tiene tus ojos, tus manos, tu frescura y tu bondad. Es un angelito caído del cielo. Allí donde te encuentres, Laura y yo te mandamos el beso más grande del mundo. Tus besos se los doy yo todas las noches. Vivo con la esperanza de saber de ti, de que llegue el día en que todo tu infierno termine. Sé que nunca pensaste que las cosas terminarían de esta manera; yo tampoco. Recibir esta carta sé que revolverá recuerdos y miedos pasados, pero creo conveniente escribirla. Mi madre me dice que he sacrificado toda esta vida tontamente, que no volveré a verte jamás, y la verdad es que eso me está pareciendo. Pasan los años y tú no apareces, no regresas. Las promesas que nos hicimos las dejamos en bajamar y el agua las ha ido borrando. Laura es casi una mujercita que necesita de ti. Ruego a esta vida que me ha tocado vivir, que cruce de nuevo nuestros destinos. Sólo pido eso, verte un día de nuevo, poder disfrutar de tu mirada, de tu sonrisa y darte un abrazo y un beso que durara toda la eternidad. Mis palabras no son las tuyas, no tengo esa habilidad, pero quiero que sepas que el amor que tuve por ti aún perdura; jamás será borrado, ni con el pasar de los años. Te quiero, Celia, te quiero y te quiero. Aquí te espero. No temas al regreso, yo sigo siendo el mismo de siempre. Estoy seguro de que tú también.

Un beso infinito
Te amo
Enrique

El interior de Enrique nunca había sido expuesto con tanta desnudez a Laura. Esto refrescaba su memoria y le inducía una melancolía dolorosa en su alma. Conocer la soledad y el sufrimiento que había padecido su padre le entristecía. Se maravillaba por la

valentía mostrada por él. Tantos años esperando a su madre era indudablemente un signo claro del enamoramiento que sentía por Celia. El silencio perenne mostrado por Enrique durante toda su infancia y adolescencia resultó ser la estrategia elegida para no perjudicar a su hija. Él vivía el día a día encadenado al recuerdo de su amada. Su nombre, su figura, su rostro, era todo para él. Sólo el amor por su hija le hacía apartar y guardar la pena en su baúl interno; seguramente le pudriría por dentro como un gusano a una manzana.

—¿Cómo ha podido vivir tantos años así? —se preguntaba Laura.

Al fin y al cabo, ella era una niña y no se había percatado de la penitencia que había enmascarado su padre. Nunca había faltado un cumpleaños, ni una Navidad, ni una sonrisa en estos días especiales. Enrique se había encargado que todo transcurriera con total normalidad. Eso dejaba ver la grandeza de un hombre enamorado y volcado en su única hija. Un hombre que protegió su felicidad hasta el fin de sus días.

Al día siguiente, Lola despertó a su nieta a media mañana.

—Hija, despierta.
—Buenos días, abuela. ¿Qué pasa? —saludaba la joven mientras se desperezaba.
—Nada. Ha amanecido soleado. Vámonos a la calle.

Ambas paseaban en dirección a la Plaza de Santa Clara. Allí, algunos domingos, se colocaban varios puestos de venta ambulante de ropa y abalorios. Al llegar, pudieron divisar una gran aglomeración de gente, principalmente niños.

—Mira, abuela. ¡Títeres! —exclamó alegremente Laura.

Junto al pequeño escenario donde aparecían las marionetas, un músico aliñaba la escena con un acordeón. A Laura todo le fue muy familiar.

—Mira, abuela. Son los personajes de la película que me ponía papá.
—Sí, ¿cómo se llamaba? —Lola se encontró despistada.
—*Lilí*. La actriz era Leslie Caron y él, Mel Ferrer.
—Claro, ¡cómo la voy a olvidar! La pobre chica huérfana, ¡era tan ingenua!
—Me encantaba verla con papá —dijo Laura con voz triste.

—Sí. Recuerdo aquellas tardes cuando tú eras pequeña y os poníais a cantar juntos esa canción tan entrañable.

—Sí, abuela. A mí me encantaban todos los personajes. Cada muñeco representaba una parte del carácter del titiritero. Papá siempre me decía que se identificaba con cada uno de ellos. Margarita, la señora rica, presumida y marimandona; el zorro astuto, Romualdo; el ogro feo y bueno y aquel pelirrojo tan gracioso que le decía a la protagonista: «Lilí, si de veras te vas, llévame contigo». Me encantaba esa frase. Papá siempre lo imitaba con la misma voz que el personaje. Esa película me encantaba. Era muy sencilla pero tenía un trasfondo inmenso. Con la experiencia he aprendido que todas las personas guardan, en proporciones distintas, un poco de cada uno de esos títeres, de cada uno de esos personajes.

—Tienes toda la razón.

—Sí, abuela. Hay personas que parecen ogros como el protagonista de la película. Son personas bondadosas pero muy temerosas, solamente que les cuesta mostrar su interior. Me daba mucha pena cuando Lilí se marchaba con la maleta por aquel extraño camino y bailaba con las marionetas. Cada uno de ellos se transformaba en el titiritero, ella los rechazaba uno tras otro. Al final sólo quedó aquel ogro feo de ojos tristes. Fue cuando ella entendió que cada títere representaba un trocito de él. Aquel ogro era su amado y le abrazó. Por eso siempre hay que buscar en cada persona su parte más noble. Todos la tenemos aunque sea por ahí escondida.

El acordeón comenzó a liberar aquella canción que la película hizo tan popular. Lilí, la protagonista de la película, siempre solía cantarla con su padre, al igual que la señorita Laurel. Pronto, todos los títeres y los niños de la plaza cantaron alegremente Hi-Lili Hi-Lo. Laura y Lola escuchaban sin pronunciar palabra; les traía muchos recuerdos. Ambas viajaron a sendos sueños que compartían protagonista: Enrique. La pequeña Laurita saltaba sobre los cojines del sofá cantando esa dulce canción. Su padre palmeaba una y otra vez siguiendo el ritmo. El escenario del salón se difuminaba dejando paso al sendero mágico donde finalizaba la película. Enrique, vestido de ogro, y la señorita Laurel de Lilí, danzaban agarrados de la mano en aquel mundo singular. Laura cerraba los ojos y apoyaba la cabeza sobre el pecho de su padre. Allí disfrutaba de su aroma, de su calor y compañía, y se encontró tan protegida, que sintió como Enrique le arropaba en su presente realidad.

…A song of love is a sad song
Hi-li Hi-Lili Hi-Lo

A song of love is a song of woe
Don't ask me how I know…

(Cantante: Leslie Caron. Canción: Hi Lili Hi Lo)

La música siempre le ayudaba a transportarse a viejas emociones, y más si venían ligadas a la figura de su padre. La bella melodía de esa canción finalizó y Laura sonrió llena de felicidad después de regresar de su bello sueño. Los niños aplaudían sin cesar. Finalizando, cada personaje salió ante aquel pequeño escenario despidiéndose de los allí presentes.

—¡Qué bonito!, abuela —susurraba Laura con una congoja emocional.

—Sí. ¡Qué de recuerdos me ha traído! ¡Mi pequeño Enrique! Lo que daría por tenerlo aquí un ratito más.

Tras aquel espectáculo, ojearon las tiendas del rastrillo. Más tarde regresaron a casa para finalizar aquel plácido y soleado domingo de invierno.

Capítulo VII

El lunes brotaba repleto de esperanzas, pues cada trayecto al trabajo era una ilusión de ver al hombre X. Desde entonces, Laura dedicaba un poquito más de tiempo a su acicalamiento matutino, eso sí, manteniendo su particular estilo. No podía presentarse ante aquel apuesto príncipe de cualquier manera. Aquella mañana, un colorido traje de lana trenzado le ensalzaba toda su belleza. En su hombro colgaba un bolso muy original que tenía la forma de la cabeza de un simpático gato. A Laura le apasionaban estos pequeños felinos; para ella eran unos seres muy especiales. A cada paso que daba, sus latidos se aceleraban experimentando unas sensaciones similares a las de la semana anterior. Lamentablemente, la esquina mágica pasó y el semáforo del primer día tampoco mostró rastro de aquel muchacho. —¿Le habrá pasado algo? —pensó ella—. ¿O es que no suele usar esta ruta? Quizás lo del otro día fue casualidad —seguía cavilando—. Lo que está claro es que puede que no esté interesado en mí. Si yo estuviera en su lugar pasaría por esta calle una y otra vez hasta que diera conmigo. ¿Y por qué no hago yo eso mismo?

De esta forma, Laura comenzó a recorrer la distancia comprendida entre la esquina y el semáforo varias veces seguidas. El tiempo se le echaba encima y no quería llegar tarde al trabajo. Quedando tres minutos para las ocho de la mañana, aligeró el paso y terminó por llegar corriendo al *comecoco*. Allí dio efusivamente los buenos días.

—¡Maldito Lunes! —refunfuñó Miguel.

—¿Finalizó la caza del fin de semana? —se apresuró a decir Rafa —. ¿Alguna presa?

—No —respondió el guapo compañero.

—¿Y la amiga de Laura? —seguía Rafa con mirada cómplice.

—¡De momento nada! —exclamó Miguel.

—¡Ah!, de momento… ¿no? —se metía por sorpresa Laura en la conversación mostrando un estupor muy cómico—. Es que mi amiga es mucha amiga.

—¿Y tú? —Miguel desviaba el tema apuntando a la joven—.

Cuando os fuisteis, Gabriel me habló muy bien de ti. Lo tienes enamoradito.

—Déjate de bromas que es mi jefe y no quiero líos —soltó Laura erradicando el ataque de un plumazo.

—Vale, vale.

A los pocos minutos, un disimulado Gabriel entró por la puerta del *comecoco*.

—Hola, chicos. La mañana, ¿bien? —comenzó a hablar evitando mirar a su empleada.

—Sí, Gabriel —explicaba Rafa—. El trabajo de *Long Site* está a punto. La verdad es que ha quedado genial, muy original. El toque final lo ha firmado Laura de forma magistral.

—Bien hecho —premió el director.

—¿Te quedas a comer hoy? —preguntó amablemente la señorita Laurel regalando ternura con su expresión.

El apretado nudo de la soga que constreñía el cuello de Gabriel se aflojó permitiéndole respirar con algo más de tranquilidad.

—¿Cómo?, ¿perdona? —preguntó él de forma aturrullada—. ¿Comer? Sí, claro. Después nos vemos—. Tras concluir puso pies en polvorosa.

—Pero… ¿lo habéis visto? —susurró Miguel mientras Laura se hacía la sorda entre sus papeles—. Está nerviosísimo.

—Que sí, déjalo —justificó Rafa—. Está pasando un mal momento, sólo es eso. No está bien con su mujer, ya se le pasará.

—No lo sabía, perdona —seguía Miguel hablando en voz baja.

Laura seguía poniendo y quitando montañas de folios sin sentido alguno. Sus oídos perseguían disimuladamente las palabras que allí se entrecruzaban. —¡Está mal con su mujer! —se cuchicheó secretamente.

En ese preciso momento, algún pensamiento extraño e interesado en Gabriel se descorchó en su interior. La posibilidad de que el director se quedara soltero le abrió una alternativa que no quería ni debía contemplar, pero así le surgió y no lo pudo evitar. —¿Será posible?, ¡seré tonta! —se culpaba—. No quiero ni pensarlo, ni en broma —concluyó.

Pasadas las dos de la tarde, Laura procedió con cierta intranquilidad a buscar al director. Tras sentarse en el bar de siempre, él inició la conversación.

—Laura. —Gabriel mostró en su rostro el semblante de cuando se inicia una conversación seria.

—Dime.

—Podría dejar que la corriente se llevara las palabras de una noche de alcohol. Pero por la confianza que me inspiras y por la bondad que te caracteriza, no quiero que pueda quedar algún malentendido. Por eso, antes de todo, te pido mil disculpas si el sábado te molesté.

—Gabriel, por favor, ya ni me acuerdo de lo que hablamos —argumentaba la joven traicionando a su memoria.

—Estuve un poco pesado y quiero explicarte. Mi mujer y yo llevamos un tiempo regular y eso me está desestabilizando un poco. Eso, mezclado con varias cervezas, me llevó a decir bastantes tonterías. Me gustaría retroceder en el tiempo y borrarlo todo, pero no puedo. Sólo quería decirte eso. Me parece absurdo. Te conozco desde hace sólo una semana y fíjate la confianza que tengo contigo. Eso nos suele ocurrir a los carcas casados como yo, que nos emocionamos cuando una chica preciosa y joven como tú nos dirige la palabra.

—Qué exagerado eres —suspiraba tranquilamente Laura—. Por todo esto y por cómo te explicas, es por lo que recibo tus palabras como auténticos halagos. Es un placer y un orgullo para mí recibirlos de ti. No creas que pasas desapercibido en mi rutina. Eres un gran hombre con un gran corazón, y algo me dice que aunque seas mi jefe, vamos a ser amigos, muy buenos amigos para toda la vida. Como jefe es una suerte tenerte; como amigo aún más, te lo aseguro.

—Bendigo el día en que Andrés cogió tu currículum y lo puso encima de mi mesa. Eres la paz que me hacía falta, la que no tengo en casa. Te agradezco mucho que me escuches y me des tu compañía. Por eso te considero una persona tan especial. ¿Cómo puedo hablar así de alguien que he conocido hace tan poco tiempo? No es normal. Ahora que ya está todo dicho, sólo te pido que me permitas seguir deleitándome con tus palabras. ¿Lo harás?

—Por supuesto. Haré un hueco en mi comprimida agenda —respondió Laura con tono cómico.

—Pero, ¿cómo es posible que no tengas novio? Explícamelo, por favor. ¡Eres tan divertida!

—No te voy a mentir. El físico me importa como a todo el mundo. Sin embargo, hay algo que tienen muy pocas personas y que busco con inquietud. Y lo peor es que no sé qué es con exactitud. Es algo mágico, extraño, no lo sé. El otro día me crucé por la calle con un hombre y, sin mediar palabra con él, lo sentí. Es como si la energía del universo nos hubiera empujado toda la vida en dirección contraria, a estar separados, y un día, por la fuerza como de dos polos de distinto signo

de un imán, nos hubiéramos unimos bruscamente para siempre.

—Entiendo. —Gabriel se mordía el labio.

—Desde entonces no dejo de pensar en él.

—¿Y por qué no te acercas y le hablas?

—Tengo una movida muy grande en el coco ahora con el tema de mi madre —dijo como introducción al resumen de la historia de su vida que le haría en ese momento—. Por todo eso que te cuento, sé que tengo que ir a buscarla, pero me da miedo. No sé si decidirme e ir al pueblo de mi madre, u olvidarme y buscar a este chico, o yo qué sé. Además, ¿quién dice que él haya sentido lo mismo que yo?

—Si no te acercas no lo sabrás.

—Ya, pero hoy no lo he visto.

—Espérate a mañana —le animaba el jefe.

—No sé, estoy muy liada. Creo que no es momento de empezar nada ni de complicarme la vida. Tengo el tema familiar pendiente y le tengo que dar salida de una manera u otra.

—Si quieres te acompaño a Bétera.

—No, Gabriel. No quisiera meterte en esto. Te lo agradezco.

—Me sentiría muy herido si no me dejaras ayudarte. Laura, por favor. Además tengo una promesa hecha que he de cumplir como parte de mi trabajo.

—¿El qué?

—Cuidar de ti —sonreía Gabriel—. Andrés, el que te entrevistó, te quiere como si fueras un diamante en bruto. Y me lo pidió expresamente: «Hazme el favor de cuidar de Laura, es una niña muy especial». Así que dicho y hecho, aquí estoy yo para que no te pase nada. ¡Entra dentro de mis funciones de director!

—Gabriel, no eres un sol, eres toda una galaxia. —Laura se perdía en los ojos de él.

—Dejémoslo en que soy un marcianito de esa galaxia que se preocupa por ti.

—Creo que acabo de encontrar un gran amigo —dijo Laura emocionada mientras se levantaba y lo abrazaba.

—Bueno, bueno… sin pasarnos, que soy de carne y hueso —se reía el director irónicamente.

Gabriel se iluminó por dentro. Sentía haber encontrado el camino para compartir con Laura. Sabía que sus problemas matrimoniales le habían inducido a sentir cosas muy especiales. Ahora lo veía más claro y alucinaba con la idea de formar parte de la vida de la joven, aunque fuera desde la amistad. Él pensaba que eso era un lujo que no podía rechazar. Tarde o temprano llegarían mejores momentos con su esposa y sus sentimientos se ordenarían de golpe y porrazo, al menos de eso estaba seguro en ese momento. La chispa de la ilusión le motivaba a

seguir cerca de ella y a contemplarla. Se sentía un privilegiado, un tío importante. Era como si almorzara con la mismísima Madonna. Imaginaba que todo el mundo le observaba maravillado, llenos de admiración por su célebre amistad.

Las emociones de Gabriel habían cabalgado desbocadas en los últimos días. Las ráfagas de altibajos y tropiezos en su vida familiar, le descomponían su estructura interna y lo dejaban vulnerable como una veleta al son de cualquier viento que quisiera soplarle. Se sentía aliviado de que Laura hubiera puesto la mirada en otra parte y así poder aguantar el tirón sin meter la pata. Gabriel siempre había sido un hombre bueno y complaciente con Esther, su esposa. Representaba la típica pareja que se había llevado de novios toda la vida. Comenzaron a salir juntos en el colegio, y tras el paso por la universidad, afianzaron esa unión con el matrimonio. Prácticamente llevaban toda la vida juntos y, eso mismo, es lo que les originaba a ambos esa incertidumbre en forma de pequeña astilla clavada entre los dedos de los pies que, de vez en cuando, les llevaba a pensamientos de haberse perdido algo en los mejores años de la juventud. Se querían como ven los hijos que se quieren unos padres, como si fueran hermanos, como si hubieran vivido juntos desde el nacimiento. Estas ideas turbaban a Gabriel, y a su esposa también. Él no dudaba de que su mujer fuera una buena esposa y madre, pero le quedaba la cosa de no haber disfrutado esa aventura, ese flechazo que le revolviera toda su vida y le colgara boca abajo. Cuando empezó a salir con Esther ya eran amigos de siempre. Por ello no disfrutó de esa magia que surge cuando empiezas a formar una relación con un desconocido o con alguien con la cual no tienes mucha confianza. Por estas razones y por la mala racha acontecida en los últimos meses, Gabriel se había sentido atraído por la persona que le acompañaba en este almuerzo. En la última semana había mostrado rasgos impropios de su carácter: Timidez, duda, inseguridad y enamoramiento súbito. Él no sabía discernir si había sido consecuencia del momento personal que estaba viviendo o del poder de Laura de sacar ese lado suyo oculto. Fuera como fuese, en este día se encontraba contento y pletórico. Al fin ocupaba un lugar en la privilegiada vida de Laura.

La señorita Laurel, a pesar de no haber visto a su enigmático varón esa mañana, compartía con Gabriel esa satisfacción. Sabía que el tema jefe se iba estabilizando, tomando el camino lógico. Para ella representaba la figura del amigo protector, cosa que era incompatible con la dependencia mostrada por él durante toda la semana. Ahora entendía su comportamiento como una sana admiración, y no como una aguda idolatría enfermiza. Sabía que Gabriel estaba pasando un

mal momento en casa y eso lo justificaba todo. Ella pensaba que tenía un interior de oro, que ni él mismo conocía, y se propuso hacerlo visible sacándole todo su potencial. No podía entender como un hombre de su edad, de su atractivo, de su posición laboral y de su verborrea, podía haber flaqueado tanto con ella. Era inusual. Pero a ella le daba igual, se sentía muy cómoda con él y no permitiría que lo sucedido influyera en aquella amistad especial que estaba naciendo.

—Chicos, ¡vamos! —finalizaba la jornada Miguel en el *comecoco*. —Son las seis. Hoy os acompaño un tramo, voy al gimnasio. Hay que petar los tríceps, ¡chicos!

—Mira que eres *dippeador* —reía Laura.

—¿*Dippeador*? —preguntó Rafa confuso.

—Ja —reía Laura—. Lo siento, se me escapó. Tonterías mías. ¿Os acordáis?, hace mucho tiempo había un anuncio de la tele de unas patatas que le llamaban *dippas*. Salía gente joven comiéndoselas y mojándolas en una salsa. Decían que *dippeaban*. Pues, por esa época, una amiga mía decía que los que salían en el anuncio iban de guays, de modernos, y les llamaba *dippeadores*. Con el tiempo empezamos a decirle a la gente así, *dippeadores*.

—¿Y tú? ¿Por tu forma de vestir no eres una *dippeadora*? —atacó Miguel con tono jocoso.

—¿Yo?, no —se defendía Laura—. Visto raro, pero soy buena y sencilla, no soy nada *dippeadora*.

—Desde luego el que no es nada *dippeador* es Rafa con su vida monacal —se tronchaba Miguel.

—¡Eah! Ya me tocó a mí. Prefiero ser un tío hecho y derecho que un musculitos sin principios —soltó rafa como un misil.

—Venga *dippeadora*, vámonos —aligeraba Miguel.

A medio camino, Rafa se quedó en su casa, siguiendo sus compañeros la caminata.

—Tu amiga Mara se hace de rogar, ¿no?

—¡Qué va! ¿Por qué lo dices?

—Le he mandado varios *whatsapp* y no me ha respondido.

—Claro, la atosigaste el sábado.

—¿En serio? ¿Eso te ha dicho?

—No, Miguel. Es broma.

—A ver si vas a estar como Rafa, dándome caña todo el día.

—No, hombre. Lo único que me ha dicho es que te huele mal el aliento y le das un poco de fatiga —explicaba Laura con tono muy serio.

—¿Cómo?

—¡Que no! —se partía Laura.

—Serás bruta —gritaba Miguel mientras la abrazaba por la cintura y la levantaba.

—¡Bájame, Miguel! —El ataque de risa no la dejaba pronunciar palabra. Laura lloraba—. No puedo más, me estás haciendo cosquillas.

Él comenzó a correr dando saltos de un lado para otro llevando en peso a la joven. Laura se sentía libre y feliz. Pensamientos fugaces le recordaban la suerte que había tenido al entrar en esa empresa con aquella gente tan formidable.

Miguel la dejaba con cuidado en el suelo mientras también se reía. Laura se desplomó dominada aún por la risa. Una vez recuperado el aliento, se apartó el pelo de los ojos. Junto a Miguel, un hombre que pasaba caminando se le quedó mirando.

—¡Dios mío! —pensó Laura—. Está ahí. —La expresión de su rostro se desfiguró por momento.

—¿Qué pasa Laura? ¿Quieres más? —seguía hablando inoportunamente Miguel.

—¿Eh? —Laura ni pestañeaba mientras se fundía en la mirada de aquel muchacho. —¡Es él! —pensó.

Miguel le agarró de la mano y le ayudó a incorporarse.

—¿Qué pasa Laura? ¿Te encuentras bien? Pareces haber visto un fantasma.

La voz de Miguel se perdía en un horizonte lejano, como eco de un discurso impronunciable. Un murmullo llenó la cabeza de Laura. Era la mezcla desordenada de miles de pensamientos y sensaciones. Su cerebro no daba para más, simplemente estaba saturado. De ese firmamento donde se perdió la voz de Miguel, regresaban melodías suaves y románticas, y un haz de luz procedente de algún lugar la iluminó dibujándole su sombra a su alrededor. Ella sólo sentía la presencia de aquel joven y su propio cuerpo. Ambos intercambiaban esa energía especial que había surgido el día que se vieron por primera vez, pero ahora con más intensidad. Ni los edificios, ni los coches, ni la gente pasando, ni los ruidos que estos producían, se interpusieron entre ellos.

—Él y yo —se decía Laura—. Por fin solos, juntos. Bésame, bésame, por favor, te lo suplico. —La mirada de aquel desconocido se hizo aún más profunda y Laura se perdió en su propio éxtasis.

Poco a poco aquel ángel se alejó. El foco que alumbraba a Laura se fue atenuando hasta su desaparición y la voz de Miguel regresó de la lejanía instaurándose de nuevo en su cabeza.

—¡Laura, por favor! —insistía Miguel zozobrándole.
—¿Qué?, ¿qué ha pasado? —pronunció aturdida.
—¿Que qué ha pasado? ¡Eso digo yo!
—Nada, Miguel, nada.
—¡Cómo que nada! —se desahogaba con indignación—. Vamos al médico. Te has puesto blanca, casi te desmayas.
—¡Anda ya! No exageres. Me he quedado atontada un momento, sólo es eso. Será que estoy con el período y me habrá dado un bajón de tensión.

Miguel, preocupado por ella, decidió acompañarla a casa; allí se despidieron. Mientras, Laura reconstruía de nuevo ese rostro en su imaginación. —¿Seré tonta?, ahora va a pensar que tengo novio —razonó preocupadamente—. Y encima me ha visto haciendo el idiota tirada en el suelo. ¡*Dippeadores* al poder! Desde luego esto es mala suerte. ¿Qué habrá pensado? Lo que sí tengo claro es que se ha vuelto a fijar en mí. Algo especial he notado en su mirada. Estoy segura que me ha correspondido.

Laura no soportaba no compartir con nadie todas sus intranquilidades y, tras saludar a Lola, se fue directamente a la peluquería de su amiga. Mara se encontraba luciendo belleza con un pijama morado y el pelo recogido, estilizándole el cuello y resaltándole su atractivo. En sus manos, como petrificado, se encontraba un pequeño bichón maltes blanco muy bonito.

—¡Ay! ¡Que me lo como! —Besaba y abrazaba Laura a la graciosa mascota.
—¿Qué tal, Laura?, ¿qué pasa?
—Pues nada, que al salir del trabajo he visto al hombre X.
—¿Sí? ¿Y qué?
—En ese momento estaba tirada en el suelo, Miguel me estaba haciendo cosquillas. Y ahora estoy preocupada por si ha podido pensar que era mi novio o algo.
—O tu hermano, ¿no?, o tu primo. Vete tú a saber —decía Mara chistosamente.
—No me tomes a guasa —respondió refunfuñando.
—Que no te preocupes. ¡Si todavía no le conoces! Si él está interesado en ti no le importará, sólo querrá encontrarte y punto. Los

hombres pasan de esas cosas. No se rayan como nosotras.

—Pues si yo le hubiera visto así con otra, me hubiera entrado coraje. ¡Jo! Mara, entiéndeme.

—Si yo te entiendo, pero no puedes hacer nada. Ya os habéis encontrado tres veces. Te seguirá viendo, unos días sola, otros acompañada, es lo normal. No te preocupes.

—Vale —se conformaba Laura—. Ahora sé que por esa calle suele pasar con frecuencia. ¡Qué nervios! Estoy deseando que sea mañana para volver a verlo.

—Estás hecha una adolescente —reía Mara.

—Desde luego. Nunca había pasado por esto. Si lo vieras… es tan guapo, y tiene unos ojos. ¡Me tiene loca!

—¿Y qué piensas hacer?, ¿te vas a acercar?

—De momento no. A ver si se acerca él.

—Como piense él lo mismo, os quedáis esperando mil años.

—Que no, que no. Si pasan las semanas y él no mueve ficha, ya veremos. Yo de momento le sonreiré. Que se vaya dando cuenta que estoy interesada.

—¡Oh! ¡Qué romántica!, le sonreirás —se carcajeaba Mara—. A veces pienso que por dentro eres más antigua que mi madre. Anda, sujétame al bichito este. Voy a coger el secador.

El resto de la tarde la pasó en el *taller de la locura* perfilando y finalizando el rostro de aquel joven. Ahora sí podía decirse que la persona que había dibujada ahí era el hombre X. Ella se sentó de brazos cruzados, observando anonadada aquel mágico rostro. Le encantaba contemplarlo e imaginar que estaba con él.

—¡Laura! —llamó la abuela para la cena.

—Voy.

—¿Qué tal el día, hija?

—Muy bien.

—Le has visto otra vez, ¿verdad? —sugirió Lola con aires de pitonisa.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Laura.

—Se te nota. Tienes la misma cara que el otro día. La misma cara que tenía tu padre cuando le llegaba una carta de Celia. No todo el mundo tiene la suerte de vivir un amor así.

—¿A qué te refieres, abuela?

—La gente no se enamora de la misma forma. Hay quien se casa porque se lo imponen, como le ocurrió a tu madre. Otras por interés, por dinero o por estatus social. Pero hay otro tipo de amor, que es el verdadero, el auténtico, el que nace de la nada. Simplemente surge sin que uno se lo proponga ni lo busque. No se sustenta en la

conveniencia, ni en la compañía, ni en el alivio de la pena ni de la soledad. No busca cubrir ninguna necesidad en concreto, sólo es un puro amor. Aparece porque sí, sin explicación, sin más. Y ese amor se dibuja en el rostro de otra forma, de la manera que te ocurre a ti. Eres el fiel reflejo de ese hermoso sentimiento. A tu padre también le sucedía.

—Sigue contando, me interesa mucho.

—Cuando un señor mayor, empresario y adinerado, se casa con una bella joven del mundo de la moda, ¿qué piensas?

—Pues lo que piensa todo el mundo… que se casan por el dinero, por la belleza.

—Efectivamente así pensamos la mayoría. Pero si te acercas al corazón de esa joven de treinta años que se casa con un hombre de setenta, podrás ver que se siente tan enamorada como los demás. Para ella enamorarse es cumplir sus expectativas. Su deseo es quizás vivir en la riqueza, con un entorno social de altos vuelos. ¡Qué sé yo! Para él, reforzar su estatus de poder mostrando que a su edad mantiene una relación con una joven muy guapa y deseada por todos.

—Pero eso no es lo ideal, ¿verdad? ¿Eso es lo que me quieres decir?

—Lo que te quiero decir es que, en otra escala más pequeña, eso le pasa a todo el mundo. Un médico no suele casarse con una mujer que recoge chatarra. Ni ella aspira a casarse con un arquitecto o con un registrador de la propiedad. Cada uno en su círculo actúa como la joven que se casa con el anciano adinerado. Cada uno se ajusta a sus deseos, a sus preferencias. ¿Lo ves? Por eso no hay que juzgarlos. Que cada uno haga lo que le venga en gana.

—Sí, te entiendo.

—Mucha gente se pregunta si el actor o el futbolista millonario que se casa con una joven bellísima, es amado de verdad o es cazado por su fama y su dinero. En contra de lo que muchos piensan, esta cuestión se puede aplicar a cada uno de nosotros. La chica que se casa con un notario de prestigio, ¿por qué no se casa con el chico que le recoge la basura todos los días? Pues por lo mismo. Ella se fija en su trabajo, en su poder económico, en su educación. Todos se casan por cubrir esas necesidades, esos deseos. En la gente famosa esto llama más la atención, pero la explicación es la misma.

—¿Y las personas que se casan por no quedarse solas?

—Igual. Parece que la causa que explica ese tipo de relación es más penosa… pero no, es igual que las otras. En definitiva es cubrir las necesidades y expectativas de uno. Pero fuera aparte de todos estos amores, hay otro tipo de amor que no entiende de dinero, ni de posición social, ni de nada. Es el amor que llega, que te invade y que no conoce ni apellidos, ni oficio, ni tarjeta de crédito. Ese amor es el

que te quema tu cuerpo y te hace vivir en una nube. Ése es tu amor… y era el de Enrique.

—Te entiendo perfectamente, abuela. —Laura sentía una enorme satisfacción.

—A eso tienes que aspirar aunque te sea muy difícil. Hay personas que se obsesionan tanto en lo material, en el que dirán, que rechazan todas esas mágicas posibilidades que les da la vida. Al fin y al cabo somos como los pavos reales; el que lleva mejor plumaje se lleva la pava más deseada. Aquí igual, los que tienen mejores coches, mejores casas y sueldos más altos aspiran a tener el ejemplar más hermoso. Pero fuera de todo eso, hay un mundo diferente que se deja llevar sólo por el corazón.

—Abuela, ahora lo entiendo todo. El otro día al ver a ese chico se me paralizó el mundo. Hoy casi pierdo el sentido, es algo que me nace en el pecho y en ese momento no me deja respirar.

—Tienes mucha suerte, hija. Poca gente puede presumir de eso. Hazle caso a tu corazón y no te equivocarás. Enrique mandó una carta a una desconocida. ¡Quién le iba a decir que ella le enamoraría de esa manera! Las historias de amor verdadero son como en las películas, historias donde se ama pero también donde se sufre. Y eso fue lo que le tocó a tu padre, sufrir mucho, padecer durante toda la vida la ausencia de su otra mitad. Morir y no poder despedirse de tu alma gemela es una condena. Espero que él la esté esperando allá donde repose. Ese sería su gran cielo… estar toda la eternidad con ella.

—Abuela —decía Laura emocionada—. Eres tan dulce y sensible… eres tan buena y sabia que cada palabra tuya se convierte en ley en mi cabeza.

—La vida te enseña estas cosas. Hay gente que corre muy rápido en la vida ofuscados por conseguir un buen puesto en la empresa, un buen coche, buena ropa, pero no se detienen en lo importante. Cuando menos se lo esperan la vida finaliza y apenas han saboreado la esencia de las cosas más ínfimas. Con mi edad, y yo que he vivido muy despacio, he podido aprender a deleitarme con lo más pequeño y desapercibido. Uno tiene que vivir su propia vida al margen de lo que posean los demás. No debemos compararnos con nadie.

—Gracias a ti soy feliz, abuela. No podría recorrer este camino sin tus consejos. Como tú dices, la vida va muy deprisa y es difícil darse cuenta de todo lo que pasa a tu alrededor. Entonces me lo dejas claro, tengo que conocer a este hombre como sea. Él es la mitad que yo esperaba desde que nací. Estoy segura.

—Pues si sientes que las señales apuntan hacia él, ya sabes, ¡a por ello!

—Sí, pero es que tengo en la cabeza también lo de mi madre. ¿Qué hago? ¿Voy a Bétera?

—¿Qué te dice el corazón?

—Que vaya —se sinceró la joven.

—Pues ve y no lo dejes más. Cuanto antes te quedes tranquila, antes podrás dedicarte a tu hombre misterioso.

—Vale, Lola. Hecho. Planificaré el viaje a Valencia para este fin de semana o el siguiente. Ya veré.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, abuela. Mejor no. Tú quédate aquí. Ya me acompañará Mara.

Laura se fue a la cama con un aire renovado y con la ilusión de buscar a su madre. Entre las decenas de cartas, eligió otra.

Querido Enrique

Cuando te llegue esta carta ya estaré a tu lado. Mañana mismo salgo para Madrid. Te escribo porque necesitaba desahogarme, de paso te la hago llegar para que la guardes con las demás. Estoy deseando verte y decirte lo que ya sabrás cuando leas esto. Estoy esperando un hijo nuestro. No te lo he querido decir por teléfono, quería compartir contigo el momento. Dentro de la inseguridad que me invade por la distancia, saber que en mi interior está creciendo el fruto de nuestro amor me llena de alegría. Mi madre se ha puesto muy contenta por mí; mi padre ya te lo puedes imaginar, muy mal. Me manda a vivir a casa de tus padres a pasar el embarazo y a tenerlo allí. No quiere que la gente del pueblo sepa que le he deshonrado. No sé qué pretende que diga cuando aparezca dentro de nueve meses en Bétera con un niño. Quizás piense que terminaré quedándome contigo y no quiera verme más por aquí. Pues mejor, la verdad. Estoy harta de él. Si te soy sincera me alegro de haberme quedado embarazada. Ya nunca me voy a separar de ti. Estoy imaginando la cara que vas a poner cuando te lo diga. Conociendo a tus padres y por lo que me has contado, sé que ellos no se enfadarán y me acogerán con cariño. En estos meses terminarás la carrera y, ya por fin, nos podremos ir a vivir juntos con nuestro hijito o hijita. ¿Qué será? Estoy deseando saber qué es. Es un regalo del cielo tener un hijo contigo. Estoy feliz, no me da miedo. Un Beso.

Celia

Capítulo VIII

Un día más, camino del trabajo, Laura se deslizaba por la hermosa esperanza de encontrarse con aquel sujeto de sus sueños. El dulce retrato hecho con esmero que reposaba en el *taller de la locura*, había sido la principal fuente de satisfacción en su ausencia. Laura pensaba que ya era el momento de tener un encuentro con más calma y consciencia. Quería tener un contacto más tranquilo, sin tropezones, sin encontronazos y sin Miguel. Ella y él, los dos solos… pausadamente. Que diera tiempo a mirarse desde lejos con valentía y detenimiento. Que el reloj se ralentizara a lo largo de una calle larga y despejada de obstáculos, pudiendo ambos deleitarse con la mirada del otro y, en ese sublime momento, saborear la energía que corriera entre los dos. Se sentía sedienta de eso y de mucho más que le retaba su cuerpo. Quería poseerlo y tener una noche de velas y promesas sinceras. Quería todo eso y todo lo demás que viniera después.

La esquina del sobresalto ya había pasado y se procedía a encarar la larga avenida. Ella iba a un paso lento para no adelantarse en el tiempo. Su *ipod* iba de nuevo desconectado y el ruido de la calle se convertía en un suave murmullo que se enmascaraba silencioso detrás de sus pensamientos. A medida que avanzaba, su corazón latía más deprisa. Sabía que tarde o temprano se cruzaría con él. Al llegar al semáforo de la primera vez, se dio cuenta de que el encuentro podía no darse, y su ánimo se debilitó. Se paró frente al paso de peatones y dejó que el verde se encendiera más veces de lo que ella hubiera deseado. A los minutos, decidió marchar para el trabajo. Su esperanza se trasladó de inmediato a la hora de la salida, a las seis de la tarde.

—A mí me pone…—pedía Laura en el bar de siempre y bajo la atenta mirada de Gabriel.

—Una cerveza sin alcohol con gaseosa, con un hielo y en vaso ancho. Lo de todos los días —interrumpía cortésmente el camarero.

—Sí —sonreía alegremente la joven.

—Es la primera persona en mis veintitrés años de experiencia que pide eso —confiaba amablemente.

—Luis, es que mis trabajadores son así de especiales —

argumentaba Gabriel—. Qué le vamos a hacer. Imagínate lidiar con ellos el día entero. Esto es una cruz, Luis —se mofaba el director.

—Anda que no estarán contentos con la chica —seguía el camarero—. Es un ángel.

—¡Cómo lo sabe! —respondió Gabriel con admiración.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —iniciaba Laura la ronda de preguntas.

—¡Eso digo yo! ¿Viste al chico del otro día?

—Sí, ayer al salir. Miguel me iba haciendo cosquillas, no paraba y hasta me tuve que tirar al suelo. Justo en ese momento apareció. Así que imagina que plan. ¿Qué habrá pensado?

—¿Te miró?

—Sí. Sus ojos fueron los mismos que los del otro día.

—Pues entonces, de puta madre. —Tragó para sus adentros Gabriel.

—Sí, pero…

—¿Qué ha pasado?

—Hoy no lo he visto por la mañana. —Su rostro se enternecía.

—Bueno. Quizás tenga un trabajo que le exija movilidad, qué sé yo. Hasta ahora está todo yendo bien. Lo estás viendo frecuentemente. Deberías estar contenta.

—Sí, mucho. Sobre todo porque me da fuerzas para afrontar el tema de mi madre.

—¿Y eso?

—No sé, me anima, me sube la autoestima. Lo he estado pensando y creo que este fin de semana voy a ir a buscarla.

—¿Irás a Bétera?

—Sí.

—Voy contigo.

—No, por favor —decía apurada.

—Mira, Laura. Mi mujer se ha ido con los niños una temporada a casa de sus padres. No te lo quería decir… pero es así. Así que necesito desconectar.

—Bueno. Si así lo prefieres, por mí estupendo. Mara también viene. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto. —Gabriel notaba como un tren a gran velocidad pasaba a un palmo de su cara sin parar—. Yo llevo mi coche. Iremos más cómodos. Es un monovolumen grande.

—Perfecto, eres un sol.

—¿Y cuáles son los planes?

—Iré al domicilio donde ella vivía y preguntaré y… lo que vaya surgiendo.

—Muy bien, Laura. Verás como todo sale a pedir de boca.

Finalizando el almuerzo, Rafa y Miguel entraron por la puerta.

—¡Ole ahí esa parejita! —se cachondeaba Miguel.
—Eres pesado hasta la saciedad. —Gabriel dejaba unas monedas como propina.
—¡Dos cafelitos Luis! —elevaba la voz Rafa.
—¡Marchando!
—¿Qué os contáis? —se interesó Rafa.
—Nada —contestó Laura—. Este fin de semana voy a ir a buscar a mi madre.
—¿Te has decidido al fin? —se sorprendía Rafael.
—Sí, no hay más remedio que echarle valor.
—Haces bien —opinó Miguel—. ¿Con quién vas?
—Con Mara… y Gabriel se acaba de apuntar.
—¡Cómo!, ¿haciendo planes sin mí? —se indignaba cómicamente Miguel—. Me apunto. Dile a Mara que se ponga guapa.
—¡Vamos, Miguel! —se encorajaba el director—. Esto es un tema serio. No vamos de fiesta.
—Laura, ¿tú que dices? —dijo Miguel obviando el comentario de su jefe.
—Por mí, sin problemas.
—Pues yo no voy a ser menos —añadía Rafa—. Ahora mismo hablo con Lidia y nos apuntamos también. Yo me encargo de coger el hotel para todos.
—¡Laura, por favor! —exclamó Gabriel—. Que no te dé apuro mandar a esta gente a paseo. Son circunstancias difíciles para ti. ¡Será posible! ¿Es qué no os dais cuenta?
—¡Que no! —se explicaba Laura—. Que no pasa nada. Prefiero que vengáis todos, así me sentiré más arropada. A mí no me gusta estar sola. Además, puede que no la encuentre y tengamos la excusa para pasar allí el fin de semana. Partiremos el sábado por la mañana y volveremos el domingo. ¿Qué os parece?
—Hecho. Yo hago las reservas —concluyó Rafa.
—Eres formidable, Laura —alucinaba Gabriel—. Da gusto tratar con gente como tú.
—¿Cómo? La sorprendida soy yo. Os conozco desde hace poco más de una semana y todos queréis acompañarme. Eso es lo que no es normal.
—Porque te lo mereces —seguía Gabriel.

Laura regaló dos lágrimas luminosas llenas de felicidad haciendo que todos la abrazaran.

—¿Qué habéis hecho? Os siento como una familia —se

emocionaba Laura.

—¡Eres tú! —recalcó Miguel—. No sabes lo especial que eres. Andrés ha tenido una puntería contigo que ni él sabe. ¿Crees acaso que todo el mundo es como Laura Laurel?

—No exageres pesado. —Ella se secaba los pómulos con los dedos.

—En serio, Laura —reiteraba Gabriel—. No sé de dónde vienes, pero supongo que te lo habrán dicho alguna vez. Eres demasiado especial. Aquí tienes una familia, eso nunca lo olvides.

—¿Cómo iremos a Bétera? —preguntó Rafa.

—Ya está listo, en mi monovolumen. Es enorme. Cabremos los seis sin problemas.

A las seis de la tarde, Laura procedía a volver a casa con los ojos puestos en todos sitios. El día anterior se había encontrado con el misterioso joven en aquel momento y no quería desaprovechar la ocasión. Sus ánimos se encontraban muy positivos. La respuesta conjunta de sus compañeros de trabajo le había llegado al corazón.

—Deben apreciarme mucho —se decía—. Soy una afortunada.

Al llegar a casa, decidió volver y rehacer parte del trayecto. Se paraba cada pocos metros girándose y buscando por todas partes, pero no logró verlo. Era un buen motivo para ir a correr esa tarde por la ciudad. Laura se adecentó para la ocasión y recorrió todas esas calles multitud de veces. Sus ojos se desplazaban de un lado a otro, pero él no apareció.

El resto de la larga semana transcurrió sin más interés que el viaje del sábado y el hecho de no volver a ver al hombre X. Cada día se levantaba con la ilusión de cambiar el sino del día anterior, pero no lo conseguía. Laura pensaba que quizás no le volvería a ver. A lo mejor había sido circunstancial el tránsito de aquel sujeto por su barrio. Podría ser de otra parte de la ciudad, o aún peor, que hubiera estado de visita en Madrid. En ese caso ya nunca le volvería a ver en la vida. Eso la entristecía. Cada día, antes de acostarse, contemplaba aquel enigmático rostro plasmado en su lienzo, haciéndole sentir emociones contenidas. Con el recuerdo de esa imagen, se tumbaba sobre su colchón haciéndola perdurar en su cabeza lo máximo posible. Con el paso de los días y la proximidad del sábado, la ausencia de aquel hombre fue dejando paso prioritario al viaje a Bétera, suponiendo un verdadero obstáculo a la hora de conciliar el sueño en la noche del viernes. Se imaginaba encontrándose con su madre y eso le aceleraba el corazón. Iba a ser un momento muy duro. No sabía cuál sería la

reacción de ambas.

Ella tenía claro que ese acontecimiento debía vivirlo sola. Nadie le acompañaría en el momento de tocar aquel timbre. Su pulso se aceleraba con cada imagen o idea que recreaba en su imaginación. Aquella madrugada del viernes llegó acompañada de múltiples despertares. Al amanecer, Lola entró por la puerta.

—Hija, estás despierta, ¿verdad?

—Sí, abuela. ¡Qué mal he dormido!

—Te entiendo —le decía abrazándola—. Hoy es un día importante para ti y para Enrique. Él andará por ahí contemplando vuestro encuentro, estoy segura. Allá donde esté, cuando os vea abrazándoos, se alegrará. Es el suceso que ha esperado toda su vida. Ahora, desde la lejanía, tendrá la oportunidad de disfrutarlo.

—Quizás no la encuentre, quizás no quiera verme.

—Ya lo se, Laura. Pero has de ir con la esperanza de que la vas a conocer. Tienes que estar preparada para contarle lo que hay dentro de tu corazón. Recuérdale a tu padre, él también se lo merecería. Dile que la quería mucho y que siempre la esperó.

—Claro, abuela. Esta semana he estado leyendo muchas cartas y no sabes el amor que compartían. Me da hasta vergüenza decirle que las he leído, pero así lo haré. Debe saber que comprendo por lo que ha tenido que pasar. Ha debido ser muy duro para ella.

—Hija mía, cuánto me gustaría acompañarte. También desearía verla. Me tranquiliza saber que vas tan bien acompañada. ¡Qué buenos amigos te has echado en el trabajo!

—Sí, desde luego.

—Y del chico nada, ¿verdad?

—Nada, abuela. La semana que viene Dios dirá.

—Eso, tú no pierdas la esperanza —consolaba Lola mientras acariciaba la piel suave de su rostro.

La anciana se despedía desde la ventana muy emocionada. Para ella, su nieta, que era como su hija, iba en busca de su auténtica madre y eso la alteraba emocionalmente; no lo podía evitar. Desde la calle, todos los compañeros de viaje se despedían alegremente agitando sus brazos. El viaje más importante de su vida comenzaba para Laura y, junto a ella, se encontraban las personas más maravillosas que nunca antes había conocido.

—¡Para ser conductor de primera acelera, acelera! —canturreaba Miguel.

—No empieces Miguelete —se encabronaba Gabriel—. Otro

viajecito así no, ¡eh!

—¡Para ser conductor de primera acelera, acelera! —chillaban al unísono Rafa y Miguel.

—Son como críos —decía Lidia.

A pesar del embarazo, Lidia era una mujer alta y delgada. Poseía unos cabellos castaños muy claros. Aunque era muy simpática y amable en las formas, dejaba vislumbrar la autenticidad de su carácter. Debía ser una mujer muy segura y valerosa. Ejercía sobre Rafa un control muy minucioso y riguroso. Siempre se mostraba como una persona muy entregada, pero a cambio exigía la misma dedicación y perfeccionismo, incluso consigo misma.

—Sí que son como críos —repetía Laura—. La verdad es que parecen que son amigos del colegio de toda la vida.

—Sí, eso parece. Rafa está muy contento con sus compañeros, ¿verdad Rafi?

—Sí, mamá —respondía Miguel imitando la voz de Rafael—. ¿Puedo abrir la ventanilla y respirar un poco de aire fresco, mamá? Me estoy mareando —seguía tronchándose.

—¿Y tu embarazo? —se interesaba Laura desplazando la atención de los muchachos.

—Pues muy bien. Aquí, casi de ocho meses. Muy ilusionada.

—¡Qué poquito queda! Te veo muy guapa —le dijo Laura—. Se llamará Valeria, ¿verdad?

—Sí, es verdad, tienes una barriga muy mona —añadió Mara.

—Sí, es el nombre que más nos gustó.

—Es precioso, no me importaría tener una hija que se llamara Valeria —manifestó Laura.

—Y tu chico, ¿qué? —preguntó Lidia—. Me ha dicho Rafi que tienes uno a la vista.

—Eso es exactamente, a la vista, porque verlo es lo único que ha sucedido. Encima esta semana sólo me lo he encontrado una vez.

—¿Qué piensas hacer? —Lidia se mostró muy interesada.

—Yo sé lo que va a hacer —se adelantó Gabriel.

—¿El qué? —preguntó Miguel.

—Buscarlo en la web.

—¿Cómo? —preguntó Laura—. No sé nada de él, ni siquiera su nombre.

—No hace falta. Tú hazme caso —dijo firmemente Gabriel.

—Venga, adelántame algo —hablaba ilusionada Laura.

—*@tranvía* —sentenciaba el respetable conductor.

—¡Ah!, ya sé por dónde vas —reía Rafa.

—¿Sabes lo qué es? —Miguel se dirigió a Laura.

—No. ¿Qué es @*tranvía*?

—Una de las empresas de nuestro edificio —explicaba Gabriel—, desarrolló hace unos meses una web y una aplicación para teléfonos inteligentes. Está empezando, pero está teniendo mucho éxito.

—¿De qué trata? —Lidia mostró extrañeza.

—Es para buscar pareja —afirmó Rafa.

—No —seguía Gabriel—. No es para encontrar pareja. Es para saber si la persona que te gusta está interesada en ti. Os voy a explicar un ejemplo con la historia que le pasó a su creador y que le dio nombre a su web. Os cuento. En la octava planta está la empresa *Guachi.com*. Víctor, su director, iba y volvía de su casa a diario montado en el tranvía. Un día, este hombre se percató de que a una mujer se le había caído un papel y se lo acercó. Al mirarla quedó totalmente enamorado de ella. Cada día él cogía el tranvía a la misma hora, a las siete y cuarenta y cinco minutos, y siempre se la encontraba. Víctor no sabía si ella tenía novio o si estaba casada. El caso es que sí se percató de que ella le miraba de vez en cuando. Él no quería acercarse pues temía quedar como un psicópata. Y entonces se le ocurrió una idea para su empresa, @*tranvía*. Arroba, pues era el símbolo más identificativo de internet, y tranvía por el lugar donde había conocido a su amor platónico.

—Eso me recuerda mucho a la película *Enamorarse* —interrumpió Laura—. De Meryl Streep y Robert de Niro. Los protagonistas se conocen en una librería por una casualidad del destino, viéndose luego todos los días en el tren.

—Sí, a mí me encanta —dijo Mara—. Tú y yo la hemos visto varias veces juntas, ¿verdad?

—Sí. Es precioso cuando él llega tarde a la estación y desesperado busca a Molly, creyendo que habría cogido el tren anterior. La música de fondo es preciosa. Es, sin duda, una película fascinante.

—¿Y entonces? ¿Qué pasó luego con @*tranvía?* —ansiaba de respuestas Mara.

—Sacó una web y más tarde la aplicación para móviles. Realmente es un buscador de personas con las que has tenido al menos algún contacto. Por ejemplo, Víctor puso en los criterios de búsqueda: tranvía, Madrid, el nombre de la parada donde se subía, franja horaria, el rango de edad de cada uno y poco más. Esos criterios de búsqueda se comparan con las realizadas por otros usuarios. Eso proporciona un porcentaje de coincidencia. Si el resultado es mayor del setenta por ciento, la web te da la opción de ponerte en contacto, de forma anónima, para corroborar la identidad de los interesados. Así se puede hacer con todo tipo de ámbitos. Está teniendo mucho éxito en la universidad y en los colegios. Ahí la búsqueda es más fácil. Imagina que tú eres fulanita y te gusta fulanito y estudiáis en la

facultad de Medicina de Sevilla. Pues pones los nombres, el curso de cada uno, la universidad, titulación, curso, ciudad y franja de edad. Esos datos lo tienen que rellenar ambos, claro. Si coinciden, fulanito le puede mandar a fulanita una pregunta; por ejemplo, «mañana voy a llevar jersey, dime de qué color es». Ella responde y si acierta quedan ratificadas sus identidades. Ya si quieren pueden quedar o lo que ellos deseen, claro.

—¿Y en el caso de Laura? —preguntó Miguel.

—Hay una opción para encuentros en la calle —seguía la explicación el director—. Hay otros para tiendas, bares, transporte público, universidades, colegios, familias, etc.

—¿Familias? —se extrañó Rafa.

—Sí. Tú puedes buscar si quieres, por ejemplo, a tu cuñada. Esa búsqueda es más fácil. Ambos saben el nombre, apellidos, ciudad y las edades.

—¿Y quién se fija en su cuñada? —interrumpía con asombro Laura.

—Si yo te contara… —afirmaba Miguel con la cabeza—. ¡Los cuernos que se dan en las familias!

—Bueno —seguía Gabriel—. El caso de Laura sería de la siguiente manera. Si el hombre X está interesado en Laura, dejaría una búsqueda poniendo el nombre de la calle donde suelen verse, la franja horaria, si es chico o chica, ciudad, etc. Si Laura hace lo mismo, se le notificarían a ambos la coincidencia.

—Es decir —repasaba Laura—, yo rellenaría: Avenida Campo Soto, Madrid, veintiocho años de mi edad, de treinta a cuarenta de la suya, y de siete y media a ocho de la mañana, y de seis a seis y media de la tarde. Él pondría más o menos lo mismo y según coincida podemos ponernos en contacto.

—Eso es —afirmó Gabriel.

—Pues no sé, jefe—dudaba Laura.

—Si no vuelves a verlo no te queda otra —insinuó Mara.

—Ya, pero es tan frío.

—Pero es mejor que nada —apoyaba Miguel a Mara.

—¡Yo te voy a rellenar la búsqueda! —se comprometió Gabriel. Si responde ya te lo piensas.

—No, Gabriel, en serio. Déjame que lo piense.

—No pierdes nada —refunfuñaba el recalcitrante conductor.

—¿*@tranvía*? Buena idea, sí señor —apuntilló Miguel—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes a mí? Para ligar es estupendo. Para las discotecas es sencillísimo. Pones el bar, la ciudad, de qué hora a qué hora es y el día.

—Sí —añadía Gabriel—, y en la aplicación de móvil funciona al instante. Tú estás en la discoteca y pones, «ahora, nombre del bar,

ciudad, etc.», y si la tía también te está buscando, el móvil te avisa. Un amigo mío fue a un congreso y se quedó con la cosa de no acercarse a una mujer. Puso el nombre del congreso, día y ciudad, y quedaron en un par de días para lo que ya os podéis imaginar.

—¡Qué fuerte! —exclamó Lidia—. Qué vergüenza.

—Bueno, en ese sentido quizás —explicaba Gabriel—, pero resulta muy útil para la gente tímida y para la gente que ves por la calle y no es plan de acercarte por la cara.

—Yo lo veo bien. —Rafa se frotaba las manos mirando a su esposa—. Si yo fuera Laura me apuntaría.

—Estoy con la cabeza liada con lo de mi madre, y vosotros liándome más con el @*tranvía*. ¡Qué barbaridad! ¡Qué lío! Venga, hablemos de vosotros. Descansemos del hombre X.

—Por supuesto —agradó Gabriel—. Miguel, cuéntame tu último ligue.

—No, hombre, no —titubeaba mientras miraba a Mara de reojillo —. Hay señoritas delante.

—Venga, no te cortes —se reía Mara.

—No —insistió Miguel—. Desde que conocí a Mara he olvidado a todas las demás, creo que la voy a buscar en el @*tranvía*.

—Pues mira, igual me encuentras —respondió con mirada seductora la aludida.

El viaje continuaba y en el baúl de los pensamientos de cada uno fluían contenidos dispares. Gabriel se maravillaba de poder ayudar a su querida amiga Laura. En el fondo no descartaba la idea de utilizar @*tranvía* para beneficio propio. —Ya, al menos, Laura conoce la web —pensaba el director. Y aunque no quería meterse en arenas movedizas, no lo descartaba del todo. Laura se perdía en la mezcla de los pensamientos sobre Celia y la posibilidad de contactar con el hombre X. Miguel y Mara compartían ilusiones, pronto intentarían adelantar acontecimientos y no tener que utilizar esa herramienta informática. Rafa no pensaba en nada, y su esposa en la posibilidad de que su marido buscara a alguien de su entorno en @*tranvía*. —No sería capaz, ¿no? —se cuestionaba ella.

El día se abría definitivamente y un sol resplandeciente alumbraba el corazón de todos, sobre todo el de la joven Laura. ¿Quién le iba a decir dos semanas antes que iría a buscar a su madre y que sus acompañantes serían unos auténticos desconocidos? Fuera como fuese, así lo había preparado el destino y pronto iba a conocer el desenlace.

Lola se acercó al dormitorio de Laura y le apiló en su armario la ropa lavada y planchada. Su semblante serio iba acompañado de un silencio sepulcral que dejaba paso a un torbellino de pensamientos. Durante casi treinta años había cuidado de aquella niña tan graciosa que le había robado el corazón. Aún recordaba cuando era bebé y le daba mordisquitos en la nariz con sus dientes de leche. El aroma de niña pequeña aún le impregnaba sus recuerdos reviviéndolos con intensidad. Había experimentado una segunda maternidad que para ella había sido especial, diferente a la de Enrique. Como reconocía en su intimidad, a veces olvidaba que Laura no era hija suya. El amor que sentía por ella era tan grande que no lo equiparaba con ningún otro.

Hace unos dos años, Lola estaba cocinando. El teléfono sonó… llamaban desde el hospital. En ese momento supo que algo malo le había pasado a su hijo Enrique. Aquel día, su vida se paralizó y la adentró en una especie de aturdimiento que no le permitió respirar con normalidad durante semanas. En los pies de su cama se llevó meses viendo como la luz de su primogénito se apagaba por momentos. De su lado, Laura no se movía, pareciera como si absorbiera lo que Enrique iba desprendiendo paulatinamente de su cuerpo. Nunca había visto ningún hijo o hija portarse así con su padre. Veía a Laura como un ser excepcional. Incluso, a su edad, a veces deseaba ser como ella; la admiraba. En este corto y, a su vez, largo tiempo sin Enrique, Lola había desarrollado una mayor dependencia de la figura de su nieta; por un lado la sentía como su hija y por otro representaba la viva imagen de su querido hijo mayor.

A cada segundo que avanzaba, pensaba en el viaje de Laura y cómo, poco a poco, se acercaba al lugar de sus raíces. Casi treinta años después, un Laurel volvía a Bétera en busca de la verdad. Esa verdad con la que Enrique había construido una resistente muralla, la cual no se había atrevido a demoler con el paso de los años. Ni él ni nadie había investigado la suerte final de Celia; no había nadie que conociera su paradero. Ahora le tocaba a la pequeña de la familia. Estas circunstancias intranquilizaban a Lola. No sabía que consecuencias podían derivar de los acontecimientos venideros. Por un lado, no quería que su nieta sufriera más; por otro, su posición erguida de madre la veía vulnerada por la llegada de Celia a la vida de su pequeña. Aunque era lo justo, no lo podía evitar. Más tarde, en su merecida butaca de flores y al calor de la mesa camilla, revolvió una caja de antiguos juguetes de Laura. Se paraba con cada uno de esos muñecos reviviendo escenas e imágenes del pasado. De vez en cuando, se le derretía en la boca alguna sonrisa. Era el escaparate de una vida

entera de juegos, alegrías, lloros, abrazos y millones de besos. Eran años de felicidad y melancolía, y no sabía por qué hoy salían a flote a modo de recuerdos, como restos de un naufragio de hace siglos. A uno de esos maderos resquebrajados y podridos se agarró toda la mañana para no hundirse en la pena. —Ya pasará la tempestad —pensó.

La tarde la pasó de aquí para allá con el nervio metido en el cuerpo. Entró multitud de veces en el *taller de la locura* y, en medio de la duda, hizo suya esa locura. Observó los innumerables cuadros de su nieta: Los retratos de Enrique, los bellos paisajes, las dulces bailarinas orientales y finalmente el rostro de aquel desconocido que tanto había enamorado a su Laurita. Se perdió momentáneamente en su mirada rogándole que la buscara y que la hiciera muy feliz. Aquellos enigmáticos ojos mostraban una verdad muy profunda y Lola la percibía. Entendía por qué se había fijado en él, por qué se había agarrado fuertemente a su imagen y no quería soltarse. Aquellos ojos estaban hechos para Laura. Eran unos ojos cargados de bondad y regalaban el más fiel de los amores, la más tierna compañía, el beso más cálido, el abrazo más pasional y todo el cariño que una mujer necesitaría a lo largo de una hermosa y placentera vida. Lola casi tocaba el cielo frente aquel individuo… y lo hizo suyo, lo abrazó fuertemente contra su pecho como si fuera su hijo y le deseó toda la suerte del mundo junto a su nieta.

Al poco, la tarde empezó a deslizarse entre la oscuridad y los últimos rayos de luz. Una angustia creció en su interior. En ese momento, el teléfono sonó. Lola salió corriendo hacia él.

111

Tras la parada obligada para desayunar, la amistosa expedición se acercaba a la localidad de Bétera. Ya quedaban pocos kilómetros para llegar y el tráfico era visiblemente más abundante de lo esperado.

—¡Qué de coches, Gabriel! —manifestó Rafa.
—Sí, no me lo esperaba en un pueblo de tan pocos habitantes.
—La verdad es que es impresionante. —Miguel se echaba las manos a la cabeza. —¡Si hay hasta retención! Esto no es normal. ¿Habrá pasado algo?

Poco a poco, la caravana de automóviles se desplazaba en dirección al centro de la localidad.

—Perdone caballero, una pregunta —le solicitó Gabriel a un

transeúnte.

—Bon día, ¿qué desea?

—¿Por qué hay tantos coches por aquí? ¿Ocurre algo?

—Claro, ¿no lo sabe? Hace un rato ha sido la *despertà*. Hoy es San José.

—¿*Despertà*?

—Sí, los petardos. Esta noche es la *cremá*.

—¡Ah! —exclamó el extrañado director con una expresión confusa—. Muchas gracias.

—Nada, hombre, un placer.

—¿Os habéis enterado? Son las fallas hoy —explicaba Gabriel—. Vaya puntería, hoy la población de Bétera se multiplica. Magnífico día para buscar a alguien.

—Ahora entiendo que el del hotel me dijera que habíamos tenido mucha suerte en encontrar habitación —dijo Rafa.

—¡Vaya! —se lastimaba Laura.

—Pues mira que bien, ¡fiesta! —celebró Miguel.

—De fiesta nada. Venimos a acompañar a Laura —apuntilló Gabriel.

—No, Jefe —se explicaba ella—. Yo me bajo aquí. Vosotros disfrutad; habrá espectáculos y todo tipo de celebraciones, seguro. Iros de vinitos. Aprovechad que son las fallas.

—En absoluto —dijo Mara—. Este camino lo haré contigo.

—No —reiteró seriamente Laura—. Van a ser momentos muy íntimos e importantes para mí. No quiero compartirlos con nadie. Os prometo que cuando pueda os llamaré. Vosotros pasadlo bien.

—¡Pero Laura! —exclamó Gabriel.

—No, por favor, debéis entenderme. Id al hotel y subid las cosas. En cuanto termine os llamo al móvil.

—Bueno, chicos. —Rafa intentaba echarle un cable—. Creo que es comprensible. Para aquí, que se baje; ya la veremos luego.

—Gracias por comprenderme. —Laura asentaba con la cabeza mostrando gratitud.

La señorita Laurel se alejaba del coche con un semblante tenso y frío. En su cabeza se repetía continuamente: —calle Cervantes dieciocho, primera planta. —Así lo hizo una y otra vez sin parar. Tras preguntar a unos habitantes de aquella localidad, procedió a su búsqueda. Al llegar, una puerta de madera verde como la de sus sueños se encontraba abierta bajo el número dieciocho. —Vamos, Laura, ya queda menos —se dijo. Tras subir las escaleras llegó al primer piso. Tocó la puerta suavemente con el nudillo del dedo índice. Nadie respondía. A los pocos segundos, una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta.

—Sí, ¿qué desea?

—Hola, perdone —comenzaba Laura a hablar con una vara gruesa e incandescente atravesando su seca garganta—. Estoy buscando a la familia Sánchez Ayora.

—¿Sánchez Ayora? —respondió aquella mujer con una aparente incertidumbre.

—Sí, ¿los conoce?

—Sí, claro. Pero aquí no vive ninguno de ellos. Vaya a la calle José Miralles número uno, en el bajo le podrán informar. Si no está, es que ha ido a ver a su hijo a Barcelona. Pregunte allí, por favor, es aquí detrás —finalizó cerrando rápidamente la puerta.

—Gracias…y disculpe —vociferó la joven.

Laura corrió en dirección a esa casa. Sin pensárselo, golpeó la puerta.

—¡Oiga! —procedía una voz de la planta de arriba—. ¿A quién busca?

—A la familia Sánchez Ayora —respondió Laura.

—No está. En estas fiestas siempre va a Barcelona. —Aquella vecina se aproximaba lentamente por las escaleras.

—¿Sabe usted cuándo volverán?

—En unos diez días más o menos.

—¿No sabrá usted por casualidad su número de teléfono o la dirección de Barcelona?

—Lo siento, no puedo ayudarle. No sé dónde viven. El teléfono no puedo dárselo, entiéndame. Me lo dieron sólo para una urgencia. La señora está muy mayor.

—De acuerdo, no se preocupe —se apenaba Laura en su interior.

—Nada, nada. Pásese en un par de semanas y estará seguro.

—Muchas gracias, señora. Perdone, ¿cómo se llama la mujer que vive ahí?

—Aurora, Aurora Ayora.

—Gracias.

El ánimo de Laura se arrastraba lentamente por la calle; de fondo se escuchaba el ruido ensordecedor de cientos de petardos y de gente cantando. El universo de la joven quedó inmóvil y sin estrellas. Una ligera brisa inerte y sobria recorrió su cuerpo. La esperanza que había depositado en aquel día se difuminó con el olor a pólvora que invadía la calle. Siguió caminando entre las callejuelas cruzándose con cientos de personas que disfrutaban de aquel día festivo.

—Tendré que venir en un par de semanas —concluyó.

Tras unos segundos de silencio.

—Mara —iniciaba la conversación telefónica.
—Cuéntame, ¿noticias?
—Qué va —dijo compungidamente Laura—. Está pasando la semana en Barcelona.
—¿Quién?, ¿tu madre?
—No, al parecer es una señora muy mayor. Quizás sea mi abuela. Se llama Aurora.
—Lo siento, Laurita.
—No pasa nada. En un par de semanas volveré. Me dicen que ya andará por aquí.
—Vente con nosotros. Estamos en un bar pegado al ayuntamiento. Ven, lo estamos pasando muy bien.

Por el camino, Laura se cruzaba con mujeres vestidas con el traje regional típico valenciano. Iban todas guapísimas. En ese momento, recordó el rostro de su madre y se la imaginó vestida de fallera cantando y bailando por las calles de aquel hermoso pueblo. Pronto llegó al bar donde sus amigos la arroparon cálidamente.

—¿Qué tal, Laura? —se adelantaba Gabriel—. ¿Cómo te encuentras?
—Muy bien —se desahogaba con un fuerte abrazo—. Menos mal que estáis conmigo. Os necesitaba cerca.
—No estaba, ¿verdad?
—No. Pero sí que vive aquí, creo que es mi abuela. Se ha ido a pasar unos días fuera del pueblo, a Barcelona. En un par de semanas volveré.
—Sabes que puedes contar conmigo —le decía Gabriel confiriéndole seguridad.
—Claro, te lo agradezco.

La espesa y molesta niebla que reposaba sobre Gabriel se disipó, y el sol más brillante y luminoso de la historia alumbró su cuerpo. Un cosquilleo cargado de felicidad y esperanza recorría cada vaso de su piel llenándole de entusiasmo.

—¡Ay mí niña! —se emocionaba el director.
—¡Venga ahí! Arriba los ánimos. ¡Qué corra el alcohol! —alteraba Miguel.
—Eso —seguía Laura—. Vamos a sacarle partido al fin de semana.

Tras varias cervezas, en un escenario que habían montado en la plaza del ayuntamiento, un hombre comenzó a hablar; era el alcalde de la localidad.

—Es un placer para mí presentaros el espectáculo que va a comenzar ahora. Es un orgullo como alcalde ver Bétera tan preciosa y con tantas mujeres hermosas. Siguiendo la tradición de mi padre, antiguo alcalde de la ciudad, procederé a iniciar el reparto de flores entre las mujeres que lleven nuestro traje típico.

—¿Cómo se llama el alcalde? —preguntó Laura a un señor que se encontraba a su lado.

—Carlos.

La señorita Laurel se percató de que aquel hombre era el marido de su madre. En las cartas aparecía el nombre de Carlos y era hijo del que era alcalde treinta años atrás. Rápidamente se fue acercando hasta aquel individuo; seguramente Celia estuviera allí con él. Cuando apenas le distanciaban pocos metros, se percató que el alcalde se abrazaba y se besaba con una mujer rubia muy alta. Para nada guardaba parecido con su madre.

—Pero, ¿qué hace este hombre con esa mujer? ¿Dónde está mi madre? —se preguntó.

La joven no salía de su asombro y, poco a poco, comenzó a retroceder entre la gente hasta el lugar donde se encontraban sus amigos.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Mara.

—Ese es el marido de mi madre, el alcalde.

—¿Qué dices? ¿Y tu madre?

—No está. Se estaba besando con otra mujer.

—¿No sería ella?

—Imposible. No se parece en nada.

—El tiempo cambia mucho a la gente.

—Que no, que no. Es imposible —negaba rotundamente Laura.

—Espera —dijo Mara mientras salía rápidamente en dirección del alcalde—. ¿Eres Celia? —se dirigió a aquella mujer alta y rubia.

—¡Cómo! —exclamó la desconocida con cara extrañada.

En ese momento, el alcalde se giró y agarró con fuerza la muñeca de la mano derecha de Mara.

—Señorita, ¿qué está usted diciendo? ¿Qué habla? —Carlos se

violentó.

Dos hombres que se encontraban al lado del regidor de la ciudad, agarraron a Mara por los brazos y la alejaron. Carlos, con cara de preocupación, susurró algo al oído de su acompañante. Enseguida se introdujo en un coche junto aquella mujer y desapareció.

—Señorita, no se puede molestar al alcalde. Entiéndalo, es un tema de seguridad. No vuelva a aproximarse a él.

—Vale, vale, tranquilidad, que no ha pasado nada, sólo saludaba, ¡Qué carácter! —decía Mara indignada mientras se aproximaba de nuevo a su amiga.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba una ansiosa Laura.

—Nada, le he preguntado si era Celia, y él me ha agarrado con cara de psicópata. Me han quitado de en medio a empujones. Enseguida el alcalde y la mujer rubia han salido disparados. Han huido, Laura.

—No te metas, Mara, no vayamos a tener problemas por mi culpa.

Por los altavoces se pudo escuchar: «Debido a un imprevisto urgente, el señor alcalde no procederá al reparto de flores. En su lugar llevará a cabo el acto don Jaime Fierro, concejal de fiestas».

La tensión se fue atenuando a lo largo de la comida entre risas y copas. Laura siempre había mostrado esa cualidad de hacer de tripas corazón en los momentos difíciles.

Una vez llegada la noche, el fuego ardía consumiendo las imágenes de aquella fiesta local. La viruta incandescente se esparcía por el aire llevándose todo lo malo que se había acumulado desde las fallas del año anterior. Se purificaba el pueblo, sus gentes, sus calles. Se renovaba la vida tras la quema en la sabia justicia del fuego. El brillo de la lumbre se reflejaba en la mirada taciturna de Laura ahondando en sus pensamientos y manteniendo vivas sus emociones. Se sentía reconfortada por estar en el pueblo de su madre. Había estado en la casa de su juventud, el destino de todas las cartas de su padre. Allí, entre aquellas paredes, se había fraguado uno de los amores más verdaderos que jamás había conocido. Observando ese mismo fuego que seguía alborotado por una ligera brisa, Laura se despertó de su introspección acordándose de su abuela. Pronto, se apartó refugiándose en una callejuela tranquila y alejada del gentío.

—¡Abuela!

—¡Laurita!

—¡Cómo has tardado en llamarme! —se notaba angustiada la anciana.

—Perdóname, abuela.

—¿Qué tal?, cuéntame. ¿La has visto?

—No. Estuve en la casa donde papá mandaba las cartas, pero allí ya no vive nadie de la familia. Me mandaron a otra dirección, donde vive una tal Aurora.

—¿La viste? —se emocionó Lola—. ¡Es tu abuela!

—¿En serio?, pues no… no estaba. Me dijeron que estaba pasando unos días en casa de uno de sus hijos en Barcelona. Regresará en un par de semanas. Tendré que volver, abuela.

—¡Vaya por Dios! ¡Mecachis en la mar!

—Pero, espera. Al que sí he conocido es a Carlos, el hijo del alcalde, con quién se casó mamá. Ahora él es el alcalde.

—Entonces, ¿y tu madre?

—No, abuela. Carlos está con otra mujer y no es Celia, seguro.

—¿Cómo? —se ofuscó Lola—. ¿Qué al final Celia y Carlos no están juntos?

—No. Eso parece. Así que vamos a ver qué ha podido suceder. El pueblo está en fallas y está llenísimo de gente. Espero mañana poder preguntar a alguien. De todas formas, dentro de dos semanas estaré por aquí de nuevo y ya tendré respuestas a todas estas preguntas.

—Esto no me lo esperaba —se sinceró la abuela—. Mi hijo toda una vida esperando a Celia para nada. Al final ella no acabó con su marido, con Carlos.

—Abuela, no adelantemos acontecimientos, por favor. Seguro que todo tendrá una explicación. Mamá estaba muy enamorada de papá. Quizás le pasara algo.

—No lo sé, hija. Bueno, no te quiero entretener más. Pásalo bien con tus amigos, mañana será otro día. Ya me cuentas bien. Un beso.

—Gracias. Buenas noches. Llámame para lo que necesites.

—Eres un regalo del cielo.

Laura colgó el teléfono sumergida en el cariño que Lola le transmitía. Ella era su única familia.

El grupo se disponía a cenar algo más.

—La verdad es que ha sido una idea genial venir este fin de semana —decía Laura—. Lástima que no haya encontrado a nadie de mi familia. Pero por ver el ambiente ya ha merecido la pena.

—Desde luego que sí —refrendaba Lidia—. Ha sido un día estupendo.

—¡Sí, quitando mi escaramuza con el alcalde! —reía Mara.

—Es que eres muy conflictiva —aseguraba en clave de humor Miguel—. Lo habrás vilipendiado.

—Seguro. Ha sido escuchar el nombre de Celia y casi me mata. ¡Cómo me ha agarrado del brazo! ¡Será bruto!

—Algo esconderá —presuponía Gabriel—. Está claro que le has metido los dedos donde más le duele.

—¿Qué harás, Laura? —preguntó Rafa.

—No lo sé. Hay mucha gente que es de fuera del pueblo y no sé a quién preguntar. No quiero ir puerta por puerta solicitando información. El viaje ya ha merecido la pena. Mi abuela Aurora sigue viva y en un par de semanas estará por aquí. Volveré y lo solucionaré todo. Ella conocerá el paradero de mi madre, no me cabe duda. He estado veintiocho años sin saber de ella. Podré aguantar dos semanas más. El final del camino está cerca. Espero que sea de mi agrado.

—Te lo mereces todo —se emocionaba Mara—. Vosotros la conocéis desde hace poco y parece que sois amigos de toda la vida. Es una fortuna tenerla. Después de veinte años me sigue sorprendiendo. Es un tesoro. Qué ganas tengo que todo finalice bien, veas a tu madre y seas muy feliz.

—¡Y que encuentre el hombre X! —dijo Miguel solicitando un brindis con su copa.

—Eso, eso —se unía el director forzosamente—. Brindemos por Laura, por su felicidad y por su futuro.

Laura aproximaba la copa con un ligero temblor, muestra de las emociones provocadas por las palabras de sus amigos.

—Gracias a todos. No os merezco.

—¡Ahora mismo te meto en @*tranvía*! —exclamó Gabriel.

—¡Que no! Te lo suplico. Que siga el transcurso natural de las cosas. No quiero forzar la situación.

—No pierdes nada —decía Rafa—. Metes tus datos y listo. Las herramientas informáticas también forman parte del destino. No es malo utilizarlas.

—Ya, pero prefiero que no. No sé, hay algo que me dice que no lo haga. Quizás sea el hecho de que mis padres se conocieran a través del correo, un servicio que daba una revista. Y mira como terminó todo, fatal.

—¿Fatal? —alucinaba el director—. El haberte tenido a ti, ¿es un final fatal?

—Ya me entiendes, no quiero repetir la historia de mis padres.

—Tú sabrás —comentaba Miguel—. Quizás estés perdiendo al hombre de tu vida.

—Ya lo sé. Supongo que estaré un poco liada con el tema de mi

madre y todo eso. Probablemente, cuando esto se solucione pueda centrarme en aquel muchacho.

—¿Qué os parece, y así dejamos de atosigar a Laura un rato, que contéis cómo os conocisteis? —propuso Gabriel al único matrimonio de la reunión.

—Pues fue curioso —iniciaba Rafa la historia—. Hace unos nueve años yo acudía a un dentista que me estaba arreglando la boca. Tenía que hacerme dos endodoncias. El primer día en la sala de espera ya me fijé en Lidia. Ella también estaba esperando para la consulta.

—No —interrumpió su esposa—. Ese día, que me acuerdo muy bien, te fijaste en la auxiliar que trabajaba allí; llevaba un escote muy prominente. Recuerdo que yo te miraba a ti y tú no parabas de escanearla de arriba a abajo. Fue en la segunda visita cuando te fijaste en mí.

—Bueno, rectificado queda señores. Como iba contando, Lidia también acudía. Coincidimos varias veces y no paramos de hablar. A los meses, nos encontramos en un bar a altas horas de la madrugada y nos enrollamos. Fue una sorpresa. Allí entendí por qué iba al dentista. Cuando comencé a comerle la boca me choqué con el aparato que le habían puesto en los dientes.

—¡Qué comienzo! —se avergonzaba Lidia.

—¡Ahí! —vociferó Miguel—. Así me gustan las historias, ¡románticas! Desde luego Rafa, cutre hasta para eso. ¿Y qué? Le engrasaste los tornillos esa noche —se tronchaba.

—Eres un desagradable —se defendía Lidia—. Ni notó que llevara aparato.

—Bueno —titubeaba Rafa—. En verdad sí, pero no te dije nada para que no te sintieras incómoda.

—¿Y me lo dices ahora?

—¡Yo qué sé!

—Habría que ver a Rafa buscándole la lengua entre la chatarra —seguía mofándose Miguel.

—Mira que eres pesado —salía Mara en defensa del matrimonio—. ¡A saber tus historias! Poco romántico debes de ser…

—Eso, eso —insistió Rafa—. Cuenta lo de la tía y la fabada asturiana. Es buenísimo.

—Vale, vale, lo cuento. Veréis mi romanticismo. Una noche me encontré a una antigua compañera del colegio en un bar. Un amigo mío y yo empezamos a darle la brasa. Mientras yo estaba en el baño, mi amigo le dijo que a mí me encantaba la fabada asturiana de lata; las tonterías de la noche. Al regresar, ella nos invitó a su casa a comer un plato. Eran las cinco de la madrugada y ambos estábamos borrachos y hambrientos. Subimos a su casa y nos pusimos de fabada hasta las orejas. Al terminar, mi amigo se fue a su casa. Yo me quedé

allí quemando todas las calorías que había ingerido.

—¿Y eso sí es romántico? —se indignaba Lidia—. ¡Vaya tela!

—No… soy *guarromántico* —Miguel se tronchaba.

—Cuenta ahora lo del albornoz. Ese también es muy bueno. Eso sí que es *guarromántico* —animaba Rafa.

—¡Joder!… lo siento señoritas… Siendo yo mucho más joven, conocí en un bar a una tía y terminé en su habitación. Era un piso de estudiantes donde dormían tres o cuatro compañeras. Al despertar fui con cuidado al baño. Tenía unos retortijones horribles. No os podéis imaginar las diarreas de todo el alcohol del día anterior. Cuando terminé, me percaté de que no había papel higiénico ni nada parecido. Lo único que había era un albornoz blanco y reluciente colgado de la puerta del baño. Y ya os podéis imaginar. Lo usé y cuando finalicé lo tiré por la ventana. Me vestí y me fui pitando a mi casa.

—Miguel, por favor —se asqueaba Mara—. ¿Cómo puedes hacer eso? ¿Por qué eres tan cerdo?

—La edad que es muy mala —se excusaba él.

—Eres una novela rosa con patas —afirmó Lidia sarcásticamente.

—Bueno, Gabriel, te toca a ti —pasaba turno Miguel.

—Yo, pues poco que contar, la verdad. La historia de Esther y mía tiene poca salsa.

—Cuenta, cuenta —insistió Laura.

—Bueno, rondaba mil novecientos…

—Venga, ya empieza Matusalén con sus batallitas —se descojonaba Miguel.

—Qué poco respeto al mayor del lugar. Sigo. En mil novecientos ochenta y pico.

—Cuando el César soltó a Barrabás… —interrumpió entre carcajadas Miguel.

—¡Vaya con el pesado éste! —se enojó Gabriel.

—Venga, Miguel, déjalo —suplicaba Laura con ternura.

—En esa época yo estaba en el colegio. Tenía unos quince o dieciséis años. En mi clase había una niña que se llamaba Esther. Ella y yo siempre éramos los que sacábamos las mejores notas de la clase. Eso siempre nos había llevado a mantener mucha competencia y mucho pique. En uno de esos veranos, coincidimos en una urbanización donde mis padres habían alquilado un apartamento. Estuvimos tres semanas todos los días juntos: En la piscina, jugando al ping pong, en la playa… No nos separamos en todas las vacaciones. En aquella situación, los libros quedaron lejos y nuestra competitividad se convirtió en un amor estival. Fueron unos días maravillosos; nuestros primeros besos, nuestros primeros abrazos… Recuerdo una noche los dos agarrados en la orilla de aquella playa. A esas edades los besos sabían de otra manera —concluía el director con

una sonrisa placentera en los labios.

—Qué bonita historia —opinó Lidia apoyando las manos sobre su barriga.

—Sí, es cierto —afirmó Mara—. Los besos de la adolescencia saben de otra manera. Estoy totalmente de acuerdo. En esos momentos nos volvíamos tan locos con la boca y con las manos que, como decía una canción, los cuerpos parecían estorbar.

—Al fin y al cabo —continuaba rafa—, son en esas edades donde el cuerpo está mejor preparado biológicamente para procrear, estamos más activos. Ahora, con la moda de formar familia a los treinta y tantos, nos cuesta más.

—¡Ay! Pobres casados —exclamó Miguel mirando hacia arriba—. No es la edad, es la rutina.

—Será de todo un poco —dijo Gabriel—, todo influye. Un antiguo jefe mío de mi antigua empresa me decía: «Y yo que pensaba que no funcionaba, y ahora con esta chavala que estoy empezando parezco que tengo veinte años; la que no funcionaba era mi exmujer».

—¡Qué poca vergüenza! —se indignaba Lidia—. Que le pregunten a esa joven tres meses después, a ver si seguía contenta. Qué asco de viejos salidos. A esos viejos verdes hay que cambiarles de compañía cada dos por tres, si no se desinflan. Y, ¡vamos!, que las mujeres también nos acostumbramos a vosotros. ¿O es que no se nos nota?

—Claro —Miguel se tronchaba—. Es el ciclo vital de la mujer: De la ciruela a la pasa, de lo hidratado a lo deshidratado, de la babosa al gusano.

—¡Oye! —le castigaba Mara con un cate en el brazo—. No seas bruto.

—La verdad es que sí —participó Laura—. Los primeros besos son tan, ¿cómo diría yo…? húmedos, profundos, revoltosos. La vida es bonita, ¿verdad?

—Laura, deleita a estos borregos con tus palabras —habló el director—. Explícales que es para ti el amor.

—¿El amor? Bueno, pues podéis poneros cómodos.

Mara sonreía con ilusión mientras miraba a su mejor amiga sabiendo lo que venía.

—El amor verdadero, que no es el amor que muchos sienten, es la necesidad de corresponder y ser correspondido. Es en sí el fin último de nuestra existencia, pues sin amor no hay nada, como dicen en las bodas. No os habéis fijado que hasta el peor de los días es aliviado por el *te quiero* de un persona de la que estás enamorada. Estaba muy agobiada con lo de mi madre y era tanta mi preocupación que hasta me descolocó los primeros días en el trabajo. Pero cuando vi aquel

desconocido en la calle, todo se disparó. Percibí la situación con otro color. Cuando uno se siente querido y quiere de la misma forma, uno marcha más contento. Uno llega al trabajo con otras ganas. Y de esa manera influye en todos los aspectos de la vida. Cuando pienso en el hombre X navego entre la dulzura y la pasión. Cierro los ojos y me pierdo sobre la música que me inspira escuchar. Y allí camino sin cesar en un desierto espiritual, carente de frío y calor, y me revuelvo en la ansiedad que despierta mis necesidades, y corro más y más rápido. Cerca me espera el oasis de los brazos de mi amado. Me remojo en el frescor de sus aguas cristalinas y me sacio de sus manjares ocultos. Creo brillar como una estrella más de ese cielo oscuro y solitario que adormecía aquel olvidado desierto, y duermo en paz. A la luz de la mañana acaricio su pecho y lo siento en los míos. Sus manos despiertan el resto de mi cuerpo aún dormido y lo hago suyo. Y cabalgando juntos desaparecemos por el sendero de la pasión en busca de noches mágicas y eternas.

Todos permanecían embobados y boquiabiertos. Algún aplauso fue arrancado.

—Al @*tranvía* me voy a meter yo a buscarte —decía anonadado Miguel—. ¡Gabriel! al chaval ese tú le agarras y yo le doy. Ése no se lleva a esta prenda. Esto no puede quedar en manos de un cualquiera. Mejorando lo presente, señoras y señoritas, no se ofendan ustedes.

—No hay palabras para describir a esta mujer —añadía Gabriel—. Sus palabras me tienen enganchado.

—No seáis exagerados. Sólo digo con palabras lo que siento en mi interior. Tenéis que mirar bien adentro, allí lo encontraréis. Gabriel, dime qué representa para ti la figura de los padres. Inténtalo.

—¿Para mí? Los padres son mi única fuente, mi guía. El origen de mi ser, lo que me estabiliza.

—Cierra los ojos, Gabriel. Viaja por los recuerdos de tu infancia y tu adolescencia, rema en aquella dirección y piérdete en tus mares personales. Una vez allí, inténtalo de nuevo —aconsejó Laurel.

El director cerró los ojos y, tras permanecer unos segundos en silencio, dictó: —mis padre son para mí…: Esa mano que me agarra antes de caer. Ese dulce beso antes de dormir. Esa mano cálida que me cubre del relente de la noche. Esas frases hermosas que me describen una realidad de colores y aventuras sólo para que yo pueda dormir en paz. Ese rey dorado que me inunda de felicidad en Navidad. Ese aliento fresco cuando ya no me queda aire para respirar; esa ropa seca cuando la lluvia me ha de mojar. Esas verdades robadas para no verme sufrir más. Esas horas despiertos hasta vernos llegar. Esas

lágrimas cansadas por vernos a nosotros también llorar. Esos días tempranos por darnos que alimentar. Todo eso y mucho más, y así, por ellos, podría no parar —finalizaba regalándole a Laura una íntima y cómplice mirada.

—¡Fantástico, jefe! —aplaudía Rafa—. Eres brutal. Qué bonito.

—¡Anda, jefe!, me has llegado —se sorprendía Miguel.

—¿Lo ves? —sonreía Laura—. No es tan difícil. Sólo hace falta rememorar el pasado y rodearse de gente buena como vosotros que os permita liberaros.

—Laura —seguía el sorprendido director—. No es lo que he dicho. La grandeza no está en las palabras que han salido de mi boca, en absoluto. La grandeza está en lo que he sentido. Algo mágico ha recorrido mi interior. Me has hecho viajar al pasado, a mis experiencias y sentimientos de la infancia. He creído tener a mis padres aquí al lado. Y lo que es más importante, he notado salir de mí todo lo negativo: Mis miedos, mis rencores, mis sufrimientos… He sentido lo mismo que sentía cuando era pequeño: Inocencia, sólo eso. Paz, sólo eso. Parece como si me hubiera liberado de una carga. He viajado al pasado y me he sentido como entonces. Gracias, Laura.

—No he sido yo. Eres tú el dueño de esas sensaciones, sólo tú puedes recuperarlas y revivirlas.

Tras la cena, acudieron a un bar de copas donde estuvieron varias horas.

Tras el tacto áspero y correcto de las sábanas del hotel, Laura se agazapó entre las incógnitas que le rondaban por la cabeza. Sabía que debía esperar un par de semanas para ir descubriendo las piezas del puzzle sobre la verdad que dormía escondida en aquella historia. Despolvar los acontecimientos ocurridos en los últimos años era su deseo, pero le provocaba ciertos temores. Aurora, su abuela, vivía en Bétera y sin duda conocería el destino de Celia. Sólo debía hablar con ella para desvelar todos los entresijos.

Capítulo IX

Un bello amanecer resaltaba los trazos de las siluetas de Bétera. Las almenas de su antiguo castillo dividían los haces de luz y los repartían por toda la localidad confiriéndole una curiosa y hermosa luminosidad. Al finalizar un tardío desayuno, los chicos dieron una vuelta por el pueblo.

—Aquí reposan tus raíces —hablaba Gabriel.

—Lo sé. La tierra de mi madre bajo mis pies. Y yo aún sin conocerla.

—¿Se siente algún vacío por la ausencia de tu madre? —preguntó Rafa.

—Sin darte cuenta, sí. Con la edad te empiezas a hacer ciertas preguntas que sólo tienen respuestas ante la figura de una madre. Aunque esa figura yo la he tenido en la persona de Lola, mi abuela, es cierto que algo falta. Es como una asignatura pendiente que puede esperar, pero a la que tarde o temprano debes hacerle frente.

—¿Cómo está llevando todo esto Lola? —se interesó Lidia.

—Bien. Ella ha ejercido de madre toda mi vida, supongo que querrá toda mi felicidad. Entenderá mi deseo de buscar a Celia; no tengo dudas al respecto.

—Deberíamos conocer a tu abuela un día de estos —propuso el director.

—Cuando queráis. Su casa siempre está abierta. Le gustan mucho las visitas. Os agradará conocerla. Lola es una artista por los cuatro costados. Baila, canta y tiene un arte y un duende especial. Es dueña de su casa, de su cocina y de cada rincón de su alma. Aunque la comparte y la abre de par en par, nadie manda ahí lo más mínimo, sólo ella. Es una mujer de armas tomar. Le debo mi amor por la música y mi manera de expresarme. Cuando era pequeña siempre me contaba un cuento libre antes de dormir.

—¿Cuento libre? —preguntó Rafa.

—Sí. Lola me preguntaba cada noche: «¿Sobre qué historia quieres que te cuente hoy?» Yo le decía: ¡Cualquiera!, verbigracia… un ratón que se enamoraba de un elefante. Ella improvisaba e inventaba sobre la marcha las más fantásticas y originales aventuras.

A la hora de narrar esas historias tiene un don único. Viaja a través de los sentimientos y las emociones internas a un mundo muy suyo y sincero. Allí desgarra recuerdos y vivencias pasadas, y las entremezcla con las innovadoras ideas que le van surgiendo, encajándolas con el tema elegido por mí. Es una auténtica maestra de la palabra. Después, en el trato diario, es una persona llana y afable, muy cercana. Para nada parece albergar todas esas miles de palabras ordenadas con maestría que viven en su corazón y en su cabeza. Ahí radica su grandeza, en poseerla y en la humildad de reservarla.

—¡A quién me recordará! —exclamó Gabriel.

—Ella es alucinante —seguía Laura emocionada—. En un cajón de la cómoda de su dormitorio tiene multitud de escritos suyos. Algunos tienen más de treinta años. Son relatos cortos de todo tipo. A veces hablan de amor, otras de la amistad, otras de sus sentimientos sobre la vida. Es un compendio de sabiduría; ese saber que no se adquiere en ninguna parte, sólo con el día a día, con el pasar de muchos años. Y no sólo es eso. Después hay que saber darle esa forma tan genial, y en eso es la mejor. Cuando la conozcáis preguntadle sobre lo que queráis, que ella os responderá.

—¡Vaya!, ya estoy deseando conocerla. —El director se impacientaba—. Si dices que es como tú pero a lo bestia, será algo inédito. Me apunto a la visita.

Durante la larga caminata, pasaron por delante de la puerta de la casa de Aurora. Seguían las persianas echadas. Laura miraba a la fachada sabiendo que en breve cruzaría su umbral y se desatarían las emociones más fuertes de su vida. Algo le decía que las ansiadas respuestas estaban muy cerca, tanto, que podía hasta olerlas. Sólo quedaba una última espera.

Antes de entrar en el coche e iniciar el regreso a Madrid, Mara se paró en un quiosco y observó la primera hoja de la prensa local.

—¡Mira, Laura! Sale en la portada el alcalde. Me lo llevo, ¿cuánto es?

—Noventa céntimos.

—Él es el alcalde, ¿verdad? —continuó Mara

—Sí, señora —respondió el vendedor.

—¿Ésta que sale en la foto es su esposa? ¿Cómo se llama?

—Es Silvia Estévez.

—¿Y su esposa anterior? —indagó la amiga de Laura.

—Perdone, señorita. No deseo hablar de la vida íntima de los demás. Sólo vendo prensa, discúlpeme.

—No quería ser grosera —se metió Laura—. La antigua esposa del

alcalde es familiar mía y queríamos saber de ella.

—No está en el pueblo. Se marchó hace unos años. No sé adónde.

—Pero, ¿está bien? —preguntó Laura.

—Sí, supongo. Pero no quiero hablar de ese tema. Por favor, ruego que me dejen tranquilo.

—Mire caballero —interpeló Mara—. Mi amiga es hija de Celia. La está buscando. No cuesta tanto ser amable con ella, ¿se entera?

—¿Cómo va a ser hija de Celia? Eso es imposible, no le dio tiempo ni a quedarse embarazada. Pobre señor alcalde… y su difunto padre lo que sufrió. ¡La deshonra que tuvo que vivir la familia de Carlos por culpa de esa mujer!

—Gracias, señor, no se moleste —agradeció Laura emocionada—. Chicos, está viva. Eso es un consuelo. Qué ganas de conocerla.

—¡Vaya con el viejo! —maldijo Miguel—. Valiente hijo de puta. Ni que fuera un espía de la CIA. Indeseable. ¡Qué le zurzan, amargado! —gritó al vendedor mientras se alejaba.

—¡Mírales! —exclamó con desprecio el anciano—. Ahora sí me creo que seáis familia de esa alimaña. Irse del pueblo, ¡mala gente! Aquí nadie quiere saber nada de ella, sólo de su santa madre. Pobre desgraciada, parir a una hija para eso.

—¡Será posible con el viejo de las narices! —se agitó Gabriel—. Me cago en toda su familia, en su mierda de puesto ambulante, en la mierda de esta calle empedrada y en todos los cabrones de este pueblo.

—Tranquilo, jefe —apaciguó Laura—. No merece la pena enfadarse. ¿Qué habrá hecho mi madre para que no quieran ni verla por aquí?

—No sé, Laurita —decía Mara—. Pero quédate con eso, ¡tu madre está viva!

—Sí, desde luego. Más vale volver y enterarme por Aurora de lo sucedido. Está claro que a la gente del pueblo mejor ni preguntar. Parece que el peso del ostracismo cayó sobre mi madre.

La tensión del último suceso acaecido en Bétera apaciguó los ánimos y marcó un silencio casi continuo durante la mayor parte del viaje de vuelta.

Laura se perdía, a través de la ventanilla del coche, en el transcurrir fugaz del paisaje que dejaban atrás. Pensaba en las personas con las que había hablado en el pueblo, principalmente con el anciano que les había vendido la prensa. Rumiaba las distintas opciones que dieran sentido al enojo de aquella persona.

—Probablemente abandonara a Carlos al poco de casarse y eso no

se lo han perdonado —se decía en silencio—. Esas cosas, en los pueblos pequeños, marcan mucho la vida de una persona. ¿Pero entonces? Si mi madre abandonó a su marido a los pocos meses de casarse, ¿por qué no regresó con mi padre? No tiene sentido. Seguramente Celia viva en Barcelona. ¿Por qué no se habrá ido a vivir Aurora con ella? Con lo mayor que es, viaja para allá de vez en cuando… irá a verla, digo yo. ¡Quizás se fuera mi madre con otro hombre! No lo creo, quería mucho a mi padre, lo dudo. Es rarísimo, la verdad. Estoy deseando volver y que Aurora me explique todo con detenimiento.

Sobre las siete de la tarde, Laura llegó a su casa.

—¡Lola!
—¡Ven! ¡Rápido! —se impacientaba la abuela.

Laura le mostró la portada del periódico que habían comprado y le explicó con detalle todo lo sucedido. Lola no salía de su asombro.

—¿Cómo es posible? —se indignaba la abuela—. ¡Qué desagradable ese hombre, por Dios! No logro entender como tu madre no regresó. Si dejó a Carlos al poco de casarse, ¿qué ocurrió? ¿Quién me explica esto? A ver si al final Celia se fue con otro.
—Imposible, abuela. Las palabras que deja en sus cartas son palabras de una mujer ciega y enamorada de papá. Nunca le hubiera hecho eso. Algo le ocurriría para no querer regresar. En serio, abuela.
—Bueno, ¿y qué vas a hacer?
—Volver. Aurora vive allí casi todo el año. Lástima que no se encontrara, ya hubiera salido de dudas.
—Bueno, hija. ¡Qué se le va a hacer! Habrá que esperar un poco más ¡Qué coraje!
—Sí.

La llegada de la noche, abrió una vez más otro sobre de aquel montón que quedaba por leer.

Querido Enrique

Estos primeros días de casada están siendo horribles. Diariamente discutimos y termino yéndome a casa de mis padres. El sufrimiento de mi madre, que se refleja en su rostro, es enorme, más que el mío. Mi padre se pone muy violento y sé que está pegándole. Ya he hecho lo que él quería y parece no ser suficiente. Todo el pueblo sabe que está arruinado y eso no lo soporta. Va diciendo por ahí que mi madre y yo nos hemos comido todos sus ahorros. No sé cómo va a terminar todo esto. Repudio a Carlos. Me he negado a consumar el matrimonio, estate tranquilo. Esto no va a durar mucho. Esta situación no va a aguantar. Espero que se precipite de cualquier forma y pueda partir para allá. Mi madre sigue sin estar a salvo. He pensado coger las maletas, llevármela para

Madrid y empezar una nueva vida. Mi hermano me apoya en todo. Creo que se lo voy a proponer a mi madre. Sé que no querrá. Espero pronto tener noticias buenas para los dos. Dale un beso enorme a Laura. Todas las noches lloro su ausencia. Espero que este infierno que me ha tocado vivir sea la moneda de cambio para pasar el resto de mi vida junto a ti y el bebé. Os quiero muchísimo.

Celia

El estrés emocional y el cansancio físico del viaje derrumbaron definitivamente la vigilia de la esperanzada joven. La paz y el sosiego ocuparon su alma, llevándosela por los senderos algodonosos, suaves y cálidos del descanso.

El lunes se iniciaba con velocidad. Laura tenía prisa porque llegara ese momento que predisponía un encuentro con aquel muchacho. Lamentablemente llegó a su puesto de trabajo sin más noticia que su ausencia. La decepcionada joven asumía que los encuentros con aquel hombre podían haber sido fruto de la casualidad y que probablemente no volviera a verlo jamás.

—Laura, ven al despacho, por favor —ordenaba el director.

—¿Paso?

—Sí, claro. Una cosa. ¿Has visto hoy al chaval que te gusta?

—No.

—Lo suponía. Vamos a ver —decía Gabriel mientras ojeaba la pantalla de ordenador—. He hablado con Víctor de *Guachi.com* y me ha dicho que tu caso es de los que mejor encaja en su web. Veamos, ya tengo todo relleno. Él: Chico. Tú: Chica. Ciudad: Madrid: Fecha: entre el uno y el veinte de marzo. Calle: Avenida Campo Soto. Franja horaria: de siete y media a ocho, y de seis de la tarde a seis y media. Tu edad: Veintiocho. La de él: Ponemos el rango de treinta a cuarenta. Creo que no hay más datos relevantes en tus encuentros, ¿verdad?

—Gabriel, por favor. ¿@*tranvía*?

—¿Sí? ¿Decías? —añadía el director con un semblante de arrogancia forzada, casi burlona.

—Gabriel, ya te dije que no quería.

—Sólo tienes que pinchar en «Ok» y ver si tu hombre te está buscando. Y si no, puede que te llegue la coincidencia más adelante al e-mail que introduzcas. Por cierto, he puesto el mío. Je, je, seré el primero en enterarme.

—No. Eso es forzar el destino.

—Eso no es forzarlo. No puedes tener esa conducta evitadora. El destino es el que te ha puesto a ese hombre delante de tu cara y no haces nada por seguirlo. Es tu obligación pinchar el «Ok».

—No pienso pincharlo.

—Pues lo pincharé yo. Total, no hay un ningún dato personal

tuyo. Puedo hacerlo. No aparece ni tu nombre ni nada. Puedo.

—No puedes, sería una sustitución de mi identidad.

—No. En el caso que él te esté buscando sólo le aparecerá que tiene una coincidencia, sólo eso. Si quieres lo dejamos ahí, pero te quedarás con la incertidumbre de saber si él está interesado en ti. ¿Pinchamos?

—No y no. ¡Qué vergüenza! Prefiero declararme en plena calle vestida de arlequín con las flores en la mano, que a través de esa página.

—Pues yo lo he utilizado para mí.

—¿Cómo?

—Bueno, no exactamente. Mi mujer lleva un tiempo mal conmigo y para saber si está con otro he buscado si tiene coincidencias con alguien.

—¿Y cómo has hecho eso?

—He puesto su ciudad, nombre y apellidos, edad, sexo y la empresa donde trabaja. Por si le está buscando algún compañero de trabajo.

—¡Ah! —alucinó Laura—. No vaya a ser que te lleves una sorpresa.

—Espero que no.

—Bueno. Vuelvo a mi puesto de trabajo. Gracias por el intento, pero mejor dejémoslo así.

Mientras Laura salía por la puerta del despacho, Gabriel miró a su pantalla de ordenador con mirada pícara.

—¿Qué quería Gabriel? —se interesó Rafa.

—Nada, ahí está con @*tranvía*. ¡Que no quiero! Me niego a utilizar eso.

—Inténtalo —insistía Miguel.

Tras su negativa, Laura cayó en la posibilidad de una búsqueda con los datos de su madre. Lo hizo en secreto, lejos de los ojos de sus compañeros. Escribió en los campos a rellenar: Celia Sánchez Ayora, mujer, Bétera, Valencia, Barcelona y su edad. Introdujo su correo electrónico y le dio a buscar. Al instante le mostró un mensaje: «Su búsqueda no ha obtenido coincidencias. Si se ajusta próximamente con la de otro usuario, se lo comunicaremos a su e-mail».

—Esta tarde, ¿qué harás? —le preguntó el director a Laura durante el almuerzo.

—Pues no tengo nada pensado, la verdad.

—¿Qué te parece dar una vuelta? De paso me podrías presentar a

tu abuela.

—Me parece bien. ¿Y eso?

—Ayer me dejaste con la miel en los labios. Tengo ganas de conocerla. La verdad, no puedo esperar más.

—De acuerdo. Te caerá bien.

Tras recorrer improductivamente el camino a casa junto a Gabriel, su ánimo se entristeció.

—Te lo estoy diciendo, @ *tranvía* —repetía el director.

—Que no.

—Tampoco lo has visto ahora por la tarde. Tú verás. Se te está yendo la oportunidad de conocer a tu media naranja. —En ese momento soñó que se apropiaba de dicho título.

—Que sea lo que Dios quiera —reiteraba Laura—. Subamos, aquí es.

Tras cruzar el umbral de su hogar.

—¡Abuela!, tenemos visita.

—Espera, voy.

—¿Abuela?

—Hola, hija. ¿Quién es este hombre tan guapo? —vociferó Lola mientras Gabriel se sonrojaba—. ¿Eres tú el chico que se cruza con Laura por la calle? —El director no sabía dónde meterse.

—No, lo-lo-lo siento —tartamudeó Gabriel.

—¡Anda ya!, abuela. Además, si lo fuera, ¡le ibas a decir eso! ¡Tienes unas cosas! Es mi jefe, Gabriel.

—Hombre, Gabriel. Es un placer conocerte.

—El placer es mío. Ya sé de dónde procede la belleza natural de su nieta.

—No me haga la pelota, que yo ya soy muy vieja. Podrías hacer cubitos de hielo con la piel de mi cara. Y, ¿qué te trae por aquí?

—Conocerla.

—¿Y eso?

—Laura me ha encandilado con su forma de ver el mundo y de expresarse. Ella nos ha comentado que es usted la que le ha enseñado a dominar esas artes.

—¡Uy! —Lola se tapaba la boca con la mano—. ¡Qué exagerado! No es para tanto. La que es especial es Laura, es un tesoro.

—No, abuela. Lo he aprendido de ti.

—Gabriel, ven conmigo. Si te gustan las profundidades humanas, mejor que veas esto.

Lola tomó la mano a Gabriel y le llevó al *taller de la locura*.

—Observa, Gabriel, éste es el cuartel de Laura. ¿Ves lo que yo veo? ¿Percibes lo que flota en esta habitación?

—Todo esto, ¿qué es? —preguntó anonadado el director.

Gabriel se impresionaba con cada salto de movimiento ocular que producía sobre cada centímetro del *taller de la locura*. Se deleitaba sobre la belleza de cada lienzo y entendía que no era la simple y magistral ejecución del pincel lo que allí le encandilaba; era lo que escondía el interior de cada obra. Eso de lo que Laura le impregnaba al hablar, salía a borbotones de sus lienzos circulando por el aire y entrando por sus ojos. Era belleza, delicadeza, amor, tristeza, compasión, misericordia. Eran todas las sensaciones propias de un ser humano bueno, bondadoso, casi santo y casi mártir.

—No puedo contener mis lágrimas —se derrumbó Gabriel—. ¿Quién es este hombre? —dijo señalando el caballete.

—Es la persona que me encuentro por la calle —respondió Laura.

—¿Cómo es posible? —decía el director casi extasiado—. Es un ángel. ¿Es así o esto es lo que ven tus ojos?

—Eso es lo que ven sus ojos —afirmaba Lola—. Eso es lo que tiene mi nieta por dentro y es lo que os ve a cada uno. Sus ojos tienen un filtro especial que le permite ver ahí donde el resto no llega a percibir.

—¿Cómo puede ser? Me siento solo, perdido, sin calor ni consuelo. Y al verlo a él, su rostro benévolo, siento renacer y respirar un aire nuevo y limpio. Es como salir después de estar encerrado durante años en una cueva, sin luz y sin comida, sin compañía alguna, rozando la locura. ¿Dónde vive esa delicadeza que me transmite ese hombre?

—En cada uno de nosotros, y en ti también —desvelaba Lola—. Sólo que algunos lo dejan ver y otros no. Laura sabe extraer eso y mucho más de cada persona. Desnuda a los hombres y a las mujeres. Sólo ve en ellos sus buenas y sus malas intenciones. Laura dibuja almas.

—Sé lo que estás diciendo. ¿Y este otro hombre? ¿Qué le ocurre? ¿Por qué sufre tanto? —continuaba con faz aterradora.

—Es mi padre. Es el sufrimiento que tuvo que llevar durante toda su vida.

—Es mi hijo Enrique. Eso que percibes es la ausencia de su amada. Una vida entera de espera no recompensada.

—¿Y en este otro? ¿Qué le ocurría? ¿Acaso había perecido su amor? ¡Qué extrañas sensaciones me inspira! —decía hundido Gabriel.

—Éste es mi padre cuando estaba en el hospital. Aquí reposaba su

alma en las puertas de ese cielo claro y puro que le esperaba.

—Siento tanta pena que no me encuentro bien. Abrázame, por favor.

Lola rodeó a Gabriel fuertemente con sus seniles brazos. Él se sentía protegido y reconfortado. Los brazos de la abuela eran como la mano que te agarra antes de caer a un oscuro vacío y de la que no debes soltarte jamás. La pena que invadió a Gabriel le dejó en un estado de shock emocional; no podía volver en sí. Apretó más fuerte a Lola y sus lágrimas se repartieron por sus ancianos cabellos.

—Lo siento…, de verdad —se excusó apenadamente el director.

—Lo siento yo —se disculpó la nieta.

—No, Laura. Eres pura belleza —alucinaba Gabriel—. ¿Qué es esto? —dijo mientras señalaba un reproductor de compact disc—. ¿Escuchas música mientras pintas?

—Sí.

—¿Me permites?

—Claro.

Gabriel pulsó el *play* y comenzó a escucharse una melodía. Era *Retour à la maison* de Wojciech Kilar. Su carga melancólica transportó a Gabriel a un pozo aún más profundo y, en aquella miserable estampa, se ahogó respirando su propia pena. Observaba todas las obras de Laura permitiéndole viajar a mil lugares. En ellos experimentó todo tipo de sensaciones: Pena, alegría, desesperanza, la pérdida de un ser querido, la más dura de las enfermedades, la soledad, el desasosiego, la locura. Poco a poco fue viniendo en sí, acompañándole Lola de nuevo al salón. Gabriel no daba crédito al repertorio de sensaciones fluidas en su interior.

—Jamás había pasado por esto —se sinceró—. ¿Quién eres Laura? Dime quién eres. Te lo suplico.

—Soy tu amiga.

—Vienes de algún lugar hermoso, donde no existe la envidia, ni el rencor, ni el odio. Sólo tienes cosas buenas en tu interior.

—Sí —respondió Lola—. Tienes toda la razón. Esta niña es un ángel caído del cielo.

—Podéis dejar de decir tonterías, por favor —interrumpía Laura —. Sólo tengo una visión diferente de las cosas. Sólo es eso.

—Laura, prométeme que me harás un retrato. Necesito saber qué ves en mí, cómo soy yo ante tus ojos. ¿Me lo prometes?

—Debes saber —aclaraba la abuela—, que las manos de mi nieta reflejan todo lo que ahí reposa —decía tocando el pecho del director

—. Cualquier cosa que tengas será expuesta y no siempre ha de agradar.

—Lo prefiero. Quiero que saques todo de mí y así pueda conocerme mejor. Quiero saber qué me está ocurriendo. Quizás pueda salvar mi matrimonio.

—Te prometo que te haré un retrato. Te prometo que seré todo lo sincera que me dicte mi corazón. Sólo te pido que no influya en nuestra relación. Yo únicamente pinto lo que mi interior me dice.

—¿Empezamos ahora? —ansiaba Gabriel.

—No, en absoluto. No me hace falta tener al modelo delante. Para sacar lo puro hay que mirar a los recuerdos, a esa imagen mental que conservamos en la cabeza, como cuando viajaste a tu infancia. Ésa es la única manera de no contaminar la obra con lo meramente físico y estético. Hay que dejar que fluya la espiritualidad que nos corre por el cuerpo.

—De acuerdo, Laura. Estoy deseando que comiences ya. Vendré corriendo cuando lo tengas listo. Bueno, supongo que ya he molestado lo suficiente. Creo que ha llegado la hora de marcharme. Han sido muchas emociones en muy poco tiempo. Señora —hablaba dirigiéndose ahora a Lola—, ha sido un placer conocerla. Le debo agradecer a usted este divino tesoro que cuida con cariño y esmero. Alabo el momento en que su nieta fue contratada por la empresa y así poder conocerla. Laura, hoy me he dado cuenta que tú debes conocer a los clientes. Debes mirar cómo son, entenderlos y así afinar en nuestro trabajo. Te puedes convertir en una pieza de vital importancia para nuestra empresa. Tenerte es un lujo. Gracias de todo corazón. Eres una buena trabajadora y, lo que es más importante, una buena compañera de viaje. Lo que lamento es no haberte tenido de amiga desde la infancia.

—Tú también eres especial para mí —correspondía la joven—. La afortunada soy yo por poder tenerte de amigo.

—Bueno, no me entretengo más. Hasta mañana, bellísimas mujeres.

—Ha sido un placer, Gabriel —se despedía Lola—. Espero verte pronto por aquí. Ésta es tu casa.

—Gracias.

—Adiós.

Gabriel bajaba rápida y alegremente por las escaleras. Su rostro manifestaba paz y felicidad. Era como si le hubiera dado un beso infantil a la niña más guapa de la clase. Se sentía lleno de satisfacción por ser una pieza del puzzle de la vida de Laura. Se preguntaba cómo había sido su vida hasta entonces sin ella. Sabía que desde que la conoció había comenzado a ver todo de otra forma. Era consciente de

que su futuro vendría marcado por aquella persona. Ya no vería igual su trabajo, ni su familia, ni su vida misma. Vería a sus hijos de otra manera, a sus empleados, a cada persona que se cruzara con él por la calle. Y esos pensamientos le encandilaban y le trasportaban a un valle nuevo y fresco, donde podía vislumbrar un devenir diferente, más sencillo, más bello. Jamás percibiría el mundo como antes lo había hecho. Entendió que ella no se fijara en él. El retrato de aquel desconocido le había transmitido unas sensaciones únicas. —Seguramente fueran similares a las que se habían producido en mi interior cuando yo la conocí a ella. Su brillo me cegó desde el primer minuto —pensó. Él dudaba que tuviera esas cualidades, ese talento tan especial para enamorar a Laura. Se moría por contemplar su propio retrato. Allí se ubicaría toda su esencia, esa verdad que habitaba en él y que sólo Laura podía ver; ni él mismo era capaz. Auguraba contemplarlo y así averiguar quién era con certeza, qué hombre vivía ahí desde siempre. Una vez conociera su verdadera identidad, lograría sacarse más partido y exponerse al mundo de otra manera. Tenía la esperanza que aquel mágico espejo le dijera cosas que jamás él hubiera imaginado. Aterrizado en su casa, comprobó una vez más que esa noche también dormiría solo. Su mujer no había regresado aún.

—Es buen chico Gabriel, ¿verdad? —opinó Lola.

—Sí que lo es. Es un amigo especial.

—Pero tú sabes que más que amistad, él desearía otra cosa.

—Sí, abuela —respondía tristemente.

—No lo culpes. Eres tú, Laurita. El pobre no puede evitar maravillarse ante ti.

—No seas pesada, abuela. Además, está casado y con hijos.

—Que sí, que sí. Si yo no digo nada. Sólo que me da pena.

—A mí también. No le va bien en el matrimonio y eso que es muy bueno. Son cosas que no se comprenden. Su interior es bellísimo. Tiene todo lo que tiene que tener un amigo especial.

—¿No te gusta ni lo más mínimo?

—Claro que me gusta, abuela. Pero al conocer al otro chico, me he dado cuenta que falta algo.

—Entiendo.

En ese momento, el teléfono móvil de Laura sonó. Era el número de Andrés.

—Perdona, Laura. Sé que no es horario de trabajo. No te importa, ¿verdad?

—Para nada.

—Te llamaba para felicitarte. Me ha comentado Gabriel cómo van

tus aportaciones y, la verdad, es que lo tienes alucinado. Había planificado viajar allí esta semana, pero lo he tenido que posponer por temas familiares. Quería verte personalmente. Si lo que dice Gabriel es cierto, entiendo que quizás deberías ocupar otro puesto aún más creativo y más independiente. La pureza de tus trabajos no debe contaminarse con las ideas de los demás. Me ha estado mandando tus proyectos antes y después de la puesta en grupo. He podido comprobar que cómo los presentas inicialmente están perfectos; no necesitan ningún retoque. Entiendo tus intenciones y deben ser respetadas. Son genialidades. Estoy hablando de algo muy grande. Laura, eres de esas personas que dejarán huella en este mundo; de una forma u otra lo harás.

—Muchas gracias, Andrés. Me estás emocionando.

—Gracias a ti. Emociones son las que tú nos originas a nosotros… siempre hermosísimas. También quería comunicarte que, aunque no lleves aún el año en la empresa, te vamos a subir el sueldo.

—¿En serio?

—Por supuesto, Laura. Nos has demostrado en pocas semanas que no estás en fase de aprendizaje. Contigo aprendemos nosotros, y eso hay que pagarlo. Espero un futuro muy prometedor en la empresa gracias a ti. Ten paciencia porque, sin duda, llegará la recompensa.

—Desde luego, Andrés, es que me dejas emocionadísima. No sabes cuánto me alegra escuchar esas palabras. Me dan ánimos para trabajar más y mejor.

—Pues lo dicho. Espero en breve viajar para allá y charlar personalmente. Bueno, recuerda que puedes llamarme para lo que sea.

—Gracias.

—Un saludo.

—Adiós.

—¡Qué bien, abuela! Me han subido el sueldo.

—Me alegro por ti tanto. Por fin está siendo descubierto el tesoro de esta casa. Tarde o temprano te llegaría, tu padre opinaba lo mismo —aseguró Lola.

Capítulo X

Las cartas de Celia seguían acompañando las noches de Laura. A la luz tenue de su flexo, destapaban los secretos guardados de aquellos desdichados enamorados. Las palabras llovían sobre sus ojos estampando más capítulos de aquella tierna historia de amor. Entre declaraciones juradas y promesas de futuro, la vida de esos jóvenes era relatada como la más armoniosa expresión de sinceridad y dedicación. No le quedaba dudas sobre el amor verdadero que había empapado los corazones de ambos. Esta historia la vivía de tal manera que, a veces, Laura se sentía en el cuerpo de su madre, ocupando el papel de su padre aquel misterioso individuo que había conocido por la calle. Eso le ilusionaba y a la vez le hacía temer un final parecido al de ellos. —¿Terminaré compartiendo mi vida con aquel desconocido? —se preguntaba—. ¿Lo veré mañana? Seguro que no. No sé qué le ha podido pasar.

Gabriel estuvo media noche dando vueltas en la cama pensando en Laura y en aquellas sensaciones experimentadas en su casa. En el fondo deseaba que fuera el primer paso de algo, pero no sabía de qué. La admiración que sentía era tanta que le emborronaba la palabra amor de su cabeza. Ciertamente estaba muy confundido. Él nunca había sentido esas emociones sobre Esther ni sobre nadie, era una tremenda adoración.

El cielo rojizo del amanecer le hizo temer una curiosa premonición. —Quizás hoy pase algo fuera de lo habitual —pensó. Al llegar al despacho, había recibido un correo electrónico de @*tranvía*.

—¿Será el desconocido de Laura? —se preguntó. Ciertamente quedó sorprendido. El asunto no hacía referencia ni a su mujer ni al hombre X. —¡Laura me está buscando! —se decía quedándose boquiabierto—. No lo entiendo.

Al levantar la mirada, observó que la señorita Laurel entraba por la puerta.

—Gabriel.

—Dime. —El corazón del director se aceleraba.

—¿Crees acaso que no siento lo mismo que tú? —La mirada de ella era diferente.

—No sé, Laura. Ya no sé qué pensar.

—Claro que lo sabes. Ayer pasé la madrugada pintándote. Y rebuscando he encontrado lo que ansiaba desde hace mucho tiempo, a ti.

Laura se aproximó lentamente hacia Gabriel. Éste se agarró fuertemente a su asiento. Una vez se había sentado sobre sus piernas, Laura le acarició los labios. El director se sentía sin oxígeno y comenzó a sudar. No podía evitar pensar en Esther y en sus hijos. Laura le selló los labios con los suyos y jugueteó con su lengua alrededor de la suya.

Gabriel se revolvía entre su mujer, el temor a ser sorprendido por uno de los compañeros y el éxtasis producido por aquella enigmática mujer.

—Yo no soy así —decía Laura con voz sensual—. Yo nunca he sido así.

—Yo ta-ta-tampoco —jadeaba el nervioso director. —Pero me fío de ti tanto, que haré lo que desees.

—Ya lo sabes —susurraba Laura mientras colocaba la mano de Gabriel sobre uno de sus pechos—. Acaso crees que no sabía que me dijiste lo de @*tranvía* para que te buscara.

—Me alegro de habértelo dicho.

—Y si lo estabas deseando, ¿por qué no me lo dijiste? Yo te hubiera hecho el amor el primer día que te conocí.

Gabriel sintió un fuego que le quemaba todo su cuerpo. Notó tanta humedad sobre el muslo donde reposaba Laura que notó acelerar su corazón aún más.

—Laura, no puedo más.

—Ya voy —decía mientras se bajaba uno de sus tirantes—, déjame que te…— pi, pi, pi, sonó el despertador.

—¿Ha sido un sueño? —Gabriel respiraba agitadamente—. Dios mío, ¡qué real parecía! Laura, por favor, quiero tenerte ahora mismo —seguía diciendo en duermevela—. Si te tuviera ahora mismo aquí te haría de todo.

Poco a poco, Gabriel fue recuperando la realidad y saliendo del aquel estado de excitación que el sueño le había inducido.

111

El mal presagio de Laura fue confirmado tras finalizar el trayecto al trabajo. De nuevo no vio al hombre X. Pronto fue llamada por su jefe.

—¿Sabes que no he podido apenas dormir? —confesó Gabriel.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Las emociones vividas ayer en tu casa me han dado mucho que pensar, no he podido conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada —hablaba mientras se dejaba acariciar por las imágenes perdidas de aquel sueño erótico.

—Lo lamento —se disculpó Laura.

—No, para nada. Estas vivencias son las que le dan sal a la vida. Gracias por dejar que te conociera un poco más. Cambiando de tema, tengo un regalo para ti. No sé si te gustará.

—Creo que sé lo que es.

—¿Sí?, dímelo tú.

—¿El sueldo? ¿Me lo subes?

—No —respondió apurado el director—. No era eso. ¿Por qué lo dices?

—No, es que ayer me llamó Andrés y me lo dijo.

—No, para nada. No es nada de eso. Pues enhorabuena, pero no era mi sorpresa.

—¿Entonces?

—Tengo un amigo que toca en la Orquesta Sinfónica de Radio Televisión Española en el Teatro de la Zarzuela. Es violinista. Esta tarde ensayan y me ha dicho que puedo ir contigo a verlo.

—¿En serio?

—Sí, además me han dicho que te dejarán *volar*.

—¿*Volar*? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que mientras ellos tocan, puedes ir andando entre los músicos, acercándote a cada instrumento que desees según el momento de la obra. Dicen que es esplendoroso.

—No me lo puedo creer, Gabriel. Cuánto te lo agradezco.

—Tenía que recompensarte el paseo que me diste ayer por tus pinturas, por tu interior.

—No sé cómo agradecerte esta amistad que me estás regalando —se emocionaba Laura—. Te parecerá mentira, pero uno de los deseos de mi vida era poder escuchar una orquesta de cerca. Que no te quepa duda de que esta misma semana empiezo tu retrato. Será un regalo

muy especial que quiero hacerte.

—Estoy impaciente.

La tarde llegó y, una vez habían llegado al teatro, se sentaron en primera fila.

—¿Laura? —El director de la orquesta se giró.

—Sí —respondió algo nerviosa e ilusionada.

—Me han dicho que eres una persona muy especial, ¿verdad?

—No tanto. —El sonrojo tapizó su rostro.

—¿Qué te gustaría que tocásemos? Tú eliges.

—Dios mío —se bloqueó la joven—. Cualquier cosa.

—Tienes que decidirte —hablaba amablemente aquel hombre.

—Bueno, aunque es muy conocida, es mi preferida. *Meditación de Thais*, de Massenet.

—Buena elección, querida. Sube y acompáñanos. Te lo suplico.

El ruido del paso de las páginas de las partituras invadió el silencio.

La señorita Laurel subió las escaleras y se sentó en el suelo junto a un violinista que iniciaba la ejecución de la obra. Pronto, el violín inició su andadura musical promulgando su melancólica melodía. Ella, con un esplendoroso brillo en sus ojos, miraba anonadada cómo la mano se deslizaba por el mástil. La profundidad de sus notas la estremecía por momentos, haciéndole cerrar los ojos. La mano estilizada, robusta y bondadosa del director de orquesta agarró la de ella y la invitó a levantarse.

—Sigue con los ojos cerrados, déjate llevar por mí.

Laura caminaba muy feliz por un sendero de algodón. Su traje de época combinaba con los colores de aquella naturaleza que allí se mostraba. La dulzura musical llenaba sus oídos de bienestar. Era una felicidad plena que le hacía suspirar y llorar. Sus lágrimas fueron consoladas y un ángel bellísimo del cielo vino para llevársela alzando el vuelo. La música mostraba ahora su esplendor a través de todos los violines en su conjunto. El aire puro de la naturaleza le refrescaba el rostro, pudiendo sentir cada uno de los árboles que dejaba bajo sus pies y cada ser que vivía en aquel idílico lugar. Se sentía parte minúscula de la creación. De una nota musical que flotaba en el aire, apareció un pequeño pájaro violeta que la miraba. Le traía dulces y profundas emociones que, tras un hermoso y acrobático vuelo, le regaló en forma de polvo dorado dibujando sobre su espalda unas

hermosas alas también doradas. El ángel la beso y se despidió dejándola volar sola. La pena se asomaba de vez en cuando entre la armonía, dejando poco a poco que se fuera esa pacífica calma. Frente a ese recién llegado estremecimiento que procedía ahora de esas notas, el cielo tornó gris y un gélido aire ensombreció su alma.

—¿Quién puede soportar este sufrimiento? —se preguntó.

Lentamente, abatió sus alas descendiendo de nuevo al verde prado de aquella virgen escena. La dulzura volvió y las lágrimas brotaron ahora con más sentimiento. Laura se deleitaba con aquellos hermosos paisajes, era plenamente feliz. Se sentó frente a una gran cascada y contempló miles de atardeceres rojizos y tiernos que dejaron paso a una bellísima noche de una gran luna y millones de estrellas que brillaban al compás de la música. La obra se iba deshaciendo llegando a su fin, despertando a Laura de su viaje. Aún seguía cogida de aquella mano guía. La miró, pero ahora era la de Gabriel. Ambos, con los ojos llorosos, se abrazaron en un duradero abrazo. De fondo toda la orquesta aplaudía dejando luego un silencio sepulcral.

—Gracias —pronunció ella en un susurro sobre el oído de Gabriel.

Los dos unidos amigos caminaban bajo la noche tras aquella expresión ciega de sentimientos y emociones. Laura se sentía tranquila. Mientras, Gabriel se entumecía a cada mirada que dejaba sobre el perfil de la joven. —Ya nunca volveré a ser el mismo —se repetía él en su cabeza.

Tras dejar a la señorita Laurel, llegó a su solitaria casa. Esther, su esposa, le esperaba en la cocina con el abrigo puesto.

—Muy bien —dijo enfurecida la mujer—. Llevo toda la tarde aquí esperando para que veas a los niños un rato, y mira a qué hora llegas. Esto es una vergüenza.

—Esther, si no me avisas, ¿cómo voy a saber que vas a venir? —se defendía el director.

—Desde luego… mira que pongo de mi parte, pero nada.

Gabriel se agachó y abrazó a sus dos hijos. En ese momento se entristeció profundamente. Sintió que aquellos dos niños iban a estar cada vez más separados de él. Algo en su interior le decía que había acabado un ciclo en su vida. Todo iba a dejar de ser tal y como había sido hasta entonces. Sentía a su mujer y a sus hijos en una vieja barcaza que se alejaba a la deriva. Él, en tierra, ya no podía hacer

nada. Gritaba y gritaba, pero una espesa y repentina neblina rodeó aquel viejo embarcadero impidiendo que los niños pudieran divisarlo. La inmensidad de los océanos albergaría a partir de ahora el destino de aquellos infantes. De lejos, los gritos y sollozos de sus hijos se perdían en el horizonte. —¡Pablo! ¡Alejandro! ¡Volved! —se desesperaba el interior de Gabriel.

Sabía que Laura no formaría parte de su vida tal y como desearía, pero sí le quedaba claro que el hecho de haberla conocido le había dejado una huella eterna en su destino. Laura le había enseñado que él era especial, que él también a su manera era mágico, que se merecía rebobinar y empezar de cero. Era tanta su motivación por el cambio, que ya no creía que pudiera salvar la lejanía de sus hijos. Los dejaría marchar en manos de aquella mujer amargada, solos ante su suerte. Él partiría con un petate ligero tierra adentro, con pocas cosas pero con la mente llena de ilusión, sueños y promesas. Esta vez no se iba a decepcionar. Iniciaría una nueva vida a toda costa. Laura le había abierto una ventana de la que jamás había conocido su existencia. A través de ella percibía un mundo nuevo y quería explorarlo.

El abrazo a sus hijos se intensificó tras estas emociones. Una vez regresara de su ensoñación, se separó de ellos y los observó. Una fatal premonición le sugirió que aquella situación ya no tenía solución.

—¿Entonces? —gritó ella.
—Entonces, ¿qué? —Gabriel se sentía indignado.
—Entonces nada. No sé qué te pasa —marchó enfurecida por la puerta.

Gabriel se desabrochaba la camisa mientras caminaba a su dormitorio. La soledad se instauró en su casa y la noche siguió su curso.

111

Laura entraba por su casa aún tocada por las maravillas experimentadas en el Teatro de la Zarzuela. Las emociones se revolvían como un renacuajo en su estómago. Aprovechando el clímax musical, reprodujo de nuevo aquella pieza y se dispuso a bailar, carboncillo en mano, a lo largo y ancho del *taller de la locura*, buscando la inspiración en el rostro de Gabriel. Las nebulosas relampagueantes mezcladas con aquellas imágenes que reflejaba el mágico espejo de Laura, volvieron a dispersarse en forma de trazos y genialidades. Mucho antes de que hubiera terminado, procedió a cenar

y luego a dormir—. Ya lo finalizaré —se dijo.

La estela de la noche se difuminó en el firmamento de la ciudad dejando pasar la luz de un nuevo día. A cada paso en dirección al trabajo retrocedía un escalón en sus esperanzas de encontrarse con el hombre X. Ese día tampoco lo vio. Únicamente le quedaba el reflejo de la esencia de aquellos ojos que depositó en ese lienzo días atrás. Su vivo recuerdo ya había desaparecido hace días de su mente. Necesitaba verlo de nuevo y estampar otra vez la imagen en su cabeza. Ella ansiaba reencontrarse con aquel muchacho, pero tristemente sus posibilidades se iban mermando. Iba y venía una y otra vez apurando el reloj, y así todos los días. —Si él estuviera interesado haría lo mismo. Pero no lo está haciendo —pensó. Su corazón se espesaba irremediablemente. —Me parece que tendré que valorar lo de @*tranvía*. Los chicos tienen razón, no tengo nada que perder. Aunque no esté muy convencida, tendré que intentarlo.

Pasados unos minutos de las ocho, llegó al trabajo.

—Buenos días —saludaron Rafa y Miguel.
—Hola.
—¿Nada? —preguntó triste Rafa.
—Nada. Tampoco le he visto hoy.
—Esto ya es raro —opinó Miguel—. Ya son muchos días sin verlo. Deberías buscarlo en @*tranvía*.
—No creas que no lo estoy pensando. Si termina esta semana y no lo veo, lo buscaré por ahí.
—Claro —apoyaba la idea Rafael—. Tienes que intentarlo como sea.

En ese momento, sonó el móvil de Laura; era un mensaje.
—¿Algo nuevo? —escribía Mara.
—Nada de nada, a seguir esperando —respondió ella.
—Mañana es jueves —aclaró Miguel sacándola de la pantalla del móvil—. Te quedan dos días.
—Lo sé —se inquietó Laura—. ¿Qué quieres que haga? Para un chico que me gusta de verdad… y no hay manera.
—@*tranvía* —repetía Miguel—. Ayer estuvimos con los de *Guachi.com*. Dicen que aumenta el número de usuarios cada día. Lo está utilizando todo el mundo. Se ha convertido en la forma de ligar más usada en los colegios y universidades.
—Sí —continuaba Rafa—. Y dicen que está siendo la leche en los bares de marcha.
—¡Anda! —exclamó Laura—. ¿Y dónde queda la magia de

acercarse y jugársela?

—Los tiempos cambian —explicó Miguel—. Antes tampoco hablábamos por móviles y mensajes de texto, y mira… ahora no pasa nada y lo vemos tan normal. La tecnología se abre camino, hay que dejarla pasar.

—Yo reitero la utilidad de esa web —insistió Rafa—. Cuánta gente tímida se habrá quedado a medio camino de conocer a su media naranja por culpa de sus limitaciones. Yo alabo esta iniciativa de *Guachi.com*. Se están forrando los muy condenados.

—¡Qué suerte! —exclamó la joven—. Ya ves, es una idea simple. ¿Cómo no se le ha ocurrido antes a nadie?

—Como todo en internet —proseguía Miguel—, seguro que la idea ya estaba desarrollada, pero esta empresa es la que ha dado en el clavo y le ha hecho tener éxito. Un amigo mío salía con una chica. Al mes conoció a su hermana y se enamoró de ella. Él no se atrevía a decirle nada porque pensaba que las hermanas hablarían y le mandarían a la mierda. Dejó la búsqueda en la web.

—¿Y si lo pilla su novia? ¿Qué?

—¡Qué va! Así que hizo la búsqueda y a las semanas tuvo una coincidencia. La hermana de su novia también le estaba buscando. Ambos, al cerciorarse, dieron el paso para adelante y ya están juntos. Sin la web esto hubiera sido muy difícil, te la juegas demasiado.

—Algún tarado inseguro habrá que se lleve todo el día poniendo todas las posibles combinaciones de su pareja para cogerle alguna infidelidad —planteaba Rafa.

—Seguro —seguía Miguel—. Por eso el objetivo ideal de esta página son los desconocidos como el hombre X. Así si tú tienes pareja, no sabrá los criterios de búsqueda que utilizas. Para gente que se conoce en un bar, en un autobús o en la calle, es perfecto. Laura, es tu solución.

—Ya veo, ya veo. Tendré en cuenta esta herramienta —aseguró la joven.

Capítulo XI

No encontrarse al desconocido durante el camino de regreso a casa incentivó a la joven el uso del @*tranvía*. Pronto llamó a Mara.

—Hola, Mara.
—¿Qué tal?
—¿Estás muy liada?
—La verdad es que no. No tengo a ningún perrito por aquí.
—Pues me paso por la peluquería en diez minutos.

Mara se encontraba sentada en el mostrador consultando su correo electrónico.

—¿Qué pasa? —preguntó Mara.
—Busca @*tranvía* —dijo tajantemente Laura mientras dejaba el bolso sobre una silla.
—¿Sí?
—Sí, ya no aguanto más sin saber de este tío.

La amiga procedió a escribir @*tranvía* en *Google*.

—Aquí está. Bienvenido a @*tranvía*. Umm… qué interesante. Pinchamos en «buscar». Veamos. ¿Eres chico o chica?
—Chica.
—Muy bien. ¡Anda! Qué muñequita más mona, ésa eres tú. ¡Ja! Quién buscas… ¿es chico o chica?
—Chico.
—¿Seguro? —reía Mara—. ¡Uy! Qué mono el muñequito. Ése es el hombre X. Veamos. Ciudad donde te ubicas: Madrid. Él: igual. ¿Os conocéis?
—No, tristemente.
—¿Dónde os habéis visto? Hay un apartado para cada sitio: Colegio, universidad, transporte público, bares, calles y plazas.
—Ésa: calles y plazas.
—¿Nombre de la calle?
—Avenida Campo Soto.

—¿Os veis frecuentemente o ha sido un encuentro único?

—Frecuentemente.

—¿Días laborales o fines de semana?

—Laborales.

—¿Franja horaria?

—Pon de siete y media a ocho de la mañana y de seis a seis y media de la tarde.

—¿Sabes su nombre?

—No

—¿Quieres poner el tuyo?

—Sí, pon Laura, sin apellidos.

—¿Franja de edad de él?

—De treinta a cuarenta.

—¿Y tú?

—Veintiocho.

—Te da la opción de personalizar los avatares para que se parezcan a vosotros.

—No, da igual. Déjalo como está.

—Bueno, Laura. Ha llegado el momento crítico. ¿Le doy a «buscar coincidencias»?

—Adelante.

—Pensando. Queda poco. ¡Ahí está!

111

En la calle José Miralles número uno de Bétera, paró un coche de alta gama de color azul oscuro. De él se bajó una mujer de unos cincuenta y pico años. Abrió la puerta de atrás permitiendo salir a una anciana octogenaria que caminaba torpemente con la ayuda de un bastón.

—Ya estás en casa —dijo la más joven.

—Gracias. Con que me dejes la maleta encima de mi cama es suficiente. Ve rápido, si no se os hará muy tarde el viaje de vuelta. Mira que traerme desde Barcelona y volver en el mismo día. ¡Qué peligro!

—El fin de semana no podíamos. Así mejor. No nos cuesta traerte, en serio.

—Muchas gracias. Dame un beso. Muchas gracias por estos días. Me hacía falta salir de aquí, no me gustan las Fallas.

—Cuando quieras. Sabes que te echamos de menos y que puedes vivir con nosotros cuando te apetezca.

—Lo sé, pero aquí está mi casa. No me gusta molestar.

El coche arrancó de nuevo y partió. Al poco tiempo la puerta de la anciana fue golpeada.

—¡Aurora! —chilló intentando superar su hipoacusia.
—Hola, Julia —saludó la mujer mayor.
—¿Cómo has pasado estas semanas? ¿Todo bien por Barcelona?
—Sí, hija, con la familia. Se portan muy bien conmigo.
—Quería decirle algo. ¿Puedo pasar?
—Claro, Julia. Sabes que ésta es tu casa. Cuéntame.
—Sentémonos —decía ayudándola con el brazo—. El otro día preguntaron por usted.
—¿Sí? ¿Quién era?
—Era una muchacha joven. Preguntó por la familia Sánchez Ayora.
—¡Qué extraño! ¿Usted la conocía?
—No, Aurora. Nunca la había visto. Pero hay algo que me llamó la atención.
—Cuénteme, no me haga esperar —se precipitaba Aurora.
—Aquella joven se parecía mucho a su hija.
—¿A Celia? —pronunció con expresión de sorpresa.
—Sí. Tenía la misma cara que tenía ella cuando era joven. Parecía tener acento de Madrid o de por ahí.
—¿Y qué le dijo? —pronunció con voz temblorosa.
—No, nada. Buscaba a un miembro de su familia. Yo le respondí que usted estaba en Barcelona, que regresaría en un par de semanas. Volverá, estoy segura.

Aurora permanecía con un semblante serio y una tez sobresalientemente pálida. Pareció viajar al infinito, revolver millones de pensamientos y volver en un instante.

—Espera aquí un momento —dijo la anciana—. Tras unos minutos regresó con algo en la mano—. Mire, ésta es la foto de mi hija que tengo en mi mesita de noche. ¿Qué me dice?
—Que es igualita a la chica que vino el fin de semana. ¿Quién es? Porque Celia no se quedó embarazada, ¿verdad?
—No, claro —respondió Aurora ahogándose en su propia mentira —. Quizás sea un pariente lejano por parte de mi familia. Son los rasgos típicos de ellos. ¡Ah!, quizás sea la hija de mi prima Reyes — continuó improvisando una historia sobre la marcha.
—Pues se le vio con mucho interés. En un par de semanas volverá. Bueno, Aurora. Subo, que tengo el fuego puesto.
—Gracias, Julia.

Tras cerrar la puerta, Aurora apretó fuertemente el bastón con su mano derecha. Caminaba lenta y pensando en multitud de cosas que se le agolpaban desordenadamente. Tras tomar asiento, acarició la foto de su amada hija dejando su mirada perdida en un lejano infinito. —Ojalá pudiera ver tu rostro una vez más. Tu hija te está buscando —se decía en voz baja—. Ya ha llegado el día que tanto esperabas. Laura te está buscando, hija mía. Después de tantos años, ¿quién me lo iba a decir? ¡Voy a conocer a mi nieta!—. Pasada media hora de dolorosa reflexión, cogió el teléfono.

—¡Ya ha llegado el día! —exclamó Aurora—. Sí, eso —seguía contando—, lo que estás oyendo. Laura ha estado aquí, estoy segura. No llores, por favor, seremos fuertes. Regresará dentro de dos semanas. Tienes que decirme qué debo hacer. Vendrás, ¿verdad? Ven para recibirla como se merece. Después hablamos otra vez, te dejo. Estoy muy emocionada. Voy a tomarme una tila. Un beso.

111

—Dime, Mara. ¿Qué pone? —atosigaba Laura de manera muy emocionada.

—¡Oh! ¡Lástima!: «Su búsqueda no ha obtenido coincidencias».

—Vaya —se afligía—. No está interesado en mí.

—Lo siento, Laurita. Aquí pone: «Si deseas que te avisemos cuando aparezca una coincidencia escriba su e-mail y acepte las condiciones». Lo ponemos, ¿verdad?

—No, mejor que no.

—Venga, anímate. Quizás él haga la búsqueda otro día.

—Mejor no. Si acaso lo repito más adelante.

—Bueno, si así lo prefieres. Venga, pues podríamos buscar a Miguel. Con lo chulo que es y todavía no me ha comido la boca. ¡Será! Venga.

—¿Vas a buscar a Miguel?

—Sí, vamos a reírnos un rato. Meto mis datos, Mara Silva Gutiérrez. ¿Cómo se llama él?

—Miguel Ferreira Pérez.

—Él sí sabe mis apellidos, le di una tarjeta de visita del negocio; mi edad, la suya, Madrid. Sí nos conocemos… y poco más. Acepto y…«buscando coincidencias».

—¿Qué pone?

—¡Toma! —sonreía ilusionada Mara—. Da una coincidencia de más del noventa y cinco por ciento. ¿Será él? ¡Valiente payaso está hecho!

—Claro —respondió Laura—. En el apartado de conocidos los

nombres y apellidos tienen mucho peso.

—Pone: «Si quieres contactar con él para verificar su identidad puede formularle una pregunta». ¿Qué pongo? ¡Ah! ¡Ya!: «¿Cómo se llama nuestra amiga en común?».

—Perfecto, envíalo.

—Listo —dijo Mara.

—Entonces, ¡al final con Miguelito! —Laura se mostraba satisfecha.

—Pues sí. Nos hemos llevado varios días mareando la perdiz y ahí está. Como sea él, me parto. Es muy lindo. Pero, ¡vaya cutre! Con lo echado para adelante que es y al final va a utilizar @*tranvía*. Bueno, esperaremos a que responda a mi pregunta.

—Jo, Mara. ¿Qué hago? Mi hombre misterioso se ha esfumado y no tengo medio de dar con él.

—Ten paciencia. Seguro que le ves otro día o quizás te busque por @*tranvía*. Eso sí, si te lo encuentras tendrás que acercarte. No puedes desaprovechar la oportunidad.

—Sí, qué nervios, ¿podré?

—Tienes que poder. Lo que reflejan tus ojos cuando hablas de él es nuevo en ti. Jamás lo habías mostrado.

Tras despedirse de Mara, regresó a su casa.

—Hola, abuela. ¿Qué haces?

—Aquí, contemplando tus obras —respondió Lola—. El rostro que amanece en este lienzo es Gabriel, ¿verdad?

—Sí. ¿Se nota?

—Claro. Son sus rasgos los que ahí has dejado. Un hombre bueno, castigado, solitario, deseoso de ser amado y de amar. Sus ojos narran años de monotonía, de sueños no cumplidos, de un futuro por llegar. ¿Será ese futuro junto a ti?

—No lo sé, abuela. Ahora mismo no tengo respuesta a esa pregunta. Lo que sí veo es que algo nuevo le espera. Siento a su familia alejarse para siempre. Algo que él desea con fuerza está por cumplirse. Su corazón se verá completado, pero no sé si seré yo la que le ame.

—¿Depende del hombre misterioso? —preguntó la abuela con calidez.

—Sí, me parece que sí. Me siento en cierta manera culpable. En los últimos días he disfrutado mucho con Gabriel. Sin duda es una persona maravillosa. El otro día me llevó a escuchar una orquesta sinfónica y sentí cosas muy profundas a su lado.

—Nunca se sabe dónde puede estar el amor —dijo Lola—. ¿Seguirás pintando ahora?

—Sí.
—Te dejo entonces.

Laura pinchó de nuevo *Meditación de Thais*. En aquella espesa nube de aturdimiento, comenzó su curiosa danza.

Unos bellos jardines de palacio geométricamente diseñados componían su imaginado escenario. Decenas de antiguas estatuas de piedra custodiaban su andadura confiriendo un ambiente noble y elegante. Laura lucía un traje largo achampañado de volantes y preciosos encajes. El apuesto varón, Gabriel, le tapó los ojos con un pañuelo de seda verde. Mientras los compases de un finísimo violín se extendían por el espacio y por el tiempo, ella era tomada de la mano y guiada a distintos y mágicos lugares de fragancias florales únicas y excitantes. Ahora la melodía cambiaba y bellísimos acordes de amor se escucharon desde un horizonte hasta el otro. La calidez de la mano de él se extendió a la suya haciéndole vibrar en su interior. Eran ardientes deseos que recorrían los cuerpos de ambos. Él le acariciaba el pelo con dulzura, le cantaba, le hablaba. Era una dulce voz viril que penetraba en sus oídos como una nana divina recitada por una amable luna. Y entonces, ella se desprendió de su venda y le observó fijamente. Allí pudo ver todo el interior de aquel hombre bueno. La amabilidad le rebosaba de su cuerpo en forma de haces de luz dorada y el inmenso amor que sentía era un perfume violeta que se desprendía a su alrededor. Su cariño eran huellas perennes que revivían todo lo que pisaba. El cielo se hizo más azul y el sol se sintió sobre la piel. La felicidad de Laura creció y creció hasta unos límites inalcanzados hasta el momento. Él la miró con dulzura. Sus labios hablaban por sí solos y ardían en deseos de pegarse a los suyos. Poco a poco, sus cuerpos se iban despegando del suelo. Ella se agarró a él fuertemente y sintió toda la seguridad y confianza del mundo. Él ya no tenía temor y la besó. Un infinito y húmedo beso inundó sus rostros. Las lágrimas de felicidad de Laura salpicaron una paleta de pintor que flotaba junto a sus cuerpos. Ella sintió un amor desconocido hasta entonces. Él hervía en su interior. Lentamente su figura descendía mientras Gabriel se disolvía entre sus brazos. La paleta de lágrimas de colores se posó dulcemente sobre su mano. Laura abrió sus ojos en su realidad y transportó aquellos mágicos pigmentos a su lienzo del *taller de la locura* plasmando artísticamente todo lo que allí había acontecido.

Una vez había sido atrapada la oscuridad en la ventana, el susurro de la noche le desveló nuevos y desconocidos fragmentos de los sentimientos escritos por Celia.

Querido Enrique

Quiero que estas palabras se las leas a Laura alguna noche que se sienta triste y cuando el llanto no le deje dormir:

Mi pequeño bollito de leche. Cuando te nutrías de mí, sentía tu respirar entrecortado sobre la piel de mi pecho. Tu pequeña mano se agarraba por instinto a mi camisa y te sentía como parte de mi ser. Te gustaba tanto que hasta los ojillos se te movían de un lado a otro sin orden lógico. Y al terminar, dulces gotas de tu rocío te brotaban de la piel. Era el perfume de tu esencia, con olor a leche y azúcar, a pan recién hecho y miel. Ese aroma era tan singular, que a veces lo sentía en tu ausencia. Parecía ser el aroma de la mañana, del despertar. Cada día y cada noche ansiaba por darte de mamar y contemplar así ese momento una y otra vez sin cesar. Eras mi bollito de leche, mi besito azucarado, mi piel de besos y talco. Cada amanecer eran sonrisas de buenos días y nunca fallabas. Pasara lo que pasara cada mañana así me recibías. Mi pequeña Laura, te quiero. Tu mamá. Siempre estaré a tu lado.

Un beso

Celia

—Buenos días —saludaron Rafa y Miguel.

—Hola —respondió afablemente Laura.

—¿Nada? —preguntó Rafa.

—Nada. Mis arcangelitos no me están cuidando nada.

—¿Cómo que no? Rafa, Gabriel y yo estamos todo el día pendiente de ti.

—Sí, claro. ¡Y no me encontráis a mi hombre!

—No sabemos ni cómo es —se justificó Rafa.

—Te propongo una cosa —sugirió Miguel—. Este viernes podíamos quedar de nuevo. Y lo que hacemos es pasarnos por los bares más típicos, en algunos de ellos estará.

—Me parece bien. —El rostro de Laura se iluminó.

—Yo no puedo, tengo boda —dijo Rafael.

—Umm… dobles parejas —rió Miguel—. Laura y Gabriel, y Mara y yo. A ver si terminamos con un trío o un póquer.

—Eso ni lo sueñes, chaval. Además yo no soy pareja de nadie. No como otros… —pronunció Laura con doble intención.

—¿Por qué lo dices? —sonrió pícaramente Miguel.

—No, por nada. Creo que Mara y tú estáis empezando a ser más que amigos.

—¿En serio? —curioseó Rafa—. ¿Ya le has clavado el aguijón?

—¡Que no! —esquivó Miguel—. Son cosas de Laura. Sólo somos buenos amigos. Ya veremos qué pasa el viernes, no nos precipitemos.

—¡Mira! —exclamó Laura—. Pero si hasta pone cara de bueno y todo.

—Es que yo soy bueno. Es que mi moldeado y pluscuamperfecto físico me traiciona. Soy el patito feo en el cuerpo de un bello cisne. No como tú, ¡*dippeadora*!

—¿Tú te escuchas? —dijo Rafa—. Después dices de mí. Cómo se

nota que estás enamorado. Eres un oso amoroso.

—Bueno, Laura —siguió Miguel—. Este viernes vas a encontrar a tu príncipe, te lo aseguro. Seré tu cupido personal.

El jefe apareció por la puerta entrando en la conversación.

—Gabriel —le comenzó a informar Miguel—. Este viernes tenemos el postre asegurado.

—¿Cómo?

—Sí, jefe. Salimos tú y yo con Laura y Mara. Los cuatro solos. ¡Sin matrimonios puretas! ¡Sin niños chillones! Sólo hombres y mujeres en edad de procrear.

—Pero mira que eres cerdo, bruto, insensible, torpe, superficial y asqueroso —enumeró el director—. No te das cuenta de la fragilidad y la dulzura con que hay que tratar a las mujeres. Yo prefiero la palabra bella, la poesía profunda.

—Lo que tú prefieres profunda es otra cosa —se mofó Miguel.

—¡Ay!, críos. —Miró al techo Rafa.

—Gabriel, este viernes salimos con estas dos estupendas mujeres. En serio, hay que buscar al misterioso hombre de Laura. Ya no se lo encuentra nunca.

—Perfecto —confirmó el director—. Yo me apunto.

—¡Guay! —se alegró Laura—. Mara y yo vamos seguro. Por cierto, Gabriel, ¿podría hablar contigo de una cosa privada?

—¡Uhhhh! ¡Secretitos! —vociferó Miguel.

—Dime —dijo seriamente Gabriel ya en su despacho.

—Tengo algo para ti.

—¿El qué? —Creyó revivir el sueño de aquella noche.

—Tu retrato.

—¿Cómo? ¿En serio?

—Sí. Ayer por la noche lo terminé. Espero que te guste.

—Estoy ansioso por verlo.

—Pero me tienes que prometer una cosa.

—¿El qué?

—En él verás todo lo que yo veo en ti. Si no te gusta, no debes molestarte.

—Por supuesto, Laura. Viniendo de ti me gustará seguro. ¿Esta tarde puedo ir?

—Mejor mañana, antes de salir a cenar. Esta tarde he quedado con Lola para ir de compras. Mañana tiene comida con las amigas en su casa y no puede cargar con todo.

—Perfecto.

Había dormido una deseada siesta de viernes y ahora procedía a

encaminarse hacia el hogar de su admirada joven. Gabriel se anudaba el cordón de su zapato derecho con fuerza y seguridad. Era el reflejo del optimismo que recorría su cuerpo por ir a ver a Laura y conocer su retrato. Durante esa mañana, sus pensamientos obviaron a su mujer y a sus hijos. Se sintió joven, animado y lleno de energía. Sabía que por fin su vida había tomado un rumbo diferente. Poco a poco, percibía como se acercaba desde la amistad más y más a Laura. Su mera presencia le confortaba, le justificaba su existencia.

—Hola, Gabriel —saludó una chispeante Lola—. Pasa. Vienes hoy guapísimo. Parece que te han quitado diez años de encima. Qué hermosura. ¡Quédate a cenar conmigo!, ¡los dos solos! —carcajeó la anciana.

—Hola, Gabriel. —Laura se secaba los cabellos con una pequeña toalla—. Perdóname. Mi abuela se ha tomado unas copitas con las amigas. Se le ha subido a la cabeza y no para.

—Ja —reía el director—. Sin problemas, por favor.

Gabriel se deleitaba con la imagen de Laura recién duchada, con el pelo mojado y su tez limpia y blanca, sin maquillaje. En esos momentos le parecía la forma de desnudez facial más hermosa que había visto en su vida. Cada peca, cada imperfección de su piel, era un hermoso abalorio en su uniforme y bonito rostro.

—Gabriel, ¿entonces qué? Siéntate conmigo mientras Laura se termina de arreglar y me cuentas.

—Gracias.

—Esta noche, ¿qué? ¿Salimos al ruedo?

—¿Cómo? —se extrañó Gabriel.

—A buscar las dos orejas y el rabo, ¿no?

—¡Abuela! Que te estoy escuchando —gritó Laura desde el cuarto de baño.

—Esta niña qué pesada es —dijo con acentuado tono de embriaguez—. Yo te voy a decir la verdad. La vida es muy corta, hijo. Hay que hacer lo que a uno le apetezca. Si a ti te apetece besar a mi nieta, bésala.

Gabriel se hundía en un gran cubo de fango del que no sabía salir.

—No te cortes, perdona si he sido grosera. Pero a mi edad se ven las cosas de una manera… si supieras… saldrías hoy a por todas.

—Abuela, Gabriel va a pensar que eres una borracha.

—No, por favor, de eso nada —se justificó apurado.

—¡Ven!, sígueme —invitaba Laura al director mientras le cogía la

mano.

La señorita Laurel caminaba con unos largos tacones y un ajustado pantalón de cuero negro. Gabriel la observaba de arriba a abajo inhalando todo el aroma a jabón y champú que dejaba como rastro a su paso. Cerró sus ojos en una fracción de segundo y pudo sentir su piel en sus labios.

—Aquí está tu retrato —dijo mientras destapaba el lienzo.
—¡Dios mío! —El alma del jefe se quebró tras una súbita congelación.

Gabriel viajó rápidamente por un túnel angosto hasta las profundidades de la tierra. En una cueva, a la luz de pocas velas, contempló aquel rostro fijo que allí se mostraba. El aire se encontraba muy viciado. Las llamas apenas se movían. Una oscura sombra cubría la mitad de su rostro. En ella, la soledad y el desasosiego estaban muy presentes. Era un semblante serio y perdido, casi sin emoción. Dejaba ver la lejanía de un sueño incumplido, el sinsabor de la decepción sentimental, un corazón roto en mil pedazos. En un rincón de aquella penumbra observó a dos niños acurrucados, abrazados, llenos de frío y temor. Gabriel quiso alcanzarlos con la mano y darles su cariño, pero no pudo. Las lágrimas recorrieron sendos rostros infantiles y la pena inundó a Gabriel. Quiso salir corriendo y llorar al mundo entero esa maligna soledad que le había atormentado. Quería abrazar a esos niños que se escondían de algún profundo miedo. Y allí en lontananza, encontró a Esther de espaldas. De ella emanaba un fluido de ignorancia, de olvido.

Gabriel se hundía en una enferma desesperación y viró sus ojos a su otra iluminada mitad. En ella, la tenebrosa estampa tornaba de signo. Los niños se asombraban ante esa claridad y se iban incorporando con cautela mostrando una naciente sonrisa pueril. —¡Papá! —dijeron al unísono. Gabriel se emocionó y salió corriendo hacia ellos. Un inmenso abrazo fundió los tres cuerpos. En la lejanía, una mujer dibujaba una media sonrisa recordando los años pasados, los primeros besos, los primeros abrazos. La escena de un colegio se difuminó a su alrededor mientras ella rejuvenecía mágicamente hasta una edad adolescente. De pronto, el escenario cambió. Era la urbanización de verano que habían alquilado sus padres. Ella se acercó y con rostro inocente le dio un beso en la mejilla y se despidió. Su figura se alejaba hacia un gran sol cuya claridad no le dejaba distinguir apenas su silueta. Aquella figura humana se detuvo, y se giró. De nuevo regresó en dirección a Gabriel. Cuando la intensa luz

permitió discernir su rostro, Gabriel comenzó a llorar; era Laura. Ella se acercó a él y le besó. Enseguida Gabriel subió a gran velocidad por el angosto y pedregoso túnel y regresó al *taller de la locura* junto a su amiga del alma.

—¿Qué te parece? —preguntó Laura.

—¿Cómo puedes lograr esto? —clamó en pura anonadación—. ¿Cómo puedes ahondar en mis pensamientos y sentimientos más ocultos? Haces que perciba cosas que ni por mí mismo podría.

—Yo sólo imprimo esos sentimientos, tus propias emociones ocultas. Luego, tú eres el que rescatas el contenido que te lo produce, sus causas. Esos sucesos sólo los conoces tú. Es la película de tu vida vista desde otra perspectiva.

—La he visto tal y como es, y no me ha gustado. El abrazo de mis hijos es lo que me mantiene en pie. Su madre ya no la siento en mí. Una nueva luz ha llegado a mí vida y eres tú. ¿Cómo quieres que me sienta después de esto? Cada día me hechizas más, hasta un punto que no sé si podré vivir sin ti.

—No me digas eso, Gabriel.

—Sí te lo digo. No puedo evitar ver esa grandeza que emanas. Desde el día que te conocí me quedé prendado de tu magia. No existe una mujer como tú, no la hay. Eres especial, profunda, enigmática. Tienes el don de ver en la gente su estructura más íntima. Estoy fascinado y deshecho al mismo tiempo. El problema es que soy consciente de que no me puedo enamorar de una persona de la que siento fascinación, casi idolatría.

—Gabriel, justamente es eso lo que quería decirte. No sé si te has enamorado de mí o de mi extremada sensibilidad. No quiero confundirte.

—No lo sé. Estoy perdido en mil dudas.

—Yo también estoy confundida. ¿Acaso crees que no he tenido ganas de besarte alguna vez? Pero hay algo que me hace retroceder. No estoy segura.

—Yo tampoco, Laura. Estoy en pleno derrumbamiento de mi matrimonio. No sé si eso me está pudiendo engañar. Pero estas vivencias que me regalas son tan extrañas, que pienso que una especie de ángel ha llegado a mi vida.

Gabriel se perdía desconsoladamente en el perfil oscuro de su retrato y suspiraba con mucho dolor emocional.

—¿Prefieres que me vaya a mi casa y anulemos la cena? —dijo preocupadamente Gabriel.

—No. —Laura le abrazó—. Eres la mejor persona que he conocido

en mi vida. Que mi corazón dude si amarte de otra manera, no significa que no quiera seguir queriéndote como te quiero ahora. No hay blancos ni negros entre tú y yo. Me niego a perder esto tan bonito que nos une. Y si algún día el destino quiere otra cosa, no seré yo quien me oponga.

—Entonces, sintiendo lo que sientes. ¿Por qué no das un paso adelante? Es el chico de la calle, ¿verdad? ¿Es eso?

—Sí —respondió tímidamente ella.

—Te entiendo. El día que te vi sentada en la sala de espera de la empresa, vi esos ojos tuyos y me quedé colgado para siempre. Fue un conjuro que me ató eternamente a ti. ¿Eso es lo que sientes por él?

—Sí, Gabriel. Eso es. Necesito verlo una vez más, hablar con él y comprobar que no ha sido un sueño. No quiero estar toda la vida arrepintiéndome por haber dejado pasar a esa persona que todo el mundo busca y que muy pocas llegan a conocer. A mí me ha llegado y no puedo obviarlo. Es mi corazón el que manda.

—¿Habrá hueco en tu vida para mí? —solicitaba el derrotado enamorado.

—Allí donde tú habitas hay un lugar que mi vida dibujó para ti y que nadie más podrá ocupar. Eres ese pedazo de mí que me falta. Sin ti yo no podría continuar. Eres vital para mi existencia. Lo que te pido es egoísta, lo sé. Que te quedes conmigo pero a mi manera.

—Te esperaré toda la vida, Laura.

—Eso hizo mi padre y mira cómo terminó. Una vida de lucha silenciosa. ¿Así querrás vivir tú?

—Yo sólo quiero vivir a tu lado. Tú iluminas esa mitad de mi rostro que muere en la penumbra. Eres tú el sol de mi mañana, la luz de cada día. ¿Cómo voy a estar sin ti?

—No tuve que pintarte el retrato. Ahora me siento arrepentida.

—¿Por qué? —se decepcionó Gabriel—. ¿Por destapar lo inevitable? ¿Por darle nombre a mis sentimientos? ¿Por ensalzar la verdad de mi corazón? Si hay algún culpable, soy yo. Nunca quise enamorarme de ti. Nunca quise molestarte. Ahora mismo quiero llorar e irme corriendo a casa.

—¿Quieres que deje la empresa? El lunes no iré.

—No, Laura. Si te molesto… seré yo el que me vaya.

—No me molestas. Es sólo que no quiero hacerte daño.

—Soy un hombre maduro. No hace falta que te vayas. Como ya te dije, quiero estar cerca de ti. Me comportaré como si nada hubiera ocurrido.

—¿Seremos capaces?

—Intentémoslo, Laura.

—Gracias —dijo ella mientras le devolvía todo el cariño con un sentido abrazo.

El interior de Gabriel se fundía en intensas sensaciones carnales. Su olfato se perdía extasiado en el aroma natural que desprendía el cabello y el cuello de Laura. Mil caballos al galope trotaban sin control bajo su pecho. Gabriel apretó fuertemente el puño para no ir más allá. Una especie de ansiedad se alojó en el corazón de ambos. El palpitar de sus almas retumbaba, casi llegándose a tocar. El tiempo se paralizó y la duda de los dos se congeló en una incierta indecisión. Gabriel seguía respirando más y más el olor de Laura, aturdiéndole profundamente su consciencia. Ella se desmembraba como un cristal cuarteado, pero su razón le impedía desmoronarse. Los alientos de los dos se hacían más intensos, casi jadeantes y se llegaron a intercambiar. La puerta del cielo se abrió de par en par frente a un mundo inmerso en fuego y ceniza. El deseo intentaba escapar de su jaula, pero el frío intenso del pensamiento lo apaciguó. Laura elevó su rostro y miró encandilada a los ojos de Gabriel.

—Te juro…—iniciaba ella la frase.
—No me jures nada —interrumpió él—. Sólo dime que frenando mis emociones estoy haciendo lo correcto. Dime que éste es el papel que me ha tocado desempeñar contigo. No podré con la carga de haberme equivocado, de no haberlo intentado, de no haberte agarrado y llevado al mar donde habitan mis deseos y allí desnudarte y hacerte mía. Sólo cuando el sol dejara de alumbrar, hubiera permitido tu marcha.

Poco a poco Gabriel se separó del cuerpo de su amada. Su instinto contenido se enfrió a golpe de un llanto silencioso que nunca se atrevería a mostrarle. Al instante, el teléfono de Laura sonó.

—¿Sí?
—¡Laura! —exclamó Mara—, estoy esperándote en el restaurante. Miguel está de camino.
—Perdona, vamos para allá. —La oportunidad que el destino había brindado se estalló en el suelo como una frágil copa de whisky.

Laura transitaba por el pasillo de su casa portando mil pensamientos sobre sus hombros. Gabriel hizo lo mismo tras sus pasos.

—Abuela, nos vamos.
—¡Viva el amor! —vociferó Lola con una copa de moscatel en la mano.
—¡Abuela! No puedes seguir bebiendo.
—¿Esto siempre es así? —preguntó un asombrado y preocupado

Gabriel.

—No, nunca. Pero últimamente se está aficionando —regañó la nieta.

—Estoy harta ya de tantas paparruchadas. Hay que disfrutar. ¡Viva el amor! Arriqui taun taun taun, arri qui taun taun taun, arriqui taun taun tero… ay arriqui taun taun taun.

—Venga, ahora por alegrías, abuela. No puedes beber tanto. ¿Me puedo ir tranquila o prefieres que me quede contigo?

—No, hija, ni de broma. Sal y disfruta. Venga Gabriel, no seas tímido. Ja, ja —se tronchaba Lola desparramándose en el sofá.

—Bueno, nos vamos. Si te encuentras mal me llamas al móvil. Te dejo aquí el inalámbrico para que no tengas que levantarte.

—Adiós, Lola —se despedía un aún alucinado Gabriel.

Ambos bajaban rápidamente por las escaleras conteniendo las carcajadas para no ser oídos por la ebria anciana.

—¿La has visto? —susurró Laura—. No sabe ni lo que dice.

—La pobre está borracha.

—Me parece que esta noche va a terminar borracho todo el mundo. ¡Qué día!

Mara observaba cómo ambos entraban en el restaurante.

—¡Hola, chicos! —saludó Mara.

—Hola, guapísima —devolvió Gabriel.

—¿No ha llegado aún Miguel? —preguntó Laura.

—No, es muy raro —respondió preocupada su amiga—. No paro de llamarle y no contesta. ¿Le habrá pasado algo?

—No creo —la tranquilizó Gabriel—. Ahora llegará.

Aceleradamente se acercó el camarero.

—Disculpe. ¿La señorita Mara Silva Gutiérrez?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Tengo que darle una lamentable noticia —dijo con un tono serio. —¡Por favor ayúdenme! —vociferó el camarero.

Por sorpresa, seis mariachis ataviados con el traje charro aparecieron cantando por la puerta de la cocina.

Me cansé de rogarle,
me cansé de decirle

que yo sin ella
de pena muero…
Ya no quería escucharme…
Si sus labios se abrieron
fue para decirme
ya no te quiero…

(Cantante: Alejandro Fernández. Canción: Me cansé de rogarle)

Tras ellos, Miguel apareció con un ramo de hermosísimas flores en la mano. Se le acercó a Mara y le dijo: —La respuesta a tu pregunta es *Laura*.

Todos los mariachis comenzaron a cantar al unísono:

La respuesta a tu pregunta es Laura
La respuesta a tu pregunta es Laura
La respuesta a tu pregunta es Laura
La respuesta a tu pregunta es Laura…

Mara no daba crédito a lo que estaba viendo. El rubor facial de su piel giró a un tono violeta, casi azul. Pareciera como si toda su sangre se acumulara en su cara. Con dos lágrimas surcando sus mejillas, habló:

—Miguel, por favor. ¡Qué lindo eres!

Ella se levantó y, rodeándole el cuello, le besó durante largo tiempo en sus labios. Todo el restaurante aplaudía. Gabriel y Laura no salían de su asombro.

—¡Qué vivan los novios! —se escuchó en grito.
—¿Laura es la respuesta a la pregunta? —Gabriel mostró extrañeza.
—Sí, ahora te explico —le contestó Laura en medio de un gran alboroto.

La pareja se iba separando de su primer, largo y efusivo beso. Mara iba tomando asiento mientras se retiraba el flequillo de la cara y se abanicaba con la servilleta para refrescar su bochorno. Miguel hacía lo mismo saludando a todos los comensales allí presentes. La ranchera seguía sonando ahora más suave.

—Los tienes bien puestos —afirmó Gabriel.

—El que no apuesta no gana, jefe.

—¿Y eso de la respuesta a tu pregunta era *Laura*? —preguntó.

—@*tranvía* —respondieron al unísono las dos mujeres.

—¿Cómo? —se sorprendió el director.

—Sí —comenzó a explicar Miguel—. El otro día, a la vuelta de Bétera, se me ocurrió la idea de buscar a Mara en @*tranvía*. No obtuve coincidencia y dejé mi e-mail para que me notificaran si ella me buscaba. Hace dos días recibí un aviso. Me había llegado una coincidencia de más del noventa y cinco por cierto y una pregunta de confirmación. «¿Cómo se llama nuestra amiga en común?», decidí no responder.

—Cierto —corroboró Mara.

—Entonces —continuó—, se me ocurrió contratar a los mariachis y darle la respuesta en persona.

—Muy bonito, Miguel. Me ha encantado —confesó la señorita Laurel.

—¡Eres un artista! —piropeó Gabriel.

—Para que veas cómo las chicas utilizan @*tranvía* —hablaba Miguel—. ¿Y lo habéis utilizado para el hombre X?

—Sí —contestó tímidamente Laura.

—¿Y?

—Nada —puntualizó Mara—. No hemos recibido coincidencia alguna.

—Vaya —se lamentó Miguel tras el silencio absoluto de Gabriel —. Pues no te preocupes, Laura. Esta noche nos vamos a pasear, copa en mano, por todos los bares de la zona. Si ese tío anda por aquí, lo encontraremos seguro. ¡Qué nadie se vaya hoy de manos vacías! ¿Verdad, jefe? A ver si tú también pillas cacho hoy.

—Eso es lo que yo necesito, cacho —se resignaba Gabriel.

—¡Por @*tranvía*! —brindó Mara.

—¡Por @*tranvía*! —respondieron todos.

La cena transcurrió entre historias y risas. Miguel y Mara aprovechaban cualquier instante para besarse; la otra pareja para mirarse con unos ojos repletos de contenido. La conversación mantenida en casa de Lola se conservó durante gran parte de la cena a través de gesticulaciones y miradas. El deseo de Gabriel se enfrentaba al de Laura bajo la sombra de aquel enigmático hombre de la calle. Cada vez que la puerta del restaurante se abría, Laura miraba de inmediato, dándose cuenta Gabriel. Tras la cena, las copas se abrieron paso en un bar que había cerca. Y así, una tras otra, fueron pidiendo en cada bar que entraron. Cerca de las cuatro de la mañana los niveles de alcohol se dejaban notar más de la cuenta.

—Chicos, vamos a calmarnos —propuso Laura con voz ebria—. No suelo beber tanto y me estoy encontrando muy mareada.

—Venga, hombre. Hoy hay que celebrar que Mara y yo estamos juntos —reía alborotadamente Miguel.

—Sí, tienes toda la razón —seguía Gabriel—. Yo estoy fatal. Llevo cinco cubatas, ya no tengo edad para esto. ¡Qué fatiga!

—¡La última! —imploró Miguel—. Vamos al último bar. Seguro que allí estará el hombre X. Venga, Laura, ¡Que no se diga!

—¡Pero la última! —se apuntó el director.

Gabriel y Miguel caminaban con los brazos sobre sus hombros dando tumbos. Las chicas les seguían, cotilleando sobre cosas comentadas en la cena. Al entrar en el bar, Gabriel se detuvo.

—¿Esther? —se dirigió el director hacia una mujer que se estaba besando con un hombre.

En ese momento, la mujer de Gabriel se despegó súbitamente de esos labios y palideció.

—¿Éste es el cuidado que prestas a nuestros hijos, a tu matrimonio? —La cólera envenenó al director.

—¿Pero qué dices? No te ves. ¿No estás haciendo tú lo mismo? ¿O es que las dos fulanas que llevas detrás son primas tuyas?

—Señora —respondió Mara—. Fulana, su puta madre.

—Yo no estoy con mis hijos —explicaba Gabriel con indignación—, porque alguien, alguna zorra desaliñada se los ha llevado de casa. Y que yo sepa nuestra relación no estaba acabada. Y te encuentro aquí liándote con otro.

—¿Qué es lo que esperabas? —intervino chulescamente Esther.

—Esto no me lo hubiera imaginado de ti. —Todas las estrellas del firmamento de Gabriel comenzaron una tras otra a desprenderse sin remedio.

El acompañante de Esther permanecía inmóvil sin pronunciar palabra.

—Pues ya sabes lo que hay —concluía Esther—. Ya puedes ir recogiendo las cosas y marchándote de casa.

—Estupendo, Esther —alucinaba él.

La infiel esposa cogió el bolso y la mano de su acompañante, y se dirigió a la calle.

—¡Tranquilo, macho! —consolaba Miguel—. ¡Qué la zurzan! Te ha quitado un problema de encima.

—¿Y los niños? —se compungía Gabriel.

—Ya, tío, lo sé. ¿Qué te voy a decir? ¡Maldita sea!

—¡Todo es una mierda! —se quejaba el director—. Puta, zorra, hija de la gran puta.

—Tranquilo —dijo Laura.

—¡Que no! ¡Que estoy hasta los cojones de las putas tías ya! Estáis todo el día jodiéndome la vida —gritó dejando ver un estado agudo de embriaguez.

—Yo no te jodo la vida, ¿sabes? —se envalentonaba Laura también afectada por el alcohol—. ¿Qué quieres que haga?

—¡Sí que me la jodéis! ¡Dejadme en paz! —dijo Gabriel mientras se marchaba.

—¡Gabriel! ¡Vuelve! —gritó Laura.

—Déjale. —Le agarró Miguel—. Acaban de estamparle su matrimonio en la cara. Está jodido.

—¡Qué hija de puta! —Mara se indignaba—. Su mujer es una auténtica hija de la gran puta. No tiene otro nombre.

—Eso estaba acabado desde hacía mucho tiempo —resolvió Miguel.

—¡Vamos a tomarnos otra copa! —exclamó Laura—. Estoy harta de todo. Al final me como yo la propina.

—No te molestes con él, está borracho y acaba de ver a su mujer con otro —intentaba calmarle Miguel.

—Laura, ya has bebido demasiado. ¿Seguro que quieres otra? —dijo Mara.

—Que sí.

Tras salir del bar donde estaba Esther, entraron en una discoteca. La oscuridad no dejaba percibir bien el rostro de los que allí se encontraban. Miguel y Mara no paraban de besarse mientras Laura bailaba con un vaso en la mano, como una loca, como si estuviera poseída. El barullo de la música alta y las luces se entremezclaban con el ruido interior de su cabeza y el mareo producido por el alcohol. Sus pesados parpados le dejaban ver ráfagas de imágenes de gente saltando y bailando. Se empujaban constantemente.

—Laura, vámonos —sugirió Mara—. Ya es muy tarde.

—No.

—¡Venga, Laura! La has cogido mortal. Mejor recogernos —intentaba convencerla Miguel.

—¡Dejadme!, me quedo bailando.

—¡Que no! —insistía Mara.

—¡Déjame! —se enojó Laura—. Estoy harta. Dejadme que un día haga lo que yo quiera —seguía mientras bailaba bruscamente.
—¡Vale!, tú verás. Mañana hablamos.
—¡Sí! —elevó la voz Laura como un grito de libertad.

Ella se perdía en la música que golpeaba sus oídos. La nebulosa de luces y flashes que se disparaban ante sus ojos la sumergían en una especie de sueño abstracto de malestar y descontrol. Una vez terminada la copa, se acercó a la barra a pedir otra. Volviendo a la pista de baile, dejó sus ojos quietos sobre la mirada de un hombre. De pronto su universo se paralizó.

—¿Es él? —se cuestionó—. No sé si lo que veo es producto de mi imaginación.

El joven le sonreía, y con un inesperado movimiento de mano le invitó a acercarse. Laura quebró su coherencia interior y se dispuso a ir hacia aquel desconocido. Mientras se acercaba, el rostro del hombre se desfiguraba entre la cara del hombre X y la de Gabriel. Su respiración se agitaba por momentos y la excitación llegó a nublarle la visión. —¿Es Gabriel?, ¡no!, ¿Es ese hombre de mis sueños? —se decía —. Sí, son esos ojos enigmáticos, por fin te encontré.

Laura se acercó bruscamente a su cuerpo, le agarró los pelos y le comenzó a besar impulsivamente. Paisajes borrosos que giraban a gran velocidad rodeaban la escena. La joven se perdía en la imagen del desconocido que había conocido en la calle y eso le intensificaba la fuerza con la que besaba. Parecía que se lo estuviera comiendo. La música se percibía más alta, retumbaba como un enorme timbal en su pecho.

—¿Salimos? —propuso él.
—Sí.

Apresuradamente, se fueron al parque que había allí cerca, donde ella solía ir a correr y donde imaginó aquellas deseadas imágenes con el hombre X. Laura parecía vivir un sueño alocado. Él se sentó en un banco y ella, a horcajadas, siguió besándole y comiéndole todo el sabor de su piel por el cuello y por su pecho. Laura sentía que una desbocada fuerza interior quería salir de su alma. Poco a poco fue desabrochando los botones de la camisa de él. Las respiraciones profundas y desordenadas rompían el silencio de la noche. El desconocido se puso de pie aguantando todo su peso y la dejó caer sobre el césped junto a una palmera. Ella voló a un mundo imaginario.

Un vestido de finas gasas blancas fue desprendido poco a poco de su cuerpo, acariciándole. Una brisa suave le endurecía cada poro de su piel y le erizaba cada uno de sus delicados, débiles y transparentes vellos de su cuerpo. Los ojos enigmáticos de su lienzo se posaron sobre ella y le indujeron todo el placer que ella quiso sentir. El calor de su piel se desprendía y su interior hervía de pasión. Ella se agarraba fuertemente a su contorneada musculatura; casi le arañaba. Una lágrima de emoción acompañó a una carcajada vigorosa que arrancó una dulce sonrisa a su acompañante. Su sueño se había cumplido, y sobre aquella cima de placer empezó a respirar más tranquilamente y a relajarse. El sol imaginario de su mundo se apagó y sus ojos se abrieron en aquel parque. El rostro era el de un desconocido. Ni aquel enigmático joven que había conocido por la calle, ni Gabriel, eran dueños de aquel cuerpo que le había poseído. Laura, aturdida, se subió los pantalones y se puso de pie enseguida.

—Me tengo que ir —pensó.
—¡Oye!, espera —dijo el desconocido.
—Déjame. —Las lágrimas y los trazos de rímel comenzaron a descender por sus mejillas.
—¿Pero qué te ha pasado? —gritó él.

Al cruzar la esquina, Laura empezó a correr desesperadamente en dirección a su casa. Un sentimiento de culpa le invadió todo su ser. La imagen de su amor platónico y la de Gabriel le entorpecían sus pensamientos, y un hondo pesar le pisó su estómago. Sintió mareo y, entre dos coches aparcados, vomitó gran cantidad de bebida. Se sentía deshecha, rota en mil pedazos. Sólo quería llegar a casa y acostarse a llorar. Sentía que había decepcionado a los suyos. Pensó en su padre, en su madre, en Lola, en Mara y en aquellos hombres que ocupaban su corazón. Creía que nunca más se volvería a sentir tan tranquila como había estado hasta entonces. Para ella, en esa noche, todo habría cambiado irremediablemente y sin solución. Al tumbarse en su cama boca abajo, lloró desconsoladamente y se quedó dormida.

Capítulo XII

El sol de un nuevo día arrastró los restos de la tempestad de la noche anterior bajo la cama de Laura. Con una intensa cefalea, miraba fijamente al techo tapándose la boca con la sábana. No quería salir de allí. Enseguida, percibió los restos de aquel oscuro sueño del parque en su ropa interior. Se sintió tan sucia que se metió rápidamente en el baño para aclararse todas esas impurezas que se clavaban en su piel como alfileres. Con los cabellos húmedos volvió a su cama. Un camisón blanco y limpio le confirió esa paz y pulcritud que necesitaba.

Irremediablemente, viajó por fotogramas desordenados de mariachis, copas y música a toda voz. En medio de aquellas instantáneas, se colaba el rostro del joven que había conocido la noche anterior y con el que había compartido sus más íntimas posesiones. Aunque sentía asco y repugnancia, poco a poco fue comprendiendo que tarde o temprano debía olvidar aquel suceso. Ahora Gabriel se hizo protagonista de sus cavilaciones. Aquella discusión le preocupaba. Entendía que el alcohol y la presencia de su mujer habían precipitado la confrontación, pero no podía evitar preocuparse. Al poco, tocaron la puerta del dormitorio.

—Pasa, abuela. —Lola apareció con la peor cara que Laura recordaba.
—Hola —respondió con afonía.
—Vaya tela, abuela.
—No me eches la bronca, con el dolor de garganta y de cabeza que tengo me es suficiente.
—No, abuela. No te digo nada. Peor me porté yo ayer.
—¿Bebiste mucho?
—Como nunca. Tengo una resaca horrible, además de lo mal que fue la noche.
—¿Qué pasó?
—Nada, abuela. Encontramos a la mujer de Gabriel con otro y se estropeó todo.
—Me da pena, se ve un chico muy bueno. Es un buen hombre. Lástima que no haya encontrado una mujer como Dios manda.

—Sí, abuela, es muy bueno. Hoy me siento fatal, creo que ayer no me porté bien con él. Siempre está pendiente de mí y en el peor día de su vida no estuve a la altura de las circunstancias.

—Él es bueno. Sabrá perdonarte —le tranquilizó Lola.

—¡Tengo una ganas de llorar! —Brotaron de nuevo sus lágrimas.

—Ven para acá que te abrace. ¿Por qué lloras? No te preocupes, todo se arreglará.

—No se arreglará. Me porte muy mal con todos y conmigo misma. Hice el idiota. Me enfadé con Gabriel y me enrollé con un desconocido.

—¡Vaya! Ahora entiendo.

—Y por eso —seguía hablando entre sollozos—, me siento sucia y asquerosa. Creo que le he fallado a Gabriel, a ti y a todos.

—Hija mía —iniciaba en tono de sermón—, si piensas que los demás no tenemos capítulos oscuros en nuestras vidas, es que no sabes de la misa ni la mitad. No debes dejarte llevar tan estrictamente por las apariencias. Todos somos humanos, el que más o el que menos ha metido la pata hasta el fondo en alguna ocasión. Si yo te contara… Lo que hay que saber es aprender y rectificar en el camino. Mira tu padre, metió la pata y eso le marcó toda la vida. A veces hay que pasar página e intentar ser feliz.

—Pero papá lucho por lo que él creía.

—¿Y qué?, ¿qué ganó? ¿Acaso volvió Celia? ¿Acaso le pusieron una medalla por ser el amante más constante y más paciente del mundo? ¡Anda ya! Paparruchas y chorradas. La vida hay que disfrutarla y punto. Y si ayer te lo pasaste bien con ese hombre, pues nada, a otra cosa mariposa. El mundo se ha convertido en un gran panel cuadriculado donde cada uno quiere encajar todas las piezas de sus metas, de sus objetivos. La vida no es así. El otro día, la nieta de Amparo me decía: «El año que viene me caso, para el otro tendré el primer niño, dos años después, para quitármelo de una vez, tendré otro, que ojalá sea niña…y así la parejita. Y después me pondré a trabajar…» Pero bueno… ¿acaso la vida es un *sudoku* de esos? ¿Qué sabrá ella si se va a quedar embarazada, si va a ser niño o si le van a venir tres de golpe?, ¡o qué leches! La naturaleza no es así y la gente no se da cuenta —seguía Lola con la ronquera y una marcada tos seca —. Después vienen las decepciones: No he conseguido esto. No he conseguido lo otro. ¡Se acabó ya de tantas pamplinas! El conejo tiene que estar en el campo, no metido en una caja bajo llave. ¡Coño! ¡Que la gente no se entera! ¡Que la vida son dos días y uno estoy con diarrea!

—¡Abuela! ¡Qué ordinaria! —se descojonaba Laura—. Eres la mejor abuela del mundo.

—Ja, ja —se atoraba en una repetida tos.

—No habrás fumado puros otra vez, ¿no?
—Sí. ¿Y qué?
—Abuela eres un caso.
—Sí, pero te he hecho reír.
—Sí, y me siento mucho mejor. Te quiero mucho.
—¿Qué te crees?, ¿que este agobio que hoy te entristece va a durar toda la vida? ¡Anda ya!
—Gracias, abuela.
—Gracias a ti.

111

A mediodía Gabriel aún permanecía en la cama. El pequeño rayo de luz que se filtraba por la persiana era suficiente para iluminar tenuemente toda la habitación. Caminaba descalzo sobre los escombros de su mundo entero hecho ruinas. Bajo él, quedaban todos los recuerdos de las personas que le importaban: Sus hijos, Esther… y ahora Laura. Se sentía muy confuso y perdido. La razón de su vida y de su existencia se tambaleaba en su juicio personal. Veía cómo su edificio se iba desmoronando por día. No sabía qué hacer ni adónde ir. Sabía que ahora debía abandonar la casa e irse a vivir solo. Imaginaba a Esther con el hombre de la noche anterior moviéndose por la casa a sus anchas; y eso le quemaba. La imagen de Laura le iba y le venía en una mezcla de amor y cierto rencor. No quería reconocer que ella no le deseaba de la misma forma que él lo hacía. Ansiaba irremediablemente que el hombre X no apareciera jamás en la vida de su amada. —¡Ojalá se vaya a Australia y se case con un koala! —se decía a sí mismo—. ¡Qué mala suerte! ¿No podría haber cogido ese día por otra calle? Si no hubiera sido así, ahora mismo estaría en mis brazos, los dos acurrucaditos superfelices. Le hubiera hecho esta noche el amor setenta y siete veces. Y ahora estaría dejando todo su aroma perfecto en mi almohada, como un regalo para el resto de mi vida. En vez de todo esto, estoy aquí… hecho un desgraciado. Soy un payaso. Le tenía que haber partido la cara ayer al mamón que estaba con mi mujer y haberle metido boca a Laura delante de ella. Se hubieran acabado las tonterías de una vez por todas y hoy seguro que me encontraría mejor, más satisfecho. Maldigo el día que me metieron mis padres en ese colegio y maldigo el día que veraneé en el mismo sitio que la guarra esa. ¡Qué asco! ¡Qué repugnancia! ¡Anda ya! ¡Vaca lechera! ¡A ver quién te aguanta tus carnes flácidas y tu mala leche! —se jactaba en tono jocoso intentando salvar su haraposa dignidad.

Gabriel se paseaba en pijama de un lado a otro maldiciendo. La ira le rebosaba. Pareciera resoplar por sus ventanas nasales humo

verdoso y de un hedor azufroso. Está claro que no se iba a quedar ese día de brazos cruzados. La noche anterior le habían tocado su orgullo y de una vez por todas decidiría tomar las riendas de su vida. —¡Pongo a Dios por testigo que nunca más volveré a ser un calzonazos! ¡Nunca más volveré a arrastrarme por nadie! ¡Se acabó! Ahora yo voy a ser el protagonista de mi propio destino. Ni Esther ni nadie va a conseguir que yo deje de ser feliz.

Sonó el teléfono de Gabriel.

—¿Qué pasa, Miguel?

—Bien. ¿Qué? ¿Cómo estás?

—Pues mal. Puteado, cabreado, amargado y todo lo que termina en "-ado".

—Te entiendo.

—¿Cómo terminó la noche?

—Bien, ni te preocupes.

—¿Estaba muy enfadada Laura?

—No, más bien disgustada. Se quedó sola, no quiso recogerse con nosotros.

—¿Cómo?

—Sí. Estaba con una borrachera terrible y no quiso venirse. Se quedó bailando en la discoteca.

—¿Qué dices?

—¿Estará bien, no?

—No lo sé, aún no he hablado con Mara.

—¡Joder! ¿Y tú? Qué bonito lo de ayer, con tus mariachis y todo. Siento haberte estropeado la noche.

—Para nada, jefe. Lo primero es lo primero. Entiendo que te enfadaras. Lo de tu mujer no tiene nombre.

—¿Me pasé con Laura?

—¡Que no! Fue comprensible. Hoy estarán las aguas calmadas… seguro. No hay que echarle cuenta a lo que pasó. Muchas emociones y demasiado alcohol. Mala mezcla. ¿Necesitas algo?

—No, tío. Sólo pensar. Ahora me tendré que ir de mi propia casa.

—Aquí me tienes para lo que sea. ¿Te quieres venir a la mía mientras buscas piso?

—Pues mira, no te lo rechazo. Si veo que se me complica la búsqueda, igual te acepto la invitación. Gracias, Miguel. Eres un amigo de verdad.

—Eres demasiado bueno, jefe.

—Eso mismo estaba yo pensando ahora. Se van a acabar las tonterías. Esto me ha quitado la venda que tenía en los ojos.

—¿Y Laura? —preguntó Miguel.

—¿Laura?
—Sí, ¿qué pasa con ella?
—¿De qué? —Gabriel se hacía el tonto.
—Estas colado por ella, ¿no?
—Claro, ¿quién no? Esto me pasa por fijarme en la que no debo.
—Verás como todo se arregla, jefe.
—Eso espero. Igual le mando ahora un *whatsapp*, no sé.
—Bueno. Llámame si necesitas algo. Si te apetece salir me avisas.
—Gracias, Miguel. Un abrazo.
—Un abrazo.

A los pocos minutos, Gabriel escribió un mensaje por el móvil:

—¿Llegaste bien?

Al rato obtuvo respuesta.

—Sí, gracias. ¿Qué tal tú? —escribía Laura
—Bien. Mal, pero bien.
—¿Negro pero blanco? —añadía un *emoticono* sonriente.
—Eso mismo.
—Yo en cama. Resaca total.
—Vaya. Recupérate entonces. Saludos a Lola.
—¿Puedo ayudarte en algo?
—No. Tengo que ordenar mi vida yo solo. Ya es hora.
—¿Y eso?
—Lo de ayer debió pasar hace tiempo. Ya llego tarde para ordenar todo de una vez.
—Nunca es tarde —sugirió Laura.
—Ya, pero ahora siento el tiempo perdido.
—Nunca el tiempo es perdido.
—¿Cómo la canción? —preguntó Gabriel.
—Sí, como la canción.
—Pues eso espero.
—Y si lo has perdido, ¡aún puedes recuperarlo!
—¡Ya!… bueno, Laura, te dejo.
—Un abrazo, jefe. Mucho ánimo. Si te puedo ayudar en algo, dímelo, por favor.
—¡Ea! Nos vemos el lunes. Gracias.

111

Laura dejó el teléfono sobre la mesita de noche sabiendo que Gabriel no estaba bien. Quería ayudarle pero no tenía claro si él

quería recibir su ayuda, al menos la que ella podía ofrecerle.

—¡Qué lío, Dios mío! —razonaba interiormente Laura—. ¿Pueden estropearse más las cosas? Esto me pasa por hacer amistad con mi jefe. Ahora, ¿con qué cara voy el lunes? ¡Qué mal! Con lo bien que estábamos. ¿Por qué ha tenido que estropearse todo? No lo entiendo. Bueno, sí lo entiendo. Siempre pasa lo mismo. Cuando en una amistad uno quiere más que el otro, al final se estropea todo. ¿Habré sido yo la que ha tensado la relación? No lo sé. Anoche estábamos los dos a punto de besarnos. Hoy me encuentro en el pozo oscuro del arrepentimiento, lejos de Gabriel, lejos del hombre X y ensuciada por un tío que ni conocía y del que apenas recuerdo su cara. Aunque no sé qué hubiera sido peor. Si no hubiera aparecido Esther, con la borrachera que llevábamos, seguro que Gabriel y yo nos hubiéramos liado. Estaría hoy dándole vueltas en cómo explicarle mis dudas, mi deseo de conocer al hombre X. En definitiva, la madrugada estaba predestinada a terminar como había terminado, mal. Suerte que Mara y Miguel se lo pasaran bien. ¡Qué bonitos los mariachis! ¡Qué sorpresa! ¿No ves, Laura? Es lo que siempre me digo, hago las cosas que no debiera. Hay una parte de mí que se dedica a tomar las decisiones erróneamente. Cualquiera hubiera aceptado la proposición de Gabriel. Estaría saliendo con él, contenta y feliz. Pero no, Laurita Laurel tiene que complicarlo todo. Voy y me enamoro de un desconocido que he visto tres o cuatro veces. No hago otra cosa que ponerme más piedras en el camino. ¿Por qué tiendo a dificultarlo todo? A lo mejor todo es más sencillo y yo lo estropeo. ¿Y por qué me acosté ayer con ése? ¿No lo ves, Laura? Tienes a un tío estupendo detrás tuya, un camino soleado, lleno de flores y con olor a jazmín. Pero tú tienes que coger por el camino oscuro repleto de ojos amarillentos que te observan, con aullidos de lobos, murciélagos y el aire más viciado de toda la tierra. ¡Por ese camino, Laura! No vayas a coger por el camino bello y te vayas a chocar con una delicada mariposa. ¡No!, mejor coge el otro. A ver si te muerde un murciélago, coges la rabia, te estrangula una serpiente, te muerde un lobo y te secuestra un ogro. ¡Venga! ¡Todo a la vez! Que si no sufres, no disfrutas. ¡Seré idiota! ¡Seré estúpida! Señores y señoras: La tonta de Laura se va a meter en la boca del lobo sola. Enciendan sus videocámaras y filmen como la devoran los insectos más horripilantes del universo. Damas y caballeros, ¡aún hay más! ¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean! Aún no han visto lo mejor del espectáculo, el regreso a Bétera. ¿Seré aceptada por mi familia? ¡Qué va! ¡Seguro que no! ¿Cómo le van a salir a Laura las cosas bien y sin esfuerzo? Que nadie lo piense ni en broma.

—¡Hola, Laura!

—¡Hola, Mara!

—¿Qué tal terminaste ayer? Vaya cabreo que tenías. Nunca te había visto así. ¡Qué borrachera!

—Fatal. Al final me lié con un tío.

—¿Cómo? —vociferó Mara.

—Y no es todo. Lo hice con él en el parque que hay cerca de mi casa.

—¡Toma ya! —se sorprendió Mara—. La racional, la meticulosa y la planificadora Laura… ¿se ha tirado a un desconocido en el parque?

—Estoy superagobiada. Lo de Gabriel… y ahora esto.

—A Gabriel no le pasa nada. Son sus problemas. Las cuatro palabras que hubo entre vosotros no tienen importancia. Lo que ocurre es que tú no estás acostumbrada a discutir con nadie. En eso quédate tranquila, no pasó nada.

—¿En serio?

—Por favor, Laura. Parece que no te conozco. ¿Dónde está esa mujer fuerte y valerosa?

—No lo sé, Mara. No estoy bien.

—Yo sé lo que te pasa.

—¿El qué?

—Que estás entre dos aguas.

—Eso parece.

—Tienes que aclararte. Por el bien tuyo y el de Gabriel. Él es un buen hombre, un cacho de pan.

—Pero si yo no le he hecho nada.

—Laura, a un hombre enamorado y más en plena crisis sentimental, o le das o no le das. Yo sé que tú no tienes malas intenciones, pero debes saber que para él tu trato cercano y cariñoso es ponerle la miel en los labios. Para él es duro.

—Ya lo sé. ¡Me siento tan bien cuando estoy a su lado!

—Pues entonces, ¿a qué esperas? ¿A encontrarte a ese desconocido de nuevo?

—Sí.

—Vale, Laura. Yo no quiero agobiarte más, pero hay una cosa clara. A Gabriel lo conoces, te gusta, te encuentras cómoda. Del otro no tienes nada de información. Igual está casado o no le gustas o es gay. ¡A saber! Tú sigue con tu vida, que si el destino te lo tiene preparado, ya te lo dará. ¡Pero esperar por esperar!

—¡Vaya! No me regañes. Estoy muy sensible.

—Lo sé, pero tienes que dejarte llevar un poco más.

—¿Te parece poco lo que hice anoche? ¿Eso no es dejarse llevar?

—No me refiero a eso y lo sabes. Lo que quiero decir es que si aquí y ahora te apetece Gabriel, vayas por él. Si mañana se te acerca

el otro y te jura amor eterno, pues ya te lo piensas.

—Le haría daño.

—¿No se lo estás haciendo ya?

—Estoy muy liada, Mara. No tengo cabeza para más. No tengo ganas ni de pintar, ni de leer las cartas de mi madre. ¡Y eso es otra! La semana que viene voy a Bétera de nuevo. Vamos a ver que me encuentro allí. Me dan ganas de anularlo todo y meter la cabeza bajo tierra, como un avestruz.

—¡Qué calamidad! —se mofaba Mara—. ¡Anda que eres! Yo en tu lugar me iba a casa de Gabriel y no salía de allí hasta el lunes, hasta que las piernas no me respondieran.

—Eres una cochina.

—¡Mira quién habla! La caza-desconocidos.

—Seguiré meditando.

—Eso, tú medita. Te van a salir arrugas de tanto meditar.

—Bueno, Mara. Ya te llamo si eso.

—Ok. Yo quedaré esta noche con Miguel. ¡A reventarme las piernas! —se reía Mara.

—¡Mira que eres! Un beso.

—Adiós, guapa.

El sábado pasó sin pena ni gloria, de película en película, intentando desatar el nudo que le apretaba tan fuertemente la garganta. A cada segundo que pasaba, el aire le circulaba con más facilidad.

Durante la mañana del lunes, Laura y Gabriel evitaron el contacto. Una vez llegara la hora del almuerzo, la conversación no se pudo evitar. Laura trabajaba mirando al monitor de su ordenador, posicionada un poco más hundida y escondida de lo habitual. Gabriel se disponía a entrar en el *comecoco*.

—Hola, Gabriel —saludaron los chicos.

—¿Qué tal estáis? ¿Cómo ha ido la mañana?

—Bien, bien —respondió aceleradamente Rafa demostrando que era conocedor de lo sucedido durante el fin de semana.

—¿Y qué más?

—Nada, jefe, aquí —hablaba Miguel.

—¿Qué ocurre? ¿Gatos, lengua, comer? ¿O qué pasa? —insistía el director—. Venga, chicos. Que cogiera a mi mujer con otro no significa que se haya muerto nadie. Alegrad esas caras. Cerrad el tanatorio.

—No, Gabriel —se excusó Miguel—. En serio. No pasa nada. Simplemente pensábamos que no tendrías ganas de mucha guasa.

—Eso, eso —reiteró Rafa.

—¿Y tú, Laura?

—Eso mismo, Gabriel, lo dicho por Miguel —explicaba Laura—. No quería molestar.

—¡Chicos! —exclamó el director—. Parece que no me conocéis. Creo que hay confianza para reírnos juntos de lo que pasó el sábado.

—¡Es qué es muy fuerte! —se sinceraba Rafa—. Yo en tú lugar no sé qué hubiera hecho, la verdad. Si me viera en esa situación y encima con unas copas de más, podía haber salido por cualquier lado.

—Sí, hijo, sí —se apenó Gabriel—. Lo bueno es que me ha facilitado una decisión que tenía que haber tomado por mí mismo. Ahora lo tengo todo más claro. Me ha hecho un favor.

—¿Comes aquí? —preguntó tímidamente Laura.

—Sí, claro, como de costumbre. ¿Tú te quedas?

—Sí, como de costumbre… también —sonrió ella.

—Pues vamos. ¿Alguien más se apunta? —preguntó Gabriel esperando una negativa general.

—No —respondieron a la vez los otros chicos.

—Entonces… vamos.

—Voy —dijo ella mientras se ponía el abrigo.

Con la comida en el plato, Gabriel inició la conversación.

—¿Qué te pasa, Laura? ¿Por qué estás tan seria?

—No estoy seria, estoy avergonzada.

—Vale. Empezamos. ¡Segunda toma! ¿Qué te pasa, Laura? ¿Por qué estás tan avergonzada?

—No es que esté exactamente avergonzada, estoy preocupada por ti.

— ¡Corten! Toma tres. ¿Por qué estás preocupada por mí?

—Venga, Gabriel. ¡Ya sabes lo que me pasa! Me siento mal, culpable, triste, agobiada y todo eso.

—¿Por qué?

—Porque tengo la sensación que soy una más de esas personas que te están complicado la existencia.

—¿Qué tú me complicas la existencia? —se sorprendió Gabriel—. Primero, tengo que pedirte perdón por responderte como lo hice el sábado. Tú no tienes la culpa de que mi mujer sea una golfa. Y segundo, tú no me complicas la vida, más bien me la facilitas.

—No estoy de acuerdo. Me respondiste así porque en el fondo te estoy tocando las narices.

—No, Laura. Lo único que ocurre aquí es mi problema matrimonial. Lo demás se habló el otro día y quedó claro. Es un tema que debo dejar a un lado. ¿Me entiendes?

—Pero, Gabriel, es que…

—¡Vamos, Laura! —interrumpía el director—. ¿No me entiendes? Yo he puesto las cartas sobre la mesa desde el principio. Es más, demasiado se me ha visto el plumero para mi gusto. Pero lo hecho, hecho está y no puedo cambiarlo. ¡Vamos! y ni me arrepiento. Acepto que tú estés por otra senda distinta a la mía. Te entiendo y te respeto. Pero quiero que comprendas que tengo mis propios sentimientos. La fuerza que tú sientes en la búsqueda de aquel desconocido, esa energía que te impulsa a verlo, la siento de la misma forma por ti. No te lo puedo decir más claro. Imagina que vas por la calle y se te acerca aquel hombre y te dice «Eres muy buena persona, pero no estoy interesado en estar contigo»… Tú te apenarías, te daría una rabia horrible. ¿Te pones en mi lugar? ¿Qué quieres que haga? Yo ya he aceptado que te has enamorado de otro y que aquí no tengo nada que hacer. Por ello te imploro que sepas entender mi situación. Es una maravilla haberte conocido. Eres una persona sensible e inteligente. Pareces como si albergaras todos los conocimientos del mundo, respuestas a todas mis preguntas. Y no sé por qué me ocurre todo esto. No sé si es porque simplemente eres sincera, que de eso va quedando poco y por eso se te valora tanto, o porque tienes la cualidad de conocer lo profundo de cada uno y sabes dónde meter los dedos… o no sé qué coño será. Lo único que sé es que eres como una droga, que después de la primera dosis te engancha para toda la vida. Siento la necesidad de contarte todo lo que me ocurre y que me des tu opinión. Tú no te das cuenta, pero cuando hablas, todo el mundo te presta atención. Es como si tus palabras pesaran más que las del resto. Se te ve tan segura y con las ideas tan claras, que impregnas a todos de esa confianza, de esa seguridad.

—¿Puedo hablar?

—¡Espera que me desahogue! El mundo se ha convertido en un teatro donde cada uno va tomando el rol que puede. Los miedos, las inseguridades y los complejos hacen que nos mostremos de una forma diferente a la que realmente somos. En otras ocasiones, sólo dejamos ver parte de nosotros. Y eso en el fondo e inconscientemente todos lo sabemos. Y cuando llega el día en que uno conoce a Laura Laurel, uno se descompone y se rinde ante tanta autenticidad y sinceridad. Tú no llevas ningún disfraz. Tú no mientes. Tú no cuentas historias para impresionar. Tú no presumes de nada. Tú excentricidad es tuya, íntima y personal; es sana, admirable, enigmática, profunda, veraz, vital. Todo tu ser es fantástico. ¿Y me dices que me complicas la vida? Me la complica el universo entero menos tú. Eres lo único auténtico de mi entorno. Un piropo tuyo vale cien mil halagos de otros. Una ofensa tuya te hunde en la más miserable de las miserias. Y todo esto que te explico está adornado con el rostro más angelical y noble que te

puedes echar a la cara. ¿Cómo te ponemos? ¿Niñito Jesús? ¿Santa Laura? ¿Santa Laurel? ¿Qué quieres? ¿Qué te diga que me alegro de que te hayas enamorado de otro? ¿Acaso disfruto preguntándote si lo has visto cada mañana? Y fíjate cómo somos los humanos de rastreros, mira adónde somos capaces de llegar. Rezo porque no te lo encuentres, porque haya sido un espejismo, porque él sea la representación de una parte de mí que hayas hecho tuya. Preferiría cualquiera de estas opciones antes de saber que estás colada por él. Cualquiera, pero no me digas que duermes y sueñas abrazada a ese retrato; no me digas que toda la esperanza está puesta en él. Dime que sólo me queda la esperanza del desesperanzado, ninguna, y yo ya habré acabado. Pues si lo único auténtico que existe en esta vida me ignora, yo ya no quiero seguir. ¿No lo ves? Haces que te diga todos estos pensamientos. ¿Acaso crees que la gente se va abriendo de esta manera, de par en par?

—¡Algunos sí! —dijo templadamente Laura.

—¡Claro! Algunos sí… ¡contigo! Eres tú la que haces que la gente se abra. Pregúntale al resto y te dirán que no. La gente se vuelca contigo porque llevan toda la vida deseando encontrarse con alguien que les diga las cosas con la mano en el pecho pero sin ofender. Una vez conocí una mujer que me dijo «A mí cuando alguien me dice que va con la verdad por delante, me echo a temblar.» Y es por eso, porque la gente o no se sincera, o si lo hace te clava la daga hasta el corazón y lo remueve, para que duela, para que sangre más. ¿No es así o es que estoy loco?

—No estás loco, Gabriel. Estás agotado. Estás suplicando un descanso, un aliento, una palmada de ánimo.

—Estoy suplicando que sigas siendo mi amiga. Que no te distancies de mí como lo has hecho en el *comecoco*.

—Estaba asustada.

—Conmigo no te asustes. Porque si la persona más auténtica del mundo me dice que yo le asusto es porque debo de ser un ogro, un monstruo. Es el peor insulto que me puedes decir. Estoy alucinando. Me prometí ayer domingo mil millones de veces mostrar entereza ante ti, no contar más mis sentimientos, esconder mi vulnerabilidad, sólo mostrarme como el jefe que soy tuyo. Y no puedo. Es totalmente imposible. Tu mirada tiene una llave que me abre forzosamente. Estoy tan seguro que lees mi interior, que prefiero soltarte todo antes para que no pienses que soy un resentido o un niño chico enrabietado. ¡Uff! ¡Qué desahogo! En estos momentos es cuando debería tener a mi mujer delante y decirle lo que siento.

El rostro de Laura se encontraba petrificado tras una curiosa escarcha. Ni un músculo se movilizó en aquella expresión.

—Gabriel —titubeaba sorprendente Laura. —¿Cómo te puedo explicar lo que me pasa?

—¡No hace falta! No estás enamorada de mí y punto.

—No es eso. Quiero estar contigo pero algo me dice que mi destino está en la otra persona. En un vistazo fugaz he visto en él todo lo que estaba buscando. Gabriel, estoy bloqueada, no sé qué decirte.

—¿Laura Laurel bloqueada? Eso es inédito. No hace falta que digas nada. Sólo quiero que no me desprecies, que no me apartes de tu vida. ¿Serás capaz?

—Claro que lo seré. Yo también quiero estar a tu lado. ¿No te das cuenta lo que quiero decirte? Me he sentido fatal pensando que te habías enfadado conmigo. Pensaba que ya nunca más íbamos a estar de la misma manera. Estaba deseando llegar hoy al trabajo y verte. Quizás el destino nos regale un fin común.

—Pero, ¿por qué me dices eso?

—Porque lo siento así y no quiero quedármelo dentro. Si mi corazón me dice que te lo diga, te lo digo. No quiero que dudes sobre mis sentimientos hacia ti.

—¡Sí, los dudo!

—Pues no lo hagas. Déjame que te diga que siento amor por ti, amor verdadero. Pienso en ti constantemente y disfruto mucho estando contigo.

—Entonces, ¿qué te frena?

—No puedo iniciar nada pensando en otra persona al mismo tiempo. Así de sencillo. Sólo quiero una oportunidad para hablar con él. Con cinco minutos de conversación me valdrá para saber si es para mí o no. Quiero despejar esa duda. Te respeto tanto que no quiero hacerte falsas promesas. No quiero dar un paso equivocado.

—Te entiendo —sonrió plácidamente Gabriel. —Entonces, ¿puedo ser amigo tuyo?

—Claro. ¿Y yo? ¿Puedo ser amiga tuya?

—Pues claro. Seremos amigos para siempre. Así lo deseo. Estaré en tus días importantes. No te dejaré nunca sola. ¿Acaso crees que ibas a ir este fin de semana a Bétera sin mí? De eso nada. Iremos juntos.

—Te lo agradezco —se emocionaba Laura—. Esta vez iremos solos, tú y yo. Quiero que tú escribas parte de mi vida, de mi destino.

—Será un placer. A mí también me vendrá bien. Tengo que desconectar de esta ciudad.

—¿Qué tal con Esther?

—Mal, no he vuelto a hablar con ella.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro, Laura.

—¿Cómo es posible llegar a tu situación después de años de amor,

de tener hijos y de tantas experiencias vividas? Y no me digas que suele pasar, que está a la orden del día. No entiendo cómo se puede llegar a eso. Nunca lo entendería. Yo, los pasos que doy en mi vida, los doy para siempre.

—Laura, si no fueras tú, te diría que haces un planteamiento del tema desde un enfoque infantil e inmaduro. Pero siendo la persona que lo dice, sé que lo preguntas desde algún punto de vista diferente. Esa duda que tú tienes, tal como la formulas, no la suele tener el resto de las personas. En principio porque no parten del mismo lugar que tú, de esa profundidad. Pongo un ejemplo tonto. Cuando a un niño se le cae un anillo valorado en seis mil euros por el desagüe, llorará un rato y al tiempo se le pasará el disgusto. Si eso le pasa a un adulto, el agobio le durará meses y no lo olvidará en su vida. Depende del valor real que le demos a las cosas. Muchas personas no dan ese valor tan profundo a la pareja. A muchos les pasa como a los niños, se basan en el disfrute del aquí y el ahora. Sólo les importa el presente. Si ya no puedo jugar con el anillo, lloro y me enfado… a los cinco minutos ya jugaré con otra cosa. Hay personas que piensan que en la pareja se debe mantener unos niveles altísimos de satisfacción los trescientos sesenta y cinco días del año, y eso no es así. Nada en la vida funciona al cien por cien y a veces se lo exigimos a quien tenemos a nuestro lado. Si ya no les pica el gusanillo en el estómago, o si ya no se ríen tanto como antes, o si no disfrutan tanto en la cama, simplemente se buscan a otra persona y listo. Pues algo parecido es lo que ha ocurrido en mi matrimonio. Esther se ha aburrido. Está claro que no le puedo echar las culpas únicamente a ella, tendré que pensar qué he aportado yo para que llegara a esa desidia.

—Pero uno se enamora de la persona, ¿no? ¿Qué ocurre entonces?

—Pues eso, que la persona le deja de interesar.

—No logro entenderlo.

—Es para no entenderlo —aseguraba Gabriel—. ¡Poca metacognición!, diría yo.

—Ja —reía Laura—. Será eso. ¡Poca metacognición!

—Para mí no es difícil comprenderlo. Yo pienso que hay dos tipos de parejas: Los que realmente están unidos, que crean una nueva entidad y no es la mera suma de los dos. Y los que parecen que pactan un contrato. En este último caso cada uno va a lo suyo. Hacen la mayoría de las cosas por su cuenta, por separado. Los hay hasta que se pelean por el dinero, como si fueran dos socios independientes de una empresa. Únicamente están juntos para salir en la foto, cara a la galería. Suelen aceptar e incluso presumir de ese estilo de vida, pero de esa forma de relación sólo sale beneficiado uno, siempre el otro es el que traga. Cuando una de las condiciones del contrato se incumple,

se sienten estafados y huyen. ¡Estos no saben de qué va la historia! No aceptan contratiempos en su vida. Se ahogan en un vaso de agua. En mi opinión son personas que realmente nunca han estado enamorados de quien tienen a su lado. Además es muy curioso. Cuando rompen, muchos de ellos llegan a cambiar radicalmente de estrategia con su nueva pareja; se convierten en personas más cariñosas, comparten más las cosas, hacen más vida juntos. Ahí demuestran que no estaban felices en su relación anterior y por lo que sea no se atrevían a ponerle fin. Por eso hay muchas parejas que se casan y con los años se dan cuenta de eso, de que no estaban hechos el uno para el otro. Y por eso se separan. Ellos no lo ven, buscan la excusa perfecta que les proteja del error en cada momento de su relación. O lo achacan a los niños, o a la falta de tiempo debido al trabajo, o a lo que sea. Hay muchas personas que el mismo día de la boda, en el altar, dudan si están haciendo lo correcto o no. Es duro.

—Qué triste.

—Sí, muy triste. Y a mí me ha tocado. Lo peor es que tengo dos críos por medio. Si no fuera por eso no estaría tan agobiado.

—Es que tiene que ser muy duro. ¿Qué piensas hacer? —preguntó Laura.

—Pienso rehacer mi vida. No quiero desilusionarme por lo que está pasando. Además, sé que habrá un mañana en el que me reiré de lo sucedido. Siempre ocurre lo mismo. Es el ciclo de la vida.

—Eres una persona muy fuerte, Gabriel. Te admiro.

—No soy fuerte, soy práctico. ¿Por qué voy a dejar que me amargue la segunda mitad de la vida la misma persona que me ha jodido la primera? No lo voy a permitir. Sería un bobo.

—¡Qué bien! No sabes lo que me alegra escuchar tus palabras.

—Sí, te lo juro. No pienso tolerar que nadie más me fastidie la vida. Si hace falta me iré a lo alto de una montaña con dos cabras y un huerto. ¡A cultivar mis propios tomates! ¡Ermitaño!

—No, jefe —sonreía ella—. Te necesitamos aquí, en la civilización. ¡No te vayas! Aquí tienes muchas cosas que hacer, como por ejemplo acompañarme a Bétera.

—Por supuesto que iré contigo. El otro día se hizo el viaje muy ameno. La verdad, no estaba tan lejos. ¿Volveremos en el día o cogeremos un hotel?

—En principio nos volvemos, a no ser que ocurra algo con mi madre que me obligue a quedarme.

La tranquilidad llegó a los bondadosos corazones de ambos. Ninguno soportaba estar enojado con el otro y la conversación cicatrizó rápida y milagrosamente la herida abierta del fin de semana. El interior de Gabriel se iluminó sabiendo que seguiría disfrutando de

su amable compañía. Laura respiró aliviada, confiada en que siempre le tendría a su lado.

—Ya me siento bien —suspiraba Laura—. ¡Estaba tan preocupada!

—Pareces tonta. Sabes que yo no soy así. Yo no me enfado tan alegremente, es sólo el pronto.

—Me siento desahogada. Ahora sí puedo centrarme en lo de mi madre, lo tenía casi olvidado. No me gusta enfadarme con nadie… y menos contigo.

Capítulo XIII

Tras regresar a casa sin encontrar de nuevo a su hombre X, Laura entró en el *taller de la locura* y escuchó a una soprano interpretando la obra *Lascia ch´io pianga* de Haendel. Aires nuevos y renovados fluían en su entorno. El pincel tenía ganas de danzar y volar por aquellos trazos mágicos que ella dibujaba. Al instante, la puerta se abrió.

—¿Qué tal, Laura? —Era Lola.

—Aquí, dispuesta a pintar un rato.

—Por lo que veo ya se han ido las bestias negras de tu cabeza, ¿verdad?

—Sí, abuela.

—Todo pasa, hija. ¿Ves como no hay que preocuparse tanto por las cosas? ¡Venga! Te dejo tranquila.

—Gracias.

En esa tarde, el esbozo de un maravilloso lugar se plasmó en su lienzo. Pensamientos alegres y optimistas recorrían las neuronas de Laura. Se veía paseando sonriente junto a Gabriel en un parque de una hermosísima composición floral. A lo lejos, divisó una anciana que la llamaba con el brazo. Era su abuela Aurora. La anciana se acercaba poco a poco con la ayuda de un bastón. La señorita Laurel se emocionaba al tenerla tan cerca, dándole un fuerte abrazo que llenó de un hermoso color el cielo matutino de su creación. Timbales y platillos ensalzaron la estampa.

Ya con el alma más reposada tras el impulso creativo, se encerró en su cuarto a leer una de las cartas de Celia.

Estimado Enrique

Ésta es la última carta que voy a escribirte. Nunca pensé que de mi mano saldrían estas palabras.

Antes de nada quiero pedirte perdón. Perdón por las cosas que voy a escribirte, pero no tengo más remedio que hacerlo así.

Con el paso de los meses, el día a día y sus acontecimientos han encauzado irremediablemente mi vida por un camino muy diferente al tuyo. Ya no puedo pedirte que me esperes más. Y aunque ése sea tu deseo, ya no deberás hacerlo. Tristemente nuestras vidas se han separado para siempre. Ya nada volverá a ser como antes. Los sucesos de los últimos meses no van a permitir que vivamos una misma vida, un mismo camino. Siento dejarte, siento abandonar a Laura. Sé que nunca recibiré vuestro perdón. No lo espero, no lo merezco. Os entenderé.

Sólo quiero que sepas que existió una mujer que te amó de verdad, pero a la que la vida le puso todos los obstáculos posibles para evitar que se derrumbara. Hoy ya no tengo fuerzas ni me siento libre para ir contigo. Mi corazón se ha apagado para todos los que yo amaba. Ojalá puedas rehacer tu vida y conseguir la felicidad que te he robado; rezaré por ello. Ojalá Laura crezca sana y orgullosa de ese padre que tanto la quiere. Ella siempre será un trocito de mi vida que dejé partir sin saber su destino. Ella nunca me conocerá. No sabrá cómo será mi rostro, ni mi voz, ni nada de mí. Seré una completa desconocida para ella. ¿Cómo serán sus días? ¿Qué pensará de mí? ¿Cómo se lo explicará a sus amigos, a sus conocidos? Ella siempre contará que su madre le había abandonado cuando era un bebé indefenso. Lo lamento.

No intentes buscarme en Bétera, ya nunca volveré a ese lugar. Estaré allí donde jamás me encuentres.

Que la vida pueda reparar el daño que os he causado a ti y a nuestra hija. Olvídame para siempre.

Celia

Los pensamientos de Laura se entorpecían unos a otros en una lucha donde la verdad y la lógica querían triunfar. Por mucho que se esforzaba, no lograba entender los motivos que habrían obligado a su madre a enviar esta carta. La estructura de su mundo parecía mostrar unas fisuras que tarde o temprano debían ser explicadas. Sabía que algo extraño debía haber sucedido. Indudablemente y a favor de sus deseos, el contenido de este escrito acaparó el tema de conversación durante la cena.

—No entiendo nada, abuela. ¿Por qué esperó papá a Celia toda la vida? Al final ella pasó de él. Lo he leído en una de las cartas.

—No sé, hija. Tu padre no me contaba casi nada.

—Mamá le dijo que reharía su vida, que él hiciera lo mismo. No entiendo por qué papá no se cansó de esperarla.

—El auténtico amor nunca se olvida.

—Sí, eso dicen, abuela, pero no lo entiendo. No es una carta de rencor o de enfado. Es una despedida triste y dolorosa, yo diría que forzada. Quizás papá lo percibiera y por eso no abandonara la idea. Pero también dice que se escondería allá donde él no pudiera encontrarla. Es muy raro. ¿Qué pasó? No entiendo nada.

—Ni yo tampoco. Sabía que Enrique era tozudo, pero no tanto. Siendo consciente que ella nunca regresaría, entonces, ¿por qué lo hizo? —se lamentaba Lola.

—Estoy deseando volver y hablar con Aurora.

—Sí, hija. Este fin de semana vas a hablar con la madre de Celia. Posiblemente encuentres respuestas a todas tus preguntas.

—Eso espero.

El final de la cena fue acompañado por un silencio sepulcral, muestra de los continuos pensamientos que avasallaban las mentes de ambas. Cada una con sus motivos, ansiaban conocer las claves que explicaran las decisiones tomadas por Enrique y por Celia. Mientras Laura recogía los platos, su teléfono sonó.

—Hola, Mara.

—Oye, me he enterado que todo mejor con Gabriel. ¿No?

—Sí.

—Me lo ha contado Miguel. Ha estado hablando con él. También le ha dicho que te acompañará a Bétera el sábado.

—Sí.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, no hace falta. Ya me acompaña él.

—Sí, por eso lo decía. Me parecía buena idea que fuerais solos. Creo que lo dos lo necesitáis.

—¡Anda ya! —reía Laura—. Tú tranquila, que no va a pasar nada.

—Bueno, vosotros estad juntitos que es lo que os hace falta… el tiempo ya dirá.

—Gracias, Mara.

—Gracias a ti. Espero que te lo pases genial con él y que te vaya bien con tu nueva abuela. No olvides llamarme enseguida sepas algo.

—Por supuesto. Detrás de Lola serás la primera.

En la mañana de la víspera del viaje, Laura se paró frente al semáforo que presenció el primer encuentro con aquel enigmático hombre. Como en días anteriores, dejó cambiar muchas veces el color del muñeco antes de cruzar. Sus esperanzas se diluían frente a la última oportunidad de verlo antes de irse a Bétera. En el fondo, quería ir con la ilusión de haberle visto en una ocasión más. Con la hora de entrar en el trabajo encima, Laura cruzó la calle. Sus ojos jugaban sobre cada una de las franjas pintadas sobre la carretera asumiendo que ya no le vería. De pronto, sintió una atracción sobre ella. Era una de esas sensaciones que a veces se experimenta y que te hace pensar que alguien te está mirando. Esta vez le ocurrió con mucha fuerza e intensidad. Laura elevó la mirada y observó un autobús que esperaba el verde para pasar. Estaba repleto hasta la puerta delantera. Allí, junto al conductor, una esperada y milagrosa mirada se fundió con su cuerpo. Su corazón empezó a latir rápidamente.

—Por fin, es él —se dijo.

Él le sonrió, levantó la mano y la saludó. Laura corrió a la puerta y la golpeó con su puño.

—¡Abra!, por favor —gritó.

La persona que estaba estampada contra el cristal de la puerta le hizo un ademán haciéndole saber que no cabía más gente.

Laura se aproximó a la luna delantera haciendo gestos al chófer para que le abriera. Éste negó con la cabeza y señaló con su índice hacia adelante.

—Claro —pensó Laura—. ¡La próxima parada!

Subió a la acera y comenzó a correr tras el autobús. Irremediablemente, el vehículo tomó una velocidad que ella no podía alcanzar; era una avenida ancha y larga, y lo permitía. Al poco, Laura ya no divisaba el autobús. Ella siguió corriendo. Minutos más tarde llegó jadeante a la siguiente parada. Él no estaba, allí no se había bajado. El mundo parecía ahora ir más lento a su alrededor. Aún con el nervio metido en el cuerpo, la joven regresó hacia su trabajo con sentimientos enfrentados. Por un lado, por fin le había visto y eso le hacía muy feliz. Por otro, se lastimaba de no poder haber hablado con él.

—¿Qué ha pasado, Laura? —se interesó Rafa con cara preocupada. —¿Estás bien?

—Nada —respiraba aún con celeridad—. Vengo corriendo.

—¡Qué exagerada! —exclamó Miguel—. No pasa nada porque llegues veinte minutos tarde, no te van a echar.

—¡Lo vi-visto! —seguía jadeando.

—¿Qué? —preguntó Rafa.

—¡Que lo he visto! —pronunció más lento sobre su persistente jadeo.

—¿A quién?, ¿al hombre X? —se ilusionó Miguel.

—Sí, era él.

—¿Y qué ha pasado? —Rafael se acercó rápidamente—. ¿Te ha dicho algo?

—No. Yo iba andando y él en autobús. Me estaba mirando y me ha saludado con la mano. Le he seguido pero se me ha escapado. Llegué a la siguiente parada y nada.

—¿No estaba allí? —seguía Miguel.

—No. Quizás no me viera corriendo. Igual no se percató que le seguía.

—¡Qué mala suerte! —se quejaba Rafa—. Para una vez que le ves… ¡Pero te ha saludado! Eso es una buena señal. ¿Qué línea de bus era?

—No me ha dado tiempo a verlo. Y por ahí pasan cuatro diferentes. El lunes ya sabéis dónde voy a estar a las ocho de la mañana, ¿verdad? Me voy a encadenar al semáforo. De allí no me mueve nadie.

—Podemos hacer una cosa —propuso Miguel—. Podemos quedar allí. Yo iré con la moto y así, si le vemos, podemos perseguirle para saber dónde se baja y puedas acercarte.

—Voy a parecer una psicópata —se emocionaba Laura—. ¿Lo harías por mí? ¿En serio?

—Por supuesto. ¡Eres la mejor amiga de mi parienta! ¡Qué menos!

—Habrá que veros —decía Rafa—. A ver si con las tonterías os la vais a pegar.

—Parece —continuaba Miguel—, que las cosas empiezan a despegar. Hoy has visto a tu hombre. Mañana vas a conocer a tu abuela. En poco tiempo puedes dejar todos tus temas resueltos. Me encantaría estar mañana allí contigo y ver tu cara de felicidad. Es un orgullo para Gabriel acompañarte, está muy ilusionado.

—Ni que lo digas —dijo Rafa—. Tu vida está abierta como una novela en nuestros corazones. Lidia me manda un mensaje todas las mañanas para preguntar si te has cruzado con el hombre X o si sabes algo de tu madre.

—¡Coño! —exclamó Miguel—. Mi madre y mi hermana igual. El otro día se lo conté y están ansiosas perdidas. ¡Vamos, Laura! Tu público ansía de ti.

—Gracias, chicos. ¿Qué haría sin vuestro apoyo?

—Pase lo que pase… aquí nos tienes —juró Miguel—. Tus arcángeles no te abandonarán jamás.

Interrumpiendo la conversación, sonó el teléfono móvil de Laura.

—Hola, Andrés.

—Hola, Laura, ¿qué tal estás?

—Muy bien. Aquí de viernes.

—Supongo que preparando tu fin de semana, ¿no?

—En eso estamos. Mañana viajo a un pueblo de Valencia a solucionar unos temas familiares. Por cierto, me acompaña Gabriel.

—¿Y eso? —preguntó extrañado Andrés.

—Hemos hecho muy buena amistad. Se ha ofrecido. La verdad es que estoy muy contenta. Andrés, te agradezco todo muchísimo. Todos

mis compañeros son bellísimas personas. Estoy como en familia. Así me siento.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso. Perfecto, Laura.

—Gracias, Andrés.

—Quería comentarte una cosa privada. ¿Estás sola?

—¡Ah! Claro —disimulaba mientras salía del *comecoco*—. ¿Yolanda? Claro, claro.

—¿Qué?

—Espera —susurró Laura.

—¿Cómo?

—Ahora estoy sola. Perdona, es que estaba con Miguel y Rafa. Dime.

—Es una tontería, pero quiero quedarme tranquilo. Con Gabriel todo correcto, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—No hombre, no quería preocuparte. Sólo que me había contado que estaba mal con la mujer, y le noté hablando de ti muy ilusionado y… vamos… nada importante. Saber que tú estás cómoda, que estás bien. Únicamente es eso.

—Sí, sí claro.

—¿En serio? Hay confianza.

—Por supuesto. Todo lo contrario. Gabriel es un santo, un pedazo de pan. Le he cogido mucho cariño.

—No esperaba otra cosa, pero quería quedarme tranquilo. No me gusta que se me escape nada.

—Muchas gracias, Andrés. Sé que él está pasando un mal momento y ahí estamos todos para ayudarle. Como te digo, esto es una familia. Yo estoy muy contenta. Algo me dice que la vida me está devolviendo lo que un día me quitó. Gente buena y cercana que me trata como si fuera de mi propia sangre. Y sé que es gracias a ti. Ya me han comentado que contratas a gente con un mismo perfil, personas muy sensibles.

—Eso es, Laura. Sólo quiero en mi empresa gente buena, de buen corazón, gente especial. Personas con alta metacognición.

—¿Metacognición?

—Sí, Laura. Gabriel me cuenta algunas de tus batallas. Espero que no te importe. Eres un ser tan especial que no conocerte es perder parte importante de la vida.

—¿Lo ves? Esto no es normal. Sois todos maravillosos. Esto parece un sueño.

—Me alegro. Bueno, Laura, te dejo. Deseo que mañana te vaya todo bien con tu familia. Todos tus compañeros están deseando que te salgan bien las cosas. Estás siendo un referente laboral y personal para ellos.

—No sé cómo agradecerte tus palabras —se enternecía Laura.

—Con sólo existir nos es suficiente. Nos consideramos correspondidos. ¡Venga! No te molesto más.

—Gracias, Andrés. Un abrazo.

Al finalizar la jornada laboral, los cuatro compañeros procedieron a despedirse.

—Bueno, Laura —comenzó Miguel—. Ni que decir que te deseo lo mejor para mañana. Te dejamos en buenas manos. Gabrielito… como si fuera mi hija.

—Gracias, Miguel. —Ella se emocionaba aún más.

—Laura —seguía Rafa—, llámanos cuando sepas algo. Si yo estuviera en tu lugar creo que hoy no dormiría nada. ¡Qué nervios!

—No creo que pueda —reconocía ella.

—Bueno, chicos —interrumpía Gabriel—. Esto parece una despedida… No queremos tristezas. Laura empieza un nuevo y bello camino, estoy seguro.

—Sólo quiero que sepas —hablaba Miguel—, que aquí tienes unos amigos de verdad. Te digan lo que te digan, ocurra lo que ocurra, siempre tendrás aquí una familia; de eso que no te quepa duda. No quiero que mañana ocurra algo que pueda entristecerte.

—Gracias, chicos —agradecía Laura tras la humedad de sus ojos —. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Sois los hermanos que nunca tuve, el ambiente familiar que en parte me faltó. No lo merezco.

—¡Serás tonta! —se reía Rafa—. Tú te mereces esto y todo lo bueno que te queda por vivir. Eres muy especial para todos nosotros.

—¡Cuidado, Rafa! —comenzaba a mofarse Miguel—. Que tú no estás acostumbrado a piropear a una mujer que no sea Lidia. No vaya a ser que tengas micrófonos ocultos y te esté escuchando.

—¡Pesado! —le esquivó Rafa.

—Papá —se dirigió Miguel a Gabriel—. Tráela de una pieza, por favor. ¡Cómo yo me entere que derrama una lágrima!

—Bueno, arcángeles. Me marcho. Ya os contaremos cómo van las cosas.

—¡Ah! Por cierto, Laura —dijo Miguel—. Hablamos el domingo para quedar el lunes.

—¿El lunes? —Laura no caía.

—¡La moto!

—¡Ah! ¡De acuerdo! Hablamos.

Laura regresaba a su casa para comer con su abuela. La inyección de amistad recibida por sus compañeros le reforzaba y le preparaba para los acontecimientos del día siguiente. Se sentía completa gracias

al apoyo de aquellos jóvenes. El sábado se avecinaba con buenas vibraciones. Encontrar al hombre X y la actitud de sus amigos era la mejor medicina para los momentos de tensión e incertidumbre que se aproximaban. Tras el almuerzo, Laura y Lola conversaban.

—Abuela, mañana saldremos muy temprano. Quizás no nos veamos. He quedado con Gabriel a las seis de la mañana. Como no nos vamos a quedar a dormir allí, preferimos salir temprano.

—Está bien.

—La verdad es que estoy deseando que pase el día de mañana. Por un lado, necesito ir y saber. Por otro, temo la verdad. No logro entender la última carta de mamá. Presiento que mañana va a ser un día duro. Algo me dice que mi madre ya no vive.

—No pienses eso, hija.

—Sí, abuela. Algo profundo y doloroso reposa en las palabras de mamá. Algo malo le estaba sucediendo. Lo sé.

—Ten paciencia, mañana saldrás de dudas. Laura, la vida es un largo camino. En él, bellas y aromáticas rosas nos acompañan. A veces nos regalan sus perfumes, en otras nos lastiman sus afiladas espinas, pero siempre debemos de caminar hacia delante. Que el dolor de un tallo traicionero no empañe el color y la fragancia de las demás. Cada herida que te ocasione, sanará. Cada dolor que te produzca, pasará y siempre tendrás la oportunidad de tomar otra y disfrutar de toda su belleza y su aroma. La vida es simplemente eso, no hay más. Mañana te encontrarás con aspectos bellos y oscuros de tu existencia. Debes saber asimilarlos con cautela e inteligencia. Mañana es un gran día para ti. Me alegraría que Enrique estuviera aquí y te pudiera acompañar; le entusiasmaría. Hazlo por ti, hazlo por él.

—¿Y si no quieren hablar conmigo?

—Si no quieren hablar contigo no pasa nada. Aquí tienes a tu abuela y a tus amigos. Todos te queremos tanto que no echarás en falta cariño alguno. Además vas muy bien acompañada. Gabriel es un ángel que te ha puesto el cielo.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí. El tiempo lo dirá.

—La verdad es que estoy muy a gusto con él—. Tras una pequeña pausa siguió hablando—. ¿Sabes? Hoy he visto al chico.

—¿A tu chico?

—Sí —se le iluminaba el rostro—. Y me ha saludado con la mano.

—Ése es el gran escollo de Gabriel, ¿verdad?

—Sí, abuela. Ahí duermen todas mis dudas.

—No sé lo que prefiero. Por un lado me encanta Gabriel para ti, ¡está tan enamorado! En cambio, los ojos te brillan de una manera muy especial cuando hablas del otro.

—¡Eso es lo que me pasa! ¿Tú me entiendes? ¿Verdad?

—Claro que te entiendo. Esa decisión es difícil, al menos es algo que yo nunca he tenido claro.

—¿El qué?

—Cuánta proporción de sal hay que poner a cada lado de la balanza. El equilibrio entre la razón y la pasión. Gabriel es para ti la razón. El hombre desconocido, la pasión. ¿Dónde hallarás la felicidad? ¿En la coherencia o en una pasión quizás transitoria y volátil? Eso nunca lo sabrás. Las cuadrigas salvajes del corazón suelen desbocar a las apaciguadas aguas de la lógica. Con el tiempo te irás aclarando. Ten paciencia. Debes seguir a tus instintos, a las señales que van surgiendo.

—Eres sabia, abuela. En ti encuentro siempre consuelo. ¿Qué haré cuando tú no estés?

—Guiar a tus hijos y a tus nietos como yo lo hice contigo.

—Déjame que te abrace. ¡Tú no te puedes ir jamás! ¡Qué tontería estoy diciendo!

—Qué buena eres conmigo, Laura. ¡Cómo deseo que mañana te vaya todo bien!

Mientras el sol aún permanecía dormido, Laura se sentó en el coche junto a Gabriel. Su mente estaba ya lista para partir. Una callada, silenciosa y desvelada Lola observaba por la ventana tras las cortinas. Su corazón latía con fuerza a la par de sus contenidas emociones. Sus pensamientos se hundían en los posibles acontecimientos que podían ocurrir aquel día tan importante. Sólo anhelaba el bien para su nieta y el conocimiento de hechos que justificaran el despropósito que había acompañado a su hijo durante casi toda su vida. Era justicia lo que ansiaba. Justicia para Laura por no haber conocido a su madre; justicia para su hijo por haber vivido en una esperanza no recompensada y por el sacrificio de tantos años de espera. Con una vidriosa y senil mirada, despidió calladamente a su nieta deseándole toda la suerte del mundo.

El frescor de la mañana ocupó el habitáculo interno del vehículo de Gabriel. Tras un beso de buenos días, los dos amigos iniciaron la marcha hacia esa buscada y anhelada verdad.

Capítulo XIV

¿Querrás que entre contigo? —preguntó cautelosamente Gabriel al poco de iniciar el viaje.

—Creo que mejor no, será un momento muy tenso. Si te necesito te llamaré al móvil.

—¡Está bien! —complacía él—. Llámame enseguida. Yo estaré dando una vuelta por los alrededores.

—¡Qué nervios! Hoy apenas he dormido.

—¡Ah! Entonces lo que tienes debajo de los ojos, ¿no es pintado? —dijo con sorna el director.

—¡Qué gracioso! ¿Tengo ojeras? ¿En serio?

—¡Qué va! Estás guapísima… como siempre. No te afecta ni el insomnio.

—Mira que eres adulador —se ruborizó Laura.

—Sólo digo la verdad. Recuérdalo siempre, yo nunca miento.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Oye, Laura!, cambiando de tema. ¿Quién te enseñó a pintar?

—Mi padre.

—¿Tu padre pintaba?

—No exactamente. Él me abrió la puerta…

—¿Cómo es eso?

—Cuando yo era chica, mi padre tuvo una idea. De la habitación donde yo pinto ahora, sacó todos los muebles y se puso a dibujar conmigo sobre la pared. Pintamos de todo: Soles, mares, árboles, animales. Cuando llegó Lola de la calle se enfadó muchísimo y comenzó a chillar: «¡Esto es una locura! ¡Esto es una locura!». Mi padre se tronchaba a su costa. Los días pasaron… y mi padre y yo seguíamos pintando y coloreando las paredes. Es por ello que mi padre le puso el *taller de la locura*. Ese día se despertó en mí el amor por la pintura. Enrique me enseñó a dar los primeros trazos, las primeras sombras. Los años pasaron poco a poco sumergida en mis dibujos, probando y probando. Y así llegué adonde estoy hoy.

—Entonces, ¿aprendiste sola?

—Sí, más o menos.

—¿Qué pintabas?

—En los primeros años pintaba el amor de mi padre, el cariño de

mi abuela, la ausencia de mi madre, mis temores, mis ilusiones.

—¿Cómo consigues pintar todo eso? ¡Son emociones!

—Imagino cosas que me empujan a esos sentimientos y los plasmo sobre el lienzo. Las emociones no se pueden expresar de otra manera. «Sentí una caricia suya en la espalda, como si una gota del más puro rocío de la flor más bella del universo recorriera mi piel». ¿Lo ves? La única manera que tenemos para describir la suave caricia de un amante no es otra que comparándola con algo bello y natural. Pues en la pintura es igual, pero en vez de con palabras con imágenes.

—Te entiendo. ¿Quién es Lola en tus ojos? ¿Qué dice tu espejo mágico?

—Lola es un viejo olivo. Es su fruto, bello y sabio. Es su majestuosidad en medio del campo. Es la mejor sombra en un día caluroso de verano. Es su erguida fuerza de penetrantes raíces la que te concede su seguridad y su confianza. Es su corteza, su piel al paso de los años. Es la ternura de sus frutos, la valía de su aceite. Es el duende del olivo Andaluz, su arte, su chispa. Es el flamenco, un grito de pasión, un taconeo profundo. Es la sabiduría de los años. Son muchas cosas las que representa mi abuela.

—Eres maravillosa, Laura. Me encanta cómo expresas las cosas. ¿Quién eres tú?

—Quien tú ves.

—Ya. Pero, ¿cómo te defines en ese lenguaje profundo que tú usas?

—¡Jo!, Gabriel. Que me da apuro.

—Por favor.

—Soy una pobre tonta que no tiene maldad ninguna, pero por lo tonta que soy a veces me equivoco y hago que los demás sufran por mí. Llevo toda la vida pensando que mi vida va a cambiar. Sé que el tránsito debe venir de mi esfuerzo, pero no sé por dónde tirar, qué dirección coger. A veces pienso que llegaré a la vejez sin haber experimentado eso que ansío; es algo que me aterra. No quiero verme toda una vida de espera para nada. Si tengo que dar el paso, he de darlo ya. No debo demorarme más.

—¿Pero a qué te refieres? ¿Qué paso debes dar?

—No lo sé. Lejos de aquí. Olvidarme de todos y así borrar todos esos errores.

—¿Qué errores, Laura?

—Los errores que he cometido durante toda mi vida con las personas que me han rodeado.

—No creo que sea así —negaba Gabriel— y aunque lo fuera, la gente perdona. Además, tú das mucho bueno. Creo que exageras.

—Me gustaría empezar de nuevo en una ciudad que nadie me conociera y tener así la oportunidad de no cometer los mismos fallos.

—Pero, ¡qué fallos! —exclamó Gabriel—. ¿A qué te refieres?

—No lo sé. Quizás sean sensaciones mías. Al final os terminaré defraudando, ya lo verás.

—No lo creo, Laura. Opino que es cierto que hay algo en tu vida que no llega a fraguar, a estabilizarse. Es normal, no te preocupes. Verás que con los años vas cogiendo ese camino que te proporcionará lo que buscas.

Tras más de tres horas de coche y conversaciones profundas, llegaron a Bétera. La localidad se abría a cada paso como un escenario de dudas y esperanzas. El interior de Laura se iba agitando por segundos y la intranquilidad se posó sin remedio.

—Ya hemos llegado. —Echó el freno de mano y giró su cabeza.

—Sí.

—Suerte, Laura.

Gabriel le dio un abrazo inspirando súbitamente todo el olor característico de ella. El número uno de la calle José Miralles le esperaba. Se bajó. Únicamente se percibía el suave ralentí del motor del coche y el agradable canto de los pájaros. Laura tragó fuerte. La imagen de Lola y de su padre aporreaban su mente. Las cartas de su madre se diluían por su imaginación. Pronto tocó la puerta.

—¿Sí? ¿Quién es? —Una anciana voz se escuchó muy próxima.

—Hola. Busco a la familia Sánchez Ayora —dijo la voz temblorosa de Laura.

En ese preciso momento, la puerta se abrió lentamente. Tras ella, apareció una anciana de pequeña estatura. Sus cabellos canos se encontraban dulcemente cepillados y sujetos por una ancha horquilla negra. Vestía una bata celeste, y sobre sus hombros reposaba una manta antigua de cuadros rojos y negros. Su mano izquierda sujetaba un bastón de madera donde reposaba gran parte del peso de su castigado cuerpo. Sus párpados apenas dejaban ver sus ojos que se encontraban enfermos; uno de ellos era prácticamente blanco.

—Hola, hija. Perdone, apenas veo. Estoy ciega.

—No se preocupe. Buscaba a la familia Sánchez Ayora, ¿es usted?

—Permítame que le toque la cara.

—Claro —respondió Laura amablemente.

Una mano esclerótica y famélica se le acercó temblorosamente a su faz. Sus yemas se iban deslizando paulatinamente a trompicones

por su piel. Sus seniles ojos, ahora más abiertos, comenzaron a derramar sendas lágrimas puras que recorrieron sus mejillas. El temblor de sus manos se acentuó y se extendió a sus labios como preludio emocional de un llanto. La expresión de la anciana era casi de una terrorífica amargura y reflejó durante un segundo decenas de años de dolor y desesperación. Laura permanecía inmóvil.

—Eres idéntica a tu madre —suspiró la anciana—. ¡Dios mío! —exclamó antes de romper a llorar.

La anciana se derrumbaba sobre sus propios pies, teniendo Laura que sujetarla.

—Tranquila, yo la acompaño al sofá.
—No. No, por favor. Abrázame, hija. Soy tu abuela Aurora.

En ese fugaz instante, Laura se sumergió en una pena extrema y se fundió en un largo y sentido abrazo.

—¡Abuela! —decía angustiada Laura.
—No me encuentro bien. ¡Ay! ¡Dios Míos! ¡Dios mío! ¡Por favor! ¡No me encuentro bien! ¡Ay Virgen Santa! ¡Dios mío! —sollozaba Aurora.

Lentamente, Laura la acompañó a un sillón donde ambas se sentaron cogidas de sus agitadas manos.

—Eres Laura, ¿verdad? Llevo toda la vida esperándote. Tienes la misma voz que tu madre… la misma voz que Celia. ¡Dios mío! ¡Por Dios!

Los llantos y los gemidos eran los únicos sonidos que alteraban la calma en aquel lugar. Los minutos pasaban y la anciana iba recuperando lentamente la normalidad en la respiración.

—Abuela, tranquila. Ya estoy aquí. Ya pasó, ya pasó.
—¡Ay tu madre! ¡Ay tu madre! Yo sabía que vendrías hoy. Me lo dijo la vecina. Sabía que eras tú. Se lo dije a mi hijo, que viniera, que eras tú. Estaba segura. Él no ha podido venir.
—¿Y mi madre?
—¡Ay tu madre!
—¿Vive? Dígame por favor —se impacientaba Laura—. ¿Está viva?

Aurora no paraba de jadear. La crisis de ansiedad que experimentaba le dificultaba el habla.

—Tranquilícese, por favor. Dígame si mi madre vive.
—¡Ay! Tu madre —seguía sollozando dándose golpes en el pecho.
—¿Quieres que llame al médico?
—No… ¡Ay Celia! ¡Ay Celia!
—Abuela —le alentaba dándole un abrazo tranquilizador—. Ya pasó. Estoy aquí con usted.

Laura se levantó y se dirigió a la cocina para traerle un vaso de agua. La mano aún temblorosa de la anciana lo sujetó torpemente llevándoselo a su boca.

111

Gabriel se desesperaba dando vueltas de un lado para el otro por toda la calle José Miralles. La preocupación y el interés de saber que Laura estuviera bien le ocupaba todos sus pensamientos.

—¿Noticias? —escribía en un mensaje de móvil Miguel—. Tengo aquí a Mara mordiéndose las uñas.
—No, nada. Ahora mismo está dentro de la casa. Nada nuevo —respondió Gabriel.
—Joder, avisa en cuanto sepas algo.
—Hola, Gabriel —saludó por escrito Rafa—. ¿Algo nuevo?
—No, ahora mismo está en la casa. Miguel acaba de preguntarme también.
—Vale, estamos nerviosos.
—Imagínate yo. Estoy aquí, cerca de la puerta. No me quiero alejar. Si sé algo, os aviso.
—Gabriel —volvía a escribir Miguel—. Dice Mara que cuánto lleva dentro Laura.
—Unos cuarenta minutos.
—¿Tanto? Buena señal, ¿no?
—Eso parece —contestó Gabriel—. Al parecer la han recibido bien. Estamos en contacto.
—Ok.
Gabriel se preocupaba. —¿No le estará sucediendo algo, no? —se preguntó—. Espero que me avise si hace falta. ¡Qué angustia! ¡Joder!

111

Aurora ya había bebido un sorbo de agua y parecía haberse

tranquilizado un poco.

—Cuénteme, por favor —suplicaba Laura—. ¿Está mi madre aquí?
—No, hija. No.
—Pero, ¿está viva?
—Sí.

Laura se encogió con las manos sobre su cara y lloró profundamente mientras su cuerpo se agitaba con brusquedad. Un gran estruendo y miles de luces de colores se propagaron por su imaginación. Aurora le puso su mano sobre la cabeza y le acarició sus cabellos.

—¡Mi madre vive! —sollozaba intensamente Laura—. ¿Dónde está?
—En Barcelona.
—¡No me digas! ¿Qué le pasó? ¿Por qué no supimos de ella?
—Tranquila, hija. Yo ahora te voy a contar todo. ¿Y tu padre? ¿Enrique? ¿Cómo está?
—Mi padre murió hace tres años en un accidente de coche.
—¡Dios mío! —volvía a llorar Aurora—. Mi pobre hija no va a poder volver a ver a su amor. Qué injusticia. ¡Qué vida más traicionera!
—Iré a verla, abuela. Necesito verla ya.
—Ella no está bien —se sinceró tristemente la anciana.
—¿Qué le ocurre?
—Ella vive en un centro de salud mental.
—¿Cómo? ¿Qué le ocurrió?
—La historia es muy larga. Tengo que ir por partes, hija.
—Cuénteme rápido.
—Cuando tu madre te tuvo, mi marido la trajo para acá para casarla con Carlos, el que es alcalde a día de hoy. Su padre ocupaba ese cargo por entonces. Ella quería irse con Enrique a Madrid pero temía que mi marido me hiciera daño.
—Sí, hasta ahí conozco la historia. He leído casi todas las cartas de Celia.
—¿Las has leído? ¿Quién te las dio?
—Mi padre las guardó. Las leí hace muy poco. Por eso la estoy buscando.
—¿Tu padre no se volvió a casar? —preguntó extrañada Aurora.
—No, esperó a Celia durante toda la vida. No perdió la esperanza.
—Pero si Celia le mandó una carta diciéndole que se olvidara de ella. Yo fui la que la mandó. Ella me la dio.

—Él no la creyó —se apenó Laura—. Él siempre vivió con la ilusión y con la certeza de que volvería a verla.

—Y ella también, hija mía, ella también.

—Y, ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué no buscó a mi padre?

—Al poco de casarse con Carlos decidió escaparse de Bétera. Me llevaría con ella. Me dijo que iríamos a Madrid y allí reharíamos nuestras vidas. Un día, sabiendo que mi marido estaba de copas con los amigos, hicimos las maletas para fugarnos. Aquella noche mi marido llegó antes de lo esperado, descubriendo nuestros planes. Venía muy borracho y empezó a pegarme una paliza que casi me mata. Me roció los ojos con un disolvente y perdí la visión. Celia, viendo que podía matarme, agarró fuertemente el atizador de la chimenea y le golpeó repetidas veces en la cabeza.

—¿Cómo? —Laura se quedó petrificada.

—Sí, hija, sí. Lo mató. Ella sólo me estaba defendiendo. Tu abuelo era muy querido en el pueblo y tenía muchos amigos en la política, en Bétera y en Valencia. Tu madre no pudo hacer nada ante eso. Se basaron en que mi marido iba muy borracho y que tenía mermadas sus facultades. Cuando salí del hospital, Celia ya estaba detenida. Le cayeron nueve años. Al final estuvo siete largos e interminables inviernos.

—¿Mi madre en la cárcel? —Laura no daba crédito a lo que sus oídos recogían del pasado.

—Los primeros meses fueron muy duros para ella. La circunstancias de la muerte de su padre, el hecho de no verte más a ti ni a Enrique, mi estado de salud… Toda esa situación la llevó a escribir esa última carta que recibió tu padre. Ella no quiso condenaros a la espera. Sabía que la cárcel la iba a cambiar, y que los años pasarían lentamente. No quiso que vosotros sufrierais esa penitencia. No sabes lo que lloraba en la cárcel sabiendo que nunca más os vería. Con lágrimas en los ojos me decía: «Sólo espero que Laura tenga la madre que se merece y Enrique la mujer que necesita; yo ya no les puedo acompañar en esta triste vida».

—¡Se equivocó! —se enrabietaba Laura—. Mi padre la hubiera ido a visitar, se hubiera ido a vivir a dos metros de la cárcel si hubiera hecho falta. Él sacrificó toda su vida por ella. ¿Por qué no se lo dijo? Él le hubiera comprendido.

—Celia estaba hundida. Toda la situación le superó. Pronto la trasladaron a una cárcel de Sevilla. Apenas íbamos a verla. Sentía vergüenza por todo lo acontecido. Creía que nos había destrozado la vida a todos. Tuvo varios intentos de suicidio. Se derrumbó por completo. Soñaba contigo. Quería despertar de esa pesadilla que la alejaba de ti y de tu padre, pero no podía. Tú eras su motivo para seguir luchando. Yo le llevaba las fotos que tu padre mandaba. Ella las

besaba y se desesperaba. Gota a gota se fue recluyendo en su celda hasta que un día no salió más. No volvió a hablar con nadie y su mente enfermó para siempre.

—¡Mamá! —jadeaba Laura—. ¿Dónde está ahora?

—Está ingresada en Barcelona. Allí le visita su hermano de vez en cuando. Ya no es ella. Sólo mira al infinito, apenas hay vida en su cuerpo. No habla, no nos reconoce, no se inmuta con nada.

—¡Necesito verla!

—No sé qué decirte, Laura. No sabrá quién eres. No te conocerá.

—¡Necesito verla! —repetía la joven apenada.

—Lleva quince años ingresada en el centro, desde que salió de la cárcel. No nos reconoce. Yo la acompaño, le hablo, le toco… pero ella no responde. Parece como si viviera en otro mundo, en otra parte; allí debe sentirse muy sola. Al principio de todo, al poco de entrar en prisión, me dejó una carta para que te la diera si algún día te llegaba a conocer. Espera que te la traiga.

Querida Laura

Todo niño debe de tener a su madre cerca. Yo no pude darte eso, lo sé. Cada minuto del día pienso en ti, en tus manos, en tu cara, en tu aroma. El destino me arrebató lo que más quería de mis propios brazos, porque fui tonta. Pero ahora no sé cómo enmendarlo. Siempre he estado profundamente enamorada de ti y de tu padre, de eso que no te quepa duda. Tristemente, los acontecimientos me han llevado a separarme para siempre de ti. Salir de tu vida y de la de tu padre es lo único que podía hacer por vosotros. No os mereceríais vivir con la carga que yo arrastro. La privación de libertad es una condena, pero lo es más no estar contigo. Tengo tantas cosas que contarte que hacerlo me llevaría años. Desde aquí, desde la soledad más profunda, me siento morir por tu obligada lejanía. Siento descomponerme por dentro. Siento que mi llama poco a poco se va apagando. Tu padre, Enrique, es la persona más maravillosa que jamás he conocido. Confía siempre en sus palabras. A él nunca le tengas rencor pues hizo todo lo que pudo. Lamento de todo corazón que hayas vivido sin saber de mí, sé que te habré hecho sufrir. No pido que me perdones pues no lo merezco. Sólo pretendo trasmitirte todo el amor que siento por ti. Espero que consigas hallar la felicidad junto a esa familia que te quiere tanto. Te quiero, Laura. Te echo de menos. Nunca olvidaré tus ojos, tu forma de mirarme. No sé si lograré vencer esta soledad, esta dichosa distancia que nos separa. Espero, algún día, poder volver a encontrarnos y recuperar todo ese tiempo que te robé. Ahora mismo te abrazaría y te daría millones de besos. Para una madre lo más importante son sus hijos, y yo no te tengo a mi lado. Cuánto dolor me produce tu ausencia. Cuánto dolor me instiga no haber estado a tu lado los primeros años de tu vida. Enrique y Lola te sabrán cuidar. Sabrán darte todo eso que yo no he sabido darte. Si me hubiera dedicado plenamente a ti, esto no hubiera sucedido. Me equivoqué, lo sé. Lo lamento, pequeña Laura. Cuídate mucho. Cuida de tu padre, dale todo el amor que yo quise darle. Ojalá la felicidad te acompañe toda la vida. Lo siento, hija mía.

Te quiero

Celia

—Qué pena —balbuceaba Laura—. Qué asco de vida, ¡vaya mierda!

—Lo sé.

—Iré a verla la semana que viene sin falta. Necesito verla.

Necesito que me vea.

—Te comprendo, hija. La clínica está en Barcelona. Se llama *Centro Mental San Luis.* Puedes ir cuando quieras. Yo la vi la semana pasada. ¡Está tan estropeada! Te impresionará.

—Tengo a un amigo esperándome fuera. ¿Puedo pedirle que pase? ¿No le importa?

—Claro, hija. Esta casa es tuya también. Somos tu familia.

En pocos minutos, Gabriel entró por el salón de la casa y se fundió en un abrazo con Laura.

—¡Está viva, Gabriel!, vive en Barcelona.

—¡Me alegro! —Él no pudo contener las lágrimas. —No sabes cuánto me alegro por ti. Te lo merecías.

—Está enferma, ingresada por problemas mentales. Pero no me importa, me da igual. Mamá está viva y la voy a conocer.

—Señora —saludó Gabriel a Aurora.

—Hijo, dame un beso. Tu voz es la de una persona buena. Cuánto me alegra que mi nieta esté acompañada por un buen hombre. La pobre ha tenido que sufrir mucho sin su madre. Y su madre sin ella.

Laura le contó a Gabriel brevemente el sino de su madre.

—Os pido que os quedéis a comer conmigo. La vecina me baja la comida todos los días. Habrá para todos.

—Por supuesto, abuela. Nos quedaremos con mucho gusto. Permítame que llame a mi otra abuela. Está ansiosa por saber.

—¿Lola? ¿Vive aún?

—Sí, claro.

—Me acuerdo mucho de ella. Celia le tenía mucho cariño. Siempre me contaba todo lo que la ayudó durante el embarazo. Ella la acompañó durante el parto. Lola fue la primera que te vio en este mundo. ¡Cómo me gustaría conocerla! Tengo tantas cosas que contarle, que compartir. Y tendrá tantas cosas por decirme. ¡Qué vida, Dios mío!

Lola descolgó el teléfono.

—¡Abuelita! —Laura se enrollaba el pelo alrededor de su dedo índice mientras caminaba de un lado para otro.

—¿La has visto?

—Estoy ahora mismo en su casa.

—¿En la casa de quién?

—La casa de Aurora.

—¿Pero qué me dices?

—Sí, abuela. Me está contando todo lo sucedido. Te vas a quedar de piedra. Te manda un beso de su parte.

—Cuenta, cuenta. Dale otro para ella. —Lola mostraba una gran excitación.

—Mi madre está viva, podré conocerla.

Lola sintió que se mareaba y prefirió sentarse en su sillón.

—¿Hoy mismo?

—No, iré la semana que viene —contaba entre lágrimas.

—No llores, guapa. Por fin la vas a conocer. Me hace tan feliz. Me alegro mucho por ti. ¿Y qué es de ella?

—Está ingresada en un psiquiátrico desde hace años.

—¿Qué me estás diciendo?

—Sí, abuela. Ella no está bien. Esta noche te cuento con detalle, hay mucho de qué hablar.

—Vale. ¿Y Aurora?

—Estupendamente. Muy cariñosa conmigo. Ahora vamos a comer. Luego nos vemos.

—Bien, Laura. No sabes cuánto he rezado por ti.

—Un beso, te quiero.

Durante el almuerzo, la conversación siguió esclareciendo los hechos.

—Fue duro para usted, ¿verdad? —dijo Gabriel.

—Imagínese. Yo ingresada por los golpes, la cara quemada y ciega… y mi hija en la cárcel. Fueron momentos muy angustiosos.

—¿Cómo se puede sobrellevar una situación así? —seguía el director.

—No se sobrelleva, se sufre. Además el pueblo se puso contra nosotras. Hubo un linchamiento social contra mi pobre hija. La gente no quería ni nombrarla.

—Lo sé —respondió Laura atando cabos.

—El pueblo —explicaba Aurora—no tenía ni idea del monstruo que vivía en aquella casa. El asesinato del suegro del hijo del alcalde se vio como una deshonra, como una lacra en su familia. El nombre de Carlos no podía ser manchado y Celia cargó con un castigo inmerecido. Ella me salvó la vida. Pobrecita.

—¿Y por qué no se fue a vivir con su hijo a Barcelona? —se interesó Laura.

—Aquí está mi casa. No quiero molestar a mi hijo. Voy de vez en cuando.

—Pronto la llevaremos una temporada a Madrid. Nos tenemos que conocer más —se entusiasmaba la joven—. Es usted la primera persona de la familia de mi madre que conozco.

—Deberíamos habernos conocido hace mucho… —refunfuñó Aurora—. Pobre Celia, cuando te vea, ¿qué pensará?, ¿cómo reaccionará?

—Laura —interrumpió Gabriel—. Si necesitas tomarte la semana libre, hazlo, no habría problema. Lo tuyo es más importante.

—No, Gabriel. Necesito hablar con Lola, contarle lo sucedido despacio y bien. Necesito reposar lo acontecido. Necesito escucharla y que me aconseje. Son muchas cosas de una sola vez.

—Como tú veas.

Tras el almuerzo, Aurora le enseñó cientos de fotos antiguas de su madre. El rostro de Laura se iluminaba por momentos. Era un día alegre para ella. El estado de salud actual de Celia no le preocupaba demasiado, no sería un motivo para empañar su felicidad. En esos momentos sabía que estaba viva y que la iba a conocer.

—Ciertamente eres igualita a tu madre —comentó Gabriel.

—Tienes toda la razón —hablaba Aurora—, y tu voz… tu voz es la misma. Parece que estuviera con ella charlando, como cuando era joven.

—¿Y el abuelo? —preguntó Laura.

—El abuelo fue enterrado por su familia. Nunca he ido a visitarlo. Era un hombre codicioso y muy influenciable. Sólo le importaban las apariencias. Su ruina económica le marcó para siempre. Yo siempre le quise, pero con el embarazo de Celia se equivocó. Ella estaba muy enamorada de Enrique. Debió irse a Madrid y dejarme aquí, era lo más lógico. No hubiera importado que me matara. En esta mala partida no ha ganado nadie: Ni Enrique, ni Celia, ni mi marido, ni tú, ni yo, ni nadie. Fue una tontería que ella se quedara conmigo. Fue el gran error de mi hija. Su buena intención la superó y la llevó a su derrota.

Tras pasar toda la tarde relatando episodios de sus vidas, Laura y Gabriel iniciaron el regreso a Madrid.

—Abuela. —La señorita Laurel abrazó a Aurora—. Me alegro de haber venido. ¡Si hubiera sabido antes de usted! Vendremos pronto. Le prometo que en pocas semanas le invitaremos para ir a Madrid a pasar unos días. Y, si no, vendremos nosotros a Bétera.

—Lo que tú desees —respondió la abuela emocionada—. Has sido esa luz que necesitaba. Esa claridad que mis ojos llevaban años sin contemplar. Por ti, por lo buena que eres, ya ha merecido la pena todo

el sufrimiento. Eres el fruto de dos personas que se amaron con mucha pasión. Yo hubiera hecho lo que fuera por haberme sentido tan enamorada como tu madre. Ella os quería muchísimo. Y sé que en el fondo de su corazón, en ese lugar donde vive encerrada, os sigue queriendo y echando de menos.

—Eres un gran sol, abuela. Me voy muy contenta y feliz. No esperaba esto. Tenía miedo a ser rechazada.

—Ese mismo miedo es el que tenía yo. No hemos sido buenos contigo. Deberíamos haberte buscado nosotros y no esperar que tú dieras el primer paso. Lamento mucho nuestra lejanía.

—No te preocupes —seguía Laura—. Lo importante es que ya estamos juntas. A partir de ahora nada va a ser igual. Hoy he cerrado una ventana que llevaba años abierta dejando pasar el aire frío de mi soledad interior. Ahora sólo queda conocer a mi madre.

—Señora —iniciaba la despedida Gabriel—. Ha sido un auténtico placer.

—Gracias, chicos. Gracias a los dos por la visita. Espero veros pronto. Ahora llamaré a mi hijo para contarle lo sucedido. ¡No puedo creer que al fin haya podido conocer a mi nieta!

—Mi abuela se va sorprender mucho cuando le cuente bien —reía Laura—. Un beso.

Durante todo el camino de vuelta, Laura relató lo acontecido a su amiga Mara. Sus ojos se iluminaban en medio de la noche. Nuevos y relucientes pensamientos emergían de sus profundidades. Recordaba la imagen de aquella entrañable anciana y se imaginaba el encuentro futuro con su madre. Aquel sendero oscuro de raquíticos y desnudos árboles que habitaba en su interior, dejaron filtrar por fin un pequeño haz de luz suficiente para iluminar su corazón. Pequeños brotes de vida se repartían por doquier, por toda su alma. Laura corría rápido y veloz por los prados verdes de su infancia, por donde hasta ahora nunca se había atrevido a pasar. Sentía recuperar parte de su juventud robada, como una merecida nueva oportunidad.

—Nunca es tarde —decía Laura.

—¿Para qué? —preguntó Gabriel.

—Para nacer de nuevo.

—¿Y eso?

—Hoy tengo la sensación de que mi vida comienza de cero. Parece que todo adquiriera sentido en un abrir y cerrar de ojos. Pareciera de repente como si se hubiera justificado toda la soledad sentida y los sufrimientos experimentados. Lamento que papá no esté aquí para verlo y así su alma quedara tranquila. Seguramente, allí

donde esté, estará sonriendo y alegrándose por mí.

—Seguro que sí, Laura.

—Ya sólo tengo ganas de que llegue el fin de semana que viene para conocerla. Se me acelera el corazón con sólo pensarlo. Cierro los ojos y la imagino sentada, mirando tristemente al pasado. A mi llegada, sus ojos se abrirían como no lo hicieran desde hace años, y juntas pasearíamos cogidas de la mano permitiéndome ver todo el amor que nos guardaba a mí y a mi padre. No sé por qué, pero algo está cambiando en mí. Me siento diferente. Siento paz.

Capítulo XV

Un intenso, profundo y prolongado abrazo unió los cuerpos de Lola y Laura. Las lágrimas de ambas se entremezclaban en un río de emociones contenidas desde siempre. Laura le explicaba con todo detalle lo sucedido. Lola se estremecía reviviendo épocas pasadas. Pareciera como si su hijo volviera durante unos instantes. La información relatada sobre la muerte del padre de Celia y la entrada en la cárcel de ésta, eran las causas que explicaban todo. Los interrogantes que habían acompañado a la vida de Enrique se habían resuelto de un plumazo. Una merecida satisfacción se mezclaba con la frustración de no haber conocido antes los detalles de la historia. Lola pensó, bajo su espacio reservado, en la cantidad de sufrimiento que se habría ahorrado su hijo si hubiera conocido a tiempo todo lo sucedido. Concluía que todo era muy injusto, y una insana sensación le quedó perenne en su conciencia. Al fin y al cabo, no era difícil pensar lo triste del tema. Su hijo se había llevado cerca de treinta años anclado en una esperanza imposible de satisfacer. La cárcel y la posterior enfermedad de Celia hicieron inalcanzable el deseado reencuentro. La anciana se lastimaba de no haber conocido antes la verdad.

Tras una tardía cena, Laura se acostó cansada y llena de ilusión. En medio de propias y silenciosas promesas, cayó en un merecido sueño.

El domingo comenzó temprano en el *taller de la locura*. El inacabado lienzo paisajístico anterior dejó paso obligado a un nuevo proyecto que ansiaba salir de su cabeza. Aurora se abría camino entre los trazos a carboncillo. Eran sus cabellos plateados, sus cerámicos ojos, sus pronunciados nudillos y su viejo bastón, algunos de los aspectos que la definían. Todos estos elementos se mezclaban en una imagen serena que reflejaba miles de vivencias y anécdotas. El daño físico y mental, su obligada ceguera, su viudedad callada, la pérdida de libertad de su hija, sus momentos ocultos, sus lágrimas tapadas. Laura viajó estrepitosamente al pasado de Bétera y, oculta tras un árbol, contempló la agresión a Aurora, la defensa de su hija, los

golpes, la sangre correr, el inmerecido y ovacionado funeral de su abuelo, la calamitosa detención de Celia, su ingreso en prisión, su desvanecimiento espiritual, su locura y su acercamiento al oscuro mundo de la culpa y de la soledad. Todos esos acontecimientos que su abuela materna le había contado el día anterior, se agolpaban en su pincel configurando el alma rota pero sostenida de Aurora.

El pequeño puzzle interior de Laura se iba componiendo paulatinamente. El *taller de la locura* albergaba todas esas sensaciones que le producían las personas importantes de su vida. Lola, Enrique, Aurora, Gabriel, Mara y, por qué no, el hombre que había buscado en *@tranvía*. En aquellas paredes faltaba únicamente el retrato de Celia. Aquel debía ser un gran lienzo, probablemente ocuparía una de las cuatro paredes del *taller de la locura*. Debía compilar tantos sentimientos, que tendría que ser una proeza reordenar todos sus elementos. La imagen de Celia ansiaba por brotar de la mano de su hija y ésta por mostrarla a través de sus ojos. Estaría cerca la culminación de la obra, unir los dos retratos de sus padres en una única exposición que revelara sus verdades: El afecto que habían compartido, el futuro que se habían prometido y que se perdió, sus noches de pasión, sus palabras de cariño, sus promesas quebradas y su suerte dejada a la deriva ante un cruel destino que se cebó con ellos. Laura rescataría sus promesas y sus ilusiones, las imprimiría de su dignidad perdida y las enseñaría al mundo como homenaje a ese amor que se robó, a esa esperanza que se volatilizó. Enrique, allá donde estuviera, debía observar aquella imagen, la de los dos juntos de nuevo unidos por el pincel de su hija. Él debería contemplarlo con sus ojos enamorados y lleno de templanza. Ella, en su oscura habitación de la demencia, despertaría de ese enfermizo letargo y correría sin pausa hacia su amado. Y allí, en medio de un gran estruendo musical propuesto por Laura, se abrazarían y besarían para toda la eternidad.

Todas esas imágenes envolvían a Laura en un estado de ensoñación profunda que la alejaba de la vigilia.

111

Gabriel colocaba varias cajas de cartón sobre el suelo de la entrada de su casa. Había acordado ir al piso de Miguel mientras buscara uno en alquiler. Los recuerdos de muchos años en aquel hogar se clavaban sobre su pecho comprimiéndole su respiración. El nacimiento de sus hijos, los primeros biberones, los lloros a media noche… Todo ello le venía a la memoria. Desde que viera a su mujer con otro, no había hablado con ella. Sólo había tenido varios mensajes

de texto donde Esther le solicitaba imperiosamente que saliera de la casa y la dejara libre para ese domingo. Gabriel no quería demorar más la marcha. El fin del matrimonio había llegado para siempre y ni siquiera él quería arreglarlo. Deseaba una nueva vida, nuevos proyectos. Ya no importaba si Laura se decidiera por él o no. Un nuevo camino había comenzado irremediablemente y estaba dispuesto a disfrutarlo de otra manera. Era consciente de que los inicios serían duros, y que la soledad obligada no era plato de buen gusto para él. Pero todo eso era el pistoletazo de salida de una nueva era. Quería sentir a partir de ahora lo mismo que había sentido por Laura, pero por todas las cosas. Quería vivir con intensidad, con ilusión. No quería conformismos ni rutinas obligadas. Era hora de imponer sus propios criterios y de marcar sus propias normas. Ya no quería sentirse marioneta de nadie. Todos estos pensamientos se exteriorizaban en una evidente energía que le hacía recoger sus pertenencias con velocidad y decisión. A cada objeto que introducía en las cajas, pronunciaba en voz alta algún improperio destinado a su mujer.

Una vez había llenado el coche con todas sus pertenencias, subió para despedirse de su hogar. De manera extraña, el interior de la vivienda le pareció diferente: Su olor, el color de las paredes, los muebles; parecía que ya todo hubiera cambiado. Era su forma de observar, lo hacía de una forma distinta. Allí no viviría más en su vida. Ya acercándose a la puerta, ésta se abrió.

—¡Papá! —gritaron a la vez.

—Hola, hijos. ¡Cuánto os quiero!

—Dice mamá que hoy te vas de casa. ¿Por qué? —preguntó Pablo, el mayor de los dos.

—No me voy. Sólo voy a estar fuera para dormir. Estaré por aquí a todas horas. Y os buscaré para ir al parque, para ir a jugar.

—¡Pero yo quiero que te quedes ahora aquí con nosotros!

—No puede ser, Pablo. Ahora tengo que llevar muchas cosas a otro sitio. Os prometo que mañana estaré con vosotros por la tarde. ¿Todo bien? —se dirigía ahora a Esther.

—Todo mejor que bien —respondió ella con desagrado.

—Bueno, chicos. Me marcho. Hasta mañana.

Gabriel bajaba lentamente por las escaleras conteniendo la consternación que le invadía. Se lamentaba en su interior por su derrota personal. Nunca había imaginado que se separaría de sus hijos.

—¿Qué pasa, Gabriel? —daba la bienvenida a su hogar Miguel.

—Pues nada, chuchurrido.

—Ya, entiendo.
—Espero que en un par de semanas esté colocado en un piso.
—No hay prisas. Quédate el tiempo que sea necesario. Además, yo me estoy quedando a dormir bastantes días en casa de Mara.
—¿Ya? ¿En serio?
—Sí, tío. Hay que disfrutar. Mañana Dios dirá.
—Haces bien, Miguel.
—¿Y Laura? ¿Cómo va todo lo vuestro?
—Lo nuestro no va. Muy amigos, pero sólo eso. Sé que esto no va durar así toda la vida.
—Eso pienso yo —opinaba compungidamente Miguel—. O termináis saliendo juntos o la amistad se irá al garete.
—Sí, soy consciente de ello.
—¿Cómo lo ves? ¿Hay posibilidades?
—No lo sé. Está emperrada en el chaval ese. Además, Laura es de ideas muy claras, no suele titubear con nada. Si no se ha decidido aún por mí, no creo que ya lo haga. No puedo obviar que es muy joven, no llega a los treinta años. A esa edad la vida te puede dar aún mil vueltas. Mírame a mí, pasado los cuarenta y acabo de reiniciar el sistema completo. ¡Qué vida!
—Qué putada. A mí Mara no me dice nada al respecto. Que es muy especial y que ni ella misma la entiende a veces. Parece que Laura se piensa las cosas demasiado.
—Sí, será eso. Yo intento ayudarla en todo lo que puedo. Es una persona muy especial.
—No te lo quería decir, pero creo que debes saberlo.
—¿El qué?
—El otro día estuvo con un tío.
—¿Laura?
—Sí. Se lo cepilló en un parque.
—¿Qué dices?
—Fue el día de la borrachera, cuando te fuiste enfadado. Se lo contó a Mara por teléfono y me enteré de casualidad. Yo estaba en el baño, pero escuché todo.
—¡Joder con Laura! No me ha dicho nada.
—Le habrá dado vergüenza. La verdad es que es algo muy personal.
—No me la imagino dándole al tema en un parque. Se ve tan responsable.
—Bueno, Gabriel. Ya sabes que a esas edades y con varias copas uno hace de todo.
—Ya, ya. ¿Quién era él?
—Un desconocido. Uno que vio en el bar.
—¡Tiene huevos la cosa! Me debería de haber quedado. Hubiera

cogido mi parte del pastel —se reía Gabriel.

—Eres su jefe, tío. Yo creo que ése es su problema.

—¿En serio? ¿Tú crees?

—En mi opinión creo que sí. Está recién llegada a la empresa. No se va a tirar a su jefe a las dos semanas. Quedaría como la más guarra y puta del lugar.

—Joder, viéndolo así tienes toda la razón. ¡Me cago en todo! Me he equivocado desde el principio. Demasiado rápido.

—Suele pasar. Cuando uno está saliendo de una relación larga siempre se estrella con la primera. Nos puede las ansias viriles, jefe.

—Supongo. Desde luego ahora lo veo todo desde otra perspectiva. He ido muy deprisa. ¡Tanto interés en cuidarla! y al final he querido protegerla demasiado.

—Mañana he quedado con ella a las ocho menos cuarto para ayudarla con el chaval ese.

—¿Y eso?

—El otro día le vio pasar en el bus. Intentaremos seguirle.

—No me había dicho nada.

—Jefe, no querrá hacerte daño. Además, las tías no cuentan esas cosas.

—Qué ganas tengo de irme a la otra punta del mundo y perderme.

—¿Otra vez con la idea del ermitaño? —carcajeó Miguel.

—Tú ríete. Verás como un día desaparezca. No me volvéis a ver el pelo.

111

Laura esperaba en el semáforo la llegada de Miguel. Mientras, se percataba minuciosamente de los viajeros que se encontraban en los autobuses que allí pasaban, por si se hubiera adelantado aquel joven. A la hora señalada, Miguel apareció con Gabriel.

—Bueno chicos, os dejo —decía el director mientras se bajaba—. Ahora nos vemos en el curro.

—Hola, Gabriel —saludó Laura con una mirada muy introvertida—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. No pasa nada. Te deseo suerte —mentía él.

—Gracias.

Ambos se encontraban subidos en la moto y con los cascos puestos, listos para emprender la persecución.

—Ahí viene un autobús —avisaba Miguel—. Va poca gente.

—No, ahí no está.
—Ahí, ahí. Ahí viene otro —dijo.
—Tampoco.

Uno tras otro fueron pasando los autobuses, y el hombre X no apareció. Al llegar a la empresa, Miguel recibió un mensaje.
—¿Qué tal? ¿Le habéis visto? —había escrito Gabriel.
—No, no se ha dejado ver.
—Gracias, tío.

Al poco, el teléfono de Gabriel sonó.

—Hola, Andrés.
—Hola, Gabriel.
—¿Qué tal?
—Bien. Te quería comentar una cosa. Sabes que me preocupo por el bienestar de mis empleados.
—Claro. Dime.
—El otro día, charlando con Laura, me comentó que iba a solucionar un tema familiar a Valencia.
—Sí, en efecto.
—Y que tú la acompañarías.
—Correcto, Andrés —se sinceró forzosamente el director.
—Y… ¿todo bien?
—Sí, ¿por qué?
—Primero, por saber que mi empleada se encuentra bien anímicamente.
—Sí, ha sido un fin de semana de mucha emoción para ella. Pero está bien. Está muy contenta con lo sucedido.
—¿Y contigo? ¿Todo en orden?
—Sí, claro. Andrés, puedes quedarte tranquilo.
—No esperaba menos. Me preocupaba que hubiera alguna confusión. En un primer momento vuestro viaje juntos me había inquietado. Sabes que tengo mucho interés en que Laura se encuentre cómoda en nuestra empresa. No podemos arriesgarnos a que se vaya a la competencia. Es un activo muy valioso. ¿Supongo que te habrás dado cuenta?
—Sí. Tiene un talento especial. Entre todos la estamos ayudando. Hace dos semanas fuimos Rafa, Miguel y yo a Bétera. Hemos hecho una piña. La queremos mucho.
—Pues eso. Mantenme informado si hay novedades. Un saludo.
—Saludos, Andrés.

Gabriel cogió el teléfono fijo.

—Laura. Ven, por favor.
—Voy enseguida.

Una vez en el despacho.

—No ha habido suerte, ¿verdad? —se interesó cortésmente el director.
—No.
—Lo lamento.
—¿Sigue en pie el viaje del fin de semana a Barcelona?
—Sí, tengo pensado ir y venir el mismo sábado en el tren de alta velocidad.
—¿Vas sola?
—Sí.
—No te importa que te acompañe, ¿verdad?
—Todo lo contrario, Gabriel. Tú compañía es imprescindible para mí. Van a ser unos momentos muy difíciles.
—Cuenta conmigo entonces. No te preocupes de los billetes, corren de mi cuenta. Los compraré ahora por internet.
—No, por favor.
—No hay nada que hablar. Pago yo… y punto. Si quieres me invitas a comer.
—Está hecho. Gracias, jefe —sonreía Laura con complicidad—. ¿Ya te has mudado al piso de Miguel?
—Sí, ayer llevé todas mis cosas.
—¿Qué tal ha sido la salida de tu casa?
—Penosa, la verdad. Y encima coincidí con mi mujer y mis hijos.
—De verdad, Gabriel, lo siento muchísimo. Lo de los niños debe ser lo peor.
—Ciertamente, sí.
—Un segundo, suena mi teléfono —dijo Laura.
—Dime, abuela.
—Laura, escúchame. Me han llamado mis amigas. Esta tarde hay quedada en el bar *tacones* para mover un poco el esqueleto. Por si te querrías venir con Gabriel.
—Vale, abuela. Yo se lo propongo ahora. Un beso.
—Dile que se venga, se animará. Un beso.
—Gabriel, era mi abuela. Esta tarde tiene fiesta en un bar flamenco. La organizan de vez en cuando. Te lo pasarás muy bien. Será a eso de las siete de la tarde.
—Perfecto. ¿Se lo decimos a los chicos? Así podrán conocer de una vez a Lola.
—Claro.

A las siete y cinco de la tarde, entraban por el bar Laura y su séquito formado por Gabriel, Rafa, Lidia, Mara y Miguel. Sobre un pequeño escenario de madera, un joven de pelo oscuro, largo y rizado lucía una camisa negra de lunares negros. Tocaba la guitarra con maestría por bulerías. A su lado, otros tres jóvenes le acompañaban con palmas y caja flamenca. Lola se encontraba sentada con unas amigas, acompañada de su sagrada copita de moscatel y su platito de aceitunas.

—¡Laura! —vociferó Lola—. Aquí está la mejor nieta del mundo.
—¡Mira que es guapa! —aseguró una de las que estaba allí.
—¡La más guapa! —exclamó Lola.

Laura presentó a Rafa, Lidia y Miguel a su abuela. La música seguía sonando de fondo. Una de las mujeres se levantó y se aproximó al tablao. Al poco comenzó a cantar.

Yo te juro mi cai
que no te miento
que aunque no esté contigo
te llevo siempre en el pensamiento
y en mentando tu nombre
yo soy feliz
porque eres la tierra donde nací…

(Cantante: Chano Lobato – Tanguillo)

Rápidamente, cuatro amigas de Lola subieron al escenario y empezaron a bailar luciendo unos hermosos trajes de flamenca. Hermosas florituras con las manos parecían querer alcanzar un bello cielo. Taconeos y rápidos pasos golpeaban la madera al compás de las palmas, la caja y la guitarra.

La tarde pasaba a gran velocidad evidenciándose el alcohol en las maneras de los allí presentes.

—Esto es precioso —aseguró Gabriel.
—Esto es la vida —promulgó Lola—. Son emociones expresadas en el arte del baile. Subida ahí en el escenario sientes cosas que no se es capaz de sentir en otro lugar.
—¿Y no se arranca usted? —propuso Gabriel.
—¡Qué va hijo!, no me atrevo. ¡Los años!

Sin venir a cuento, Miguel pegó un brinco y empezó a bailar bajo el escenario. Un repertorio de saltos desordenados y movimientos atropellados se mostraban bajo el aliño de unas cuantas cervezas. Miguel se tronchaba mientras daba giros fuera del compás musical.

—¡Payaso! —chilló Gabriel.

—¿No te da vergüenza? —se mofaba Rafa—. Es un niño chico, siempre tiene que dar la nota.

—¿Y tú? —se dirigió Gabriel a Laura—. ¿Sabes bailar?

—¿No va a saber bailar? —aclaró Lola—. ¡Si le ha enseñado la abuela! ¡Sal, hija!, que todos te vean.

—No, abuela. Hace ya muchos años. Además, sin traje no queda bonito.

—Venga, Laura, anímate —insistía Gabriel.

—No, ni de broma.

—Laura, Laura, Laura, Laura —empezaron todos a chillar animándola.

La señorita Laurel sonreía tímidamente mientras se ponía de pie. Se quitó el jersey largo que llevaba y se quedó completamente de negro, con una camiseta de tirantes y unos ajustados pantalones.

—Ponte mis zapatos de tacón —sugirió una amiga de Lola.

Laura accedió y subió al tablao. Un trémolo suave y profundo salía de aquella guitarra flamenca acariciada virtuosamente por aquel muchacho. Los movimientos pausados de Laura amanecían sensualmente mientras las demás bailaoras se apartaban y la dejaban como única protagonista. Las palmas se hicieron más graves y pausadas, acompañando a los lentos e insinuantes taconeos de la joven. La hermosa silueta giraba suavemente mostrando las curvaturas de las caderas, la cintura y los pechos de Laura. Su feminidad se exaltaba al son de una seguidilla bajo la atenta mirada de los hombres que la observaban y que dejaban despertar sus instintos más básicos. Lola, sabiendo lo que estaba pasando, barrió con su mirada la expresión de los allí presentes y comprobó el asombro que sentían. Poco a poco, las notas de aquella composición se iban acelerando, animando así los movimientos del cuerpo de Laura. Gabriel se perdía en una inmensa oscuridad. Para él, un gran foco de un viejo teatro alumbraba únicamente a su amada. Ella se revolvía entre la pureza del baile y un erotismo oculto trazado por su imaginación. En aquel íntimo mundo, la caja flamenca aumentaba su sonoridad y retumbaba en el pecho del director. El calor inundó su corazón y un naciente sudor abrillantó su piel. Laura seguía bailando en su escenario

personal, dibujando una estela dorada tras sus movimientos. Entonces, la mirada de Laura se quedó fija portando alguna picante proposición ante los ojos de él, mientras los últimos delicados giros se ejecutaban. Lentamente el baile se fue deshaciendo hasta que Laura, ahora con unos labios de intenso rojo, se aproximó a él besándole bajo la mirada de todos.

El rasgueo fuerte del final de la seguidilla despertó a Gabriel de su aventura personal, culminando el baile de Laura con una postura fija sobre el escenario. Todos aplaudieron sin cesar.

—¡Magnífico! —gritaba Gabriel—. ¡Impresionante!

—No sabíamos de ese arte tuyo —dijo Lidia—. Lo que has hecho ahí es precioso.

—¡Es mi amiga! —presumía Mara.

—Gracias, chicos. Pues si queréis flipar ved esto —sentenció agarrando la mano de Lola.

—¿Qué haces, Laura? —dijo alborotadamente la abuela.

—¡A bailar! —se empeñó la joven—. Ahora te toca a ti.

—Ni lo sueñes —Lola se atrincheraba—. Aquí hay más mujeres que pueden salir.

—Yo no sé —se libraba Mara.

—Yo con el embarazo no puedo. —Lidia también supo zafarse.

—¡Es verdad, hija! —Lola quedaba sorprendida—. No me había dado cuenta. Felicidades. ¿Qué esperas?

—Es una niña, Valeria.

—Qué nombre tan bonito, me alegro muchos por vosotros.

—¡Que no te escapas, abuela! No cambies de tema. A bailar —insistió Laura.

—¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! —gritaban todos.

Lola inspiró aire profundamente y cargó todo su cuerpo con una olvidada energía. Apretó fuertemente el puño sobre la mesa y se puso de pie. Las pálidas y varicosas piernas deslizaron los pies uno tras otro con dificultad hasta llegar a la zona cercana al escenario. Un lindo y embriagador rasgueo por soleares armonizó el aire mágico que se empezó a respirar. Las seniles articulaciones de los brazos y las piernas, limitaban visualmente el movimiento de Lola. Paso a paso, su cuerpo fue entrando en calor. La expresión de la anciana se iba modificando a cada instante hasta configurar un semblante racial y artístico. Pareciera la cara de un torero cuando va a entrar a matar. En ese momento, su faz viró y mostró una juventud durmiente de varias décadas. Sus ojos se iluminaron y sus manos tomaron vuelo como por arte de magia. La pieza musical se adentraba en las profundidades de

sus emociones y Lola la acompañaba con sobriedad y elegancia, plasmando un arte que pocas veces se veía sobre los escenarios. La piel del público se erizó y por un momento sintieron viajar a la juventud dorada de Lola. Un perfil de blanco y negro dibujó un rostro de cutis suave, sedoso y virgen. Un estrafalario traje de cola se movía de un lado para otro exhibiendo todo su duende. Lola se movía ahora como si diera cada paso y cada taconeo sobre un suelo de delicadas nubes. Su esbelta figura, joven y hermosa, encandilaba a cientos de personas que allí la vitoreaban. Todas las emociones del pasado se instalaron en Lola, e inevitablemente comenzó a llorar. Sintió de nuevo correr aquella sangre por sus venas. La guitarra hizo de su pecho su caja de resonancia y de sus dedos sus vibrantes cuerdas. Finalizando, Lola abrió los ojos y una impresionada nieta le abrió sus brazos.

Todo el mundo aplaudía. Gabriel, con lágrimas en los ojos, chillaba sin parar. Todos se miraban entre sí corroborando con sus gestos lo que acababan de presenciar.

—¡La más grande! —exclamó Rafa.

Todos los amigos de Laura salieron a recibir a una temblorosa y emocionada anciana. Lola repartía besos al aire para todo el mundo. Recordó con fervor sus actuaciones en su juventud.

—A partir de ahora vas a ser nuestra abuela oficial —propuso Miguel.

—Para mí lo es desde hace años —dijo Mara.

—Desde luego, no me queda duda de quién ha sacado el arte Laura —confesó Gabriel—. Ya sabes a quién se lo debes. ¿Verdad?

—¡Ésta es mi abuela! —sonreía Laura.

—Cuánto me alegra que os haya gustado. —Lola se sentaba cuidadosamente recuperando su fragilidad habitual—. Sois todos fantásticos, todos. Mi nieta tenía razón. —Acabó cogiéndole la mano a Gabriel tras una mirada cómplice.

—¿Dónde aprendió usted a bailar? —preguntó Lidia.

—En la calle. En el barrio que yo vivía había un asentamiento gitano. Gente buena y trabajadora. Tenían un arte tan grande que nos atrajo a muchos vecinos a verlos y a asistir a sus fiestas. Yo era pequeña y me llevaba todas las tardes bailando y cantando con aquellas niñas que lo habían mamado desde el nacimiento. Las duras y frías tardes de invierno las pasaban junto a la hoguera y la guitarra. No teníamos de nada, pero poseíamos toda la felicidad del mundo.

—¿Y cómo es eso? —intervino Rafa.

—La felicidad no está en las cosas —explicaba la anciana—. La felicidad está en la recompensa al esfuerzo, en las emociones derivadas de la satisfacción personal. El mundo de antes giraba a una velocidad diferente a la de ahora. No hacían falta tantas cosas para ser feliz. De un viejo trapo hacías una muñeca cosiéndole dos botones y dibujándole una bonita sonrisa. Nos pasábamos horas y horas recreando historias inventadas por nosotras. Ahora se tiene de todo y la gente se encuentra más infeliz que nunca. Como decían el otro día en la tele, las encuestas de felicidad de la población son cada vez más negativas. El ser humano se desarrolló en grupo, en él se conforman todas sus virtudes. Ahora los niños crecen solos, sin sus padres y sin sus amigos, frente a una pantalla y jugando a maquinitas que dibujan un mundo creado por otros. Su imaginación ya no tiene tanta importancia como antes. Esa soledad es el fracaso de la edad moderna. Ni la tecnología más avanzada del mundo hará al hombre más feliz, sólo la compañía de sus congéneres. Debéis amaros, apoyaros unos a los otros. No es bueno competir por competir. Yo siempre he intentado inculcar a Laura esos principios. Creo que le han servido. Y por lo que cuenta Laura, sois todos así, ¿verdad? Tenéis un ambiente muy bonito en la empresa.

—Sí —afirmaba Rafa—. Andrés es una persona con una sensibilidad muy marcada. Se esmera mucho en contratar a empleados con bondad, sin envidias, sin rencores. Sólo quiere gente así.

—No lo dudo —aseguró la anciana.

Laura acariciaba la cara de su abuela dejando fluir por su interior todo tipo de sensaciones placenteras.

—Realmente ha sido esplendoroso —reiteró Gabriel—. De tal palo tal astilla… ¡Laura!

—¿Qué?

—¿Por qué no llevas a los chicos a tu sala de pintura? ¿Te importaría?

—No me importa en absoluto, pero se les hará muy tarde.

—Por nosotros no hay problemas —opinó Lidia.

—Nos apuntamos —concluyó Miguel.

—Chicos, pues aprovecho para irme con vosotros, no quiero molestar a ninguna de mis amigas a la vuelta —argumentó Lola.

La abuela abría la cerradura de la casa acompañada de los seis jóvenes.

—¡Pasad! ¡Pasad! Esto es lo que a mí me gusta, que haya gente en la casa.

—¡Es por aquí! —se apresuró Gabriel.

Laura encendió la luz retirando el velo oscuro que acompañaba a sus obras. Tan pronto fueron expuestas, todos quedaron sorprendidos.

—¡Dios de mi vida! —exclamó Miguel—. ¡Ese eres tú, Gabriel! ¿Te has visto?

—Sí.

—Siento pena por ti, jefe —se sinceró Miguel—. No puedo evitarlo.

—Yo igual —coincidía Rafa—. ¡Qué de peso cargas! ¿Son tus hijos, verdad?

—Exacto, es eso —se explicó el director—. Laura sabe ver la médula que cada uno lleva dentro.

—¡Me encuentro mal! —gritó Lidia.

—Yo también me encontré mal —le respondió Gabriel.

—No es eso —se tambaleaba Lidia.

De pronto, un fluido comenzó a oscurecer sus pantalones verdes.

—¡Te has hecho pipi! —se reía Miguel—. ¡La embarazada se ha meado!… en tú casa. Ja, Ja.

—¡No idiota! ¡He roto aguas! —Con faz pálida se estremeció la estrenada parturienta.

—¡Rápido! —Rafa se movía de un lado a otro sin saber adónde ir —. ¡Gabriel, tu coche!

—Vamos, vamos, vamos —se apresuraba el director.

—Iros vo-vo-vosotros tres en el coche de Gra-gra-briel. Quiero decir que vosotros tres os vayáis en el coche de Gabriel —se atolondraba histéricamente Laura—. El resto vamos en el mío.

—¡Yo voy! ¡Me apunto! —Lola tocaba las palmas inmersa en felicidad—. ¡Un parto!

Los padres de la criatura y el director ya habían partido rápidamente hacia el hospital. Laura, Mara, Lola y Miguel marchaban a toda prisa en el viejo coche rojo.

—Gabriel, ¿ya ha parido? —preguntó la abuela mientras caminaba ligeramente y agarrada de Laura por el pasillo del hospital.

—No tengo ni idea —dijo el director—. Han entrado los dos en la sala de dilatación. Tomad asiento. Seguro que esto irá para largo.

—Parece mentira cómo pasa el tiempo de rápido —comentaba la anciana—. Parece que fue ayer cuando nació Laura. Ocurrió en este mismo hospital. Recuerdo que estaba Celia esperando a ser atendida. No había ningún miembro de su familia. Después de llevar varios meses viviendo en nuestra casa, se había convertido en parte

importante de nuestra vida; y nosotros de la suya. Tu padre se quedó en la sala de espera con Manolo, tu abuelo. Enrique estaba muy nervioso y no quiso entrar en el parto, temía desmayarse; él y la sangre…. Celia me cogía de la mano aguantando las dichosas contracciones. Al rato de llegar nos hicieron pasar. Laurita asomó la cabecita rápidamente. ¡Era tan redondita y tan mona! La matrona te puso sobre el pecho de tu madre. Tú abriste los ojos y la miraste a los suyos unos instantes. En ese mágico segundo, Celia quedó prendada de tu carita. No se imaginaría lo que el futuro le depararía: No tenerte a su lado, no verte crecer. Enseguida, Enrique entró corriendo y rápidamente fue a darte un beso en uno de tus pies. En ese preciso instante, se formó ese verdadero vínculo que hizo que tu padre no decayera jamás en la espera de tu madre. Representaste el verdadero lazo de unión entre ambos. ¡Se veían tan felices saliendo del hospital contigo en brazos! Recordaré sus caras toda la vida.

—¿Y cuándo se fue su madre a Bétera? —preguntó Gabriel.

—Pasaron varios meses hasta que el padre y el hermano de Celia vinieron a por ella —explicaba Lola.

—Tuvo que ser duro —dijo emocionándose Miguel.

—Durísimo. Su padre la agarró fuertemente del brazo llevándosela a rastras. Enrique se abalanzó contra él pero recibió un fuerte puñetazo en la cara. El joven que venía con aquella bestia tenía la cara desencajada, no daba crédito a lo que estaba viendo. Recuerdo que tu abuelo metió a Celia en el ascensor a empujones. Ese joven me miró desconsoladamente a los ojos pidiendo un perdón que nunca aliviaría los sucesos vividos con posterioridad.

—¿Quién era? ¿Mi tío? —preguntó Laura.

—Sí. Al parecer su padre le obligó a acompañarle. Por lo poco que me contó Enrique, él también recibía de la misma medicina: Malos tratos, insultos y humillaciones. Allí no se libraba nadie.

—¡Qué demonio! —La indignación inquietaba a Miguel—. No me extraña que tu madre le matara. Ese tío no se merecía otra cosa.

—Sí, y encima a la cárcel… la pobre —se cabreaba Gabriel—. Es que desde luego… esta justicia es para mandarla a la mierda.

—¡Cómo recuerdo a Enrique en la cama dándote besitos y arrumacos a todas horas! Fuiste ese milagro que le llenó toda la ausencia de Celia. Todas las noches rezaba por tu madre. Él se imaginaba el duro sinsabor de no tenerte antes de dormir. Sabía que Celia se llevaría horas y horas, bien entrada la madrugada, sin poder conciliar el sueño. Esa idea le angustiaba.

—¡Vaya! —exclamó Mara con un semblante triste—. Como sigas así no voy a poder parar de llorar.

—No, hija. No te apenes —consolaba Lola con una mirada sabia y reconfortante—. Las cosas pasan como tienen que pasar y no como

quisiéramos que pasaran. Fíjate lo bien que se ha educado la niña. ¡Ay mi Laurita!

—Se me está removiendo el instinto maternal —decía emocionadamente Mara—. ¡Jo! Parece que viera las cosas desde otra perspectiva.

—No hay problema —amenizaba Miguel el ambiente—. Para el instinto maternal ya sabes la mejor terapia que hay, ¿no?... Cuando quieras nos ponemos...

—¡Qué cochino eres! —exclamó Mara—. No seas bruto que hoy estoy muy sensible.

—Yo también tengo esa sensación —afirmó Laura—. Últimamente tengo ganas de niños.

—Esto es como una epidemia —dijo Gabriel con tono de saber del tema—. Cuando una se queda embarazada, ya todas van detrás. Se empiezan a animar con el embarazo, con los carros, las ropitas. Acaba una era y otra comienza: La competición de los niños. Tú tienes uno, yo tengo dos. El tuyo es moreno, el mío es rubio. El tuyo gatea, el mía anda. El tuyo anda, el mío hace el pino. El tuyo en clases de inglés, el mío en chino mandarín. El tuyo el piano, el mío el clavicordio del siglo XVI... Esto es la historia de siempre que se repite de generación en generación.

—¡Qué razón tienes! —Lola balanceaba afirmativamente la cabeza. —Cuando yo era joven era igual; con otras cosas pero igual.

—Pues nada —siguió Gabriel—. Visto lo visto, de aquí a unos meses vendrá el siguiente —acababa diciendo mirando sarcásticamente a Miguel.

—A mí no me mires, a ver si vas a ser tú otra vez.

Como anuncio de un milagro, el llanto de un bebé se escuchó en la lejanía. Mara y Laura dejaron deslizar lágrimas de felicidad y emoción. A los minutos, apareció Rafa chorreando sudor y con los ojos enrojecidos.

—¡Rafa!, ¿Qué tal? —se apresuró a preguntar Gabriel.

—Perfecto. —El nuevo padre se mostraba muy conmovido—. Ya está Valeria con nosotros. Es lindísima.

—¿A quién se parece? —preguntó Miguel.

—No sé... es muy chica. Qué emoción. Os dejo. Nuestra familia está al llegar. ¿Le decís que ahora salgo en un momento?

—Sí... no te preocupes —contestó Laura.

—Esto es lo más maravilloso de la vida —susurró Lola—. Es lo más grande que te puede pasar. Ser madre es la experiencia más bonita del mundo. Se despierta un amor que perdura hasta el día de la muerte. Entiendo lo que tuvo que pasar la madre de Laura.

—Ya. —La nieta se quedó con rostro pensativo.

Después de media hora, Gabriel recibió un mensaje en el móvil: «Subid a la cuarta planta, en la 404». Al llegar a la habitación, un ser pequeño y arrugado estampaba toda su cara sobre el pecho de Lidia.

—¿Ya te ha cogido el pecho? —Lola se acercaba muy ilusionada.
—Sí. Mira qué pequeña. No me lo creo.
—Eso es estupendo, Lidia. Qué buen color tiene.

Laura y Mara observaban muy emocionadas a Valeria.

—Bueno, chicos, la vieja se va ya a casa. Dame un beso, guapa. Qué seas muy feliz con tu hija. Es lindísima.
—Espera, abuela. Me voy contigo.
—¡Nos vamos todos! —sugirió Gabriel animando al resto a marcharse—. Hay que dejarla descansar… que disfrute de la niña tranquilamente.

Ya en casa, Lola y Laura iban apagando las luces antes de acostarse. Había sido un día muy cansado para ambas.

—¡Qué bonito, abuela! Me he emocionado mucho.
—Te haces idea del sufrimiento de tu madre, ¿verdad?
—Sí. Debe de ser muy duro tener a esa criatura tan pequeñita, criarla durante meses y luego no verla más en tu vida. Pobre mamá, cómo estará.
—Pues pronto lo sabrás.
—Sí, lo sé.
—¿Irás con Gabriel?
—Sí, me acompañará.
—Es un chico fantástico. ¿Qué harás?
—Es complicado, abuela.
—Pues yo lo veo claro. Es un hombre libre, simpático, guapo, agradable y educado. ¿Qué más quieres?
—Lo quiero a él. Pero necesito saber que siente por mí el otro. El día del autobús me saludó con la mano. Quizás esté interesado en conocerme.
—Sí —hablaba Lola— y quizás esté casado, y quizás sea un sieso, y quizás no sepa quererte.
—Ya lo sé, abuela, pero tengo el presentimiento que la vida me ha puesto a esa persona por algo. No es un capricho adolescente. Ese hombre me miró de una manera como nadie lo había hecho antes.
—Entiendo, hija, pero no quiero que te lleves una desilusión. Ve

con la idea de que puede ocurrir cualquier cosa.

—Sí.

—Gabriel está demostrando una amistad y una paciencia muy considerables. Los hombres no suelen ser así, no suelen esperar tanto. Me da que te quiere de verdad.

—Y él te quiere a ti, abuela. ¡Te ha cogido un cariño!

—¿Qué harás cuando encuentres al otro chico?

—Me acercaré. Le voy a echar valor.

—Pobre Gabriel. Me da pena, no lo puedo evitar. Si en algún momento empiezas a salir con el otro, debes saber que la amistad con él se perderá. Esas cosas no suelen terminar de otra manera. Es tu jefe, la situación se hará compleja para ambos.

—Ya lo he pensado. El tiempo dirá.

A la mañana siguiente, el chico no se dejó ver de nuevo. A mediodía Laura cogió su teléfono móvil.

—¿Centro Mental San Luis?

—Sí, dígame. ¿Qué desea?

—Mire, querría preguntarle una cosa. Mi madre está ingresada y desearía visitarla este fin de semana. Desearía saber si hay algún problema para ello, conocer los horarios de visita, etc.

—¿Ha estado antes alguna vez?

—No, es la primera. Soy Laura, hija de Celia Sánchez Ayora.

—¿De Celia? ¿Es usted su hija? Será mejor que le pase con su médico, el doctor Carranza.

Tras una pausa musical muy prolongada.

—Buenos días, soy el médico de la señora Sánchez Ayora. ¿Qué desea?

—Buenos días. Mi nombre es Laura. Soy la hija de Celia.

—Perdone —interrumpió el psiquiatra—. ¿Me está diciendo que usted es la hija que tuvo Celia Sánchez Ayora?

—En efecto.

—Bueno. Como buenamente sabrá no estamos autorizados a dar ninguna información a través del teléfono. Lo que sí le puedo decir es que necesitaría entrevistarme con usted antes de pasarse a ver a su madre. Hay ciertos aspectos que hay que tratar y considerar.

—Lo entiendo.

—Por otro lado, necesito comprobar la veracidad de su identidad. Si no le importa, necesitaría que me mandara por fax una copia de su documento nacional de identidad y su número de teléfono. Nos pondríamos inmediatamente en contacto con la familia de la paciente

para corroborar sus datos. Me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto. Hace pocos días estuve con Aurora, mi abuela. Ella podrá verificarle toda la información que sea precisa.

—Gracias por su colaboración. Ha sido muy amable. Llevaba mucho tiempo queriéndola conocer. Probablemente sepa de su familia más que usted misma. Será un placer ayudarla. ¿Qué día va a venir?

—El sábado.

—Ese día no estoy de guardia, pero vendré a conocerla. Venga sobre las once de la mañana, tendremos una conversación larga y profunda. No creo que su familia ponga obstáculos a que le informe y le ayude. Le tienen en muy buena consideración. Son conocedores de su existencia y de la vida que le ha tocado vivir. Le prometo que no se va a arrepentir de venir. Lo que no sé, es si sabe el estado en que se encuentra su madre.

—Sí, algo me explicó Aurora. No me importa, sólo deseo conocerla. Poder verla y poder acariciarla.

—Estaré encantado de tratar con usted. Por favor, mándeme copia del DNI a este número de fax. El sábado nos veremos.

—Gracias —respondió ilusionada Laura—. Me ha dado usted una gran alegría. No sé cómo voy a poder esperar hasta entonces. Un abrazo.

Nada más colgar, Laura se perdió a través de la visión borrosa y desenfocada de la imagen de su ordenador a otro lugar. Había un gran pasillo blanco. El suelo se encontraba muy limpio y brillante, y reflejaba la fluorescencia de las lámparas alargadas que había en el techo. Al final, una doble puerta se abrió y una inmensa luz precedió a la aparición de la silueta de una figura humana. Lentamente se iba acercando haciendo un peculiar y reverberado ruido de tacones. Era un médico de abundante barba y una impoluta y perfectamente planchada bata blanca.

—Sígame —pronunció.

Laura le seguía con mucha inseguridad e incertidumbre. Cruzaron varios pasillos hasta que llegaron a una puerta grande de color rosa fucsia. El médico la abrió dejando que Laura pasara sola. En su interior, un parque otoñal, frío y solitario se extendió de una forma mágica. En un lejano banco de madera, verde y estropeado, se encontraba acurrucada una mujer cuyos largos y ondulados cabellos le tapaban el rostro. Poco a poco, Laura se aproximó a aquella persona.

—¿Quién eres? —preguntó aquella mujer con voz triste y llorosa.

—Soy Laura.

—¿Qué Laura?

—Laura Laurel.

—¿Laura Laurel? —preguntó la desconocida mientras mostraba su rostro. Éste era muy pálido y enfermizo, pero Laura pudo reconocerla.

—¿Eres tú, mamá?

—Tú no eres mi hija. Mi hija es muy pequeña, es un bebé.

—No, mamá. Soy yo. He crecido, vengo a buscarte y a llevarte conmigo.

—No puedo moverme de aquí. Espero a mi amado.

—¿A Enrique?

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó con la mirada perdida en el infinito.

—Es mi padre.

—No digas eso —gritó la mujer—. Él vendrá cogido de la mano de mi hija pequeña. Sé que volverán pronto. Vete.

—No, mamá. No me iré. Soy tu hija. Te llevo esperando toda la vida. No me hagas esto. No me separes de ti otra vez —lloraba desconsoladamente Laura.

—¡Vete! —gritó Celia. De forma inesperada se agitó y comenzó a dar golpes sobre el asiento lastimándose los brazos.

Súbitamente, Laura salió de su aturdimiento.

—¡Oye! —le instó Miguel a volver en sí—. ¿Qué te pasa?

—Nada, me he quedado transpuesta.

—¡Las cervecitas de ayer!, ¿no?; que nos dejan atontolinados.

—Será eso.

—¿Irás esta tarde a ver a Lidia? —preguntó Miguel.

—Sí, claro. ¿Tú vas?

—Sí. Podemos ir juntos esta tarde, ¿vale? Mara no puede, tiene que estar en la peluquería.

—Perfecto. La verdad es que se echa de menos a Rafa.

—Sí, el maridito calzonazos es un buen tío.

Capítulo XVI

¿No ha venido Gabriel? —preguntó Rafa.

—No —comenzó a explicar Miguel—, hoy le tocaba recoger a sus hijos.

—¡Vaya putada! —opinaba Lidia—. Pobre Gabriel, tener que tragar a esa tía. Encima que se va con otro… ¡se lleva a los hijos! No debería ser así. Pobres niños, al final son los que pagan el pato de todo. Con lo linda que es Valeria, ¿cómo se puede uno alejar de una cosita así? —finalizó con tono cariñoso.

—La verdad es que tu hija es un angelito —se enternecía Laura—. ¡Qué hermosura! ¡Qué cosa tan dulce!

—Es nuestro bollito de leche —dijo Rafael.

—¡Bollito de leche! —Miguel se retorcía de la risa—. Eres lo más baboso, pringoso y meloso que ha dado la naturaleza.

—Sí, bollito de leche —explicaba el orgulloso padre—. Nos lo ha enseñado Laura. De esa manera la llamaban sus padres, y ahora lo comprendemos. Los bebés huelen a la leche de la madre. Parece como si le saliera por los poros de su piel. Si le olisqueas la cabeza le huele a leche azucarada, a miel, a nata dulce, a bollo de leche, ¡Ay mi bollito de leche!

—Laura, pide una escupidera —comenzaba Miguel el apaleamiento—. Hay que recoger las babas de papá caracol. Hola papá caracol, ¿te traigo una lechuguita o prefieres sacar los cuernos al sol?

—No seas pesado —le amonestó Laura—. Es muy bonito ver a un hombre tan sensible con su hija. Es precioso. Habrá que verte a ti cuando seas padre.

—Cuando quiera tu amiga Mara se hará el intento.

—¡Yo quiero uno! —decía Laura cálidamente.

—Pues ya sabes —continuaba Miguel—, ponte a la cola que tengo lista de espera.

—¿Cómo se puede ser tan cochino y tan cerdo? —le defendía Rafa—. A de ti semental no te quedan ni las intenciones.

—¡Pregunta… tú pregunta por ahí a ver qué te cuentan… soy una leyenda en la cama —añadió burlescamente Miguel.

—Estos no cambian ni a puñetazos —concluyó Laura.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—¿Quién es? Pase, pase —elevó la voz Lidia.
—¡Pero si es la abuelita! —exclamó Miguel—. Lola, pase, pase. Siéntese.
—¿Qué haces aquí? —dijo Laura extrañada.
—Vengo a visitar a mis niños. Traigo un ramito de flores a la nueva mamá y un pijamita a su nueva hijita.
—¡Oh! —Lidia se emocionaba —. No deberías haber traído nada. Tu presencia ya es un regalo. ¡Qué ramo más bonito! Y mira el pijama, tiene bordado el nombre de Valeria. ¡Gracias! Ven a que te dé un beso.
—Es un placer. Yo tenía ganas de tener una biznieta, y como sé que ella no tiene bisabuela, pues me nombro bisabuela de Valeria.
—Es un placer tenerte como abuela y bisabuela de Valeria —pronunció solemnemente Rafa.

Lola se emocionaba. Acercándose cuidadosamente al bebé, la acarició sin tocarla. —Las viejas no debemos manosear a los niños tan chicos, somos un nido de gérmenes.

—Venga, abuela —hablaba Miguel—, que tampoco tienes la lepra.
—Yo sé lo que digo —continuaba la anciana—. Bueno, os dejo que sigáis hablando de vuestras cosas.
—¿Ya se va? De eso nada —insistía Rafa—. Quédese aquí con nosotros. Además, ¡usted no es tan vieja! No sé por qué dice esas cosas de gérmenes y bichos.
—Son ochenta y un años a la espalda, mucho trabajo y mucho desgaste. Este sábado cumplo ochenta y dos.
—¡Anda, abuela! —interrumpió Laura—. ¡Se me había olvidado! Y yo estaré en Barcelona. Lo anulo. No te dejo sola el día de tu cumpleaños.
—De eso nada —se enojó Lola—. Lo tuyo es más importante. Ya lo celebraremos otro día.
—Que no. Iré a Barcelona otro fin de semana.
—Como lo anules me voy a un hotel y no me ves el pelo. Tu madre te está esperando… y tú a ella. Creo que ya habéis pospuesto demasiado ese momento. Me darías un disgusto si retrasaseis por mi culpa vuestro reencuentro.
—¿Entonces? —dudó Laura.
—Entonces nada de nada. Te vas con Gabriel y listo. Además, así quedo yo con mis amigas en *tacones.*
—Si es así me quedo más tranquila. ¿Seguro que quedarás con

ellas? ¿No me engañarás?

—Te lo prometo.

Al rato, la anciana y su nieta regresaron a casa. La ausencia de ambas fue aprovechada por sus amigos.

—¿Qué os parece si le preparamos una fiesta sorpresa a Lola? —propuso alegremente Miguel.

—A mí me parece bien —explicó una recién llegada Mara—. Pero creo que va ser muy precipitado. Además, Lidia está convaleciente.

—¡Anda ya! Si no me han cogido ni puntos ni nada ahí abajo. Estoy estupenda. ¿Qué tal si la hacemos en mi casa? Así les daremos la sorpresa a las dos, a Laura también.

—¿Estás segura, Lidia? —se preocupó Rafa.

—Es verdad —contestó Miguel—, no vaya a ser que las velas de cumpleaños exploten cerca de tu hija.

—Que no, dejaros de tonterías que así lo haremos —confirmó Lidia—. Avisad a Gabriel, pero que no se enteren ellas. Hay que animarlas. Laura tiene el sábado un día muy importante; que se vaya con las pilas puestas. Y a Lola le hacemos el cumpleaños que se merece, es un encanto.

—Eres una gran esposa y una gran madre —le susurró su marido.

Gabriel accedió a participar y el resto de la semana lo dedicó a organizar la fiesta sorpresa.

El viernes por la mañana, en el trabajo, el director llamó a Laura.

—Laura, tengo un marrón de última hora para ti.

—¿El qué? ¿Qué ocurre?

—Esta tarde he quedado con los dueños de la plaza de toros de Las Ventas. Quieren contratar con nosotros la publicidad de un evento. Trata del flamenco y versa sobre la tercera edad. Tengo una idea y quiero que me apoyes. Quiero realizarles un cartel donde aparezca una mujer mayor, con raza y vestida de flamenca. Y he pensado en Lola. ¿Quién si no? ¿Qué te parece?

—Hombre, tendría que mirarlo despacio.

—Hagamos una cosa. Esta tarde he quedado en el despacho de los clientes. Traes a tu abuela y lo tratamos allí sobre la marcha.

—Vale, si así lo prefieres. A mi abuela le va a encantar la idea. Todo lo que sea salir en una foto… se apunta a un bombardeo.

—Perfecto. Ésta es la dirección. —Le dio un papel escrito.

—Es cerca de mi casa. ¿A qué hora hay que estar allí?

—A las cinco de la tarde. Nos invitan a merendar.

—Ahora mismo aviso a mi abuela y se lo digo.
—Sin problemas. Por supuesto.

Enseguida, Gabriel mandó un mensaje al grupo de *whatsapp* creado para la ocasión: —Ha picado el anzuelo, a las cinco de la tarde estarán en casa de Rafa con Lola. Tened todo preparado.

A la hora estipulada, Laura procedía a llamar al móvil de Gabriel.
—Jefe, estoy abajo… con mi abuela. ¿No vive Rafa aquí?
—Sí, son vecinos, así hemos captado al cliente. Te abro. Sube a la tercera planta.

Una vez arriba, Gabriel les abrió la puerta.

—Esperad aquí sentadas un instante. Ahora os atendemos.

A los pocos segundos la luz de la entrada se apagó.

—¡Qué nervios! —exclamó Lola—. Mira que meterme a estas edades en estos líos. Ahora… ¿qué pasa?
—Calla, abuela. Se habrá ido la luz.

De golpe, se empezó a escuchar la reproducción de una guitarra flamenca. Una puerta se abrió de repente, y ochenta y dos velas alumbraron aquella preparada oscuridad. Todos cantaban al unísono: —Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos… ¡Cumpleaños feliz! ¡Bien!

Las luces fueron encendidas y, poco a poco, Lola se iba fijando emocionada en cada uno de los rostros de los presentes. Sus lágrimas se desbordaban de sus ojos en una explosión de felicidad y sorpresa. Laura no salía de su asombro. Mientras las manos seniles y temblorosas de la anciana se sostenían una contra otra ante tanto entusiasmo, antiguas y confortables sensaciones recorrieron su cuerpo. Por un momento, viajó a la infancia y a la sencillez de aquellos tiempos, en el que una tarta era un lujo que muy pocos podían disfrutar. Se acordó del calor de sus padres, de sus hermanos y de aquel pasado que perduraba eternamente entre sus recuerdos. Y con ellos viajó y dejó de ser la anciana que era, convirtiéndose en una niña risueña y esplendorosa. Las velas de la tarta se iban acercando con lentitud hacia donde ella se encontraba sentada. Se veía con sus cabellos largos y sedosos agarrados con una diadema. Sus pies no le llegaban al suelo. Sus jóvenes pulmones inhalaron un aire limpio y fresco, pudiendo soplar y apagar con fuerza las siete velas que

coronaban la tarta. Cerró los ojos y pidió un deseo. Al abrirlos, ochenta y dos velas de colores desprendían, en una suave espiral, un humo blanco de olor agradable. Lola agarraba fuertemente el brazo de Laura conteniendo la emoción y agradeciendo con la mirada a todos aquellos amigos que consideraba tan especiales. —No sé si volveré a viajar a esa infancia que dormía en mis recuerdos más lejanos —se dijo a sí misma.

—¡Porque es una chica excelente! ¡Porque es una chica excelente! ¡Porque es una chica excelente! ¡Y siempre lo será! ¡Bien! —cantaron todos.

Con dificultad, Lola se puso de pie. Se tapaba la boca con sus manos como ocultando la vergüenza y la emoción que le corrían por el interior.

—No sé qué decir, muchachos —hablaba con dificultad—. Desde la pérdida de mi hijo no había sentido desprenderme de esa tristeza que me acompañaba a todas partes. Hoy me siento un poco más feliz gracias a todos vosotros. Es un orgullo teneros como amigos. No sabéis lo feliz que me hace y la tranquilidad que me da que seáis amigos de mi nieta. Me quedo con una paz infinita al saber que, por suerte, ella tendrá una familia; porque eso es lo que sois para nosotras, una familia.

—Abuela, eres muy grande —le correspondía Laura.

—Gracias por prepararme esta fiesta. No podías irte mañana sin hacerme este regalo, ¿verdad?

—Yo no he sido. Ha sido una sorpresa para las dos. Hemos venido engañadas.

—Esperad —interrumpió Miguel—. Aún falta una cosa.

Mara entró con una gran bolsa. —Esto es un regalo para ti de todos nosotros. Te ayudo a abrirlo.

Un bellísimo traje de faralaes de color turquesa y blanco se deslizó entre las manos de Lola. Ella se emocionaba al palpar cada uno de los encajes que conformaban los volantes.

—Es precioso. —La cumpleañera se entusiasmaba—. ¡Cómo habéis podido gastaros ese dineral!

—No se preocupe —bromeaba Gabriel—. Ya se lo descontaremos a su nieta de la nómina.

—Estoy muy emocionada —continuaba la anciana—. Estoy deseando ponérmelo.

—Pues dicho y hecho —se aligeró Miguel—. Las féminas que acompañen a la señora al dormitorio principal y la ayuden a ponerse su nuevo traje.

—¡Cómo sois! —agradecía Laura—. No sé cómo haceros llegar toda la satisfacción que me habéis hecho sentir. Gracias, sois unos amigos de verdad.

Mientras las chicas le ajustaban el traje, Lola viajó momentáneamente a los camerinos de su juventud.

—¿Puedo pasar? —solicitó permiso Gabriel.

—Sí, pasa.

—Esto es mío. —Abría una caja mientras se adentraba al dormitorio—. ¡Unos zapatos a juego con el traje!

—¡Cómo eres! —miró dulcemente Laura a los ojos de Gabriel—. Eres un gran sol.

Todos regresaron al salón donde estaba preparada la merienda. Laura se perdía en sus profundos pensamientos. —Con él, la verdad, lo tengo todo —se decía en su secreta intimidad. De vez en cuando miraba a Gabriel con una nueva esperanza puesta en sus ojos. Él se percataba y sentía haber dado el golpe maestro en la conquista de su perfecta y deseada mujer. —Hoy su mirada me está diciendo otra cosa —lograba convencerse. Esa ilusión naciente fue captada por la sabia anciana, la cual la tomó como el mejor regalo que le podían haber hecho esa tarde; el acercamiento de Laura y Gabriel.

—¡Porque es una chica excelente! ¡Porque es una chica excelente! ¡Porque es una chica excelente! …y siempre lo será, y siempre lo será —cantaban todos.

—¡Bueno! Eso de chica es cuestionable —se reía Lola—. Tendréis que decir: «Porque es una vieja excelente».

—¡Qué mujer! —hablaba Miguel—. Ya quisieran muchas jovencitas estar como lo está usted. Venga abuela… unas palabritas.

—¡Eso! —animaba Gabriel—. ¡Que hable Lola! ¡Que hable Lola! ¡Que hable Lola! ¡Que hable Lola!

—Hablaré, hablaré. Antes de nada, quiero agradeceros la fiesta sorpresa que me habéis organizado. No me la esperaba. Os aseguro que me ha hecho muchísima ilusión. Gracias también por el traje, es muy bonito. Aquí y ahora, a la sombra de dos generaciones bien alejadas, la de Valeria y la mía, quiero deciros que me encuentro muy feliz. Feliz por estar aquí con vosotros, feliz por poder disfrutar de vuestra compañía. Pero sobre todo por ayudarnos a Laura y a mí a recuperar esa energía que hace unos años habíamos perdido. Desde

que mi nieta se incorporó a vuestra empresa, algo nuevo ha entrado en casa. Ha venido la ilusión a nuestras vidas. Cada uno de vosotros sois una pieza que encaja perfectamente en la creación de este grupo tan maravilloso que habéis formado. Sois gente buena, amable, cariñosa, educada; lo tenéis todo. Y no me puedo sentir más orgullosa por pertenecer a vuestras vidas y que pertenezcáis a la mía. Únicamente pido que todo esto nos dure, y que podamos disfrutar de más días juntos. Me habéis hecho revivir, me habéis rejuvenecido. Gracias.

—Yo también quería decir unas palabras, si me lo permitís —solicitó Gabriel—. Estoy con Lola en que, desde que nos hemos conocido, todo parece distinto. Para mí ha supuesto un cambio en mi vida, aunque ciertamente doloroso por la separación con mi mujer, sí percibo que algo nuevo ha llegado para quedarse. Vuestra llegada, Lola y Laura, ha sido el estandarte de presentación de unos años venideros más felices, más auténticos, más sinceros. Estoy seguro. Quiero agradeceros toda la amistad que nos habéis concedido.

—Por lo que a mí me toca —seguía Miguel—, además de encontrar a una tercera abuela y a una amiga fantástica como es Laura, conocerlas me ha llevado a toparme con una de las más maravillosas personas que he conocido, Mara. Después de tantos años de aquí para allá, he encontrado a la persona que me llena y me da estabilidad. Gracias, Mara, te quiero.

—No voy a ser menos —arrancaba Rafa—. ¿Qué queréis que os diga? Lidia y yo estamos alucinados del grupo que se ha formado. Esperamos que nunca se rompa. El nacimiento de nuestra hija ha llegado con un pan debajo del brazo, y sois todos vosotros. Ya somos una familia. Gracias.

—Aunque a mí me cuesta estas cosas —se justificaba Mara—, yo también quiero hablar. Llevo conociendo muchos años a Lola y a Laura. Sé lo maravillosas que son y he tenido el placer de pertenecer como una más a su propia familia. Doy fe de lo que dice Lola. Habéis sido un nuevo día para ellas. Sois el inicio de algo muy bonito. Y a ti, Miguel, gracias por tus palabras. Yo también te quiero muchísimo.

—Gracias a todos. —Lidia se incorporaba en la silla—. Aquí estoy con mi hija y con todos vosotros. ¿Qué más puedo pedir? Gracias, sois los mejores.

—Creo que ya me toca —sonreía Laura mientras se apartaba dulcemente el pelo de la cara—. Bendigo el día que Andrés me llamó para la entrevista. Parece mentira que fuera hace tan poco tiempo. Habéis llenado mi corazón súbitamente. Habéis sido como ese primer rayo de sol templado de la mañana que ahuyenta el frío de la noche. Sois esa nueva claridad que aleja la oscuridad y sus miedos. Sentirse bien no vale para nada si no lo compartes con alguien. Saborear una

buena comida no vale para nada si no la saboreas con alguien. Oír una bonita canción no vale para nada si no la escuchas con alguien. La vida no tiene sentido si no la vives con alguien. Y ese alguien sois vosotros. Sois mis ascuas en un día gélido de invierno. Sois el refugio en un día de tempestad. Sois el lucero en mis noches más oscuras. Sois mi faro y mi guía en mis días a la deriva. Sois la caricia cuando necesito el consuelo. Sois la mano que me templa la fiebre. Sois el ánimo cuando he de levantarme tras la caída. Sois mi agua del desierto y mi aliento en la desesperanza. Sois mis abrazos y mis besos. Sois muy importantes para mí.

—¡Laura! —exclamó Gabriel—. Deja que te dé un beso.

—¡Qué se besen! ¡Qué se besen! ¡Qué se besen! —vociferaban Miguel y Rafa.

Laura se ruborizó y Lola se rebozaba en una imaginada lluvia de pétalos dorados.

—Chicos, ¡por favor! —se ponía serio el director con una sonrisa pícara—. Un beso en la mejilla. ¡No seáis malos!

Gabriel se le acercó y, cogiéndole de la mano, le dio un dulce beso en el rostro.

—Eres genial, Laura.

Un calor intenso fluyó por el interior de la joven. Sus brillantes ojos se fundieron en el abismo de la timidez con la valentía mostrada por Gabriel, y ambos cayeron al vacío sobre un mar de sensaciones profundas y ocultas.

Lola y Laura entraban tarde en casa, cansadas de toda la tarde de fiesta. La señorita Laurel debía madrugar para el viaje del día siguiente. La anciana se le acercó a su cama y le habló.

—Mañana no te veo, ¿verdad?

—No, abuela. El tren sale muy temprano.

—Mañana es el gran día. El día que siempre habías estado esperando en el interior de tu alma. Debía llegar… y ya está ahí.

—Sí, abuela. Mañana es un día muy importante. Hay una cosa que me inquieta y necesito decirte. Es algo que no te dije el otro día cuando me fui a Bétera, pero hoy necesito soltarlo. Sé que crees que no debo decirlo pero…

—Arranca, hija.

—Tú eres mi madre. Tú eres la que me ha enseñado todo en la vida. No quiero que pienses en ningún momento que la persona que conozca mañana vaya a ocupar ni un centímetro de lo que tú ocupas

en mi corazón. Tú eres mi auténtica madre. Mi curiosidad me manda a conocer a Celia, no puedo evitarlo, por mí y por papá. Pero no dudes jamás todo lo que te quiero. Si todas las personas fueran como tú, el mundo no sólo sería mejor, no únicamente eso, el mundo sería un lugar maravilloso. Yo no aspiro a un cielo después de la muerte porque ya lo tengo aquí contigo. Lo eres todo para mí, mi fuente de tranquilidad y felicidad. Eres la que me da el motivo para seguir viviendo. Te quiero mucho, abuela —finalizaba mientras le daba un profundo abrazo.

—Gracias por tus palabras. No hacían falta. Yo conozco lo que tu corazón guarda. Enrique se marchó, pero me dejó el mejor regalo que podía haberme hecho, tú. Yo no sé qué haría sin ti. No te preocupes por lo de mañana. Te mereces conocer a tu madre. Nadie en este mundo debería pasar por eso. Una madre es lo más importante en la vida de un niño. Yo he hecho lo que he podido y me siento orgullosa. Pero es cierto que debes de ir y conocerla. Algo me dice que tu vida va a adquirir un nuevo sentido a partir de mañana. Creo que va a empezar un nuevo ciclo para ti. Tu futuro se aproxima. Deberás ir con toda la ilusión del mundo, sólo se vive una vez. Haz caso a las señales que la vida te dé. Síguelas y dibuja así tu camino. No tengas miedo a los cambios, a los retos. Sea con Gabriel o con quien quieras, deja llevarte por tu corazón y no hagas caso de lo que los demás te digan. Mañana cogerás un tren que te llevará a un nuevo destino, estoy segura.

—Gracias, eres la mejor madre, padre y abuela del mundo. Eres muy grande, abuela. Mañana por la noche estaremos aquí de vuelta. Ya te contaré cómo está Celia. ¡Tengo unas ganas! Sé que no voy a parar de pensar en todo esto. Vamos a ver cuántas horas me llevo dando vueltas antes de quedarme dormida. Creo que va a ser una noche muy larga.

—Pues te doy un beso de buenas noches y a dormir. No te entretengo más. Cuanto antes cierres los ojos, antes de quedarás dormida. Piensa en cosas bellas, verás como llega pronto el deseado sueño.

—Buenas noches —respondió dulcemente la nieta—. Gracias.

En la penumbra, poco a poco se marchaba Lola. En el interior de Laura una pena creció. Una premonitoria tristeza la llevó a pensar que la llegada de Celia a su vida era una especie de traición al amor y a la dedicación que su abuela le había dado toda su vida. Un halo de fragilidad y vulnerabilidad giró alrededor de la figura de la anciana fraguándose un sentimiento de culpabilidad en el seno de la joven. —No te voy a defraudar, nunca te abandonaré —se dijo a sí misma.

Capítulo XVII

La estación de Atocha se abría ante la espesa niebla y las luces difuminadas de la ciudad. Laura había quedado con Gabriel a las seis y cincuenta minutos en el estanque de las tortugas que había en el interior del recinto. A las siete saldría el tren. El aire fresco y húmedo de la mañana se posaba sobre las superficies, mojándolas. Sentía un pequeño cosquilleo como preludio de las intensas emociones que se vivirían durante aquel sábado. De lejos, la imagen de Gabriel se acercaba. Ella sintió amor en su interior y corrió hacia él. Ambos se abrazaron. Una sana satisfacción apuntalaba la dañada estructura interna del director. Por fin buenas vibraciones recorrían su cuerpo. Rápidamente, subieron las escaleras mecánicas y pasaron por el control de seguridad. Una vez en el andén, el frío golpeó de nuevo los rostros adormecidos de ambos. El motor de la máquina era el único ruido que alteraba aquella pacífica mañana. Pronto, ambos se sentaron en sus respectivos asientos. Al poco de salir, la azafata se acercó.

—Buenos días, ¿auriculares?

—Sí, gracias —respondió una ilusionada Laura.

—Yo también —se sumó él—. Por cierto, ¿qué película van a poner?

—Hoy está programada *Holiday* —dijo la azafata.

—Ésa es de Cameron Díaz, ¿verdad? —añadió Gabriel.

—Sí, ésa es, señor. Kate Winslet, Jude Law y Jack Black.

—Se nota que le gusta —sonrió el director.

—Sí, señor… bastante.

—¡Jude Law! —exclamó Laura—. Me encanta. Es guapísimo.

—¿No ha visto esta película? —se interesó la azafata.

—No, la verdad.

—Pues si le gusta Jude Law, en esta película le va a enamorar —susurró la amable joven.

—Gracias —se reía Laura—. La veré entonces. ¿A quién no le gusta ese hombre? ¡Por Dios!

—Todas sois iguales —negaba con la cabeza Gabriel—. Habrá que verlo recién levantado.

—Ese actor es guapísimo. Deseo verla.

—Pronto la pondrán. Bueno, ¿y tú qué? ¿Estás nerviosa?

—Claro. Es un día raro. Tengo sensaciones extrañas. Primero tengo que hablar con su médico. Supongo que tendrá que supervisar el primer contacto con mi madre. Para ella deberá ser muy duro. La verdad, no sé qué ocurrirá. Igual se altera y tengo que salirme a los dos segundos de entrar. No lo sé.

—Es cierto, puede que el encuentro tenga que ser paulatino, en varios contactos. En el caso que necesites quedarte más tiempo, hazlo. No habría problemas. Sabes que nuestra empresa para eso es genial. Andrés te daría permiso sin condiciones.

—¡Es verdad! No me acordaba. Andrés vive allí. ¿Has quedado con él?

—Lo llamé, pero me dijo que el sábado no podía. Tenía una boda o algo de eso. Que si pudiera ser el domingo, mejor. Tiene muchas ganas de vernos. Le dije que sólo pasaríamos el día de hoy.

—¡Qué pena! Parece una persona muy buena.

—Sí. Cuida mucho de sus trabajadores. Tú no sabes la de veces que pregunta por vosotros. No es el típico jefe que se aleja de sus empleados. Vigila muy de cerca.

—¡Mira! —Laura señalaba el monitor que colgaba del techo del vagón—. Empieza la película. Bien.

Los minutos avanzaban y Laura se metía de lleno en el largometraje. Se emocionaba al ver cómo Amanda se enamoraba casualmente del hermano de Iris, la mujer que le había intercambiado por unos días su casa. La suerte del destino le hizo conocer a Graham. Esto trajo a la mente de Laura el recuerdo del hombre X. El guapo actor aparecía con aquellas gafas que le hacían, si cabe, más guapo… y con aquella sonrisa tan atractiva. Laura viajó por su mundo interno a la avenida de su ciudad donde se encontraría con su enigmático joven, besándole apasionadamente. Sintió el atractivo físico de ese actor entre sus brazos y sonrió. Más avanzado el argumento de la película, Amanda comprobó que él tenía una hija. Era ahora Gabriel quién venía a su mente por la similitud. Laura giró la cabeza y le miró. Él le devolvió la mirada con una sonrisa y volvió a la pantalla. Se imaginó que ella era Amanda y Gabriel, Graham. Los otros dos personajes serían Mara y Miguel. Y sumergida en esas rocambolescas historias se perdió mientras terminaba de ver la película.

—¿Te ha gustado? —preguntó Gabriel.

—No me ha gustado. ¡Me ha encantado! El jefe de Iris era un cabrón. La pobre… cómo la manejaba.

—Sí. Hay que ver la cantidad de mujeres que se dejan aplastar por hombres de ese estilo.

—Es cierto. Las mujeres muchas veces nos ofuscamos con el que menos nos conviene.

—Pero, ¿por qué os pasa eso?

—Creo que es parte de nuestro aprendizaje como mujeres. Todas tenemos que pasar por el que nos hace daño. El problema es que algunas se quedan con ellos para toda la vida. Pobres mujeres, aguantar a un hombre que no te valora, que no te tiene donde te mereces. No entiendo por qué no se largan.

—Desde luego. Uno va poniendo excusas, cada vez unas nuevas para no enfrentarse a los problemas. Y eso le pasa a muchos. Cuando uno está de novios y es joven: «¡Cómo voy a romper! Ya conozco a la familia, ¿qué van a pensar? Además… la quiero». Cuando uno se compra la casa: «¡Cómo voy a cortar! Tengo una hipoteca con ella y dejar la casa es un jaleo». Cuando uno se casa: «¡Ya estoy casado!». Y cuando uno tiene hijos: «¡Joder!, si no tuviera hijos mandaba a la mierda a su familia, a la hipoteca, a la boda y a ella». Supongo que cuando uno es aún más mayor se llega a la conclusión de que el hecho de tener hijos tampoco es un motivo para seguir con la persona de la que no estás enamorado. ¡Mira yo! Porque he tenido el motivo de los cuernos, si no ahí sigo aguantándola.

—¡Jo! Viéndolo así es un agobio —se sinceraba Laura—. Yo ahora mismo estoy en la primera fase. ¡Qué viejo eres, Gabriel!

—Viejo no. Experiencias sí, todas las que quieras. Pero no se puede dar ni un puñetero consejo, hasta que uno no lo experimenta no lo ve. Es ley de vida.

—¡Mira! Ya estamos llegando, ¡Qué rápido! —se comenzó a inquietar Laura—. Nos iremos a una cafetería cerca de la clínica y allí desayunaremos.

—Me parece bien.

Ya fuera de la estación.

—Al Centro Mental San Luis, por favor —le dijo Laura al taxista.

—Eso está cerca de la avenida de Madrid, ¿verdad? —preguntó el chófer.

—Creo que sí. Está en el jardín Can Mantega, creo recordar.

—Efectivamente, señorita. Ya sé dónde es. Pero he de decirle que está a unos seiscientos metros. No les merece la pena coger el taxi. No llevan equipaje ni nada. Serán unos minutos a pie.

—Entonces… vamos andando —aceptó el consejo Gabriel.

—Perdone por las molestias, caballero —se excusó Laura.

—No hay problema, señorita.

Caminando, llegaron pronto al parque y allí procedieron a desayunar lenta y pausadamente para hacer tiempo.

—Ya son cerca de las once. Vamos —propuso Laura con una boca seca y pastosa.
—¿Voy contigo?
—Por supuesto. Hoy te necesito más que nunca.
—¡Vamos allá!

La señorita Laurel se adentraba al interior de la impoluta clínica.

—Buenos días —saludó la temblorosa joven.
—Bons dies. ¿En qué puedo ayudarle?
—Soy Laura Laurel. Tengo cita con el doctor Carranza a las once.
—En efecto. Ahora mismo le hago pasar. Pueden tomar asiento.

A los dos minutos, un hombre corpulento, sesentón, de barba gris y gafas de pasta negra se acercó por el pasillo.

—¿Laura? —preguntó con voz alegre.
—Sí.
—Soy el doctor Carranza. Pueden llamarme Vicente.
—Él es un amigo, Gabriel.
—Encantado —dijo estrechando la mano el director.
—Hoy es un buen día para venir acompañada, ¿verdad, Laura? Esperas emociones fuertes, ¿no es cierto? Estate tranquila. Verás como todo sale bien. Vayamos a mi despacho y hablemos con tranquilidad.

Una vez cómodos, el médico empezó a explicarse.

—Bueno, Laura. He de reconocer que siento como si te conociera de toda la vida. Llevo tantos años escuchando de ti que me eres bastante familiar. Te conocía por fotos. Debes saber que tanto la madre como el hermano de Celia han corroborado la información que tú me diste. Están muy esperanzados en tu visita y en la idea de que pueda suponer alguna, aunque difícil, mejora en su estado de salud. El hermano de Celia quería estar hoy aquí contigo, pero ha preferido ir a Bétera para estar con Aurora. Ella lleva unos días muy nerviosa, necesitaba estar acompañada. Él viene muchos días de la semana a verla, la cuida mucho. Tu madre sufrió varios acontecimientos traumáticos durante su juventud, justo después de haber nacido tú; la separación tuya y de tu padre, las agresiones familiares, la autoría de la muerte de su padre, la entrada en la cárcel y, sobre todo, la idea de

no volverte a ver durante el resto de sus días. Tú eres el eje donde gira toda su alterada realidad. Ella renunció voluntariamente a veros tras la entrada en la cárcel, no os quería hacer sufrir. El precio que pagó por tomar esa decisión fue muy alto y por ello se encuentra aquí ingresada. Bajo nuestra tutela lleva casi veinte años. La sentimos como parte de nuestras vidas, de nosotros mismos. Por ello queremos lo mejor para ella. Tenemos dudas de cómo puede influir tu llegada. No obstante, hemos decidido que pases a verla. —Laura se puso a llorar. Gabriel le arropó con su brazo mientras Vicente le seguía hablando—. Tranquila, hija. Creo que lo mejor es que te conozca. Ella se lo merece, tú te lo mereces. Ella nunca debió vivir esa oscura vida. Ha recorrido un camino de penitencia por motu propio, y ése ha sido su peor castigo. Ha intentado suicidarse en numerosas ocasiones. Se ha autolesionado en muchas otras. Pero ella no es peligrosa, sólo pone en riesgo su propia vida. En eso debes de estar tranquila. Nunca ha hecho daño a nadie. El haber matado a su padre y el haberte perdido, la ha mantenido en una culpa continua de la que no ha sabido salir. Espero que seas tú esa luz que le alumbre y la guíe a la salida.

—¿Cómo debo actuar? —preguntó muy preocupada Laura.

—Con naturalidad. Haga lo que crea que deba hacer. Tenemos confianza en usted. Estaremos vigilando por un cristal que hay en la habitación. Pero ya le digo… no tema, es inofensiva.

Laura se apretaba fuertemente las rodillas con las manos para disimular el temblor de las piernas.

—¿Está usted preparada? —preguntó el psiquiatra.

—No, no lo estoy, pero vayamos.

—Entre usted sola si no le importa. Gabriel, usted espere en los asientos que se encuentran junto a la habitación. No se preocupe, está todo bajo mi supervisión.

Los tres fueron caminando lentamente por aquellos pasillos de la clínica. Cuando llegaron a la habitación setenta y siete, el médico se paró. Poco a poco las trabajadoras del centro comenzaron a situarse cerca de ellos. Había una gran expectación. La mayoría se mostraban muy emocionados.

—Laura. Ha llegado el momento. ¿Lista?

—Lista.

El pecho de Laura albergaba un latido seco, rápido y amplificado. El tiempo parecía ir a una velocidad distinta. Ella no veía a nadie; ni a Gabriel, ni al médico, ni a ninguno de los allí presentes. Un eco sordo

fue alojándose paulatinamente en sus oídos. Laura estiró la mano y giró el pomo de la puerta. Gabriel retrocedió unos pasos para ocultarse.

El suave paso de Laura la adentraba en una habitación grande. Un esplendoroso sol entraba por la ventana dejando la mitad del habitáculo excesivamente iluminado. En la zona sombría, sobre una silla, se encontraba sentada de espaldas una mujer de pelo oscuro. Llevaba un camisón largo, sobre él una bata blanca con adornos en rosa palo. Sus pelos eran lacios y estaban sujetos por una holgada cola. En ese momento, aquel viaje ciego por la orquesta que le había regalado Gabriel, se posó en la mente de Laura en forma de música. *Meditación de Thais* de Massenet volvió a reproducirse transportándola a un estado tranquilo y de relajación. Al son de la hermosura de esas notas, Laura se fue acercando lentamente a su madre. Ya no sentía miedo ni temblor. Una curiosa paz fluctuaba por su cuerpo como una caricia venida del más allá. Sintió el calor de su padre como si la agarrara de la mano y la acompañara en ese esperado encuentro. Percibió el aliento de Lola y la mirada de apoyo de todos sus amigos. Laura, una vez se había colocado tras aquella mujer, flexionó su cintura y le abrazó por detrás apoyando su mejilla en su cabello. Celia no se movió. Laura inspiró profundamente y percibió la fragancia natural de la piel de su madre. Era uno de los olores captados nada más nacer. Éste permitió despertar aquel vínculo forjado en aquella primera mirada que hubo entre ambas cuando Laura fue colocada en el pecho de Celia tras el alumbramiento. Esa energía se propagó por cada vello del cuerpo de Laura e hizo que intensificara su abrazo. En aquel momento, dichas sensaciones del pasado hicieron que nobles recuerdos se despertaran, como una tenue y diminuta luz azulada en lo más recóndito de Celia. Una mágica chispa de vitalidad fue resucitada como por obra de un milagro. Celia ronroneó aliviadamente y realizó un movimiento leve. A los pocos segundos, hizo el ademán de levantarse de la silla, liberándose de los brazos de su hija. Poco a poco se iba girando sin levantar los pies del suelo, arrastrándolos con cierta torpeza. El calor del abdomen de Laura se iba acentuando. Una vez enfrentadas cara a cara, madre e hija, Celia extendió pausadamente sus manos con las palmas hacia arriba. Ambas se miraron fijamente a los ojos.

Celia tenía una piel pálida y muy joven. Eran sus ojos los que reflejaban toda la carga que había sufrido durante años. Era una mirada cansada, fija y sin fuerzas. Laura se vio reflejada en ella pero con unos años más. Ambas seguían sin mediar palabra alguna. Su hija extendió sus manos y las posó sobre las de su madre. Las agarró con

algo de fuerza dando un paso para aproximarse más a ella. Ahora sus miradas se fundían a menor distancia.

—Mamá. —Comenzó a deslizarse una vigorosa lágrima por el rostro de Laura.

El silencio reinó por unos instantes.

—Mamá, he vuelto. Ya me tienes aquí.

Laura intentaba respirar sorteando un gran obstáculo que le impedía hacerlo con normalidad.

—Mamá, soy Laura, Laura Laurel, tu hija. He venido a recuperarte.

Los exánimes ojos de Celia comenzaron a mostrar un naciente brillo. Sus secos, pálidos y agrietados labios comenzaron a frotarse uno sobre otro.

—Mamá, ¡te quiero! —dijo Laura mientras se acercaba para abrazarla.

El mentón de Celia reposaba ahora sobre el hombro izquierdo de su hija. Su pesarosa mirada se perdía en un infinito lejano y olvidado que regresaba poco a poco a su presente. La humedad de su mirada se fundió en sendas lágrimas que reposaron sobre Laura. Fue tanta la emoción que se despertara en aquel inerte y olvidado cuerpo, que le forzó a cerrar los ojos. Ambas se perdían en sus músicas celestiales internas, transportándolas a un lugar que nadie jamás hubiera sido capaz de describir. Los años de penumbra se agolpaban sobre los pensamientos de la enferma mente de Celia, no permitiéndole emitir palabra alguna. Laura se separó de Celia y le acarició su mejilla. Ésta le correspondió con un evidente temblor de mano.

—¿Cómo estás mamá? —preguntó entre sollozos Laura—. ¿Te acuerdas de mí?

Celia la observaba con un mensaje importante oculto en su mirada, pero sin poder emitir voz. El interior de la madre se revolvía entre ataduras y cadenas intentándose liberar, pero no podía, le era imposible. Un ínfimo resquicio de consciencia y de cordura habitaba en un lugar secreto de su mente. Llevaba tantos años en la sombra que no encontraba la puerta de salida. Desde allí, Celia escuchaba una

lejana voz que se perdía en un eco y que le decía: «Soy Laura, tu hija. Soy Laura, tu hija. Soy Laura, tu hija».

La señorita Laurel, con sus palabras, seguía intentando liberar a la angustiada madre de su jaula interior, pero no había manera de lograrlo.

—Siéntate, mamá —le decía mientras la acompañaba de nuevo a la silla.

Laura sacó un papel de su bolsillo de atrás y dijo: —Quiero que oigas esto. Sé que desde algún lugar puedes escucharme.

Celia: No sé si te harán llegar esta carta, es mi última esperanza. Son muchos años sin saber de ti. No sé qué ha podido ocurrirte. Tu hija, Laura, sigue preguntando por su madre. Tiene once años y es lindísima. Ella es esa parte tuya que puedo disfrutar. Tiene tus ojos, tus manos, tu frescura y tu bondad. Es un angelito caído del cielo. Allí donde te encuentres, Laura y yo te mandamos el beso más grande del mundo. Tus besos se los doy yo todas las noches. Vivo con la esperanza de saber de ti, de que llegue el día en que todo tu infierno termine. Sé que nunca pensaste que las cosas terminarían de esta manera; yo tampoco. Recibir esta carta sé que revolverá recuerdos y miedos pasados, pero creo conveniente escribirla. Mi madre me dice que he sacrificado toda esta vida tontamente, que no volveré a verte jamás, y la verdad es que eso me está pareciendo. Pasan los años y tú no apareces, no regresas. Las promesas que nos hicimos las dejamos en bajamar y el agua las ha ido borrando. Laura es casi una mujercita que necesita de ti. Ruego a esta vida que me ha tocado vivir, que cruce de nuevo nuestros destinos. Sólo pido eso, verte un día de nuevo, poder disfrutar de tu mirada, de tu sonrisa y darte un abrazo y un beso que durara toda la eternidad. Mis palabras no son las tuyas, no tengo esa habilidad, pero quiero que sepas que el amor que tuve por ti aún perdura; jamás será borrado, ni con el pasar de los años. Te quiero Celia, te quiero y te quiero. Aquí te espero. No temas al regreso, yo sigo siendo el mismo de siempre. Estoy seguro de que tú también.

Un beso infinito
Te amo
Enrique

Laura descansó la mano que sostenía aquella carta. Era ésa que su padre no se atreviera a enviar años atrás y que ella había leído semanas antes en su casa.

—Mamá, esta carta la escribió papá hace mucho tiempo, pero no logró enviártela. Sólo quería que la escucharas.

Celia seguía perdida en su mundo emanando por sus ojos todas las emociones que en su corazón se estaban generando. Quería salir, quería responder a su hija, pero no podía.

Laura se aproximó de nuevo a su madre, la ayudó a levantarse y la abrazó.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!, mamá. A partir de ahora voy a venir a verte, verás como te pones buena, verás como llega el día que paseemos juntas contemplando un nuevo día y dejando atrás todas las cosas pasadas.

Celia se dispuso a mirar fijamente a la cara de su hija. Irremediablemente, comenzó a llorar emitiendo balbuceos y gemidos.

—¡Eso mamá!, desahógate. No te quedes con nada. Tu hija está aquí para cuidarte, para quererte. Quiéreme mucho, mamá.

Celia levantó la mano y comenzó a acariciarle la cara.

—Laura… —pronunció su voz muda durante años—. Laura… —continuó diciendo con la garganta constreñida. El cielo de la enferma se abrió tras siglos de oscuridad.
—¡Eso mamá! Sí, soy Laura.

Celia abrazó de nuevo a su hija y lloró alborotadamente.

Tras los cristales de la habitación, el personal sanitario de la clínica se inundaba en lágrimas de felicidad.

La respiración de Celia se iba apaciguando en un llanto más calmado. Tras romper el abrazo, besó a Laura en sus manos. No tardó en dirigirse a la cama donde se tumbó boca abajo sin consuelo.

Tras esa bella escena, el doctor Carranza entró sigilosamente y dijo en voz baja: —Laura, ya puedes salir.

La joven se giró y desde la puerta se despidió de su madre: —Adiós, mamá. Te quiero. Hasta pronto.

Nada más dejar la habitación, se encontró de frente a Gabriel, al que se abrazó fuertemente desahogando todo su mar de penas.

—Tranquila, Laura, tranquila —serenaba él—. No te preocupes, es normal. Ya has visto a tu madre. Te lo merecías. Me alegro mucho por ti.
—¡Te quiero, Gabriel! Gracias por acompañarme. No sé qué haría sin ti. Doy gracias a la vida por darme la oportunidad de haberla visto. Ya nunca la abandonaré, jamás. Ahora me acuerdo de papá. ¡Ojalá estuviera aquí! ¡Ojalá pudiera besarla sin parar y quedarse tranquilo para siempre!

—Seguro que desde algún lugar —pronunciaba en su oído el director—, él estará contento por veros a ti y a tu madre juntas. Hoy es el día que él estaba esperando desde siempre. Estoy seguro de que, en estos momentos, él está recibiendo la felicidad que sentís.

—Gracias y mil gracias.

—Por favor —interrumpió Vicente—. Si no les importa podemos pasar al despacho y allí seguimos hablando.

—Sí, claro, lo siento —se disculpó Laura.

Una vez en el despacho médico:

—¿Cómo te encuentras? —El facultativo mostró mucho interés.

—Bien, muy emocionada. Supongo que es normal.

—Completamente, Laura. ¿Necesitas algo? Toma un vaso de agua.

—Gracias.

—¿Cómo has visto a tu madre?

—Bien. Bueno… mal, pero para mí… genial.

—Te entiendo.

—Me ha impresionado, parece como si no estuviera en su cuerpo.

—Efectivamente, se halla atrapada en su propia mente. Pero somos positivos. Lo que tú has visto hoy no lo hacía desde hace años. Celia no abrazaba a nadie. Celia no acariciaba a nadie. Y lo que es más importante, Celia lleva más de diez años sin llorar. Nunca emitía ningún sentimiento. Hoy has demolido parte de ese alto muro que la tenía rodeada y no la dejaba salir. Para nosotros ha sido muy emocionante verla así. Os lo prometo.

—Entonces, ¿ha servido? —comenzó a llorar de nuevo Laura.

—Sí, ha servido. Quédate tranquila. Después llamaré a casa de Aurora para contarles lo sucedido; estarán deseando. Estoy muy emocionado, entiendo cómo debes sentirte.

—Gracias por su comprensión.

—Lo que sí quiero es comentarte una cosa. Necesitaríamos que vinieras el fin de semana que viene. Tenemos que empezar a trabajar seriamente con tu madre. Estos primeros contactos espaciados pueden ser el inicio de una recuperación. Debo transmitirte en nombre de la familia de Celia, que corren con todos los gastos de tus viajes a Barcelona y tus estancias en el hotel. Prometí hacerte llegar el mensaje.

—Es de agradecer. Me hace falta esa ayuda.

—¿Sería necesario venir mañana? —preguntó Gabriel.

—No, no es preciso. La mente de Celia debe asimilar lo sucedido hoy. Mañana haremos una primera evaluación. Pasadas las primeras veinticuatro horas hay que observar los efectos que haya podido producir el encuentro en sus capacidades. No os preocupéis, iremos

marcándoos las pautas poco a poco, no tengamos prisa. El nudo que se ha formado durante casi treinta años en el interior de Celia, hay que deshacerlo poco a poco. No nos precipitemos.

—De acuerdo —dijo una feliz Laura—. Es usted muy bueno con mi madre y conmigo. Me tranquiliza saber que todo este tiempo ha estado en sus manos. Eso me reconforta.

—Bueno. Gabriel, Laura, encantado. Nos veremos el sábado que viene a la misma hora. Aquí tiene mi teléfono móvil personal. Para usted está abierto las veinticuatro horas del día. Cualquier cosa, llámame.

—¿Por qué hace esto? —preguntó emocionada Laura.

—Porque su madre se lo merece y porque usted tiene la misma cosa que ella tenía, ese halo especial que atrae a cualquiera que la conoce. Estoy seguro que posee ese ser tan único que ella albergaba en su interior antes de encerrarse en su mundo.

—Le entiendo —sonreía Gabriel—. Laura es una persona muy especial.

—Gracias, doctor —le dijo mientras le daba un abrazo de despedida a Vicente.

A la salida de la clínica, Laura recibió el aire fresco como una medicina para su abotagamiento mental.

—Lo primero, ¡voy a llamar a Lola!

—Perfecto, Laurita.

—¡Abuela! ¡Felicidades! ¡Feliz cumpleaños! Gabriel también te desea muchas felicidades.

—Gracias, hija. Pero bueno, ¿cómo ha ido todo? Cuenta, cuenta.

—¿Qué es eso? —se extrañó la nieta.

—¡Nada! Otra fiesta sorpresa de mis amigas.

—Anda, ¡no tienen marcha las abuelitas! No te escucho bien —chillaba la señorita Laurel.

—Es la música. ¿Qué tal todo? ¿La has visto? —reiteraba mientras se alejaba de la fuente del ruido.

—Ahora mejor, abuela. Sí, sí la he visto. Está muy paralizada. No me ha hablado apenas, sólo ha pronunciado mi nombre. Pero sí que me ha abrazado y me ha acariciado un poco. Se ha puesto a llorar conmigo. Estoy muy contenta, abuela.

—¡Cuánto me alegro!

—Sí, abuela. La semana que viene tengo que regresar. El tren es muy cómodo y rápido. ¡Te vendrás conmigo!

—Como tú digas. Contigo hasta el fin del mundo.

—Bueno. Esta noche te cuento bien. A las ocho de la tarde sale el tren. Llegaré sobre las once. Mientras, nos quedaremos a comer por

aquí.

—Pásalo bien, hija. Te lo mereces todo. Eres la más buena del mundo. Yo tengo fiesta para rato, a casa llegaré para la cena.

—Perfecto. Nos vemos esta noche —se despedía Laura antes de colgar.

—¡Bueno! —suspiró Gabriel liberando toda la tensión acumulada —. Tenemos toda Barcelona para nosotros. Te voy a llevar a comer a un restaurante que me recomendó un amigo.

Laura y Gabriel paseaban por la ciudad repletos de felicidad. Una nueva era parecía comenzar para ambos. De vez en cuando se miraban y se sonreían. Un naciente brillo se reflejó en sus ojos.

Capítulo XVIII

El restaurante *El Mos Perfecte* era un lugar idóneo para almorzar en la ciudad de Barcelona. Sus tapicerías en piel de color verde oscuro y sus terminaciones en dorado, le concedían un aspecto pulcro y elegante. Parecía el camarote de un lujoso navío. Laura y Gabriel tomaron asiento tras un hermoso biombo de arte oriental que les proporcionaba cierta intimidad.

—Es precioso, Gabriel. Hasta el nombre lo tiene bonito, *El Mos Perfecte*. ¿Qué significa?

—El bocado perfecto —se adelantó un educado y simpático camarero que se había acercado a la mesa—. Perdonen la intromisión.

—Me es muy familiar —dudaba Laura con su expresión facial.

—En efecto, señora. Hacemos honor a la película de Barbra Streisand.

—¡*El amor tiene dos caras*! —sonreía Laura.

—En efecto, ya veo que la ha visto. La inteligente y enamorada profesora Rose iba seleccionando uno a uno los ingredientes configurando en su tenedor lo que ella llamaba *el bocado perfecto*.

—Sí —continuó Laura—, y Gregory la observaba anonadado ante tal curioso ritual.

—Ha dado en el clavo —premió el camarero—. ¿Saben lo que van a pedir?

—No, aún no —respondió Gabriel—. A mí, mientras, me va poniendo una copa de vino blanco.

—A mí también —dijo Laura.

—Perfecto, señores. Espero que tengan ustedes un romántico almuerzo tal y como los personajes de la película.

—Gracias —se sonrojó Laura—. Es usted muy amable.

La joven se sentía liberada de un peso con el que había cargado toda su vida. Se sentía más optimista y reconfortada. Por fin se sentía con la capacidad de disfrutar, de cantar, de reír, de enamorarse. Se perdía en los ojos de Gabriel con el deseo de que nunca terminara ese día. Él se sentía alabado. Recibía la correspondencia de Laura y eso le hacía el hombre más afortunado del mundo. Él, Gabriel Leal, había

sido capaz de conquistar a la valiosa e inaccesible Laura Laurel. Le daba gracias a la vida y a los acontecimientos ocurridos en las últimas semanas. Nada ni nadie podía empañar aquel triunfo. La felicidad le desbordaba.

—¡Qué satisfacción debes sentir! —dijo él.

—Todo es grandioso. El día de hoy está saliendo perfecto, como el bocado. No me ensombrece el hecho de haber visto tan ausente a mi madre. Poder conocerla y poder disfrutar de ella lo supera todo.

Los deliciosos combinados de degustación que pidieron, fueron alternados con copas de vino, servidas una tras otra. En el fondo, mucho de celebración había en ese día. Irremediablemente, ambos se llegaron a encontrar algo trastocados por el alcohol.

—¿Te puedo decir una cosa? —preguntó ella.

—Sí, dime.

—¿Cómo es posible que hayas tenido tanta paciencia conmigo? —Ella acariciaba la mano de Gabriel.

—¿Y tú? Tanto aguante soportando a la mosca de tu jefe.

—Algo no iba bien en mi vida —seguía ella—. Ahora lo veo todo más claro. Ahora sé que quiero estar contigo.

—Me halagas. Me enorgullece escuchar esas palabras de ti. ¿Estás segura?

—Sí, segurísima.

—¿Y qué pasa con aquel joven de la calle? ¿Ya no piensas en él? Entiéndeme que no quiera ser el segundo plato de nadie.

—Siempre quise que el otro fuera como tú. ¿Por qué arriesgarme a dejar pasar el tiempo y perderte? Al otro no lo conozco de nada. Es de ti de quien me siento atraída.

—Me haces muy feliz, Laura.

—Tú me haces muy feliz a mí. Mi vida ha ido a mejor desde que te conocí. Eres mi amuleto. Mi abuela siempre me dice que he de hacer caso a las señales que me pone la vida, que ahí encontraré la felicidad. Desde que vi la oferta de trabajo de nuestra empresa todo ha ido mejorando. Tú perteneces a ese círculo y yo no quiero salir de él. Tú eres parte de esa nueva vida que se ha puesto ante mí. ¿Por qué rechazarla? Mi abuela tenía razón, son esas señales que parecen apuntar todas al mismo sitio… a ti.

—Tus palabras son un regalo.

Poco a poco, las dos bocas fueron acercándose y sus ojos anocheciendo. Un beso tierno y salvaje unió a Gabriel y a Laura durante varios minutos hasta que fueron interrumpidos por el

camarero. Laura ansiaba repetir. Se mordía los labios mientras observaba con una lujuriosa mirada a Gabriel.

—¿Sabes una cosa? —hablaba aturdida Laura.
—¿El qué?
—Esta noche voy a dormir contigo en la casa de Miguel. No le importará, ¿verdad?
—¿Quieres escuchar algo mejor?
—Dime.
—Cambiemos los billetes para mañana y quedémonos en un hotel a pasar la noche en Barcelona.
—Esa idea me gusta más.
—Pues, ¡hecho! —aseguró un Gabriel sumergido en una buscada excitación.
—Es perfecto. Mi abuela está de fiesta, estará acompañada. Voy a llamarla para decírselo y que así no tenga prisa en recogerse, que la conozco.

—¿Sí?
—Soy Laura, abuela. Que de ruido.
—Sí, seguimos de fiesta. ¡Ja! —se tronchaba la anciana.
—¿Moscatel por un tubo?
—Eso, eso. No me regañes. ¿Qué te pasa?
—Era para decirte que no me esperes. Al final nos quedamos a pasar la noche aquí.
—¡Anda! ¡Pilla! Ya le has mordido el anzuelo a Gabriel, ¿eh?
—Eso, abuela. Eso mismo.
—¡Disfruta la vida que son dos días! Parece que ya estás haciendo caso a las señales. Por fin me vas a echar cuenta.
—Tienes toda la razón, abuela. Te quiero muchísimo.
—Yo te quiero más, tontorrona. Pásatelo bien.
—Y tú. Pero no bebas más que se te notan las copitas. Adiós, guapa.
—Adiós, hija, adiós. Cuídate mucho.
—¿Qué tal? —preguntó Gabriel.
—Ahí, en la fiesta. Ya quisiera yo tener esa vitalidad. Esas mujeres se lo pasan mejor que muchos jóvenes que yo conozco.
—¿Por dónde íbamos? —sonreía Gabriel.
—Iba diciendo que hoy me voy a quitar todas las tonterías de encima. No pienso amargarme ni un día más de mi vida. A partir de ahora sólo pienso ser feliz y disfrutar de todo.
—Me encantas, Laura.
—Más me encantas tú —dijo ella mientras le volvía a besar.

—¿Desean algo más los señores? —se ofrecía el camarero.

—Sí —respondió Laura—. A mí me pone una porción de tarta de queso.

—A mí de chocolate —se sumaba Gabriel—. Y traiga una botella de cava.

—Enseguida.

Los minutos se consumían entre historias, besos, risas y caricias. Cuando la tarde había llegado a su ecuador, se acercaron a un hotel que se encontraba cerca de la estación de trenes.

—Laura, ve cogiendo tú la habitación mientras me acerco a cambiar los billetes.

—Vale. Ten cuidado, a ver si con la borrachera vas a coger el tren para Cádiz.

—¡Venga! Ahora nos vemos en la recepción.

Laura daba vueltas de un lado para otro con los brazos cruzados y una pequeña sonrisa. Por sorpresa, un beso cálido acarició su cuello.

—¿Vamos? —Gabriel estaba en estado de ebullición.

—Más vale, si no me voy a desnudar delante del recepcionista.

Ya en el ascensor, las respiraciones se apreciaban más alteradas de lo habitual. La presencia de otras personas les hizo contener el deseo de seguir besándose. Laura introducía la tarjeta en la ranura de la puerta mientras Gabriel le agarraba por la cintura.

—¡Abre puertecita!, no te resistas —se desesperaba Laura—. ¡Ahora!

Ella se sorprendió al ver la habitación.

—¡Yo he pedido una habitación normal! Ésta tiene hasta un recibidor.

—Cuando estaba haciendo cola para cambiar los billetes llamé desde mi móvil. Les dije que te dieran una suite y un par de encarguitos más que ahora verás—. Gabriel dejaba su cartera y su reloj sobre una mesa.

La joven se adentraba en la habitación y se deleitaba por su tamaño. En una esquina se encontraba situado un jacuzzi circular de grandes dimensiones con agua y espuma a una agradable temperatura. Había colocada una botella de cava en hielo y dos copas servidas.

—Madame —pronunció él mostrando una exagerada reverencia.

Laura se abalanzó sobre Gabriel y empezó a besarle. Una fiera indómita llenó su alma y la hipnotizó en esos primeros instantes. Ella le desabrochaba la camisa mientras saboreaba su pecho. Mutuamente, ambos se iban liberando de parte de sus prendas mientras los besos les recorrían sus cuerpos. La señorita Laurel percibió un extraño temblor en el glúteo de Gabriel.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.
—Nada, ¿por qué?
—Estás temblando.
—Laura —comenzaba a sincerarse Gabriel—, hace más de veinticinco años que no estoy con otra mujer, y es la primera vez que veo un cuerpo como el tuyo. Me siento como un adolescente, ¡estoy tan nervioso! No todos los días se puede contemplar esta belleza.
—No me digas eso. Me derrites.

Laura se dirigió hacia el jacuzzi desprendiéndose una a una de las últimas prendas que cubrían su figura. A cada paso, mostraba una parte secreta de su reservado mapa. Justo antes de meterse en la burbujeante agua, se giró y miró a Gabriel fijamente a los ojos con una dulce sonrisa. Su espalda desnuda era adornada por su hermosa y sedosa melena oscura. Sus pechos eran parcialmente escondidos por sus brazos, siendo descubiertos al llevarse las manos a la braguita negra que lucía. Gabriel se desbocaba en su interior. Poco a poco fue deslizando suavemente su lencería por sus muslos, destapando la totalidad de su zona más íntima. Laura se introdujo en el agua y esperó a que él llegara. Gabriel se sentó a su lado y uno tras otro fueron descorchando besos llenos de ternura y de pasión. Laura cerró los ojos sumergiéndose en un fantasioso sueño. A su alrededor, un magnífico edén de frutas prohibidas se abrió ante su asombro. Ambos seguían abrazados en el interior de un inmenso y precioso lago de aguas cristalinas. La vegetación virgen y exótica se distribuía por todas partes dibujando un precioso paraíso. Las manos de Laura se deslizaron ansiosas por la espalda de Gabriel con lujuria y con desato. Beso a beso, sus cuerpos se iban desmelenando haciéndoles experimentar sensaciones vibrantes. Laura fue sintiendo a Gabriel en su interior, dejando lentamente paso a sus deseos más profundos. Caminando, llevó abrazado el cuerpo ardiente de su amada a un enorme nenúfar de bordes dorados que se deslizaba junto a ellos. Él la dejó dulcemente tumbada en su superficie mientras se revolvía entre las sensaciones que le proporcionaba el roce del cuerpo viril sobre su

zona más erógena. Se encontraba extasiada a la deriva sobre aquellas mágicas y ahora revueltas aguas. El fuego creció y creció en su interior hasta que no pudo más. Un fuerte gemido salió de la garganta de Laura justo en el momento que pasaban bajo la cortina de una hermosa cascada. Las aguas se volvieron de nuevo mansas y el atardecer anaranjado alumbró sus desnudos y sudorosos cuerpos. Ante la paz y la tranquilidad interna, quedaron dormidos.

Laura soñaba que se encontraba tumbada y sin ropa en la orilla de una playa. El vaivén de las espumosas olas acariciaba su cuerpo. Sintió una relajación y una satisfacción que la empujó a desperezarse y a rodar por la arena inmersa en una plenísima felicidad. A los lejos regresaba Gabriel. Él se situó sobre ella mientras le acariciaba con sus labios las areolas. Laura le abrazó fuertemente contra su cuerpo. Ella disfrutaba del aroma de su piel haciéndosele un sueño muy real. Sin darse cuenta, abrió los ojos en la suite de aquel inolvidable hotel. Allí se encontró a Gabriel sobre su cuerpo dando y buscando el placer una vez más. Al poco, ambos descansaron abrazados en silencio, contemplando el techo de la habitación.

—Es un sueño hecho realidad —se sinceró ella.
—Nunca había disfrutado tanto haciendo el amor con alguien. —Sus manos se deslizaban por las suaves dunas de su trasero.
—Yo tampoco. Creo que no voy a poder separarme de ti.

Gabriel comenzó a besar de nuevo los muslos de Laura.

—¿Más? —se reía Laura—. Vaya con el anciano. Después dicen que la edad os afecta.
—Tu cuerpo es una inspiración continua —susurraba él entre sus labios y la piel de ella.

El teléfono móvil de Laura sonó bajo el montón de ropa que se encontraba en el suelo.

—¡No! —se quejó dulcemente Laura.

—¿Te miro quién es?
—Ni de broma. ¿Qué puede ser más importante que esto? —aseguró Laura mientras agarraba los pelos de Gabriel dirigiéndole su cabeza hacia su sexo.

Ella se perdía en la oscuridad de sus párpados moviendo su cabeza bruscamente de un lado para otro. Nunca había dejado correr

libremente sus instintos de esa manera y no quería salir de esa espiral de placer.

Tras haber terminado de hacer el amor otra vez, el timbre de la habitación sonó.

—Voy yo —se apresuró Gabriel poniéndose un albornoz.

Al segundo, apareció con un carrito repleto de comida.

—Hoy toca cena en la cama —sorprendió Gabriel.
—¡Bien! —chilló ella—. Hoy me siento como una princesa.
—Y yo como tu príncipe.
—¿Sabes? —hablaba sensualmente Laura—. No hemos traído equipaje, no tenemos de nada.
—Mejor, tampoco pijamas. Así que hoy nos calentaremos uno al otro… desnuditos.
—Por eso lo decía. ¡Umm! Gabriel eres un cielo. Tráeme un segundo el móvil, voy a mirar quién era.
—Toma, aquí tienes.
—Era Lola. ¿Querrá saber cómo me ha ido? Es pronto, sólo son las nueve y media. La voy a llamar. Estará todavía de fiesta, seguro—. Pasados unos segundos. —Exacto, no lo coge. Desde luego yo no he visto una mujer con más energía que ella.
—Es cierto —opinó Gabriel—. Con la edad que tiene es digna de admiración.
—La pobre me da pena —se entristecía Laura.
—¿Por qué?
—Sé que hoy estaba preocupada en exceso. En el fondo le tenía mosca la llegada de Celia a mi vida.
—¿Tú crees? Yo no lo creo.
—Yo pienso que sí. Lola es como mi madre; así se ha sentido siempre y así la he sentido yo. La llegada de una madre biológica siempre desorienta un poco. Le suele pasar a las madres de adopción cuando sus hijos deciden buscar a sus verdaderos padres. Por mucho que les digan que ellos nunca serán sustituidos, no pueden evitar sentirse mal.
—Entiendo.
—La semana que viene la voy a traer. Pasaremos el fin de semana en Barcelona.
—Si quieres os puedo acompañar.
—Claro, mi abuela lo estará deseando. No hay otra cosa que le haga más ilusión que vernos juntos.
—¡Ya me cae aún mejor! —decía en tono jocoso Gabriel.

Tras darse una placentera ducha, Gabriel y Laura cenaron tumbados en la cama con los albornoces puestos. Bebían, comían y reían sin cesar. Más tarde, se quedaron dormidos plácidamente viendo una película. En medio de la noche, Gabriel se despertó atraído por el sensual perfume de su amada. Laura estaba acurrucada mirando hacia el lado contrario. Él le abrazó por detrás y le comenzó a besar el cuello. Un suave ronroneo salió de la garganta de la adormecida joven. Aún con húmedos sentimientos, Laura facilitó con su mano la entrada de él en su cuerpo. Lentamente y con suavidad, Gabriel se deslizó una y otra vez sobre su espalda besándole los hombros. Tras una breve sacudida, siguieron durmiendo sin cambiar de postura en toda la noche.

La claridad se colaba entre las cortinas oscuras de la habitación regando con una erótica luz la suave piel de Laura. Las sábanas blancas se agolpaban en hermosos pliegues contra su silueta, dibujando una estampa casi artística. El largo descanso permitió, una vez más, el desfogue de ambos cuerpos bajo las aguas de aquel jacuzzi. Gabriel se sentía satisfecho y relajado, como si flotara en una nube. Laura mostraba una expresión de complacencia y descanso reparador. Después de haberse vestido, bajaron por el ascensor intercambiándose miradas cómplices. Desayunaron copiosamente, debían de recuperar toda la energía gastada. Así, de esta manera y pasadas un par de horas, ya se encontraban sentados en el tren con dirección a Madrid.

—Lo he pasado genial —sonreía Laura—. No recordaba un fin de semana tan bonito. Gracias.

—Gracias a ti. Tú eres muy hermosa y complaciente. Eres buena y entregada. Te amo.

—Yo te amo más. Esto es un punto de partida en mi nueva vida. Ya nada será como era antes… me lo prometo. ¡Qué palo trabajar juntos después de esto! ¿Verdad?

—La verdad es que sí. Habrá que hacer un esfuerzo para no quedarnos solos en mi despacho, se podría convertir en nuestro nido de amor.

—Me llevaría todo el día pegada a ti como una lapa.

—Seamos dos lapas, una contra otra, como dos siameses.

—Eso me ha gustado. Seremos siameses a partir de ahora. No nos separaremos para nada.

—¿Cómo imaginas tu vida? —preguntó Gabriel.

—Contigo.

—¿Te irás a vivir conmigo?

—Tengo que pensarlo, no me gustaría dejar a mi abuela sola en estos momentos. Ya vamos viendo sobre la marcha. Nunca me había atrevido a nada en la vida. Ver a mi madre ha sido un revulsivo. Debo aprovechar este tirón para dar un giro a mi futuro. La muerte de mi padre debe ir dejando pasar poco a poco a esta nueva Laura. Tristemente debo dejar pasar esa etapa.

La señorita Laurel se perdía en la letra de la canción que escuchaba en el *ipod*.

…I hope you don't mind
I hope you don´t mind that I put down in words
How wonderful life is while you´re in the world…

(Cantante: Elton John (versión de Ewan Mcgregor en la película *Moulin Rouge*) Canción: Your song)

Le transportaba a sus pensamientos más profundos haciéndole sentir cosas maravillosas. Desde el vagón, su mirada se perdía en el paisaje rememorando todos los buenos momentos de aquellos días. Se encontraba realmente feliz.

El cielo de Madrid se encontraba gris y dejaba caer algunas gotas de lluvia. Gabriel se despedía de su amada en la puerta de la calle de la casa de Lola. Un beso apasionado y revoltoso se mantuvo durante bastantes minutos.

—Lo haría otra vez —dijo él—. Parezco un adolescente.
—Yo igual. ¡Venga! Te dejo. Si eso me acerco esta tarde a casa de Miguel. Como con mi abuela y te llamo.
—Adiós, Laura. Prométeme una cosa.
—¿El qué?
—Prométeme que nunca te vas a cansar de mí. Yo no lo haré de ti.
—Te lo juro. Te querré siempre.

Un último y rápido beso finalizó la conversación. Laura abría la puerta mirando hacia el coche de Gabriel. Él se despedía con la mano. Ella le lanzó un beso.
—¡Te quiero! —gesticuló él con sus labios.
Laura desapareció por el portal de la casa.

Capítulo XIX

La ilusión y la certeza de que todo iría bien a partir de ese momento dominaban los pensamientos de Laura. Una luz naciente en un horizonte lejano parecía aproximarse como un reguero de optimismo y buena suerte. Para ella suponía la dirección a seguir, era el destino que marcaban las señales que por el camino se estaba encontrando. Realmente representaba el día más feliz de su vida. Por fin se había liberado de todo lo malo.

Poco a poco, fue girando la cerradura.

—¡Abuela! ¡Ya estoy aquí! —gritó Laura—. Tengo un montón de cosas que contarte—. Lola no respondía. —¿De resaca? ¡Abuela! ¿Durmiendo la mona?

Laura entró en su dormitorio y vio que allí no se encontraba. La cama ya estaba hecha.

—¡Abuela! —seguía gritando—. Se habrá ido a la calle —susurró.

Laura se dirigió a la cocina para picar algo. Al llegar allí encontró el cuerpo de Lola tirado boca abajo en el suelo.

—¡Abuela! —se desesperaba la nieta.

Laura se agachó y le dio rápidamente la vuelta. El rostro de Lola se encontraba cianótico. El color de la muerte se reflejó ante su apenada nieta. Debía llevar muchas horas muerta. Laura comenzó a respirar jadeantemente y creyó perder el equilibrio. A duras pena pudo llegar a sentarse en el suelo junto al cuerpo sin vida de su abuela. Temblorosa, cogió su teléfono móvil y llamó al número de emergencias.

—Buenas tardes, dígame.

—Rápido, por favor. Mi abuela no responde, por favor, corran —gritó Laura entre sollozos.

Después de proporcionarle los datos, la persona que le atendió le aseguró que una ambulancia llegaría lo antes posible. Laura acariciaba la cara de su abuela. Pronto se dio cuenta que llevaba su móvil agarrado de la mano. Con dificultad le separó los dedos y lo cogió.

—Dios mío, abuela. No te mueras, por favor. Abuela. ¡Te lo suplico!

Enseguida cogió su móvil y llamó a Gabriel.

—¿Ya me estás echando de menos, Laurita? —dijo nada más descolgar el director.
—¡Ven, por favor! Mi abuela… creo que se ha muerto. Ven, por favor.
—¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo, Laura? ¿Tu abuela? ¡Me cago en la puta! —maldijo Gabriel—.Voy para allá.
—¡Ven rápido! ¡Por favor!

Los minutos le parecieron siglos a la desgraciada joven mientras apretaba fuertemente la tiesa y gélida mano de Lola. Los ojos de la anciana dormían tras unos semicerrados párpados mirando a ninguna parte. La boca se encontraba parcialmente abierta mostrando una lengua inmóvil y morada. Esa imagen terrorífica se quedaría en la memoria de Laura para el resto de sus días.

—Pobre abuela. Lo siento. Te he dejado sola. No debí de haberme quedado en Barcelona. ¡Maldita sea! Yo tenía razón. No debí hacerlo. Mi interior me lo decía. ¡Qué coño he hecho! Y la ambulancia, ¿dónde coño está?

Después de quince minutos llamaron al timbre.

—Soy el médico, abra.
—Suban, rápido —gritó la joven.

En un instante, tres sanitarios se encontraban en el interior de la cocina. Nada más ver el rostro de Lola, se dirigieron a su nieta.

—Sentimos decirle que no hay nada que hacer. ¿Es su abuela?
—Sí.
—Debe llevar varias horas desde que falleció. No podemos hacer nada. Lo sentimos.

Una violenta rabia rompió la armonía de Laura haciéndole llorar, gritar y patalear. Su habla era inteligible. Un río de lágrimas le humedecía todo su rostro.

—¡Culpa mía! ¡Culpa mía! ¿Para qué me habré quedado a dormir allí? ¡Maldita sea! Ésta no era la señal que debía seguir, abuela. Te he fallado. ¡Ay, Dios mío!

Gabriel entró corriendo por la puerta y, tras ver el cuerpo yaciente de la anciana, abrazó a Laura.

—Tranquila, Laura, tranquila. Vamos al salón.
—¡No quiero! No la voy a dejar sola. Odio esta vida. No debí quedarme allí contigo. La pobre ha muerto sola. ¡Era el día de su cumpleaños! Tenía el móvil en la mano. Se encontró mal y debió llamar a alguien.

Laura cogió el móvil, lo desbloqueó y consultó las últimas llamadas.

—¡Dios mío! La última llamada hecha fue la que no le cogí. Espera que vea mi móvil. —Tras unos segundos—. Mira, Gabriel, tengo un mensaje escrito: «Tiene un mensaje de voz. Pulse 8785 para escucharlo».

Laura marcó ese código y escuchó: «Laura, me duele mucho el pecho, me he desmayado y me he caído en la cocina. Llámame rápido, por favor. No me encuentro bien». La voz de Lola se despedía como un susurro entrecortado.

—¡Por Dios! ¿Qué he hecho! —se lamentaba la nieta—. Me llamó pidiéndome ayuda y no se lo cogí. Seré imbécil. Si lo hubiera cogido habría llamado yo a la ambulancia y quizás estuviera ahora viva. ¡No me lo voy a perdonar!
—No pienses en eso, Laura —la intentaba consolar Gabriel—. Estas cosas pasan y no se pueden evitar.
—De eso nada. No debí quedarme contigo. Soy estúpida. Iba a conocer a mi madre, no de fiesta. ¡Qué coño he hecho!

Laura se arrodilló junto a su abuela y lloró desconsolada sobre su pecho.

—Lo siento, abuela, lo siento de veras. Te he fallado. Tú siempre cuidaste de mí. Y para una vez que me necesitabas, no estaba a tu

lado. No me lo voy a perdonar, abuela. Ya no quiero vivir. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—¡Ven, Laura!

—¡Déjame! —gritó.

—Por favor, Laura.

—¡Que te vayas de mi casa! —vociferó la angustiada joven—. No quiero saber más nada de nadie. ¡Dejadme en paz! ¡Mi abuela ha muerto! ¡Dejadme en paz!

—Por favor… ven.

Laura se puso de pie y comenzó a golpearle su pecho. —¿No te das cuenta? No tenía que haberme ido contigo. ¡Maldita sea! Vete de mi casa. Te digo que te vayas. Yo sabía que la cosa no tenía que ser contigo. Algo me lo decía en mi interior. Si me hubiera hecho caso, ahora estaría viva. ¡Fuera! ¡Vete!

Gabriel la miró y se marchó. Uno de los sanitarios se acercó a Laura y comenzó a explicarle los pasos que debía dar.

La señorita Laurel había pasado la tarde fuera de casa gestionando todo el papeleo para el entierro de su abuela. Mara y los demás compañeros de trabajo la habían llamado innumerables veces a su teléfono móvil, pero ella no contestó. Eran ya las dos de la madrugada y Laura se encontraba sola velando el cuerpo de su abuela.

El tanatorio presentaba una estampa callada y fúnebre. De vez en cuando, un llanto o un gemido lejano rompían la tranquilidad. En un asiento de plástico, la joven se perdía observando el féretro tras un cristal, sumergida en los recuerdos que se le venían a la mente. Viajó a la época de los últimos meses de vida de su padre. Enrique había perdido la figura habitual de su cuerpo anterior al accidente de coche. Su seca piel se ajustaba simplemente a su esqueleto. Sus brazos, sus piernas, sus caderas y todo su ser se había convertido en un caquéxico y enfermo cuerpo. Laura lo giraba para cambiarle los apósitos de sus úlceras. Heridas profundas y necróticas que desprendían un fuerte hedor se repartían por su espalda, codos, talones y cintura. Laura lavaba todos los días con esmero todas las partes de su cuerpo. Le peinaba, le afeitaba y le tenía bien aseado. De su pene le salía una sonda que iba a parar a una bolsa donde se recogía su orina. Por la nariz se introducía una sonda nasogástrica por donde ella le metía con una jeringa la comida triturada. Era un ser sin vida al que le latía el corazón. Poco a poco, su cuerpo se despedía de esa energía vital que le había permitido hablar, pensar, moverse, sentir, querer, amar… A Laura le gustaba pensar que en el fondo de aquel ser que se

marchitaba, se encontraba toda la esencia de su padre, todo su ser tal y como había sido siempre. Era su magullado cuerpo el que no le dejaba salir. Él esperó tranquilo y escondido en ese amargo sufrimiento para partir algún día a un lugar más bello y mejor. Laura sólo trataba de cuidar con amor a aquel despojo que quedaba de su padre. —Mi padre no era esto —se decía ella en numerosas ocasiones. —Él era alegre, listo, vivaz, inteligente, activo, fuerte, deportista. Mi padre no era así, él era mucho más—. Laura se pasaba horas y horas delante de la cama observándole. Se llevaba los apuntes de sus cursos y estudiaba durante los ratos que los cuidados de Enrique se lo permitían. A los meses de aquella tragedia en la carretera, una perversa y agónica respiración marcó la antesala del fin de su lucha interna. Como pez fuera del agua, Enrique se agarraba con fuerza al último hilo de vida. De vez en cuando elevaba las cejas pareciendo hacer un último esfuerzo por comunicarse con su hija. —Dime papá —le decía Laura llorando—. Estate tranquilo, todo pasará.

Su padre jadeaba entrecortadamente con unos movimientos respiratorios muy extraños. El color de su piel estaba cambiando, era como más amarillento. Laura se agarraba a sus frías manos dándole su propio calor. Sus pies y sus manos comenzaron a tomar un color algo azulado. Su respiración era cada vez más tosca y dejaba escuchar algunos estertores. Los salientes, marcados y huesudos pómulos se iban señalando más aún si cupiera. Sus labios parecían también estar morados y mostraban una especie de espuma reseca adheridas a ellos. Lentamente, la flor de Enrique se iba reclinando ante la hermosa y nutritiva tierra que le había visto germinar y crecer. Todas las hermosas flores de aquel precioso jardín; tulipanes, rosas, claveles, gardenias, jazmines, etc., todas se giraron hacia aquella compañera que por fin marchaba hacia un lugar eterno. Como despedida, cada una de ellas liberó su mejor perfume, revolviéndose en el aire como un suspiro de amor dispuesto a entrar por última vez en los pulmones de aquel enfermo. La vida se despidió de él: El sol, el cielo, las personas, los objetos, los sentimientos disfrutados y los sufridos, sus amores, sus recuerdos. Todo aquello se reclinó ante sus pies agradeciéndole su compañía. La vida le reconocía su bondadoso corazón. Ese corazón se paró para nunca más latir. El universo se congeló en su alma y el velo de la alegría de Laura se rasgó en su interior. La joven se abrazó irremediablemente a su inmóvil padre. El viejo traje de su alma reposaba, sin más, sobre aquel estrecho y mullido colchón. Laura lo abrazaba y lo besaba. —No te vayas papá, por favor, no te vayas de mi vida.

Lola observaba por la ventana el caminar lento y sabio de las

nubes. Algunas de ellas le darían la explicación a ese sufrimiento, a esa pérdida. Los lamentos de su nieta se propagaron por toda la habitación y la planta de ese hospital. Tras la mortaja, Laura se despidió para siempre del cuerpo envuelto entre sábanas de su padre. Enrique había viajado a algún lugar donde siempre la esperaría. Ella no podía asumir que esa identidad se perdiera para siempre. Para ella era un cúmulo de sabiduría, de amor, de esperanza, de cariño, de escucha, de calor, ¡de tanto humano!, que no podía sin más evaporarse en medio de la nada. —Debe haber algún lugar que reciba y albergue el alma de mi padre —se decía ella misma en su silencio. Lola y Laura se alejaban por los pasillos de aquel hospital que había representado su hogar en los últimos meses prometiéndose no volver a pisarlo jamás.

Ese nefasto dolor que había estampado cruelmente el espíritu de Laura ante la pérdida de su padre, emanaba de nuevo por sus venas en aquella triste y solitaria madrugada. Un mal sabor había vuelto para quedarse en su paladar. Toda la lucha interna que había librado en los últimos años, toda la conquista merecida de los últimos tiempos, se había derrumbado de un solo plumazo. Ya no quería seguir luchando, ya no quería seguir amando. Su alma le solicitaba imperiosamente la rendición ante tanto sufrimiento incontrolado. Se sintió sin fuerzas para seguir caminando. Laura dejaba reposar sus lágrimas sobre sus rodillas, ocultándose entre sus desordenados cabellos. En el interior de su cabeza, se podía escuchar la canción que tanto le había acompañado durante aquellos últimos y duros momentos junto a su padre y que tanta nostalgia le producía.

…*Me dediqué a perderte*
y me ausenté momentos
que se han ido para siempre
Me dedique a no verte
y me encerré en mi mundo
y no pudiste detenerme
Y me alejé mil veces…

(Cantante: Alejandro Fernández. Canción: Me dediqué a perderte)

Mientras permanecía sumergida en aquella dolorosa melodía, sintió que una mano le acariciaba su cabeza.

—¡Laura! ¡Guapa! —se emocionaba irremediablemente su amiga Mara—. ¿Qué haces aquí sola? ¿Por qué no me has cogido el teléfono? Hemos estado recorriendo todos los hospitales y tanatorios de Madrid.

Laura se fue incorporando mostrando su doloroso semblante. Al ver los ojos de Mara, un reconfortante abrazo familiar se fundió con lo más profundo de su ser.

—¡Mara! —sollozaba Laura.

Ambas lloraban sin cesar sumergidas en ese impetuoso abrazo. La fría soledad de Laura fue templada por la presencia de su mejor amiga. Estaban tan unidas que en ese momento las palabras sobraron. Se conocían tanto que sólo el mero contacto de sus cuerpos les reconfortaba.

—¡Amiga mía! ¿Por qué no has respondido a mis llamadas?
—No debo compartir este sufrimiento con nadie —explicaba angustiosamente la joven—. Todo ha sido culpa mía, ya no quiero molestaros más. No quiero estropearle más la vida a nadie. Desde que he nacido sólo le he jodido a la gente su existencia.
—¡Eso no es cierto! —se enojó tiernamente Mara—. A mí me has dado toda la amistad y el cariño que necesitaba.
—Eso es lo que tú crees. Soy un imán de problemas. Atraigo el sufrimiento a la gente que está a mi lado.
—Tú no tienes la culpa. Gabriel me ha contado todo. Tú no has hecho nada. Lola hubiera muerto contigo y sin ti. No hubieras podido ayudarla.
—Eso es mentira. Ella confiaba en mí. A mí fue a quien llamó cuando se sintió mal, y no le contesté. ¿Y sabes por qué no se lo cogí?
—Lo sé, Laura. —Mara le secaba sus lágrimas con el pulgar.
—No lo sabes.
—Sí, ¡porque te estabas follando a Gabriel!, y ¿qué pasa con eso? —dijo emanando cierta rabia.
—No, porque estaba cogiendo el camino equivocado. Nunca sigo lo que me manda mi corazón. Siempre atendiendo a la puñetera razón.
—Eso lo piensas ahora porque las cosas han salido mal, pero te equivocas. Siento decírtelo en estas circunstancias, Laura, pero te equivocas.
—Ella estaba sola —seguía llorando—. Era el día de su cumpleaños y ella estaba sola. Se puso malita, se cayó y cogió el teléfono para llamarme. Yo, egoísta de mí, tenía a un hombre entre mis piernas, como una cerda asquerosa, en vez de haberle cogido el teléfono. Ahora estaría con ella, a su lado.
—Eres injusta contigo misma. Te llevaste meses sin salir del hospital cuidando a tu padre. Te has llevado todos estos años acompañando a tu abuela sin estar muchas veces con tus amigas

pasándolo bien. Y ahora, para una vez que te sueltas la melena, te lo vas a reprochar toda la vida como una condenada. Lo siento Laura, soy tu amiga y te lo digo, ¡son gilipolleces! Tienes una empanada mental que ni te aclaras. Yo también quería a Lola y también estoy dolida, pero también me importas tú. ¿Sabes? No voy a permitir que te hundas como la otra vez. No lo admitiré.

—Déjame.

—No, no te voy a dejar. Tienes unos amigos estupendos que te adoran, te admiran. ¡Todos quieren ser como tú! ¿No te das cuenta de quién eres, lo que representas? Eres un referente para muchos, para mí también, y a la primera de cambio te caes y te hundes. Tienes una vida por delante, un hombre que te adora, una madre que te espera. Tienes a otra abuela en Bétera por conocer, por disfrutar. ¿Qué quieres carajo?

—Es la primera vez que me hablas así.

—¿Y tú? Es la primera vez que haces el idiota de esa manera. Ahí tienes a Gabriel hecho un tonto del culo, preocupado. Son las tres de la mañana y está como un idiota en la calle esperando a que yo le diga que puede subir.

—¿Sí? ¿Está ahí?

—Sí, con Miguel.

—¡Pues que no suba! No quiero verlo.

—Pero, ¿él qué te ha hecho?

—Él no tiene culpa de nada. Soy yo la que la he cagado. No voy a joderle la vida a nadie más. Me lo juro. Gabriel es demasiado bueno para mí. Ya encontrará otra que le sepa querer mejor y que no le complique la vida.

—Lo tuyo es para matarte, Laura. Espero que lo estés diciendo desde la rabia de haber perdido a tu abuela. Como en unos días sigas pensando así, te mato.

—No creo que cambie. Lola siempre me decía que siguiera las señales y ahora lo veo claro.

—A Lola le encantaba Gabriel. ¿Qué más señal que ésa?

—A Lola le parecía bien todo el que me tratara con cariño. Yo tengo mucho que decir sobre mí vida, ¿sabes? Deja que tome mi propio camino.

—¿Cuál? ¿El de la soledad o el de soñar con el tío ese de la calle que no ves desde hace no sé cuántos días, y ni siquiera conoces? Por favor, Laura —seguía con tono de indignación—. ¿De qué me estás hablando?

—Te estoy hablando de que mi padre y mi abuela han muerto. Mi madre está muy enferma y no me queda más puta familia que yo misma. ¿Es tan difícil entenderlo?

—¿Y yo que soy? ¿Qué son mis padres y mis hermanos? ¿No te

hemos tratado siempre como una más?

—No me saques eso, Mara. Claro que tienes razón, pero tú no lo entiendes. Cuando cierro los ojos y miro mi mundo, ya no hay nadie a mi lado, ya no me siento acompañada. Hay gente, pero puede desaparecer en cualquier momento. La familia es distinta, es desinteresada, te ama siempre, te lo perdona todo.

—Así haré yo contigo.

—No, Mara, no me entiendes. Gracias, pero no te puedes poner en mi lugar.

—Bueno, ya hablaremos en otra ocasión de todo esto. No revolvamos más la mierda.

—Bueno, Mara. Vete a dormir. Mañana va a ser un día muy largo.

—Si piensas que voy a dejarte sola, lo llevas claro. Voy a mandarle a Miguel un mensaje para que se vayan a dormir a casa.

Laura se abrazó a su amiga y siguió llorando.

Sobre las cuatro y media de la mañana, Mara reposaba dormida sobre los asientos. Laura seguía sentada en el infinito, perdida en sus pensamientos y en su particular imaginación. El tubo fluorescente del techo parpadeó unos segundos y la nueva luz quedó un poco más tenue, más amarilla. A los lejos, por el pasillo, se acercaba lentamente la figura de una mujer mayor. Lentamente, Laura se fue poniendo de pie con una mirada de asombro. La mantilla de lana azul que reposaba sobre los hombros de aquella anciana le era muy familiar. Enseguida reconoció aquella sonrisa tan cercana y echó a correr entre lágrimas de felicidad por el pasillo de su casa. En medio de una inmensa alegría, Laura se abrazó fuertemente a ella.

—¡Lola! Abuela querida —sonreía entre salpicadas lágrimas—. Todo era un sueño. Estás viva.

—Sí, hija. Estoy aquí contigo. ¿Qué te ocurre?

—Creí que te había perdido. Era tan inmenso el dolor que parecía real.

—No te preocupes, hija. Yo nunca te voy a abandonar. ¿Crees acaso que tu abuela te va a dejar tan fácilmente? Ni él ni yo estamos dispuestos a dejarte sola.

—¿Ni él? ¿Quién es él?

—Él —dijo Lola mientras señalaba a la puerta que daba a la cocina.

Un rejuvenecido Enrique entró en el salón.

—¿Papá? —Laura no se lo podía creer. De un salto llegó a sus

brazos—. ¡Papá querido! ¡Estás vivo!

—Siempre lo he estado. Estaba cuidando de tu madre. Siempre he estado a su lado acompañándola, dándole fuerzas para seguir luchando.

—¿Siempre has estado ahí? No me lo puedo creer.

—Siempre, hija. Ahora que sé que tú vas a cuidar de ella, mi misión ha terminado.

—¿Tú misión, papá?

—Sí, hija. Debes seguir ese camino que la vida te está mostrando. Lola y yo te cuidaremos cada noche, seremos aquel ángel que te bese y que te cuide desde la lejanía. No te preocupes, todo irá bien.

—¡Pero papá! —insistía Laura mientras las imágenes de sus seres queridos se iban difuminando—. ¡No os vayáis!

Una pena inmensa llenó los conscientes párpados de Laura trayéndola a la dura realidad.

—Me he quedado dormida —se susurró Laura.

Capítulo XX

El cementerio de la Almudena imprimía solemnidad en aquella mañana triste del lunes de esa naciente primavera. La señorita Laurel se encontraba junto a la tumba que había adquirido para el descanso de su abuela. Tras depositar el féretro, Laura dejó sobre él el traje turquesa y blanco y los zapatos que le habían regalado sus amigos. Lloraba desconsolada mientras sus amigas del bar *tacones* le arrojaban fotografías y recuerdos de la fallecida.

—Era magnífica —sollozaba una de ellas. —Amigos, ruego demos un aplauso a esta mujer que supo vivir con raza y con duende. ¡Nunca te olvidaremos, Lola!

De fondo, el suave y profundo trémolo de *Reflejo de Luna,* del desaparecido Paco de Lucía, salía de la guitarra de uno de los muchachos gitanos que habían ido a despedir a la abuela. Todos se estremecieron ante aquella hermosa pieza musical. Un viento mágico sopló arrastrando las flores y las hojas secas que por el suelo había dispersas. A lo lejos, podía divisarse la estatua en la que reposaban los restos de la grandísima Lola Flores. Una gran losa fue deslizándose poco a poco sobre aquel hueco poniendo punto final a la vida de aquella mujer. Laura se deshacía entre sus lágrimas al igual que la mayoría de sus acompañantes. Después de las palabras del sacerdote, todos regresaron a sus coches.

Uno a uno, fueron dándole el pésame a la hundida joven. Gabriel y los demás compañeros se acercaron para darle un abrazo de calor y de amistad. Mara fue la última.
—¿Quieres que te acompañe a casa? —sugirió su amiga del alma.
—No, gracias. Hoy necesito estar sola.

Laura regresaba sola conduciendo su antiguo coche. Tras encender el compact disc, seleccionó una canción que el cantante había dedicado a la pérdida de su madre:

…Si tú te vas, a quién le cuento sin contar.
A quién le abrazo ahora al tropezar.
No tienes que disimular.
Pero me acordé de las flores del sillón,
de tu voz en el salón, de tu risa de laurel
Me acordé…

(Cantante: Alejandro Sanz. Canción: Para decirle adiós)

Laura se adentró en aquellos dolorosos recuerdos que se le venían a la mente. La pena era tan honda que sentía que dejaba de vivir. Al entrar en la casa, advirtió el perdido aroma de su abuela flotando en el ambiente. Esto le hizo ir a su habitación y derramar algunas gotas de aquel perfume sobre su mano y olerlo profundamente. En ese instante, el embriagador recuerdo de la piel de Lola le trajo un trémolo de guitarra riguroso y entrañable que resquebrajó aquel estremecedor silencio. La presencia de la abuela vestida de faralaes se percibía en cada rincón del hogar. Los acordes bellos homenajeaban a la recién desaparecida. Laura deambulaba de aquí para allá suspirando sus fragancias y mezclándolas con todas las vivencias que le venían a la cabeza. Paso a paso, se fue dirigiendo al *taller de la locura* donde, pincel en mano, comenzó a pintar. El rostro de Lola se plasmaba como vértice de una figura colorida en movimiento. Era un giro de flamenco sobre un trazo de óleo turquesa y blanco. La expresión de aquella bailaora reflejaba todo el amor y todo el duende del mundo. Los trazos peinaban el lienzo abrigándole y protegiéndole del más puro blanco inocuo y olvidado. Era un derroche de color bien organizado. Era todo lo que Laura guardaba en su interior. Nunca habría logrado plasmar aquellos sentimientos de aquella magistral manera. Jamás había dibujado un dolor tan agudo de una forma tan nítida. El definitivo y mágico retrato de su abuela reposaría para siempre en aquel *taller de la locura*.

Tras terminar, Laura se sentó en el sillón de flores de su abuela mientras oía al estremecedor violinista libanés llamado Ara Malikian interpretando V*iejos aires*. Era una melodía profunda y desgarradora que la transportaba a los sentimientos más íntimos de culpa y melancolía. Cerró los ojos, y un mundo oscuro y nauseabundo rodeó su mente manteniéndola en el borde de la locura. Inmersa en esa putrefacción emocional autoinfligida, decidió escuchar una y otra vez el mensaje de voz que Lola le había dejado en aquel fatídico momento.

«Laura, me duele mucho el pecho, me he desmayado y me he caído en la cocina. Llámame rápido, por favor. No me encuentro

bien».

«Laura, me duele mucho el pecho, me he desmayado y me he caído en la cocina. Llámame rápido, por favor. No me encuentro bien».

«Laura, me duele mucho el pecho, me he desmayado y me he caído en la cocina. Llámame rápido, por favor. No me encuentro bien».

Laura lloraba con el alma rota. Estas palabras grabadas se mezclaban con las imágenes eróticas de aquel hotel que se almacenaban en su cabeza. Un entorno infernal se dibujaba alrededor de esas imágenes. Se dio asco y repugnancia, y comenzó a vomitar. Laura fue corriendo a la ducha para escenificar la depuración de toda aquella suciedad que le intoxicaba su conciencia. Esa mugre esparcida por su mente no saldría con agua y jabón. Fue tanto el deseo de salir de su cuerpo, que tomó unas tijeras y comenzó a trasquilarse su larga melena simbolizando el desprendimiento de parte de su pecador y condenado cuerpo. Ella se castigaba sin cesar merodeando alrededor de esa culpa que ella creía merecida y reprochable. Frente al espejo, observó su peor cara y su caótica y desordenada cabellera. Sus ojos pudieron profundizar en su rostro desaliñado, percatándose de todo el dolor y la pesadumbre que habitaba en ella. Sintió lástima de sí misma y figuró que era su propio retrato al óleo esbozado sobre el espejo. Sobre esa estampa cruel, adornó con maquillaje su famélica expresión ocultando todo lo posible su deterioro. Maldijo la ciudad de Barcelona, aquel restaurante y todo lo sucedido sobre ese nenúfar. Ya nunca más volvería a ver esos acontecimientos sin vergüenza y rencor hacia ella misma.

Antes de que llegara la noche, la llamó su amiga.

—Laura, ¿qué tal? ¿Quieres que me acerque? ¿Quieres que duerma contigo?

—No, de verdad. Te lo agradezco, pero no.

—Laura, no puedes llevar esto sola, te matará, acabará contigo. Deja que luche a tu lado.

—La oscuridad ha llegado a mi vida, siento que la cordura me está abandonando.

—No digas eso. Sólo sientes desesperación por la falta de tu abuela, en unos días habrá pasado. Nos tienes a nosotros. Lidia, Rafa, Miguel y Gabriel están deseando visitarte, simplemente no se atreven. Nunca te habían visto tan distante. Están esperando que tú les des luz

verde.

—No puedo, Mara. Si te digo la verdad, hoy pienso en no volver al trabajo.

—¿Por Gabriel?

—Tú no lo entiendes. Estaba con él cuando no cogí el teléfono. El viaje a Barcelona era para ver a mi madre, no para otra cosa. Debí volver en el mismo día.

—No podrás culparte toda la vida —aseguró Mara—. Tus explicaciones no te llevarán a ningún sitio bueno.

—Ahora mismo me da igual todo, te lo juro.

—Bueno, Laura, avísame cuando quieras que vaya. Si no lo haces iré de todas formas… que lo sepas.

Las amigas se despidieron sin más y Laura se recluyó de nuevo bajo sus azotes mentales.

El silencio y la soledad de la noche atraparon a la joven en pensamientos oscuros. Ni un solo minuto llegó el ansiado sueño. Vueltas y más vueltas describieron las horas en vela. El hogar se encontraba vacío y huérfano de su Faraona particular. Sobre las cinco de la madrugada le llegó un mensaje de *whatsapp*:

—No te sientas solas, aquí tienes un amigo. —Era de Gabriel.

—¿No duermes? —respondió ella.

—No y tú tampoco. Lo sabía. Siento mucho lo que ha pasado. No quiero molestarte.

—Gracias, Gabriel. Siento haberte metido en todo esto. Tú no tienes la culpa, pero entiéndeme.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches.

Terminando de leer las palabras de Gabriel, se fue perdiendo en un cóctel de imágenes y lamentaciones que la condujeron a sentirse aún más culpable.

El resplandor de la mañana ahuyentó en cierto modo aquellas temerosas sombras que lapidaban su alma. El día lo pasó entre revistas y programas de televisión. Sobre las seis y cuarto de la tarde sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Laura.

—¡Abre! —ordenó Mara.

Laura abrió lentamente la puerta y se encontró a su amiga

acompañada de Miguel.

—Pasad.

—¡Qué pintas! —soltó Mara—. ¿Qué te has hecho en el pelo? ¡Por Dios!

—No me digas nada, por favor. Sentaos en el salón, voy al baño. Ahora voy yo —sugirió.

A los minutos, los tres comenzaron a conversar.

—¿Qué pasa, Laura? —inició Miguel.

—Pues nada, aquí.

—¿Aguantando el chaparrón? —seguía él.

—Eso mismo.

—Laura. Te duchas y te vienes a dar una vuelta con nosotros —dijo su amiga.

—No, gracias.

—No te lo estoy preguntando —decía tajantemente Mara—. Contigo vengo de vuelta y te digo que esta vez no te vas a encerrar en casa. Traigo a Miguel porque si hace falta te saco a rastras.

—¿Con que ésas tenemos? —respondió con voz cansada.

—Si no hiciera esto no sería tu amiga, sería una simple conocida que viene a visitarte. Y para eso no estoy yo. Así que te duchas y te vistes. Te esperamos aquí.

—Sí, amo. —Laura se alejaba cabizbaja hacia su dormitorio.

A los minutos, una resplandeciente pero tumefacta Laura apareció tras el vapor intenso del baño.

—Ya estoy lista. No habrá más sorpresas, ¿verdad?

—Estate tranquila, Gabriel no ha venido.

—Vale.

Caminaban lentamente por la calle tomando un aire puro y renovado, necesario para la derrotada joven. Percibió que la lentitud y la pesadumbre nociva que experimentaba encerrada en casa, se encontraba limitada a sus cuatro paredes. El bullicio y la actividad de la ciudad seguían su curso. La luz del día y el paso de la gente fueron eliminando poco a poco gran parte de las impurezas que se habían acumulado en su *penumbra* reservada e íntima. Mara y Miguel se iban percatando del efecto beneficioso del paseo, hecho que fue alegrándoles el corazón.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Mara.

—No lo sé. Quizás mi futuro esté en Barcelona, junto a mi madre. No lo tengo decidido.

—¿Y el trabajo? —se interesó Miguel.

—¿Ciertamente?… ahora me da igual.

—Sabes que allí te queremos un montón. ¿Qué mejor sitio que nuestra empresa, rodeado de amigos, para superar todo esto?

—Ya, pero no puedo.

—¿Es Gabriel? —apuntilló Miguel.

—No, soy yo. No me he portado bien con él. No debería de haber ocurrido nada entre nosotros.

—Por eso no te preocupes —seguía Miguel—. Sabes que es un buen tío. Él sabe perfectamente qué lugar ocupa. He hablado con él y no tiene ningún problema. Es un tío hecho y derecho, tiene las cosas muy claras. Además, con el lío de su exmujer y sus hijos tiene entretenimiento para rato. Saldrá a flote.

—No lo sé. ¡Estoy tan liada! Ahora mismo no sabría qué responderte.

—Bueno, Laura. Tampoco me quiero meter mucho en tu vida. Únicamente decirte que todos estamos para ayudarte, para lo que quieras.

—Gracias, Miguel.

Mientras conversaban, pasaron por delante del parque donde ella había tenido aquella relación sexual el día de la borrachera. Turbias y carnales imágenes se le venían a la cabeza sumergiéndola de nuevo en aquel desasosiego. —He hecho muchas cosas mal últimamente —se culpaba inmisericorde en su intimidad.

—¿Vas a ir a Barcelona este fin de semana? —preguntó Mara.

—Debo ir. No tengo ganas, pero puede que me venga bien centrarme en mi madre y en su recuperación. Debo tener la mente ocupada.

—Si quieres que te acompañe me avisas —se ofreció Mara.

—No, esta vez voy a ir sola. Pretendo reunirme allí con mi abuela y el hermano de mi madre. Cuando me vea con fuerzas los llamaré. Me han ofrecido pagarme todos los gastos. Deben ser gente muy maja.

—Estupendo entonces —concluyó Mara.

Los chicos se despedían de la joven sabiendo que le quedaba mucho por recorrer para salir de ese agujero donde se había metido para castigarse. Laura se mostraba ausente, con la cabeza en otra parte. Multitud de pensamientos se le agolpaban en su mente. Al entrar de nuevo en casa y sin cambiarse de ropa, se tumbó sobre el sofá. Un remolino de inquietudes le tensaba su alma reavivando sus

ganas de llorar. Todos los sucesos acaecidos en las últimas semanas seguían un pesado proceso de digestión el cual no lograba concluir.

Pensó en ese amor verdadero que había silenciado tantos años su padre, en los sueños rotos de Celia y su pérdida de libertad en la cárcel, en los días en que su madre la cuidaba siendo ella un bebé. Era una vida entera deshecha por un infortunio desmerecido. Como en otras ocasiones, escuchó la canción que tanto le hacía revivir todos esos acontecimientos. Sobre suspiros y sobre notas quebradas por sus lágrimas, Laura la cantó en voz alta en el eco de la ausencia, en el silencio más sombrío.

Despacio cuando tú dormías
ella te hablaba, te preguntaba, te protegía.
Ella prometió darte todo
pero sólo pudo darte lo que tuvo…

Laura se perdía en aquella imagen, arropada en una pequeña manta en los brazos de su madre. Celia le daba besos y le prometía todo el amor que ella tenía.

…Para ti lo más hermoso era amanecer junto a sus ojos
iluminando el mundo.
Pero los pájaros no pueden ser enjaulados
porque ellos son del cielo, ellos son del aire
Y su amor es demasiado grande
para cortarlo…

Una oscura imagen sumergió a Celia entre barrotes. Aquellos que le privaron de la libertad de amar a Enrique y a su hija, y donde perdió toda la cordura por no poder tener ese amor tan grande.

…Volaste alrededor de la luna con ella,
le pediste que nunca se fuera
Y ella respondió
«mi amor siempre estará cuidándote»

Y la dejaste volar
Y tus ojos lloraron hasta doler
pero tú sólo sabías
que así tenía que ser,

que así tenía que ser…

(Cantante: Bebe. Canción: Cuidándote)

Enrique era ahora el protagonista de la canción. Él nunca quiso que ella se fuera, pero la dejó volar.

Laura repetía una y otra vez la misma canción haciéndose sufrir más y más. Necesitaba arrastrarse por aquellas ideas y encontrar el castigo que ella creía que merecía por no haber sabido actuar correctamente. Eran lamentaciones internas que no la dejaban respirar con normalidad. Era una pesada sombra que la dominaba, la controlaba y la hacía viajar forzosamente por los recuerdos más nocivos y dolorosos. La catapultaban al desasosiego más profundo y aislado, revolcándose como un cochino en su propio estiércol. No podía evitar fustigarse.

Al llegar la madrugada y por el cansancio acumulado, pudo dormir tres o cuatro horas seguidas sumergida en sueños raros, desordenados y sin sentido, en los que la angustia era el denominador común.

Pronto, a las nueve de la mañana, su puerta era aporreada.

—¿Quién es? —preguntó Laura.

—Yo, Gabriel.

—¡Jo! —pensó Laura—¡Pasa! ¡Pasa! ¿Qué haces aquí tan temprano? —acabó diciendo.

—Quiero hablar contigo.

—¡Gabriel, por favor! —exclamó con voz de desánimo.

—¿Puedes dejarme hablar un momento? No vengo para lo que tú piensas.

—Sí, Gabriel. Perdóname por todo, por favor —dijo con mirada aturdida.

—A eso vengo, Laura. No quiero que te sientas mal conmigo. ¡No ha pasado nada! ¿Crees acaso que vengo a reclamarte alguna cosa? ¿Crees que me debes algo? Vengo a ofrecer mi ayuda. Si quieres puedes tomarla.

—Te lo agradezco —respondía con un semblante frío.

—Sé que no te vas a perdonar haber estado conmigo mientras tu abuela estaba aquí sola muriéndose. Lo sé. Te entiendo y no pienso decirte nada al respecto. Sé que son momentos muy dolorosos para ti y que lo último que necesitas son sermones. Por eso no vengo a hablarte de nada sobre nosotros. Sólo quiero que sepas que tienes a unos amigos que te adoran, que te necesitan… y creo que tú también a

ellos.

—Lo sé —decía rompiendo a llorar—. He pasado de tenerlo todo a no tener nada.

—Eso es mentira. Has perdido a tu abuela y lo siento con toda mi alma. Al entrar he olido a ella y me ha dado mucha pena. Pero la vida continúa para ti y para los que te rodean, y aunque suene a tópico, es así. Llegaste a nuestras vidas como un torbellino de energía y de ilusión, y te vas como una triste parodia de ti misma. ¿Qué te ocurre?

—Me ahoga la culpa. Es eso. No paro de darles vueltas y más vueltas.

—Tú no eres responsable de lo sucedido.

—No puedo evitarlo, Gabriel. Culpa por Lola, pero culpa por otras muchas cosas. Lamento haberte tratado tan mal, te he menospreciado, te he humillado.

—Eso es lo que tiene la gente con tanta metacognición como tú —sonreía tímidamente Gabriel—. La sensibilidad la lleváis al extremo en ambos polos, en lo bueno y en lo malo.

—Puede ser cierto. Supongo que tendrás razón.

—Los chicos y yo sólo nos quedamos con todo lo bueno que nos has dado en estas semanas. Yo, particularmente, no valoro cómo me hayas podido hablar o tratar hace un par de días. Tenías a tu abuela en el suelo sin vida. ¡Por Dios! ¿Qué crees? ¿Que no te comprendo? La pena que me da es que, llegado a este punto, no me conozcas. Te he entregado toda mi sinceridad. Hazla tuya y así lograrás entender qué quiero decir.

—Me encuentro sola en este mundo, no sé adónde acudir.

—¡Ven con nosotros! ¿A qué esperas?

—No quiero haceros más daño.

—No me haces daño, Laura… todo lo contrario. Contigo he aprendido muchas cosas. He comprendido que mi vida no acaba ahí, en la costumbre y en la rutina de un amor perdido. He disfrutado de tus palabras, de tus enseñanzas. Me has hecho un hombre nuevo con una vida diferente por delante. Sólo quiero devolverte el favor. Te quiero y te amo y bien lo sabes, pero lo primero es que tú estés bien. Tengo una edad y unas experiencias vitales que me hacen no caer ante estas cosas, sabré cuidarme. Al fin y al cabo acabas de llegar a mi vida, sé vivir sin ti, la mayor parte de mi tiempo ha sido así, no tendré problemas. Pero no soporto ver cómo te hundes y te consumes por algo que aún nadie entiende. Te has escondido de todos, y nadie te ha hecho nada.

—Me siento mal por Lola, la he dejado muriéndose en soledad. Yo estaba en la cama mientras ella agonizaba. La vida me ha castigado. Sabía que tenía que esperar para estar contigo. Me he precipitado y mira cómo ha terminado todo.

—Yo lo pasé bien y no creo que haya que arrepentirse de nada.

—Y yo —se sinceró Laura—, pero ya nunca podré sentirme con la conciencia limpia. Os he fallado a todos.

—Laura, yo no te puedo ayudar de otra manera que diciéndote que eso no es así. Si no pones de tu parte para comprender que en la vida las cosas pasan de esta manera, nadie te podrá sacar de ese hoyo.

—Ya lo sé, pero no puedo. He sido una egoísta con Lola y contigo.

—¿Cuándo vas a ir al trabajo, Laura?

—No sé si iré.

—¡Eso sí que no! —se enfureció Gabriel—. Eso no te lo puedo permitir.

—Tengo que cambiar el rumbo de mi vida. Siento que lo que estaba viviendo se ha acabado. Las cosas no podían ir tan bien, lo sabía.

—Como dejes el trabajo te vas a arrepentir toda la vida. Si es necesario tómate libre esta semana, pero el lunes que viene te incorporas. Es una orden de tu jefe.

—Ya veremos. Me encuentro mal.

—Laura, hay que sobreponerse. Yo también me encuentro mal. ¿Qué crees? ¿Que no pienso que quizás te agobié demasiado? A lo mejor no tenías las cosas claras y yo te empujé.

—No, Gabriel. Las cosas que sentí en el hotel de Barcelona fueron de verdad.

—Necesitaba escuchar eso. Con eso me conformo para no sentirme tan mal. Gracias. ¿Qué vas a hacer estos días?

—No lo sé. Tengo que preparar el viaje a Barcelona del próximo fin de semana. Tengo que apartar el hotel, llamar a la familia de mi madre. En fin… no veo el momento de hacer todas esas cosas. No me veo con fuerzas. Necesito un cambio de aires.

—El cambio de aires lo habías encontrado en nuestra empresa.

—Gabriel, la pérdida de mi padre me costó mucho superarla. Es más, no creo que ciertamente lo hiciera. Lo de Lola ha sido el golpe definitivo cuando aún me estaba levantando del primero. No sé qué voy a hacer con mi vida.

—Bueno, Laura. Lo siento mucho. Lamento interrumpirte e irme tan pronto, pero me tengo que marchar. Tengo una reunión con unos clientes. Ven el lunes que viene a trabajar, por favor. Yo no voy a regresar a no ser que tú me lo pidas. No pretendo molestarte más.

—La molestia soy yo. Siento mucho lo ocurrido.

Gabriel se marchaba por las escaleras haciendo trizas el último boleto con que contaba para ganar la combinación ganadora. Veía a Laura como un gran barco que había amarrado durante unas horas en su muelle, pero que había partido para un viaje muy lejano del que

probablemente nunca regresaría. En la intimidad de su habitación en la casa de Miguel, Gabriel se perdía en los recuerdos más excitantes. Recordaba a la perfección cada átomo de la piel de Laura. Se deslizó por su melena y su espalda, por sus tobillos, por sus bellos senos, por su particular manera de gemir, por todas aquellas cosas que habían adornado su edén particular en aquella habitación de Barcelona. Tal y como Laura solía hacer, el mustio director escuchó una canción que le revolvió aún más sus emociones.

No hago otra cosa que pensar en ti
por halagarte y para que se sepa
Tomé papel y lápiz y esparcí
las prendas de tu amor sobre la mesa.
Buscaba una canción y me perdí
en un montón de palabras gastadas…

(Cantante: Joaquín Sabina. Canción: No hago otra cosa que pensar en ti)

Sabía que todo había sido una bocanada de aire fresco y puro tras el alejamiento de su esposa y de sus hijos. A pesar de ello, no quería pensar que había fracasado. Sólo se ensimismaba por haber conocido a aquella persona tan singular. Probablemente siempre le quedaría un bonito y curioso recuerdo de ella.

Aquella noche y de la misma forma, Laura se perdió en voz alta en la letra de la canción que llenaba su silencioso cuarto y que sentía que tanto hablaba de ella:

… Me cuesta abrir los ojos
y lo hago poco a poco,
no sea que aún te encuentre cerca.
Me guardo tu recuerdo
como el mejor secreto,
que dulce fue tenerte dentro.
Hay un trozo de luz
en esta oscuridad
para prestarme calma.
El tiempo todo calma,
la tempestad y la calma,
el tiempo todo calma,
la tempestad y la calma.
Siempre me quedará

la voz suave del mar,
volver a respirar la lluvia que caerá
sobre este cuerpo y mojará
la flor que crece en mí,
y volver a reír…

(Cantante: Bebe. Canción: Siempre me quedará)

Durante lo que quedó del martes y el miércoles, nadie visitó a Laura. Su encerramiento personal había ahuyentado de forma visible el carácter cercano y amigable que ella solía desprender. Sencillamente la gente no sabía de qué manera acercarse, no querían molestarla. Llegado el jueves, Laura tuvo un motivo para salir de la cama. Sobre las once de la mañana la puerta sonó.

—¿Quién es?
—¿Doña Laura Laurel Sánchez?
—Sí, soy yo.
—Abra, por favor.

Laura miró por la mirilla y su corazón dio un vuelco.

—Ahora mismo abro. Deme cinco minutos. Al poco, Laura se había puesto un traje algo más decente y se había recogido el pelo.

—Hola, Andrés. Me alegra verte. Pasa, por favor.

—Hola, Laura —le saludó el entrevistador dándole dos besos.

—¿Vienes a echarme la bronca por no acudir al trabajo? —preguntó con tono meloso.

—No, pero sí vengo a echarte la bronca por no haberme llamado. Te dije que me avisaras ante cualquier problema.

—Lo siento, Andrés. Me parecía un tema demasiado personal como para molestarte.

—Todo tema personal que afecte a mis trabajadores me importa, y más si es en ti. ¿Cómo te encuentras?

—Muy mal. Ha muerto mi abuela.

—Ya lo sé, Laura, por eso he venido.

—¿Has venido desde tan lejos para darme el pésame?

—No exactamente… ahora te explico. Lamento no haberos acompañado el sábado cuando fuisteis a Barcelona. Sé que fuiste a ver a tu madre.

—¿Te contó lo sucedido Gabriel?

—Laura, sólo quiero que tú estés bien. ¿Ha habido algún problema con él?

—No. Que nos enamoramos y el sábado pasamos juntos la noche.

—Y entonces, ¿qué ha pasado?

—Que mi abuela me llamó para pedirme socorro justo cuando… ya sabes… y no se lo cogí, la ignoré. Nunca me lo perdonaré.

—Sé que lo has pasado mal en tu vida —aseguraba Andrés—. Sé que las cosas no te han sido nada fáciles. Te entiendo perfectamente. Por ello lamento que te encuentres así, me siento responsable.

—¡No, por favor! Lo mío con Gabriel ha sido una relación de dos adultos, consentida y querida, y ajena a la empresa. Ruego que no acarree consecuencias para él. Nadie ha tenido culpa de nada. Ni tú, ni Gabriel, ni nadie… sólo yo.

—Me he enterado que tienes en mente no volver a trabajar con nosotros.

—Eso parece, Andrés. Estoy muy confundida.

—Te necesitamos, Laura. Y creo que tú también nos necesitas a nosotros. No es bueno dejar el trabajo en tus circunstancias.

—No lo sé. No puedo prometer nada. Estoy pensando irme a vivir a Barcelona cerca de mi madre. Debo cuidarla.

—Pues eso tiene fácil solución. Te vienes a trabajar a nuestra sede de allí. No habría problema.

—¿En serio? Pero no sabría. No quiero ser una molestia.

—¿Molestias?, ninguna.

—¿Por qué haces esto por mí? ¿Tanta pena doy? Encima que os tengo que pedir perdón, encima os portáis así de bien conmigo.

—Yo también tengo que pedirte perdón.

—¿Por qué? Desde que te conozco sólo has mirado por mi bien.

—Me gustaría que hablaras hoy con una persona muy especial para mí y para ti. Sé que te vendrá bien mantener una conversación profunda. Espera que haga una llamada.

—¿A quién llamas?

—Espera un momento, Laura. Sí, súbela ya —hablaba por el móvil.

Al poco, la puerta sonó. Gabriel acompañaba a una persona del brazo.

—Pase, señora —le ayudó Gabriel.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó alucinada Laura.

—Ya la conoces —dijo Andrés—. ¿Verdad? Es Aurora, tu abuela.

—Os dejo solos —dijo Gabriel mientras se marchaba evitando ser un estorbo.

—¿Qué haces aquí, abuela? —preguntó Laura mientras se acercaba y la besaba entre lágrimas.

—Hola, hija. Siento mucho lo de Lola. Si lo hubiera sabido habría venido antes a conocerla. Ella cuidó muy bien de mi pobre hija. Deje que te bese.

—Gracias, abuela. Ella también quería conocerte. Estoy muy triste. Gracias por venir. Pero, ¿por qué de tan lejos? Yo hubiera ido a verte en breve.

—Sentémonos, por favor. Todo tiene una explicación —rogaba Andrés—. Aurora quiere decirte una cosa.

—Hija. Eres mi nieta. Te quiero muchísimo. Me han contado que el sábado estuviste con tu madre en Barcelona. El doctor nos ha comentado lo bien que reaccionó Celia tras tu visita. Ha progresado mucho. Hace cosas que hacía años que no era capaz. Te lo debemos a ti, gracias de todo corazón. Quise estar a tu lado ese día pero no pude. Te pido disculpas. Vuestro encuentro hizo que me pusiera muy nerviosa. Mi hijo tuvo que venir a acompañarme.

—¡No, por favor! —exclamó Laura—. No se disculpe por nada, demasiada carga lleva usted a cuestas.

—Ahora que has perdido a tu abuela —seguía Aurora en tono muy cercano—, quiero que sepas que tienes una familia donde poder sentirte arropada. Quiero que recuperes todo lo que se te robó. No sólo a tu madre, que si Dios quiere y el médico no se equivoca puede que mejore, también me tienes a mí. Quiero irme a vivir a Barcelona y disfrutar de mi hija estos últimos años que me quedan. Tienes a una familia que te espera: Tu tío y sus hijos. Tienes cuatro primos que son encantadores. Tu tío siempre cumplió el deseo de su hermana, saber de ti y ayudarte si fuera preciso.

—¿Cuándo lo conoceré?

Aurora apretó fuertemente la mano de la joven y le habló con voz temblorosa: —Lo tienes a tu lado, hija.

Irremediablemente, los ojos de Laura se cruzaron con los de Andrés. Ambos se fundieron en un abrazo.

—Laura —se expresaba Andrés con una voz temblorosa por la emoción—, siento no habértelo dicho antes. Déjame que te explique.

—¿Por qué? ¿Por qué? —sollozaba Laura.

—Celia siempre quiso que Andrés te cuidara en la distancia —lloraban los ojos sin vida de la anciana.

—Sí, Laura. Siempre te he seguido muy de cerca. Cuando me enteré de que tu padre había muerto, me pregunté qué podía hacer por ti. Se me ocurrió contratarte en mi empresa. Ahora que Lola ha muerto no quería ocultar más mi identidad.

—¿Por qué lo has hecho? —respondió Laura con una dolida rabia.

—Temía que me rechazaras. Al fin y al cabo no conocías ni a tu madre ni a nadie de nuestra familia. Los acontecimientos nos obligaron a tomar esta decisión. Pensé que no querrías saber nada de

nosotros. En cierta manera te habíamos dado de lado todos estos años. No debimos hacer caso a Celia. Tendríamos que haberte buscado hace mucho tiempo.

—Os necesité muchas veces —seguía llorando Laura con indignación—. Mi vida es una mentira. ¿Todo esto lo sabían mis compañeros?

—No, te lo juro —explicaba Andrés—. Sólo me cercioré de que te acogieran con cariño. El apellido de mi padre me lo quité después de su muerte, tengo el segundo de mi madre. Nadie se dio cuenta. Ahora tú familia está en Barcelona, ¿Por qué no te vienes con nosotros? Trabajo no te va a faltar allí. Tendrás cerca a tu madre, a nosotros. Podrás empezar una nueva vida cerca de tu familia.

—Sí, hija, vente. Deja que recuperemos el tiempo perdido — imploraba la abuela.

—Tengo que pensar. Estoy muy nerviosa. No me hubieras contratado si no hubiera sido por eso, ¿verdad?

—Te contraté por ser tú —argumentó Andrés—, pero lo que sí es cierto es que lo hubiera hecho igualmente sin conocerte. Eres muy buena, una gran profesional. Si no pregúntale a Gabriel.

—No, no hace falta. Ya no me fío de nadie.

—¿Quieres que traslademos a Gabriel a Barcelona contigo? Si lo deseas no habría problema. A él también le vendría bien un cambio de aires.

—No, no quiero. No quiero saber ahora mismo nada de nadie. ¿Por qué me lo habéis ocultado? Me encuentro mal. Me siento engañada.

—Todo fue muy complicado para nosotros —continuó Andrés—. Tras el encarcelamiento de Celia, ella nos pidió que no nos comunicásemos con vosotros. Le avergonzaba que Enrique se enterara que había matado a su padre y que estaba en la cárcel. En el pueblo nadie la creyó, se vino abajo y pensó que ya nadie más la apoyaría. Pasados los primeros meses presa, me hizo jurar que nunca te lo dijéramos; pensó que te arruinaríamos la vida. Me encomendó que supiera de ti y que te ayudara si fuera necesario, y así lo hice. Nada más saber del fallecimiento de tu padre quise que no tuvieras ningún problema, que no te faltara de nada. Ahora que tu abuela ha fallecido no queremos que te sientas sola.

Laura creyó que se derrumbaba toda su existencia. Ya nada parecía lo que era y, por un momento, se sintió no ser de ningún lugar, de ninguna parte.

—Eres mi sobrina —seguía Andrés—. Déjame que enmiende todo el mal que te hemos hecho. Sólo he querido ayudarte. Te suplico que

nos perdones.

—Estoy muy confusa. Os pido que me dejéis sola.

La ciega anciana se agarró del brazo de su hijo y caminó poco a poco hacia el recibidor.

—Dejémosla tranquila, Andrés. No la agobiemos. —Tras abrir la puerta desaparecieron sumergidos en una profunda tristeza.

La señorita Laurel deambulaba como loca de un lado para otra echándose la mano en la frente. Tuvo la sensación que todo giraba a gran velocidad. Sintió ganas de gritar y de destrozarlo todo. Respiraba muy agitadamente. La insufrible tensión pudo con ella haciéndola caer súbitamente de rodillas.

Al poco, la puerta volvió a ser aporreada.

—¡Dejadme en paz! —lloraba Laura.

—¡Abre! —gritó Gabriel.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —hablaba una desesperada Laura mientras abría la puerta.

—¿Tú eres normal? —seguía gritando Gabriel—. Una anciana con más de ochenta años ha venido desde Valencia para ayudarte, ¿y tú la echas de tu casa de esa manera? ¿Qué coño te ocurre?

—¡Toda mi vida ha sido una mentira! Todos me han ocultado cosas.

—¡Para no hacerte daño! ¡Joder, Laura! ¡Reacciona! Es verdad que todo ha sido una mentira, pero ahora tienes la oportunidad de montarte en el carro de una nueva vida. ¿No lo ves? Todo empieza a aclararse. Además, nosotros no te hemos mentido; ni Rafa, ni Miguel, ni yo. ¿Qué culpa tenemos nosotros? Deja que te ayude.

—Márchate, Gabriel. Te lo pido, por favor. ¡Te lo suplico!

—¡No te conozco! ¡Joder! —Salió dando un portazo.

Laura clavaba su rostro sobre su almohada dejando allí toda su pena. —Lola, vuelve, por favor, te echo de menos. Necesito que me des consejo y me animes. No sé por dónde tirar. Ya no confío en nadie, y menos en mí misma. Siempre creí que hacía lo correcto, pero en los últimos tiempos, desde que se fue papá, me siento perdida, sin un rumbo claro. A tu lado, abuela, me quedaba esa ilusión por seguir luchando, por querer seguir viendo cada amanecer y cada anochecer contigo contemplado toda la belleza del mundo. Ahora que tú no estás, ya nada parece tener sentido; ni mi vida misma, ni la voz que sale de mi boca, ni mis palabras solas tan huérfanas de ti, tan pálidas

y tristes que no saben hacia dónde partir. Dime por dónde andas. Dime por dónde va el eco de tus taconeos y el eco de tu risa que tanto se contagiaba. Ya no creo que nada merezca la pena, ni el amor que siento por lo demás; sin ti no. Dime por dónde ondean tus manos al son de esa guitarra que lloró en tu sepulcro, dime en qué lugar estás bailando en este preciso momento. Siento volar… volar a ninguna parte y, cerrando los ojos, quiero partir en dirección a ese lugar oculto adonde viajó papá y hacia donde ahora tú caminas. Dime cómo se va, dime cómo he de perder la valentía de querer seguir viviendo porque ya no puedo más. Tu presencia flota en la casa, pues aún percibo esa mirada que me reconfortaba y me guiaba desde que era pequeña. Abuela, Lola, abuela buena. ¿Qué debo hacer? Por favor, ¿qué debo hacer? ¿He de partir contigo? ¿Es en este momento cuando debo dejar este mundo sin sentido? ¿O debo esperar? ¿Acaso me depara la vida algo de provecho sin ti, sin papá? Ya sólo quiero volar hacia allí. Dame alas abuela. Dame esas alas que no me atrevo. Dame tus alas y dame esa locura que me haga partir de una vez por todas. Pienso en tu cuerpo inmóvil, sola, allí en el suelo, con tus manos quietas y tu bello pelo esparcido. Te veo llamando desde el teléfono con la esperanza que yo te acompañara con mi voz, aunque fuera desde la distancia. Tú no querías partir sola, siempre me lo habías dicho y así lo hiciste tristemente. Escucharías pasar los tonos de la llamada mientras tu vida se iba, y nadie respondía. No hubo nadie cuando más lo necesitaste. No supe estar a tu lado en tus últimos instantes. Perdóname. Nadie más en la vida observará esos ojos y apreciará lo auténtica que eras. Ya nunca se te escuchará por los rincones. Abuela… vuelve o llévame contigo. Pero no me dejes sola, te lo suplico.

Capítulo XXI

La hora de comer del jueves llegó, pero Laura no probó bocado. Todos los sucesos de las últimas semanas habían provocado en ella un bloqueo del que no sabía salir. Sobre las seis de la tarde, su amiga Mara fue a visitarla.

—Me ha contado Miguel todo lo sucedido —reconoció su amiga. —¿Qué ha pasado, Laura?

—¿Sabes que Andrés es mi tío?

—Sí, me lo han dicho.

—¿No te parece increíble?

—Laura, Aurora y Andrés hicieron lo que Celia les había pedido, y lo mismo que tu padre hizo contigo toda tu vida, protegerte. Todos ellos han intentado que no sufrieras y, ahora que tu mundo se ha venido abajo, tratan de rescatarte. ¿No lo ves?

—No lo veo, Mara. Estoy tan confusa.

—Pues deja que te lo explique. Tienes a media ciudad pendiente de ti, si no lo aprovechas y prefieres hundirte sola, allá tú. Puedes agarrarte a esa mano que te han tendido e intentar ser feliz. Puedes hacerlo, es tu última oportunidad. No todo el mundo tiene esta opción. Hay gente que cuando sucumbe, se queda sola y no sale jamás del hoyo. Tú tienes a gente maravillosa a tu lado y con ganas de ayudarte. Sabes que Gabriel es el primero. No he conocido a nadie más enamorado de ti y entregado a tu persona. Y no lo digo para que le des una oportunidad, en absoluto; lo digo porque su ayuda te puede servir de mucho.

—Sé que él es magnífico, pero es que me da vergüenza mirarle a los ojos. El fin de semana con él supuso los días más felices de mi vida, pero ahora creo que mi futuro está en Barcelona junto a mi madre.

—Él se iría contigo al fin del mundo. Él te acompañaría a esa ciudad, ¿no lo comprendes? Estaría dispuesto a tener lejos a sus hijos con tal de estar cerca de ti, me lo ha dicho.

—Le echo de menos, pero no puedo estar con él. Cada vez que pienso que ignoré a Lola mientras me llamaba, siento morirme por dentro.

—Laura, tengo que decirte una cosa.
—¿Qué?
—Gabriel está esperándote abajo. Tiene que decirte una cosa muy importante. Vístete y baja.
—No voy a volver con él. Lo siento, no puedo.
—Laura, por una vez en la vida… escúchame. Vístete y baja. ¿Me estás escuchando?
—Sí, Mara. En serio no quiero más líos.
—¡Laura, joder! ¡Coño ya! Cállate por una vez y escúchame. Tu mejor amiga te está diciendo que te vistas y que bajes. ¡Hazlo! Tu futuro depende de que bajes ahora mismo. ¿Puedes hacerte el puñetero favor o te bajo a patadas?
—Vale, Mara.

Laura se duchó rápidamente y se puso un chándal gris. La hermosura de su rostro parecía resplandecer una vez más.

—Confío en ti, amiga. No me defraudes. Bajo porque tú me lo dices.
—No te defraudarás. Hazme caso —sonreía ahora su fiel amiga—. No todo el mundo tiene un ángel de la guarda como tú lo tienes.
—¿A qué te refieres? —se extrañó la señorita Laurel.
—¡Baja ya!

Laura bajó corriendo por las escaleras encontrándose apoyado en un coche a ese hombre que tantas veces le había hecho reír y le había dado compañía.

—Hola, Laura —saludó Gabriel.
—Hola, Gabriel.
—¿Te ha dicho Mara algo?
—Bueno, me ha dicho que querías hablar conmigo.
—Hay una cosa que tengo que contarte. Déjame terminar, no me interrumpas. No me hagas preguntas ni comentario alguno. Espera que termine.
—Lo prometo.
—Querida Laura —se comenzaba a sincerar Gabriel en un curioso atardecer de luces únicas y hermosas—. Anoche me perdí por la melodía que escuchamos juntos en aquel paseo ciego y hermoso de violines y chelos, ¿recuerdas? Como en aquel día hiciste tú, cerré los ojos y viajé por aquellos paisajes mágicos que tú me describiste. Anduve por aquellos senderos algodonosos y volé por aquellos cielos dulces de la mano de aquel hermoso ángel. Vi todas las maravillas de tu mundo. Tuve la oportunidad de llorar contemplando todo lo bello

que me rodeaba, y allí estabas tú. Tu delicadeza y tu hermosura se posaban sobre la superficie de un agua cristalina, ¡tan pura!, que por primera vez era alumbrada por aquella enigmática luz que nos iluminaba. Me acerqué y tú me miraste. Ahí pude percibir toda la grandeza que vivía en ti. Entonces, un suspiro de aire gélido enfrió toda la calidez de tu cuerpo haciéndolo volar a un desconocido y lejano lugar. Quise abrazarte y besarte pero ya no pude. Cuando desperté de aquellas hipnotizadoras notas, comprobé que era cierto lo que había ocurrido. Tú ya no estabas a mi lado, te habías ido de mi vida para siempre. Seguí buscando y buscando y no te encontré. Pero me di cuenta de una cosa. Todo aquel hermoso mundo seguía a mis pies. Todo ese bello cielo, todas aquellas bellas luces, todo seguía tal y como tú lo habías imaginado aquel día en ese viaje musical. Y aunque se había ido lo más importante de ese cielo, todo un mundo nuevo quedó a mis pies. Laura, he tenido la suerte de haberte conocido. Has dejado ante mí todo un futuro inmenso por explorar. Gracias. Las personas se conocen por algún motivo, y ése ha sido el mío. Todo tenía un porqué, y ya lo he encontrado gracias a tu ayuda.

—¡Gabriel!

—¡Déjame terminar, por favor! —interrumpía Gabriel—. Antes de irme de tu lado para siempre, quiero darte a ti también tu motivo. Si no, ¿para qué habría llegado yo a tu vida?

—Para mucho.

—Hace varias semanas guardé la búsqueda de @*tranvía* con mi propio e-mail. Ayer obtuve respuesta, era una coincidencia. En un principio no quise abrirlo, pero lo hice. El chico del que estás enamorada te está buscando.

—¡Gabriel! —comenzó a llorar Laura—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque te quiero. Porque eres lo más importante que ha pasado en mi vida y porque no puedo ocultarte algo así, no me lo perdonaría jamás.

—Eres el primero que se sincera conmigo.

—Siempre quise tu felicidad.

—Algo en mí se está muriendo, Gabriel. No sé qué decir. No sé si besarte o salir corriendo y no verte jamás.

—Yo te daría lo que tú me pidieras. Yo haría todo lo posible por hacerte feliz. Pero tristemente tengo que reconocerte una cosa.

—¿El qué?

—Lola tenía razón. Las cosas parecen señalar a una misma dirección.

—¿Hacia qué lugar?

—No a mí lado.

—¿Por qué dices eso?

—El destino te llevó a mí porque yo te señalaría tu camino

definitivo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Barcelona. El hombre X vive allí, por eso lo veías tan poco. Sólo viene de vez en cuando por temas de trabajo. Está completamente enamorado de ti. En Barcelona está él, está Aurora, está Andrés, está Celia. Ésa es la dirección que vengo a señalarte.

—¿Pero allí no estás tú? —lloraba angustiosamente ella.

—No, Laura. Yo sólo he sido esa señal de la que uno tiene que fiarse. Tú has sido mi luz, deja que yo ahora alumbre tu camino. Deja que te guíe, al menos déjame ese privilegio.

—Lo que tú estás haciendo no lo habría hecho nadie por mí.

—Porque te quiero. A las ocho, dentro de diez minutos, has quedado con aquel joven en vuestro semáforo. Llevarás la mejor cara que jamás has enseñado en tu vida. Le entregarás toda la energía que siempre has llevado dentro. Serás la de siempre, la Laura Laurel que conocí y de la que me enamoré. Estoy seguro que él te dará todo su amor. Estoy convencido de que él sabrá cómo hacerte muy feliz.

Laura lloraba desconsoladamente, apenas sin poder articular palabra.

—¿Por qué lloras, Laura?

—Porque no quiero perderte.

—Es decisión tuya. Entiendo que si lloras es porque quieres ir a buscarle.

—¡Gabriel! —sollozaba Laura—. No puedo decirte adiós.

—Tú corazón ya me lo ha dicho. Anda vete, él no tardará.

—No puedo, entiéndeme.

—Laura, tú no eres la que estás poniendo voz a tu boca, no sientas lástima por mí.

—Lo siento, Gabriel, siento haberte hecho esto.

—No lo sientas. Si viste en aquellos ojos lo que yo vi en los tuyos el día que te conocí, entiendo que te quieras marchar con él. Yo también lo haría. No lo dudes.

—¿Y dónde quedas tú?

—En ese sendero de algodón y en aquel cielo, observándote en la lejanía cómo te marchas; respirando profundamente y esperando encontrar esos ojos en alguna otra vida. Laura, ya es hora de que dejes salir a ese animal que llevas dentro. Deja de hacer lo que crees que es mejor y guíate por tu corazón. Olvida a esa Laura reprimida y temerosa. Vuela Laura, vuela.

Ella se acercó a Gabriel y le abrazó fuertemente.

—Gracias —dijo ella.

La señorita Laurel salió corriendo en dirección a aquella avenida donde se cruzó con aquel desconocido semanas antes. El cuerpo descalzo de Gabriel quedó sobre un charco y bajo la sombra de aquel anochecer que se iba adentrando en sus ojos. La emoción le inundó y le provocó unas olvidadas y pueriles lágrimas. Observaba cómo Laura corría y se alejaba por ese infinito horizonte que se perdía en el olvido. —Adiós Laura, nunca te olvidaré —dijo su temblorosa voz.

El corazón de la joven corría apresuradamente. Ella jadeaba de cansancio frente aquel semáforo al que había visto tantas veces cambiar de color. En un instante, una magia férrea la llamó a su espalda. Toda la energía del mundo y toda su delicadeza se posaron sobre su hombro. La mano de él reposaba sobre ella. Lentamente, Laura giro la cabeza permitiendo que sus ojos se cruzaran con los suyos. Era él. Aquella enigmática mirada se introdujo en su interior, llevándola a un hermoso paisaje donde ambos se besaban con pasión. A su alrededor se comenzó a congregar multitud de personas; Enrique, Lola, Celia, Aurora y más que sonreían y aplaudían ese esperado beso. Viajó fulminantemente a Barcelona y se vio entrando de nuevo en la habitación de su madre. Ella ya sonreía y la reconocía alegremente. Celia se levantó y le dio un fuerte abrazo. Aurora y Andrés se acercaron por detrás y se unieron a ellas. No podían creer lo que estaba sucediendo. ¡Celia sonreía y les hablaba! Tras unas cortinas doradas pudo vislumbrar su *taller de la locura.* En él, un nuevo fresco ocupaba toda una pared. Los retratos de Laura ya habían sido completados, su obra había alcanzado su propósito: Unir a sus padres. Por fin Enrique y Celia paseaban por un parque cogidos de la mano y rebosando de su único y auténtico amor bajo el estruendo musical que siempre había deseado la señorita Laurel. Verlos la llenaba de entusiasmo y satisfacción. Era una felicidad que jamás había experimentado. Se acordó de Gabriel y le agradeció toda esa amistad. A lo lejos, Lola y Enrique se marchaban diciéndole adiós con la mano. Al abrir los ojos, el cielo de Madrid les observaba en un largo y caluroso beso. En el interior de la cabeza de Laura se podía escuchar:

…Kiss me down by the broken tree house
Swing me upon it´s haging tire
Bring, bring, bring you flowered hat
We´ll take the trail marked on your father´s map
Oh, kiss me beneath the milky twilight
Lead me out of the moonlit floor…

(Cantante: Sixpence None The Richer. Canción: Kiss me)

Capítulo XXII

Varios meses después, Gabriel paseaba por la ciudad dejándose llevar por aquellas mágicas notas musicales que tanto le habían hecho recordar a Laura. En cada calle, en cada esquina y en cada parque se percibía un trocito de ella, de sus palabras, de sus recuerdos. Él sabía que la vida tenía algo pendiente con él, algún acontecimiento debía estar por llegar. Esa tarde, el ángel de aquel hermoso cielo le cogió de la mano llevándole por un inhóspito sendero. Allí, sentada sobre uno de los bancos de aquella plaza, se encontraba ella. Era una linda mujer que le daba de comer a unas palomas blancas. Gabriel se fue acercando. Notaba cómo el suelo se hacía más blando y algodonoso, y cómo los violines comenzaban a sonar con más fuerza. El cielo era hermosísimo y aquel bondadoso ángel le sonreía sin parar. Ella sintió como si alguien la llamara. Aquella enigmática mujer levantó su tierna mirada devolviéndole a sus ojos toda esa magia que él un día había perdido. Gabriel miró el nombre de aquella plaza y la hora de su reloj… y escribió en su móvil: @*tranvía*.

El autor os espera en:

www.pablofalles.com

En Facebook:

Pablo F. Alles
y
Los Retratos de Laura

En Twitter:

https://twitter.com/pablofalles

Agradecimientos

Patricia, esta novela zarpa de nuestro puerto cargado de momentos y de ilusiones. En él habitan horas y horas de conversaciones, risas, debates… en fin, todo lo que hace falta para que una historia tome forma día a día, paso a paso. Gracias por tu paciencia y dedicación. Eres la mejor compañera de travesía. Cualquiera que fuera nuestro destino, una isla tropical o el más árido de los mundos, contigo siempre hubiera parecido el paraíso a través de tu catalejo de amor y simpatía. Eres el timonel que cualquier expedición desea. A nuestro lado, navega desde hace muy poco tiempo la mejor marinera, Valeria, nuestro bollito de leche. Gracias por bajar del cielo en forma de ángel y endulzar cada segundo de nuestra existencia. Quiero agradecer especialmente esta obra a mi familia, padres y hermanos, por ser los ingredientes fundamentales de mi coctelera personal. Sin ellos todo esto no hubiera sido posible. Es un orgullo formar parte de vosotros.

Gracias a todas las personas que han aportado su esencia mágica a la culminación de este proyecto. Gracias a Manel Baraja por ser mi rosa de los vientos. Has sido mi guía en este primer viaje. Eres aquel árbol a quien cualquiera anhela arrimarse, gracias por tu amistad eterna. Gracias a Vicente Rodríguez, por tu asesoramiento, por cómo cuidas de las palabras y por cómo cuidas de mí. Tu ayuda ha sido colosal. Eres más que un primo. Quiero mencionar a Federico Cortés, por inyectarme toda esa energía, vitalidad, optimismo y confianza que me faltaba para materializar todo lo que volaba por mi cabeza. Nunca debí alejarme de tu costa. Deseo un profundo agradecimiento a Gema Carmona por ilusionarme cada día con su manera de ver las cosas; por tu alta metacognición que te permite ver la vida con esa perspectiva tan sensible y artística; por tu forma de vivir las novelas, las películas; gracias por tu aportación musical, por tu buen humor, tu buscado "bienestar" y tus risas perennes; qué bonito es ser tan "sentía".

Quiero agradecer profundamente a toda esa tripulación que, de forma indirecta, ha contribuido al desarrollo de esta novela por ser aportación esencial a mi vida. Gracias a las amistades que vienen de

siempre; Dani, Lourdes, Rafa, Sophie, Concha, Juan Carlos, David y todos los amigos de la infancia. Una especial atención a Oscar Vías, por tu bella sensibilidad, tu sentir artístico y por permitir dulcemente que cada uno sea como elige querer ser. Gracias a Sergio y a Patricia por vuestras bondadosas palabras, vuestro buen corazón. Siempre apuntaláis mi fuerza interior para seguir luchando. Un recuerdo a Cristina Mancha, por haber sido mi fundamental sustento en mis años de soledad, nunca olvidaré aquella amistad. También quiero agradecer su aportación a las personas que fueron tan claves en mis inicios: Carmen Baquero, siempre soplas mi vela en la dirección correcta; guardo tu "principito" como un mágico tesoro. Florinda y Angelita, por ayudarme a dar los primeros pasos; a vosotras jamás os olvidaré. Un recuerdo entrañable al Colegio Argantonio; me encantaría volver a empezar.

Gracias a todos los actores que han participado en mi existencia sin excepción, pues sin ellos el transcurso de las cosas no hubiera sido el mismo.

Gracias a mi profesión de Enfermero, principalmente a mi experiencia hospitalaria, por acercarme tanto al lado humano de las personas. Y gracias a la Psicología, por llenarme tanto y aportarme tantos buenos momentos y satisfacciones.

Un agradecimiento infinito a todos esos compositores y cantantes que llenan nuestra vida de música. Gracias a Bebe, Manu Carrasco, Joaquín Sabina, Mónica Naranjo… y en especial a Alejandro Sanz por haber aliñado toda mi vida de tantos y tantos sentimientos, de hermosas emociones y canciones bellas. Tus frases quedan irremediablemente reflejadas en mis historias.

Un entrañable recuerdo a Paco de Lucia. Tú y tu guitarra siempre fuisteis mis compañeros desde la infancia.

Gracias a la vida.

Pablo F. Alles

[*]
[*]